ALONSO AGUILAR

ORIGENES DEL SUBDESARROLLO

APESAL
antología del pensamiento económico y social de américa latina

Plaza&Janes/Sociales

antología del
pensamiento
económico y social
de américa latina

VOLUMEN 6

ORIGENES DEL SUBDESARROLLO

Plaza&Janes/Sociales

Alonso Aguilar

ORIGENES DEL SUBDESARROLLO

PLAZA & JANES,
Editores-Colombia Ltda.

Cubierta y diseño colección: Germán Leal
Preparación litográfica: Servigraphic Ltda.
Director de la colección: José Consuegra

1a. Edición, diciembre 1982

© 1982 - Alonso Aguilar
© 1982 - PLAZA & JANES - Editores Colombia Ltda.
Calle 23 No. 7-84 - Bogotá, Colombia

Impreso y encuadernado por Printer Colombiana S. A.
Printed in Colombia

CONTENIDO

	Página
Prólogo	7
Hacia una Teoría del Subdesarrollo	35
El Capitalismo del Subdesarrollo	85
Imperialismo y Subdesarrollo	155
Heterogeneidad Estructural, Capitalismo y Subdesarrollo	187
Sobre la Dependencia y el Subdesarrollo	207
La Crisis del Capitalismo en América Latina	237

PROLOGO

Siempre he creído que el grupo de economistas mexicanos que trabajó en la preparación del Congreso de Economistas de América Latina, celebrado en las instalaciones de la ciudad universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México, en junio de 1965, nunca llegó a tener un concepto exacto del significado de ese acontecimiento histórico. Y digo eso porque raras veces en sus escritos hacen mención de su valor, como hecho que marcó una ruta definida en el compromiso de la investigación social original, el análisis de nuestros problemas, y la formulación de las teorías apropiadas para la estrategia de un desarrollo independiente. Fue cierto que sus organizadores —Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Jesús Silva Herzog, Horacio Flórez de la Peña, Arturo Bonilla, Ifigenia Navarrete, Víctor Manuel Barceló, Gilberto Loyo, etc.— tenían redactadas importantes ponencias, claras y afirmativas, dentro de ese contexto, y en el seno de las comisiones y las sesiones plenarias, al lado de delegados como André Gunder Frank, Gastón Parra, José Consuegra, Marcio Mejía Ricart, Samuel Gorban, Eduardo Navas Morales, Alvaro Daza Roa, Enrique Low, Saúl Osorio Paz, Carlos Capuñay Mimbela, Humberto Espinosa Uriarte, Manuel Pernaut, José Luis Ceceña, y muchos otros, llevaron la vocería para defender el

espíritu y contenido de las declaraciones finales. Pero algunos detalles, como la exclusión de latinoamericanos de la nómina de conferencistas especiales, permiten deducir que los complejos extranjerizantes aún pesaban mucho. No de otra manera podría interpretarse el hecho de que los amigos mexicanos nos llevasen, como orientadores, a prestigiosos economistas de esos días, tal la economista Robinson, de Inglaterra; Perroux, de Francia; Kalenski, de Polonia; Sweezy, de los Estados Unidos. Y podría argumentarse que todos ellos eran científicos sociales, con una posición progresista, ajenos a la tradición neoclásica de la ideología capitalista dominante, pero, al fin y al cabo, un tanto extraños en una reunión de rebeldía, donde habría de aprobarse un documento radical que hizo saber que la interpretación de los fenómenos que aquejan la economía de nuestros países, como el enunciamiento de su conducta defensiva, corresponde, única y exclusivamente, a los investigadores latinoamericanos comprometidos con el destino de sus pueblos.

Tal vez los resultados del Congreso fueron más allá de lo previsto. Tanto es así que en su discurso inaugural el doctor Flórez de la Peña, propuso volver a mirar con buenos ojos los postulados de la economía política clásica, especie de retorno al legado ricardiano. Sin embargo, esa insinuación fue desbordada, para ceder el paso a algo así como un grito de independencia de la economía política latinoamericana.

Porque no de otra manera puede calificarse el contenido de los documentos aprobados al final de las sesiones, muestrario elocuente de compromiso con la originalidad y la creación auténtica. Años después, los congresos posteriores, de Maracaibo y Lima, continuaron esa línea de conducta, y hasta dieron muestras de superación de los detalles comentados: por ejemplo, a esas reuniones, los conferencistas especiales, entre ellos Alonso Aguilar, lle-

garon del propio México, de Chile, Venezuela y Colombia.

En muchos de mis libros he tenido el cuidado de resaltar la trascendencia de los pronunciamientos del Congreso de México de 1965. Pero no he sido yo sólo su exégeta. El erudito Oreste Popescu también dijo en el prólogo de uno de sus libros, al referirse a la Revista ***Desarrollo Indoamericano*** *—creada con el propósito de divulgar los trabajos de los estudiosos latinoamericanos— que la historia del pensamiento económico vernáculo encontraba, en los tiempos modernos, un punto divisorio en esos acontecimientos.*

Y podría alegarse que para entonces ya existía el legado de la Cepal, y revistas de la importancia de ***Trimestre Económico****. Pero la verdad es que el mensaje cepalino, pese a su importancia, y a los aportes de sus más esclarecidos exponentes, participaba en un comienzo de los esquemas y modelos de autores extranjeros, como el australiano Collin Clark y el inglés Keynes. El mismo Prebisch lo reconocería más tarde, y su discípulo Adolfo Gurrieri, al describir su pensamiento y su estrategia, haría caer en cuenta que esos rasgos de sometimiento impidieron presagiar la crisis de la industrialización sustitutiva, y condicionaron los resultados inesperados, de la insuficiencia dinámica y la desigualdad social, en un patrón de desarrollo hacia adentro, a la larga aprovechado por los de afuera. En cuanto a las revistas, la mayor parte de su material era redactado por los economistas no latinoamericanos, que divulgaban las nuevas corrientes de deducción de los fenómenos económicos, pero desde el tranquilo mirador de la otra orilla.*

Recuerdo que para entonces, al terminar la década de los años cincuenta, casi por instinto y de manera solitaria, rechacé, con el entusiasmo de la juventud, las prédicas de los funcionarios de la Cepal que, con manuales mimeografiados en las manos, confundían el desarrollo social

con el crecimiento económico, y de manera subjetiva hacían uso de cuadros estadísticos para clasificar las diferencias de estructuras según el nivel de ingresos de los habitantes de un país. Todas las tesis y autores citados en esas ***conferencias****, eran extranjeros: Myrdal, Kuznets, Singer, Fellner, etc. Naturalmente, esa simplicidad les permitía no sólo acoger como deslumbrante y original —a pesar de que List, y los propios clásicos lo habían pregonado así— la definición de desarrollo de Clark, que hablaba del "desplazamiento relativo de la ocupación desde las actividades primarias a las terciarias", sino, además, los redivivos supuestos de Malthus sobre el crecimiento de la población y la producción.*

Era cierto también que ideólogos como Mariátegui, en el Perú; Ingenieros, en la Argentina; Noyola, en México; García, en Colombia, etc., habían clamado por la necesidad de un razonar y de un compromiso propios, pero sus insurgencias y posiciones eran fruto de decisiones personales, dadas a conocer en la cátedra y los libros.

Ahora, por primera vez, más de cien catedráticos que representaban las universidades de América Latina, confundieron sus voces para dejar constancia de que la "teoría del desarrollo formulada en los países industriales de Occidente, no explica satisfactoriamente los problemas del desarrollo latinoamericano, ni puede, en consecuencia, servir de base a una política capaz de atacar con éxito esos problemas". Y más aún, se toma conciencia, y así se dice, que "son los economistas de los países subdesarrollados los que tienen la obligación de formular un cuerpo de conocimiento que sea resultado de la observación y la experiencia, sometiendo estos hechos a un orden lógico que permita obtener conclusiones de validez general".

* * *

En ese Congreso de economistas latinoamericanos, al cual yo le concedo tanta importancia en la insurgencia de una generación, se destacaba la figura de Alonso Aguilar Monteverde. Su ponencia, escrita para refutar las interpretaciones que sobre los orígenes del subdesarrollo venían ofreciendo economistas y políticos de los Estados Unidos y Europa, sirvió de material adecuado a los asistentes para comprender mejor el alcance y veracidad de la actitud de rebeldía asumida. Un año después la publicó, por primera vez, la Revista ***Desarrollo Indoamericano,*** *y su difusión y conocimiento sirvió en los claustros universitarios para frenar la cándida acogida que se daba al mecanicismo histórico de Rostow; a las tendenciosas conclusiones de los círculos viciosos que se generan en la aparente falta de ahorro, inversión e ingreso, de Nurkse, Myrdal, Barré, Galbraith, y tantos otros; al dualismo social y sus salidas desarrollistas; a las imperfecciones del mercado, que, al decir de Meier y Baldwin, no permiten aprovechar el óptimo de los recursos por la inmovilidad de los factores, la inelasticidad de los precios y la carencia de especialización, etc.*

Más tarde, ese trabajo resumido en dos decenas de cuartillas, tomó forma de libro, para pasar a convertirse en una de las obras representativas de nuestro pensamiento económico.

* * *

Hace unas semanas trabajo en la preparación de este volumen, el sexto de la Colección ***Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina.*** *Su editor, el crítico literario e intelectual, don Virgilio Cuesta, gerente en Colombia de Plaza & Janés, reclama originales. Repaso los libros y ensayos publicados por Alonso Aguilar, y rememoro nuestras conversaciones. Cuando he iniciado la redacción de estas notas, suena el teléfono. Es mi amigo y compa-*

ñero de inquietudes, Benjamín Sarta. Antes del saludo, me dice: "Acabo de leer, de un solo tirón, la presentación que hizo a las ***Obras Selectas,*** *de Furtado. El empleo del diálogo no desentona con la seriedad del tema. Por el contrario, lo hace agradable. Pienso que usted lo ha utilizado como una manera sagaz para poder polemizar con el autor sin desvirtuar su condición de apologista, y para hacer responsable a cada cual de sus criterios e ideas. Y, además, para estimular, con la amenidad del coloquio, la lectura de la aridez de los temas económicos, no todas las veces favoritos para los no especialistas".*

Las palabras de este cultor del idioma y estudioso de la ciencia social, me animan a intentar de nuevo, con ese mismo estilo, la presentación de la obra de una personalidad del mundo de la investigación científica de México y América Latina, que desde mucho tiempo atrás, se ha ganado, por parte de sus paisanos, el merecido epíteto de maestro, con el cual se distingue a los que, por su relevante mérito, se han hecho acreedores a la admiración.

El diálogo imaginario, empieza:

J.C. *Han pasado dieciocho años después de nuestro encuentro en esa deslumbrante ciudad de México, que por su gente y su altitud, tanto se parece a nuestra centralista e insensible Bogotá.*

A.A. *Así es. Pero después de esa fecha varias han sido las veces en que juntos nos hemos acercado a algún sitio a conversar sobre eso que usted menciona, y sobre tantos compromisos que nos son comunes. Es verdad que mi ciudad es un poco indolente, tal vez por su exagerada expansión y el poder acumulado. Ya le comentaba alguna vez que Carlos Rafael Rodríguez, en tono de chanza, nos decía que cuando toda América Latina fuera socialista, la ciudad de México permanecería impasible, como isla solitaria. ¿Y usted cómo nos ve?*

J.C. *Bueno, a su pueblo, igual que al nuestro y al latinoamericano. Como auténtica reserva de nuestro destino. A sus*

intelectuales, comprometidos y creadores; a veces un poco soberbios e individualistas.

Pero dejemos para después esos comentarios. Ahora más bien hablemos de su trabajo intelectual...

A.A. Es bastante difícil hablar de uno mismo. Sin embargo, como usted me argumenta en sus cartas, nadie más autorizado para informar de su mensaje que el propio autor.

J.C. Yo se lo he comentado por experiencia propia. En nuestro medio son escasos los críticos. La dependencia obliga a tener en cuenta sólo a los extranjeros. Pocos se acuerdan del pensamiento social de Bolívar, o de Juárez, para apenas mencionar dos libertadores. Pero muchos recitan las ideas de los foráneos. La alineación es subyugante. Le cuento que en años pasados, en una manifestación de universitarios en la Plaza de Bolívar, de Bogotá, a un joven se le ocurrió darle un viva al nombre del Libertador, y, de inmediato, otro le replicó, diciéndose que ese ***man*** *no había sido marxista. Y todo quedó así, porque nadie allí sabía que Bolívar no podía ser marxista, ya que apenas Carlos Marx para esa época nacía cuando él escribía la Carta de Jamaica y posteriormente liberaba a cinco naciones. Lo contrario es lo difícil de entender: que ese coloso del pensamiento social y de la ideología revolucionaria, hubiese escrito un panfleto, equivocado y absurdo, contra el genio de América.*

Cuénteme ahora, ¿cuándo se inicia su vocación de escritor científico?

A.A. Mi vida de economista comienza en 1943, o sea en plena guerra mundial. En el primer quinquenio, digamos del 44 al 48, dedico mi interés al estudio de la banca y los mercados financieros, y, en un sentido más amplio, el financiamiento del desarrollo económico me ofrece perspectivas.

J.C. ¿Y qué resulta de esa primera experiencia?

A.A. Con tal motivo publico, por primera vez, un estudio sobre la banca mexicana, y numerosos breves artículos, que de hecho forman parte de otra investigación sobre el mercado de valores y capitales en mi país, en la que sostengo que

sin una adecuada organización financiera es imposible obtener recursos para financiar el desarrollo.

J.C. *¿Y después qué viene?*

A.A. *Para el período del 49 al 52, cambio un poco de objetivos. Podríamos decir que supero los límites de la materia financiera: para entonces, por un lado, el tema del desarrollo económico de México me compromete, y, por el otro, la teoría y los fenómenos del capitalismo, en general, y de la economía norteamericana, en particular, ocupa la mayor parte de mi trabajo.*

J.C. *¿Y por qué razón combina usted dos inquietudes aparentemente contrarias?*

A.A. *Respecto al primer tema hay una razón casi obligatoria: participé en la dirección y supervisión del ambicioso estudio que tomó el nombre de* ***Estructura Económica y Social de México,*** *que redacté, en la parte de la metodología y la introducción, en compañía de Raúl Ortiz Mena. En cuanto al segundo, una estada en ese país, en calidad de estudiante, hizo posible esa experiencia.*

J.C. *Tengo entendido que por allá, en la década del cincuenta, estuvo usted al frente del Círculo de Estudios Mexicanos...*

A.A. *Así es. Oportunidad, por cierto, que me sirvió para ahondar en el estudio de la economía de mi país, con resultados benéficos a través de trabajos sobre aspectos industriales, financieros y regionales.*

J.C. *Recuerdo muy bien que una noche compartimos al lado de Lázaro Cárdenas en casa de su hijo Cuauhtemoc, actual Gobernador del Estado de Michoacán y Presidente de la Sociedad Interamericana de Planificación. En esa inolvidable velada yo siempre lo vi al lado del gran General de la Revolución, y pude apreciar la amistad que los unía...*

A.A. *Eso es correcto. Mi admiración por el expresidente se acrecienta con el pasar del tiempo. Fue el mandatario fiel a los postulados más genuinos de la revolución mexicana. Por cierto, con motivo de la Conferencia Latinoamericana*

por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz, que Lázaro Cárdenas presidió en 1961, me correspondió preparar un estudio sobre los problemas del desarrollo y la lucha antiimperialista en América Latina, incluido después como capítulo de mi libro ***El Panamericanismo****, editado en 1965.*

J.C. *Usted ha mencionado trabajos no didácticos. Y como entiendo que la mayor parte del tiempo lo ha pasado en las aulas universitarias, ¿qué puede mencionar en ese terreno?*

A.A. *En cuanto el trabajo académico es en la década del sesenta donde doy forma a mis incursiones en el análisis de las causas del subdesarrollo. Fue la época cuando nos conocimos, y que ya usted ha recordado. En 1964 publiqué mi libro* ***El Marco Histórico del Subdesarrollo Latinoamericano****, y el año siguiente, en 1966,* ***Obstáculos al desarrollo Latinoamericano****. Estos dos ensayos marcan el inicio en una nueva fase en mi vida de investigador, en la cual la temática central gira alrededor de la explicación teórica del subdesarrollo.*

J.C. *Respondía usted así a la expectativa del momento. En todos nuestros países se había acogido el compromiso. Lo que se ha llamado, economía del desarrollo, exigía interpretaciones diferentes a las concedidas por los economistas de los países industrializados que trabajaron con entusiasmo y fecundidad en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Se dio en ese período una especie de despertar, de reacción de la investigación social latinoamericana, hasta el punto de que me atrevo a conceptuar que los trabajos de entonces agrupan la mayor parte de la doctrina económica moderna del Continente.*

A.A. *Puede ser correcto su juicio. Porque era una posición de crítica y aporte. Yo, por ejemplo, en mis libros* ***Teoría y Política del Desarrollo Latinoamericano y Problemas Estructurales del Subdesarrollo****, evalúo críticamente la*

teoría económica capitalista sobre el desarrollo y el subdesarrollo.

J.C. *Sería interesante detenerse un poco para hablar de esa época de oro. Por lo menos para mí fue definitiva. Y pienso que a todos nos sirvieron los desafíos y pronunciamientos, como los que quedaron inscritos en los anales del Congreso que he mencionado en estas notas. Dijimos en esa ocasión: "El análisis de los problemas del desarrollo latinoamericano requiere de una teoría propia, que sin perjuicio de los aportes constructivos que recoja de otros países, surja esencialmente de la observación y el análisis sistemático de los problemas latinoamericanos".*

A.A. *Tiene usted razón, por cuanto se hacía indispensable radicalizarse para no caer en la trumpa de deducciones aparentemente neutrales y objetivas de analistas extranjeros, que en el fondo eran la forma acomodada de una óptica comprometida con las conveniencias de las grandes potencias. De ahí que yo tenga mucho cuidado en desmenuzar cada una de esas interpretaciones falaces, incluso las acogidas por organismos de la respetabilidad de la Cepal.*

J.C. *A propósito de la Cepal, ¿cuáles serían sus observaciones en temas específicos como la razón del subdesarrollo y el papel que le corresponde a la planeación en la estrategia del desarrollo?*

A.A. *Primeramente debo decirle, como lo observaba en la década del sesenta, que los planteamientos de la Cepal y de los economistas ligados estrechamente a ella, son, sin duda, mucho más serios y dignos de examen que todo lo expuesto por la indagación foránea. Sin embargo, en el contenido de sus tesis encuentro contradicciones. Prebisch, por ejemplo, ha dicho que la estructura social prevaleciente en América Latina opone un serio obstáculo al desarrollo. Y desde luego parece innegable que los hechos mencionados por la Cepal en sus informes son atascos que es preciso vencer. Nadie puede negar que la defectuosa distribución de la propiedad y del ingreso, el régimen de tenencia de la*

tierra y las prácticas restrictivas monopolísticas en la producción, son escollos internos derivados de la estructura socio-económica imperante en nuestros países. De la misma manera hay que aceptar que el insuficiente crecimiento de las exportaciones, la escasa diversificación de las mismas y el deterioro de la relación de intercambio, son igualmente trabas al desenvolvimiento económico. Y la Cepal no sólo enuncia algunos de los obstáculos al desarrollo latinoamericano, sino que muestra clara conciencia de que cualquier intento serio tendiente a superarlos, tropezará con la enconada resistencia de los sectores afectados por los cambios. Pero, a la vez, sus planteamientos adolecen de limitaciones que no es difícil advertir. A menudo, después de sostenerse que el mal está en la estructura económica social, se sugieren medidas que, en el mejor de los casos, de llevarse a cabo sólo modificarían unas veces a la "superestructura", y otras a la "infraestructura" de nuestros países. Así, en ocasiones, se pone el mayor énfasis en la necesidad de lograr ciertos cambios meramente institucionales del tipo de los que en su tiempo sugirió la Alianza para el Progreso, y otras veces se subrayan las ventajas de la planificación o de la integración, como si tales elementos fuesen sustitutivos de las transformaciones propiamente estructurales. En general, pienso, no se establecen con precisión las relaciones entre las estructuras económicas propiamente dichas y los obstáculos que de ellas se derivan.

J.C. *¿Y no considera que esas limitaciones, o contradicciones, como usted las califica, encuentran su razón de ser en el hecho de que la Cepal, al fin y al cabo, es un organismo de las Naciones Unidas, ubicado en los predios del sistema capitalista?*

A.A. *Sin lugar a dudas esto no puede ignorarse. Tal vez por eso no pueden sugerirse medidas de gran alcance para modificar, digamos, el cuadro desfavorable que rodea el proceso de acumulación de capital, y se tiende a poner demasiado cuidado a los obstáculos externos ligados al*

comercio exterior, aceptando la posibilidad de que las clases dominantes, que son beneficiarias de la actual situación, puedan permitir o facilitar cambios aun en perjuicio de sus intereses.

J.C. *En mi ensayo sobre el pensamiento económico de Simón Bolívar, de reciente publicación, traigo a cuenta los resultados de la falsa integración plasmada en la ALALC, el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino, etc. Todas esas estrategias, por carecer de profundas reformas en las estructuras y de una conducta eminentemente defensiva, como lo añoraba el Libertador, vinieron a convertirse en nuevos instrumentos para provecho de la expansión y dominio del capital extranjero. Lo mismo podría decirse, en el ámbito nacional, del papel jugado por una planeación al servicio de lo establecido.*

A.A. *Y ahí radica la gran falla, en considerar el medio como fin. Yo me he encargado de enumerar una serie de fenómenos que integran la modalidad estructural de un país dependiente y subdesarrollado. Entre ellos, valdría la pena traer a cuenta el papel que le corresponde, en su génesis, al colonialismo y al imperialismo, y, en los momentos actuales, a la dependencia estructural, con sus variantes económica, financiera, tecnológica, cultural y política. Los obstáculos estructurales se entrelazan con fallas institucionales de todo tipo, que afectan el funcionamiento de la administración pública, la banca, el sistema impositivo, la educación, los sindicatos, las cooperativas y el sistma electoral. En la situación presente de América Latina es indudable que esas fallas están en acción y que es necesario superarlas. Pero como las formas institucionales derivan de rasgos a veces fundamentales de la estructura socio-económica misma, y están íntimamente ligadas, además, a los intereses de los sectores privilegiados de nacionales y extranjeros, sería un error deducir que los obstáculos fundamentales del desarrollo latinoamericano podrían ser vencidos con simples recomendaciones de gabinete, o reglamentos administrativos*

rutinarios. De ahí que piense que sólo una planificación económica medianamente racional y una integración defensiva, hará posible que en nuestros países se utilicen mejor los recursos para librar a sus habitantes de la miseria y el desamparo. Pero, como lo he indicado, para lograr esos objetivos es preciso, a la vez, transformar la estructura socio-económica actual y emprender a fondo una lucha contra los poderosos sectores nacionales y extranjeros que con tanto empeño la defienden.

J.C. *Nos hemos apartado un poco de su cronológica información intelectual. ¿Puede decirme qué hizo en la década del setenta?*

A.A. *En ese lapso traté de combinar tres líneas de trabajo fundamentales, Por una parte ahondé en el estudio del proceso capitalista mexicano; por otra, hice los esfuerzos indispensables para enriquecer el análisis del desarrollo latinoamericano, y, por último, sistematicé el estudio teórico del capitalismo, y, sobre todo, del imperialismo, como una condición para la más adecuada comprensión de la problemática del subdesarrollo, reparando cada vez más en las realidades históricas concretas, y contando con una guía teórica científicamente válida. En esta etapa mi trabajo lo adelanté compartido con amigos suyos y míos, entre ellos el gran Fernando Carmona, y Jorge Carrión. Fruto de esa labor son los libros* ***Problemas del Capitalismo Mexicano*** *y* ***Capitalismo, Mercado Interno y Acumulación de Capital.***

J.C. *A propósito de sus indagaciones sobre el proceso del capitalismo mexicano, siempre acepté que su análisis histórico para demostrar la presencia de un tipo particular de desarrollo capitalista que usted ofrece en su libro* ***Dialéctica de la Economía Mexicana****, es valedero para toda América Latina. Allí, en el capítulo titulado, "¿Feudalismo o Capitalismo?" aclara, con abundante documentación y citas de los autores más autorizados que han tratado el tema, que no puede hablarse de una economía feudalista colonial, ni de la preexistencia de un modalidad híbrida, por ser ese un error*

que dio motivo a una larga polémica, aunque fue muy importante, por cierto, para el enriquecimiento del pensamiento latinoamericano.

A.A. *En verdad tuve el cuidado de esclarecer, entre otras cosas, que ni la hacienda surgió de la encomienda, ni los grandes latifundios coloniales fueron de carácter feudal. Porque el desarrollo del latifundismo no fue, como a primera vista podría suponerse, la expresión de una economía estacionaria, improductiva, feudal, cuyo producto social sólo fuese suficiente para proveer a la población de los medios más elementales de subsistencia. Surgió más bien en respuesta a la necesidad de aumentar la producción y de emplear formas de explotación del trabajo más eficiente que las encomiendas y los repartimientos. Tanto la hacienda agrícola como los ranchos ganaderos, las empresas mineras y las existentes en otros campos de actividad, fueron unidades comerciales, no simples escaparates de lujo y ostentación de señores a quienes no interesara la ganancia, la explotación del trabajo ajeno, y la acumulación de dinero, y aun de capital.*

J.C. *Ese análisis acertado, conceptúo yo, habría de servirle también para comprender mejor el origen del subdesarrollo y la dependencia...*

A.A. *Es correcto. La dependencia es un hecho histórico que acompaña al desarrollo de nuestros países desde el momento mismo en que son conquistados en el siglo XVI. La economía colonial de nuestra América Latina fue una economía tributaria, siempre subordinada a los intereses extranjeros. El fenómeno de la dependencia es complejo. Por ejemplo, sería un error creer que el destino de nuestros países se resolvió en su totalidad en la etapa colonial. Aunque no puede olvidarse, sin regatearle ni un milímetro de su responsabilidad, que esa fue, en todo caso, una etapa, hasta si se quiere, larga y sombría, que desde luego ejerció una profunda influencia en la fisonomía que hoy muestran nuestros países. Pero sería un error apropiarle toda la culpa.*

Y, a la inversa, el grupo de investigadores, especialmente de sociólogos, preocupados en descubrir las formas que en estos tiempos adopta la dependencia, acaso den la impresión de descubrir lo que es más característico en nuestros días, sin tomar en cuenta lo acontecido en fases previas.

J.C. *El tema de la dependencia es inagotable. Se ha discutido bastante, pero aún hay confusión. El apego rígido a los esquemas perturba su análisis. En las discusiones el dogmatismo hace mucho daño, y permite acercarse a extremos estériles...*

A.A. *Comparto su observación. Por eso es importante, en mi concepto, no limitarse a considerar los cambios recientes en el desarrollo del imperialismo o, concretamente, del fenómeno de la dependencia, como suele hacerse por algunos autores que, haciendo caso omiso de la dinámica central del proceso capitalista y sus contradicciones más importantes, se limitan a contrastar lo que suponen más característico del llamado "modelo de crecimiento hacia afuera" con el de "crecimiento hacia dentro", que según ellos adquiere cuerpo en el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Y lo grave no es sólo que se tome prestado un herramental analítico inadecuado, del tipo del que, por ejemplo, se han valido la CEPAL y la OEA en ciertos estudios, sino que se le emplee acríticamente, sin reparar en sus más graves limitaciones, bajo el efecto alienante del tecnocratismo burgués, al margen casi siempre de los problemas fundamentales y como si se quisiera acomodar la realidad a esquemas prefabricados.*

J.C. *Esa esquematización puede originarse en la ignorancia o desconocimiento de toda una larga historia, desde la Conquista misma hasta nuestros días, de descripciones y críticas a la dependencia. Como observaba en el prólogo que escribí a las* ***Obras Selectas*** *de Celso Furtado, un grupo de investigadores, especialmente sociólogos, parece que se ha apropiado del descubrimiento de la dependencia, y gusta*

consumir páginas criticando, unas veces a favor, otras en contra, sus aportes y conclusiones...

A.A. *En verdad el estudio del subdesarrollo, y en particular de la dependencia, se ha enriquecido apreciablemente en los dos últimos decenios, con las contribuciones de múltiples autores a quienes, por cierto, por descuido o inadvertencia, no mencionan esos sociólogos e investigadores a que usted alude. Con todo, sería desacertado y aún tonto y vanidoso que, quienes nos hemos ocupado de tales problemas, digamos en los quince o veinte años, pensáramos —como suelen hacerlo ciertos autores siempre dispuestos a descubrir el Mediterráneo— que antes de nosotros nadie lo hizo. El problema de la dependencia, concretamente en la fase monopolista, ha sido objeto de constante inquietud en América Latina.*

J.C. *Es tan cierto lo anterior, que con motivo de las primeras cincuenta ediciones de* ***Desarrollo Indoamericano****, adelanté la tarea de compilar los ensayos que en sus páginas se habían publicado sobre los temas del subdesarrollo y la dependencia, y salieron seis volúmenes, de los cuales ya se han publicado dos. Y es eso lo divulgado en una sola de las numerosas publicaciones especializadas en esos temas en nuestro subcontinente, en el cual ahora se editan revistas de la categoría de* ***Problemas del Desarrollo****, de su Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México;* ***Foro Internacional****, Revista* ***Paraguaya de Sociología****,* ***Desarrollo Económico****,* ***Trimestre Económico****,* ***Economía y Sociedad****,* ***Comercio Exterior****,* ***Economía*** *(publicadas con el mismo nombre en Ecuador, Perú y Guatemala),* ***Integración Latinoamericana****,* ***Revista de la Cepal****,* ***Revista Interamericana de Planificación****,* ***Crítica****,* ***Diálogo Social****,* ***Revista Mexicana de Sociología****,* ***Tareas****,* ***Nueva Sociedad****,* ***Investigaciones Económicas****, y su propia* ***Estrategia****, para citar nada más las que me son familiares.*

A.A. *Es oportuna su mención. Porque en los centenares de ensayos que allí se recogen, amén de los libros publicados que ya llenan estantes, es cierto que están los que se han apropiado la llamada* ***teoría*** *de la dependencia, pero ellos sólo aparecen al lado, y sólo al lado, de los muchos, muchísimos, observadores de las características y efectos de ese fenómeno. Por ejemplo, al margen de las interesantes apreciaciones de los autores europeos que se les cataloga como clásicos del imperialismo, con Lenin, Luxemburgo y Bujarin a la cabeza, el tema está presente en las figuras más destacadas de nuestro pensamiento social. Recuerdo ahora que en su libro* ***Lenin y América Latina*** *se valora al conductor soviético como precursor de las modernas concepciones de la dependencia, y Pividal y usted han estudiado la ideología bolivariana como rica en estas materias. El problema de la dependencia está presente en Martí, quien especialmente en la etapa en que vive en "las entrañas del monstruo", escribe páginas clásicas al respecto. Lo está también en el historiador chileno Francisco Encina y en el vibrante alegato nacionalista de Ugalde; lo hallamos en Ingenieros y en Mariátegui, en Mella y Sandino, en Luis Carlos Prestes y Jorge Eliécer Gaitán, en el pensamiento de Bassols y de Lázaro Cárdenas, en Salvador de la Plaza, Josué de Castro, en la poesía de Neruda, Guillén y Artel y, en general, en la plataforma de la izquierda latinoamericana de los años treinta y cuarenta. Y en la realidad socialista, reaparece, enriquecido por la práctica revolucionaria, en la obra de Fidel Castro y del Che Guevara, de Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Roa, y se reitera, una y otra vez, en las Declaraciones de La Habana, en los mensajes de Allende, etc. E, incluso, en aquellas formulaciones que hoy pudiéramos considerar más endebles, más insuficientes o unilaterales y menos analíticas, hay sin duda avances, contribuciones y aciertos que sería injusto y erróneo menospreciar. Hay un caudal de información y, visto en su conjunto, un esfuerzo que se desenvuelve con cierta continuidad a lo largo de*

decenios, y que si bien no tiene el refinamiento o la precisión de algunos estudios posteriores, aporta valiosos elementos para comprender una realidad que aún no conocemos suficientemente y que es preciso comprender mejor.

J.C. *En un Seminario sobre la Teoría del Desarrollo que se llevó a cabo en su Instituto, al final de la polémica sostenida con varios sociólogos y economistas de América Latina, usted define con precisión y claridad al subdesarrollo, y presenta algo así como un resumen de sus conceptos alrededor de este tema. Entonces responde también a su propio interrogante sobre las cuestiones que deben tenerse en cuenta, especialmente, para avanzar en el trabajo de la investigación. ¿Podría repetir esos juicios?*

A.A. *En esa ocasión dije que entre esas cuestiones una primera sería la convicción de que los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo son estructurales, que afectan las relaciones mismas de producción y se desenvuelven más allá de las fronteras de la ciencia social propia del capitalismo, específicamente, del cuerpo de análisis micro y macroestático de la economía neoclásica y keynesiana, todavía en boga en las universidades latinoamericanas. El vasto y complejo marco en que tales problemas se plantean ayuda a comprender porqué, desde luego, los mismos no pueden ser debidamente examinados en planos puramente empíricos, sino necesariamente integrados en un análisis teórico riguroso que sustituya los viejos conceptos formales de la ciencia convencional por categorías históricas que expresen y ayuden a situar los fenómenos reales de mayor importancia.*

J.C. *¿En qué momento, piensa usted, un investigador se encuentra en condiciones de liberarse de esa dependencia intelectual y puede comprometerse con un tipo de investigación más auténtica?*

A.A. *A partir del momento en que conciba al desarrollo y al subdesarrollo dialécticamente, o sea, como dos caras contrapuestas de un mismo proceso histórico. Cuando esto sucede, el estudioso de los problemas de nuestros países*

estará en condiciones de comprender el papel contradictorio que el capitalismo ha jugado en la historia moderna y, muy específicamente, en los factores que originan y mantienen el subdesarrollo. Desde luego, para que pueda lograr esa posición es menester que prescinda de los modelos y esquemas convencionales, que le permita introducir nuevas y más significativas variables al incorporar al centro del análisis los factores propiamente estructurales.

J.C. *¿Con eso bastaría?*

A.A. *A mi juicio sólo en esa perspectiva es posible descubrir los hilos conductores del proceso económico y, por consiguiente, las relaciones y contradicciones fundamentales que explican por qué nuestros países son lo que son. En la práctica, por desgracia, aún en la propia izquierda caemos a veces en posiciones endebles y unidimensionales. Es decir, si bien se habla de contradicciones de todo orden y a menudo se sugieren en forma un tanto mecánica que tienden a agudizarse, lo cierto es que con frecuencia no se sabe con precisión en qué consisten ni porqué se intensifican o agravan. De nuevo cabría decir que sólo conociendo a fondo la realidad podremos saber de qué contradicciones se trata, cuáles sus orígenes y alcances, cuáles son realmente antagónicos y cuáles no, y cuáles, en fin, aun siendo secundarias, bajo ciertos momentos de la lucha de clases pueden adquirir enorme importancia y determinar cambios profundos e inesperados.*

J.C. *Tomando sus propias palabras e interrogantes, le preguntaría: ¿Cómo puede auxiliarse el investigador para trabajar sobre esas contradicciones, sea a partir de ciertas hipótesis o en otros casos prescindiendo de ellas, para tratar de descubrir del examen directo de determinados aspectos del proceso, elementos que permitan llegar a conclusiones iniciales, aunque fuesen más o menos burdas, pero susceptibles, claro está, de modificarse y enriquecerse más adelante?*

A.A. *Yo diría que debiéramos tener presente la conveniencia de utilizar al máximo la información disponible, no sólo la información estadística —como ocurre en muchas monografías— sino toda aquella que incluso pueda ayudar a ponderar mejor, a reagrupar y aún a corregir datos numéricos existentes. En nuestra época se tiende a menudo a exagerar el valor de los números. Bajo la influencia de los avances de la matemática y, en general, de las ciencias exactas, y en nuestro campo profesional de la economía neoclásica y los modelos econométricos, ha aflorado una tendencia al cuantitavismo que, en posiciones tan rígidas —y para la ciencia social inaceptables— como aquellas que Marx y Engels criticaban hace un siglo, aún en mayor medida que entonces, pretenden dar a los datos estadísticos un valor casi mágico, llegando incluso a postularse que lo que no puede medirse no interesa a la ciencia económica. No puede caerse en actitudes fetichistas, sobre todo en países en que como todos sabemos las cifras suelen adulterarse, en donde a veces no sólo no intentan reflejar la realidad sino tergiversarla, y cuando a menudo están más cargadas de contenido ideológico que las palabras.*

J.C. *Sobre la verdad de las estadísticas nuestro pueblo sabe cómo aceptarlas. En Colombia, por ejemplo, la gente se ríe de los datos del DANE sobre el aumento del costo de la vida, que apenas si informan de mínimos porcentajes de aumentos de los precios, cuando la realidad de la inflación la soporta en la visita diaria a los supermercados. Recuerdo que una vez me tocó dirigir un estudio del Chocó (la región de la Costa del Pacífico), y encontré que en la estadística colombiana no se registraba la exportación de un kilo de madera. Sin embargo, en el anuario de comercio exterior de los Estados Unidos, las importaciones de madera de Colombia eran de miles de toneladas. Al visitar ese territorio y navegar por el río Atrato, la verdad fue sorprendente: grandes barcos esperaban en su desembocadura, en el Mar Caribe, para cargar una riqueza explotada de manera irra-*

cional, con la complicidad de las autoridades, sin dejar ningún beneficio a sus habitantes.

A.A. *A mí me sucedió algo parecido. Hace unos veinte años me tocó vivir la experiencia de un estudio sobre la estructura agraria del noroeste de México. Según las cifras oficiales disponibles, en las zonas agrícolas de riego sólo había ejidatarios y pequeños propietarios, cuyos predios se explotaban en las condiciones previstas por la ley. Yo sabía que tal imagen no correspondía a la realidad y, convencido de ello, en vez de convenïr apologéticamente con las autoridades en que no existían latifundios, me di a la búsqueda de ellos, y con base en centenares de fuentes consultadas en una investigación directa, en el curso de unos meses fue posible comprobar que el grueso de la tierra estaba en manos de un millar de terratenientes, y más aún, unas cincuenta familias eran dueñas de las mejores tierras.*

J.C. *Hasta ahora casi hemos dedicado el diálogo al tema del desarrollo, tratando de responder así al signo de la época. Los economistas se han ocupado en describir e intentar la interpretación de los fenómenos del subdesarrollo y la dependencia. Y a mí me parece que se ha descuidado bastante la formulación de la teoría de las diferentes materias propias de la economía política, digamos el interés, la inflación, la crisis, el valor, etc. En este campo se sigue repitiendo el legado de la teoría esbozada en las economías desarrolladas. Por ejemplo, se habla de inflación y se enjuician sus efectos, pero se siguen repitiendo como interpretación de sus causas, las razones cuantitativas de los mercantilistas (con sus vertientes keynesianas, cepalinas, o de la Escuela de Chicago) o monetarista-marxista de los manuales soviéticos...*

A.A. *Conozco muy bien su trabajo sobre el tema de la inflación, porque yo mismo fui objeto de sus comentarios críticos. Pero debo decirle que no me he olvidado de ese compromiso, que considero ineludible. Mi libro* ***Economía Política y Lucha Social****, se orienta en ese sentido. Allí trato*

materias como las del mercado, la planificación, etc., intentando refutar los argumentos de los economistas de los países dominantes. Y en los últimos años he dedicado la mayor parte de mi tiempo al estudio de la crisis. En su Revista se publicó recientemente uno de esos trabajos. En 1979 publiqué el libro ***La Crisis del Capitalismo****, en el cual recojo un amplio ensayo sobre la teoría de la crisis general, que complementé después con análisis concretos sobre América Latina. En el Segundo Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, en La Habana, mi ponencia se refirió al impacto de la crisis actual en las economías subdesarrolladas.*

* * *

Hablar, a manera de diálogo, como hemos intentado hacerlo, sobre el aporte de Alonso Aguilar en el estudio del subdesarrollo, es misión interminable. Aguilar ha respondido al reto de su tiempo con entrega y compromiso. El pensamiento social del hombre es reflejo de la estructura económica imperante, ya para servir de soporte a las instituciones, o para el juicio crítico de lo prevaleciente. La base estructural determina el mensaje del análisis. Ese discurrir ha sido siempre, en el transcurso de la historia, para defender y justificar lo establecido, o para enjuiciar contradicciones e injusticias. Desde este punto de vista, bien puede opinarse que el pensamiento de Alonso Aguilar es la deducción de un examen cuidadoso a la situación de desventaja del subdesarrollo y la dependencia, especie de radiografía de unas estructuras.

En su fecundo trabajo, Aguilar responde al legado de sus antecesores. México es un país que ofrece un rico patrimonio en el campo del pensamiento social. Desde el período pre-hispánico sus grandes culturas indígenas dejaron la huella de conductas y modalidades ejemplares. En sus cinco tomos de la ***Historia y Pensamiento Económico de México****,*

Diego López Rosado dedica buena parte de su monumental obra a divulgar las costumbres de la vida social de los naturales. Y resulta más que interesante comprobar que entonces los cultivos eran intensivos y existía una organización para el intercambio, con precios controlados por jueces con facultad hasta de imponer la pena de muerte en los casos de especulación o engaños por parte de los comerciantes. Cortés describe con sorpresa la disposición de los mercados que encontró en las urbes. En la sola ciudad de México había una plaza de mercado tan grande, al decir de Román Piña, que en ella podían caber dos ciudades como Salamanca. Y sus galerías estaban racionalmente distribuidas, para atender con prontitud las demandas de sesenta mil personas que diariamente se movían en los ajetreos de las compras y ventas. Todo este orden tenía que ser la consecuencia de una orientación prevista, de una reflexión. En la hacienda pública también los aztecas daban muestra de madurez: contaban con un sistema tributario adecuado para los objetivos de la clase dominante, que facilitaba la obtención de impuestos en especie de acuerdo con las mercancías producidas en cada región.

Como en todos los virreinatos, pero con mayor razón en el de la Nueva España —por su importancia económica y demográfica—, las observaciones y conceptos que se dan a conocer en los informes oficiales, son profusos. Muchos son los personajes que estudian la realidad del México de entonces, cuyos juicios motivan al examen por parte de historiadores y analistas: Revillagigedo, en el siglo XVIII, denuncia ante la metrópoli el problema de la tierra: "La mala distribución de la tierra, afirma, es un obstáculo para los progresos de la agricultura y el comercio... las tierras realengas sufren notables usurpaciones y las de privado dominio están distribuidas en grandes haciendas que abrazan centenares de leguas, correspondientes a casas religiosas, clérigos y mayorazgos". En términos parecidos se pronuncia Manuel

Abad Queipo, oponiéndose, en su condición de sacerdote, a su propio grupo social.

En los últimos ciento cincuenta años el cultivo de la ciencia social es más que aceptable: en su libro ***El Pensamiento Económico en México****, Jesús Silva Herzog examina las ideas económicas de treinta y ocho autores, y en las 748 páginas de su minuciosa historia del* ***Pensamiento Económico, Social y Político de México, 1810-1964****, son cincuenta y cuatro, incluyendo sociólogos, políticos y filósofos, los personajes estudiados, sin llegar a ocuparse de los científicos sociales vivos.*

Al calificar el contenido de los estudiosos de los problemas de su país, Silva Herzog, ha dicho: "Considero de significación hacer notar que hay algo así como un hilo conductor en el pensamiento mexicano desde la Independencia hasta nuestros días. De los 54 autores que he estudiado hay por lo menos 34 preocupados por el problema de la tierra; 26 temerosos de la penetración norteamericana en México o francamente antiimperialistas; 20 que desde distintos ángulos critican la política del clero, y 16 defensores del indígena, secularmente olvidado o explotado".

La razón de la lucha de la independencia la explican los dos grandes libertadores, Hidalgo y Morelos, en términos económicos y políticos. En 1810 Hidalgo decreta la libertad de los esclavos y la distribución de la tierra. Sus proclamas dejan al descubierto el objeto de la presencia de los extranjeros en los suelos de América Latina. "Ellos, decía en Valladolid, no han venido sino para despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos nuestras tierras, por tenernos siempre avasallados baxo sus pies". Por su parte Morelos se muestra como un revolucionario radical. En su famoso bando expedido en noviembre de 1810, ordena: "Nadie pagará tributo y no habrá esclavos en lo sucesivo. Los amos que tengan esclavos serán castigados". Y en el Congreso de Chilpancingo, desprecia los criterios aristocráticos imperantes, para insinuar que debe consagrarse la igualdad de los hombres en

la nueva república. "Quiero que hagamos la declaración, aconsejaba el gran patriota, de que no haya otra nobleza que la de la virtud, el saber... que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos, que no es racional, ni humano, ni debido que haya esclavos...". Y siguiendo la tradición de sus antepasados, y no los de Roma o Bizancio, como piensa el maestro Silva Herzog, fija los precios de los artículos de primera necesidad —manteca, maíz, arroz, pescado, tabaco, etc.— para evitar los efectos de la inflación de guerra. En este campo Morelos es acertado al hacer uso del instrumento del control directo, prioritario en la estrategia de la política monetaria. Cuarenta años después, el Benemérito Benito Juárez, tercero de la gran trilogía de los libertadores, al lado de sus grandes reformas políticas, tiene espacio para ocuparse en la solución de los problemas económicos. Juárez es poblacionista, porque considera que "la falta de población produce la falta de consumo". En el campo del desarrollo valora el papel que le corresponde a la industria, a la educación y a la tierra. Y, además, prevé el papel de una adecuada infraestructura, mostrándose siempre preocupado por la construcción de caminos que faciliten la movilidad interna de los productos, libres de las alcabalas coloniales.

No es mi propósito intentar resumir en estas páginas el contenido de los razonamientos de los economistas y pensadores sociales de México, tarea adelantada ya por tantos historiadores autorizados. Apenas si he hecho mención de antecedentes, para traer a cuenta, como ya dije, una tradición que en nuestros días continúa con entusiasmo, en manos de Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Pablo González Casanova, Arturo Bonilla, Angel Bassols Batalla, Ramón Martínez Escamilla, Arturo Guillén, Jesús Silva Herzog, Edmundo Flórez, Leopoldo Solís, Leopoldo Zea, Oscar Soberón, Francisco Zamora, Diego López, Rodolfo Stavenhagen, Jorge Carrión, José Luis Ceceña, Víctor Urquidi, José Luis Sampedro, Ifigenia de Navarrete, Irma Manrique

y tantos otros. Todos ellos, como en el ayer lo hicieron Francisco Severo Maldonado, Tadel Ortiz, Lorenzo de Zavala, Mariano Otero, Ricardo Flórez Magón, Narciso Bassols, Lázaro Cárdenas, etc., han entrado, por el derecho de su esfuerzo, a la galería de exponentes del pensamiento social de México y América Latina.

* * *

El presente volumen, el sexto de la Colección ***Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina****, que tiene por título ORIGENES DEL SUBDESARROLLO, recoge lo más significativo del aporte intelectual del doctor Alonso Aguilar. El mismo autor se encargó de seleccionar el material, teniendo en cuenta una correlación de los temas tratados que pudiese responder al propósito de presentar, en un solo libro, los aspectos más sobresalientes de su trabajo de investigador y crítico de los fenómenos propios del subdesarrollo y la dependencia.*

El primer capítulo es lo que podríamos llamar el compromiso: la posición afirmativa en el deber de intentar formular la teoría del desarrollo que explique satisfactoriamente lo que sucede en nuestro subcontinente latinoamericano. En este campo han trabajado los más sobresalientes economistas de nuestros países, pero sin lugar a dudas el aporte de Aguilar se encuentra en primera fila. El conocimiento de la literatura social extranjera, con sus aciertos y falacias, le ha permitido enjuiciar lo conocido para defender tesis meritorias que permitirán, en un futuro independiente, condicionar estrategias en favor del desarrollo.

La formulación de hipótesis sobre la realidad que nos circunda, no es nada fácil. El propio Aguilar así lo reconoce en las primeras líneas de este libro. Porque al lado de la disciplina y el esfuerzo de hundirse en el pasado para indagar causas y sopesar efectos, en nuestros días pesa la incomprensión de la mayor parte de los estudiosos, catedráticos y

divulgadores en general, doblegados por el sometimiento a las exposiciones de los analistas de los países dominantes. "Avanzar en la elaboración de una teoría en el complejo campo de las ciencias sociales, dice Aguilar, sobre todo en momentos en que las fuerzas en conflicto se polarizan, las fricciones se ahondan y los desacuerdos se multiplican, reclama un gran esfuerzo de sistematización y de síntesis, así como escapar a las presiones políticas y aún a las meramente emocionales que a menudo vuelven imposible distinguir la realidad de su apariencia".

El origen del subdesarrollo lo desentraña Aguilar desde la etapa colonial, para seguir al librecambismo y la fase imperialista, hasta llegar a la situación actual, de actividad de las multinacionales. La dependencia estructural, y las tendencias hacia la concentración, son, también, motivo de su observación analítica.

El segundo capítulo, sobre el estudio de las teorías generales del desarrollo, viene a servir de complemento: en él se refutan las recomendaciones desarrollistas, y se ponen al descubierto pretendidas recetas propias del establecimiento. Aguilar recuerda que debe tenerse mucho cuidado con la aparente neutralidad y objetivismo de las especulaciones teóricas emanadas de universidades extranjeras, que en el fondo hacen del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilateral, "que se desenvuelve en línea recta, en el trayecto que va de la economía ***tradicional*** *a la* ***moderna****, conforme a una teoría del* ***continuum*** *en la que el desarrollo es el punto final de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste".*

Los otros capítulos ofrecen una continuidad: son versiones ampliadas de los primeros enunciados. A medida que se avanza en la lectura del pensamiento de Aguilar, puede gozarse de su vigor y su penetración científica. Aguilar no ofrece tregua: refuta y despeja caminos. Parece que escri-

biera de prisa, con deseos de aclarar horizontes. Pero, en verdad, más que la rapidez por decir lo que debe decirse, es el afán de contribuir a poner fin a todo un mundo de obnubilación que se desprende de la dependencia estructural, sus instituciones y sus ideologías.

Aguilar forma parte de una generación de cientistas sociales cuyo legado habrá de valorarse en un futuro más apropiado, libre de complejos extranjerizantes. Desde la postguerra la autenticidad y el empeño creador, como mencioné al comienzo de estas anotaciones, ha sido bandera de trabajo de una pléyade de economistas y sociólogos. Ya decía con razón un gran visionario norteamericano: "Pocas partes hay en el mundo donde pueda verse con mayor claridad cómo la abundancia de recursos humanos y materiales no ha podido convertirse en base de un rápido progreso económico y social... pero también hay pocas regiones en el mundo en que, como América Latina, tantas personas dediquen toda su energía, todo su talento y todo su valor, a la lucha por un futuro mejor".

Y qué satisfactorio resulta para mí, que he tenido la oportunidad de presentar la obra intelectual del maestro Alonso Aguilar, saber que él forma parte, en condición de meritorio exponente, de esas personas que con un entusiasmo que contagia, laboran sin tregua convencidos del advenimiento de un mañana más independiente y justo para nuestros pueblos.

JOSE CONSUEGRA
Pradomar, noviembre de 1982

HACIA UNA TEORIA DEL SUBDESARROLLO

La formulación de una teoría del desarrollo que explique satisfactoriamente lo que acontece en América Latina, es todo menos una tarea sencilla. Intentar determinar, de manera rigurosa, la razón de ser del desarrollo y el subdesarrollo latinoamericano requiere penetrar en el proceso histórico, echarse atrás décadas y aún siglos, rastrear con objetividad en un pasado lejano y borroso y reconstruir situaciones que, a pesar de su importancia suelen estar ausentes incluso en muchas de las obras de los historiadores, sociólogos y economistas. Acometer tal tarea supone, además, conocer el presente, evaluar con precisión los cambios que han tenido lugar en los últimos años, percibir lo que es común y distinto en cada país, y con base en todo ello integrar un modelo analítico o interpretativo que, a consecuencia de una abstracción rigurosa, tanto desde un punto de vista lógico como histórico, permita advertir, interrelacionar y jerarquizar los factores o elementos fundamentales que han impedido o frenado el proceso de desarrollo.

Por fortuna no sólo puede observarse que cada vez se adquiere mayor conciencia respecto a las fallas de ciertos planteamientos teóricos, en los que sería utópico tratar de fincar una estrategia económica capaz de librar a Latinoamérica del atraso, sino que, gradualmente también, se avanza en el intento de comprender mejor las causas de ese atraso y de entender que la comprensión profunda de nuestros problemas no habrá de ser fruto de la casualidad ni de escarceos superficiales más o menos esporádicos o meramente empíricos, ni de actitudes o estrate-

gias que descansen en esquemas simplistas que en el fondo sólo exhiban posiciones dogmáticas divorciadas de la realidad.

Avanzar en la elaboración de una teoría en el complejo campo de las ciencias sociales, sobre todo en un momento en que las fuerzas en conflicto se polarizan, las fricciones se ahondan y los desacuerdos se multiplican, reclama un gran esfuerzo de sistematización y de síntesis, así como escapar a las presiones políticas y aún a las meramente emocionales que a menudo vuelven imposible distinguir la realidad de su apariencia. Mas así como el logro de un mínimo de objetividad no se consigue evadiendo o tratando de soslayar la realidad, sino viviéndola y enfrentándose a ella, esforzándose por desentrañarla, actuando como parte comprometida en el proceso de cambio y no pretendiendo ser un juez superior e inapelable, cuyos fallos se produzcan al margen de la contienda y de los intereses en pugna; así también, el propósito de destacar con sencillez y congruencia las variables decisivas del fenómeno del atraso económico no puede consistir, como algunos autores pretenden, en hacer tentadores y simplistas modelos matemáticos globales, en los que se cuantifiquen e interrelacionen tres o cuatro variables, olvidándose del dinamismo del proceso de desarrollo, de los factores con frecuencias esenciales que, por lo menos hasta ahora, no son susceptibles de medición numérica y de que, en el fondo, como bien señala la señora Robinson, aún no se ha avanzado suficientemente en el conocimiento de las fuerzas determinantes de la acumulación de capital y de las reacciones de la comunidad en los diferentes sistemas sociales, como para expresar ese conocimiento "en términos algebraicos".[1]

Acaso el rasgo común que más sorprende y desconcierta en las teorías burguesas del desarrollo, es el de que a pesar de los refinamientos metodológicos y técnicos de que se hace gala en ciertos planteamientos, lo que escapa a ellos es la realidad social del desarrollo y el subdesarrollo y su examen objetivo. Tales teorías parecen moverse en un mundo en que los fenómenos económicos resultan de leyes sicológicas inmutables, de propensiones extraeconómicas, de motivaciones individuales,

[1] Joan Robinson, *ob. cit.*, p. 107.

círculos viciosos, funciones lineales o, en el mejor de los casos, procesos de causación circular. Refiriéndose, precisamente, a la teoría del desarrollo dominante en los centros universitarios de occidente, el profesor Furtado expresa con razón que:

> "... ese punto de vista presenta la falla fundamental de pasar por alto que el desarrollo económico posee una nítida dimensión histórica. La teoría del desarrollo que se limita a reconstruir —dice— en un modelo abstracto —derivado de una experiencia histórica limitada— las articulaciones de determinada estructura, no puede pretender un elevado rango de generalidad".[2]

No es extraño, en tal virtud, que el observador encuentre con frecuencia incomprensibles tales esquemas y modelos teóricos, y se pregunte en dónde están en ellos el imperialismo, la presión asfixiante de los países fuertes sobre los débiles, la explotación brutal que muchos pueblos de los hoy atrasados han sufrido, las clases sociales y sus luchas irreconciliables, los cambios en la estructura social, el desperdicio y la corrrupción; en dónde está ese fenómeno complejo, envolvente, profundo y vasto de la dependencia, cuya sola presencia condiciona toda posibilidad de desarrollo capaz de satisfacer las necesidades de los países económicamente atrasados; en dónde está, en una palabra, la realidad.

Al tratar de explicar, en una perspectiva histórica, los factores que a nuestro juicio más influyen en el atraso latinoamericano, somos conscientes de las limitaciones de nuestro esfuerzo. Sabemos que Latinoamérica es un continente complejo y múltiple, y que para trazar una política nacional concreta, sería preciso internarse en el bosque y acercarse a muchos de los árboles. Comprendemos, también, que hacer una teoría del desarrollo exigiría un esfuerzo que rebasa con mucho tanto el marco de este trabajo como el límite de nuestra capacidad, y acaso de cualquier capacidad individual. Podríamos, en defecto de ello, tratar de construir un modelo simplificado y estático —semejante a algunos de los muchos que se han puesto de

[2] C. Furtado, *Desarrollo y subdesarrollo* ..., pp. 149-150.

moda en la literatura reciente del desarrollo—; pero creemos que intentar tal cosa no tendría especial utilidad teórica o práctica.

Tampoco nos mueve, sin embargo, una intención meramente descriptiva o el simple propósito de enunciar, en una lista larga e incompleta, obstáculos de mayor o menor significación distintos a los ya examinados. Nuestra meta es otra diferente y más ambiciosa: tratamos más bien de destacar la presencia y de establecer la interrelación dinámica de los factores que fundamentalmente han moldeado y siguen condicionando el desarrollo latinoamericano. Porque, lo que parece claro es que no son factores aislados los que están en juego, sino elementos cuya interacción ha determinado el subdesarrollo y cuya trabazón interna es preciso, en consecuencia, descubrir, aunque su ponderación rigurosa haya de requerir de estudios adicionales y de esfuerzos tendientes a sustanciar y verificar detalladamente lo que nosotros sólo hemos de bosquejar toscamente en estas páginas.

Entre tales factores, aquéllos a los que dedicaremos la mayor atención —y que en general son, a la vez, de los que a menudo ni siquiera se mencionan en las explicaciones más convencionales— hemos elegido los siguientes: el colonialismo, el librecambismo, el imperialismo, el tipo peculiar de capitalismo que ha surgido en los países económicamente atrasados, el fenómeno de la dependencia, la tendencia a la concentración, el defectuoso y antisocial reparto de la riqueza y el ingreso nacional y —como consecuencia y en parte también causa de todo ello— el cuadro desfavorable en que se desenvuelve el proceso de acumulación de capital y de desarrollo.

El colonialismo fue el primer canal de acceso del capital europeo a nuestros países, de un capitalismo incipiente, subordinado desde su nacimiento, cuya irrupción constituyó un hecho desquiciador y entorpecedor del desarrollo latinoamericano. En una etapa histórica posterior, cuando el capitalismo se consolidaba como sistema dominante y los países de América conquistaban su independencia política, fue el librecambismo, en el marco conceptual de la filosofía liberal, el puente que mantuvo en contacto a esos países con el mercado mundial en expansión. Al pasar el sistema de la fase competitiva a la del

monopolio, surgió el imperialismo, y bajo su influencia —en ciertos aspectos aún más negativa que la del viejo colonialismo mercantil— Latinoamérica, al igual que Asia y Africa, se convertiría en uno de los tres grandes proveedores de materias primas y alimentos para las potencias de Occidente y, más tarde, en comprador importante de sus manufacturas.

Así como la evolución del capitalismo llevó al imperialismo y éste ha agudizado el subdesarrollo en vastas regiones del mundo, en el nuevo marco histórico, distinto sin duda a aquél en el que se industrializaron los países europeos, Estados Unidos y aun Alemania y Japón, surgió un capitalismo diferente, contrahecho, profundamente irracional, lleno de imperfecciones y desajustes estructurales e incapaz en gran medida de movilizar el potencial productivo en torno al móvil del lucro.

Todavía más, mientras que el capitalismo europeo tradicional se desenvolvió en marcos independientes, que permitieron a la burguesía nacional de cada país orientar el proceso como más convenía a sus intereses y, en ciertos momentos, incluso a los intereses generales de la sociedad, bajo el "capitalismo del subdesarrollo", presente en Latinoamérica, la nota distintiva a ese respecto sería la dependencia, una dependencia que no sólo se da en campos aislados: la economía, la técnica, la política, la cultura, sino en todos ellos; una dependencia profunda, recíproca, estructural, derivada de la subordinación, de la desigualdad del desarrollo y de las injustas relaciones existentes entre los grandes países imperialistas y las naciones pobres.

Como resultado de todo ello, el proceso de desenvolvimiento económico tenía que ser lento y accidentado en América Latina y la riqueza y el ingreso nacional se repartirían en condiciones aún más inequitativas desde el punto de vista social y francamente perjudiciales en lo económico, que las conocidas en los países hoy industrializados y que traerían consigo patrones en que el bajísimo nivel de vida de las masas populares, lejos de tener como contrapartida una alta tasa de inversión, se expresaría en una increíble y aun escandalosa concentración del ingreso en manos de las minorías privilegiadas, en las más variadas e irracionales formas de dilapidación del excedente económico y en una insuficiente y lenta formación de capital.

Pero, veamos más de cerca la forma como todos estos obstáculos han detenido y desviado el proceso del desarrollo económico latinoamericano.

EL COLONIALISMO

Muchos de los economistas occidentales que se ocupan del subdesarrollo, descartan la influencia de este factor, y aun tratan de demostrar que la dominación colonial fue favorable:

> "... la parte de la India en que el dominio británico fue más completo y duró más tiempo —escribe, por ejemplo, el profesor Galbraith— es hoy ... la más progresista del subcontinente".[3]

Myrdal, por su parte, hace notar que

> "la explotación no es tal, sino más bien una regla del juego del mercado ...". "En realidad —añade— la actividad económica de los colonizadores representó una forma impulsora de la expansión económica, la cual, en ausencia de las peculiares relaciones de dominio del colonialismo, no hubiera tenido lugar".[4]

Como tantos otros autores, el profesor Myrdal parece caer en la errónea idea de pensar que, sin el dominio colonial, no habría habido expansión, cuando lo lógico, en todo caso, sería suponer que el desarrollo habría sido diferente, como aconteció, digamos, en Japón.

Lo que se piensa en los países que han sido víctimas del coloniaje, es bien distinto a lo que creen algunos economistas metropolitanos: "El gobierno británico en la India —se expresa en la *Declaración de Independencia* de esta nación— no sólo ha privado al pueblo de libertad sino que ha descansado en la explotación de las masas y arruinado al país económica, política, cultural y espiritualmente ...". El exprimer ministro Nehru

[3] J. K. Galbraith, *ob. cit.*, p. 16.
[4] G. Myrdal, *ob. cit.*, p. 70.

como ya vimos en líneas precedentes, señalaba a su vez que:

> "... casi todos los problemas principales (de la India) se gestaron durante el dominio británico y son el resultado directo de la política británica...".

Y el economista Singh, aludiendo al mismo hecho, afirma que:

> "La agricultura, la fuente principal de acumulación de capital en un país predominantemente agrícola, se organizó sobre una base de la que sólo podía surgir una economía subdesarrollada...".[5]

Lo mismo podría decirse de América Latina, en donde el dominio colonial subordinó por siglos a casi todos los países de la región a los intereses metropolitanos, obstruyó el desarrollo independiente, desgarró y destruyó violentamente, hasta aniquilarlas en muchos casos, las expresiones más valiosas de las viejas culturas autóctonas; impuso por la fuerza una nueva religión, interrumpió el proceso del desarrollo histórico, introdujo instituciones inadecuadas a la realidad americana, desfiguró las economías nacionales, generalizó la explotación y el despojo, monopolizó el comercio e hizo de cada país un granero y más comúnmente una mina de metales preciosos, cuyos beneficios siempre se destinaron a la metrópoli.

Se antoja, en verdad, increíble, que un hecho de tal entidad para la comprensión del fenómeno del atraso económico se soslaye unas veces y otras simplemente se ignore, olvidándose que:

> "... los orígenes del subdesarrollo deben buscarse, sobre todo, en el proceso histórico de formación del sistema colonial capitalista".[6]

O, como dice Lacoste:

> Que la expansión económica de algunos países fue posible, debido entre otros hechos, a la subordinación política de la

[5] V. B. Singh, *Indian Economy, Yesterday and Today*. India, 1964, p. 62.

[6] I. Sachs, *Pattern of Public Sector in Underdeveloped Economics*. India, 1964, p. 16.

> mayor parte de las naciones hoy atrasadas. De allí que bien pueda decirse que: "El subdesarrollo procede fundamentalmente de la irrupción del sistema capitalista al seno de sociedades anquilosadas... cuyas estructuras sociales se han conformado en beneficio de una minoría política y económicamente privilegiada".[7]

No es nuestro propósito exhibir en detalle ni mostrar, en las múltiples formas en que ello podría intentarse, el papel enormemente perjudicial que el colonialismo jugó en el proceso de desarrollo latinoamericano. Para hacerlo, sería preciso abandonar el plan de análisis que nos hemos trazado y acometer una tarea distinta, que toca en verdad a quienes habrán de reescribir nuestra historia colonial. Mas aún así, quizás no sea ocioso dedicar unas líneas que nos ayuden a comprender mejor el efecto desquiciador del coloniaje sobre el desarrollo económico y social de América Latina.[8]

> ... la colonia significó —señala el historiador argentino, Sergio Bagú— una operación de las más brutales proporciones. El indio fue arrebatado por la fuerza de su comunidad, su familia y su hogar... Con el correr del tiempo las cosas fueron empeorando. Pueblos enteros de indios desaparecieron... El trabajo en la nueva sociedad, es una maldición y el indio es siempre... el culpable, el vil, el despreciable...".

A menudo se supone que, a pesar de sus numerosos vicios y fallas, la sociedad colonial americana fue estable, tranquila y pacífica, y que después de la conquista, poco a poco fue prescindiéndose del uso de la violencia. ¡Nada más lejos de la verdad!

> ... Las relaciones de clases en la colonia reposan sobre la violencia. Violentas son las relaciones habituales entre comerciantes y labradores, entre comerciantes y plantadores; entre estancieros e inquilinos; entre los potentados locales y los repre-

[7] Yves Lacoste, *Les pays sous-développés*. París, 1963, pp. 57, 58 y 76.

[8] Sergio Bagú, *Estructura social de la Colonia*. Buenos Aires, 1952, pp. 190-191.

sentantes del poder imperial; entre los jerarcas de la Iglesia y el clero llano; entre el cura y los indios, sus feligreses; entre el cacique y sus indios; entre el mestizo o el mulato y los indios o negros.[9]

La política de España —escribe a su vez Mariátegui— obstaculizaba y contrariaba totalmente el desenvolvimiento económico de las colonias al no permitirles traficar con ninguna otra nación y reservarse como metrópoli, acaparándolo exclusivamente, el derecho de todo comercio y empresa en sus dominios.[10]

En todo el período de la América Colonial —recuerda al respecto un economista argentino— el rasgo distintivo de la organización económica fue el régimen del monopolio excluyente impuesto por las metrópolis.[11]

E invocando los autorizados testimonios del padre Las Casas, el libertador Bolívar escribía en 1815: Tres siglos ha, dice usted, que empezaron las barbaridades que los españoles cometieron en el grande hemisferio de Colón. Barbaridades que la presente edad ha rechazado como fabulosas, porque parecen superiores a la perversidad humana; y jamás serían creídas por los críticos modernos, si constantes y repetidos documentos no testificasen estas infaustas verdades...[12]

Por encima de las inconsistentes posiciones que frente al colonialismo adoptan ciertos economistas "metropolitanos", el análisis objetivo descubre que los países subdesarrollados de hoy no lo fueron siempre; hubo un momento en que incluso su desarrollo fue comparativamente mayor que el de las naciones que después habrían de industrializarse. El proceso de incorpo-

[9] *Ibid.*, pp. 129 y 130.

[10] José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, 1952, p. 15.

[11] Aldo Ferrer, *La economía argentina*. México, 1963, p. 27. Sobre lo que tal monopolio significó para Chile, véase: Hernán Ramírez Necochea, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*. Santiago, 1959.

[12] Simón Bolívar, en *Hispanoamérica en lucha por su independencia*. México, 1962, p. 26.

ración al sistema colonial de los países europeos fue todo, menos terso y suave:

> "La cruel rapacidad de la política colonial durante los siglos XVII y XVIII, difirió poco de los métodos con que los cruzados y los comerciantes armados de las ciudades italianas habían robado a los territorios bizantinos del Levante en los primeros siglos".[13]

Historiadores y economistas han demostrado, de manera irrefutable, que:

> "La dominación de los capitalistas extranjeros en las colonias condujo a la ruina y a la pauperización de las masas autóctonas, a la muerte de las profesiones y de los embriones de industria manufacturera y a la declinación de las antiguas ciudades". "... Y el continente americano fue el primero en ser explotado...; el conquistador no llegó para civilizar, sino para acumular lo más rápidamente posible las mayores riquezas sin preocuparse de la sociedad que encontraba".[14]

El daño enorme hecho por tres siglos de coloniaje despiadado en América Latina, no terminó al conquistarse la independencia política: el coloniaje dejaría como huella indeleble una pesada herencia de latifundismo, parasitismo, fanatismo, ignorancia, explotación, enajenación, abusos y privilegios, a la que se sumarían factores tales como el caudillismo, el pretorianismo, el burocratismo, el caciquismo, la corrupción y nuevas formas de vida parasitaria, que sin duda fueron otro gran obstáculo al desenvolvimiento económico latinoamericano durante buena parte del siglo XIX.[15]

[13] M. Dobb, *Studies in the Development of Capitalism*. Londres, 1946. p. 208.

[14] Jacques Arnault, *Historia del colonialismo*, p. 65.

[15] "El parasitismo —escribía a principios de este siglo el historiador chileno Francisco A. Encina— aunque consecuencia en parte de nuestra ineptitud fabril y comercial, ha llegado a constituir un factor independiente que contribuye a debilitar nuestra expansión. La turba de empleados públicos y de intermediarios inútiles y la espesa nube de bachilleres o casi bachilleres ineptos y ociosos, que en forma disimulada, pero no por eso menos efectiva, pesan sobre las espaldas de los hombres de trabajo, tienen fatalmente que contrariar el desarrollo". *Nuestra inferioridad económica; sus causas, sus consecuencias*. Santiago de Chile, 1955, p. 139.

Ha sido, en fin, tan fuerte la influencia del colonialismo en el subdesarrollo económico, que incluso algunos de los caracteres sicológicos que se observan en los países subdesarrollados, son sin duda residuos de la herencia colonial. Por ello no es casual que al distinguir los diversos grupos de países en que el mundo se divide hoy, la señora Robinson caracterice a los países atrasados como regímenes "coloniales, neocoloniales y excoloniales".[16]

EL LIBRECAMBISMO

Desde las postrimerías del régimen colonial empezaron a suavizarse las restricciones legales al comercio exterior latinoamericano. El monopolio tradicional, sin embargo, siguió de hecho en vigor, limitando grandemente las posibilidades de intercambio con los países que empezaban a industrializarse y que, desde tiempo atrás, habían superado e incluso dominado económicamente a España y Portugal.

El triunfo de las luchas por la independencia no trajo consigo cambios fundamentales inmediatos en la estructura socioeconómica de las nacientes repúblicas. En la mayor parte de los casos se necesitarían varias décadas para sentar las bases de los nuevos regímenes sociales y políticos. Pero, tratándose, específicamente del comercio, el fin del coloniaje habría de significar el desplome inevitable de toda la vieja política mercantil sostenida enérgicamente por España y del sistema del monopolio comercial.

A partir de los años veinte, pasaría al primer plano el debate en torno a si las nuevas naciones debían optar por una política proteccionista como instrumento de estímulo a la industria local, o preferir el librecambio a fin de aprovechar y compartir a través del comercio internacional los avances económicos y técnicos de los países más adelantados. Y si bien en ciertos momentos los proteccionistas esgrimieron argumentos convin-

[16] Joan Robinson, *ob. cit.*, p. 99.

centes, las fuerzas triunfantes, imbuidas del más puro y ortodoxo liberalismo, acabaron por imponerse y por imponer la libertad de comercio, aunque en cierto sentido no hacían sino aceptar la presión de fuerzas externas más poderosas que ellas: las del naciente capitalismo industrial europeo —y especialmente inglés— empeñado en derribar todas las barreras al comercio.

Recordando esta etapa de la historia económica argentina, Aldo Ferrer, escribe:

> El librecambio se convirtió ... en la filosofía y la práctica política de estos grupos (los comerciantes y ganaderos del Litoral) y, de hecho, el objetivo económico de la revolución de independencia fue eliminar definitivamente las trabas al comercio que aún subsistían en la reglamentación colonial, a pesar de la liberación de 1778.[17]

Durante la primera mitad del siglo XIX, las exportaciones latinoamericanas crecieron apreciablemente. La doctrina de los costos comparativos se hallaba en su apogeo, los países latinoamericanos no podían improvisar una industria propia y el aumento de la demanda de alimentos y materias primas, procedente, sobre todo, de Inglaterra, operó como un factor dinámico que habría de provocar sensibles cambios en la economía latinoamericana. Fue en la segunda mitad del siglo, empero —en rigor después de 1860— cuando el crecimiento económico se aceleró desde México y Cuba hasta Brasil, Argentina, Uruguay, Chile y Perú. A medida que el desarrollo del capitalismo y el creciente intercambio hicieron posible crear un verdadero mercado mundial, los países latinoamericanos se incorporaron de prisa a ese mercado y su comercio se incrementó a un ritmo sin precedente. Pero el mayor comercio con el extranjero no significó la industrialización de Latinoamérica, del mismo modo que la adopción de una política liberal hacia el exterior no trajo consigo, especialmente en la primera mitad del siglo, una transformación socioeconómica interna que permitiera liberar el potencial productivo de las trabas que impedían su mejor utilización.

[17] Aldo Ferrer, *ob. cit.*, p. 69.

La fórmula dominante fue una en que la libertad hacia afuera se hacía paradójicamente coincidir con la sujeción interior y a menudo con una verdadera tiranía interna, y en la que el librecambismo se abría paso y a la vez chocaba con otros *ismos*: el fanatismo, el latifundismo, el militarismo. El fanatismo exhibía de bulto la miseria, la ignorancia y el abandono del pueblo, así como el firme propósito de la Iglesia de mantener su fuerza tradicional, buscando un rápido acomodo en las nuevas condiciones surgidas de la independencia. El latifundismo y la enorme extensión de la propiedad de manos muertas, aparte de expresar el poder económico y la influencia política del clero, descubría el atraso de la estructura social y el anacronismo ya entonces evidente de los sistemas de tenencia y explotación de la tierra. El militarismo acusaba la presencia de los ejércitos triunfantes, surgidos de los movimientos insurgentes, muchos de cuyos más conspicuos caudillos pronto se aliarían a los grupos más conservadores en la defensa del nuevo *status*. Todos esos *ismos* habrían de entrañar serios obstáculos internos al desarrollo y, a pesar de ciertas contradicciones inevitables, apoyarse recíprocamente unos a otros. El ejército, por ejemplo, tendió en general a defender a la Iglesia, la que a su vez nunca ocultó su simpatía, sus estrechas relaciones y aún sus compromisos con los regímenes militares. Una y otro mantuvieron sus posiciones aprovechando y aun explotando la ignorancia y el bajo nivel de conciencia del pueblo; y a pesar de sus tempranas exigencias de protección estatal a sus intereses, la oligarquía siempre aceptó en el fondo el librecambio, acaso convencida de que el contacto con el exterior sería una válvula de escape y una fuente de abastos y mercados que, al menos en parte, supliría la ausencia de una industria nacional.

En resumen, la vigencia del librecambio como norma rectora de las relaciones económicas internacionales, si bien alentó cierto crecimiento, sobre todo, en los países del sur del continente, no hizo posible un verdadero desarrollo. En realidad, la industrialización no llegó a cobrar impulso; las obras de infraestructura realizadas de preferencia en el último tercio del siglo XIX, sirvieron fundamentalmente para consolidar los intereses del capital extranjero; el latifundio siguió siendo la forma de tenencia de la tierra predominante aun en los países en

que, como México, el clero fue despojado de su gran riqueza territorial; y el modelo "inglés" de división internacional del trabajo, basado supuestamente en la especialización resultante de las ventajas relativas de cada país, sólo sirvió en el fondo para imprimir a la economía latinoamericana un marcado carácter de economía primaria de exportación, para distorsionar gravemente su estructura, dar un aliento unilateral a ciertas actividades, postergar a otras y agudizar la dependencia respecto a los países que empezaban a especializarse en la producción y exportación de manufacturas.

EL IMPERIALISMO

El siguiente gran obstáculo que a nuestro juicio ha impedido el desarrollo latinoamericano, sobre todo a lo largo del presente siglo, es el imperialismo. Si ciertos economistas no conceden mayor importancia al colonialismo, e incluso suponen favorable al régimen de librecambio, respecto al fenómeno del imperialismo suelen adoptar actitudes todavía más superficiales y dogmáticas, llegando al extremo de no mencionarlo siquiera o de sólo hablar de él en ocasiones excepcionales, como si se tratara de un tema deleznable, intrascendente e indigno de las academias y universidades. En parte, ello se explica a consecuencia del temor engendrado en el clima de intolerancia, hostilidad y aun represión que, después de la Segunda Guerra Mundial, ha privado en muchos países occidentales; pero, también, es producto del carácter apologético de los estudios de quienes, dispuestos a servir intereses que están muy lejos de ser los de la verdad, llegan a negar la existencia misma del imperialismo, o lo suponen algo que, en todo caso, constituyó un problema en otra etapa histórica por fortuna superada.

Robert L. Garner, exfuncionario del BIRF, expresaba hace una década en una Conferencia de hombres de negocios celebrada en Nueva Orleans, que:

> "Aun cuando muchos de los países latinoamericanos no parecen haberse percatado de ello, han terminado los días del imperialismo en las inversiones en el continente occidental".[18]

Este punto de vista se reitera a cada momento: es en esencia el mismo que sostenía el Presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, al lanzar el programa norteamericano de asistencia técnica conocido como "Punto IV", y John F. Kennedy al anunciar la "Alianza para el Progreso" en 1961. Mas a pesar del explicable empeño en negar la existencia del imperialismo, en América Latina sería absolutamente ocioso discutir tal asunto después de la reciente invasión de Estados Unidos a Cuba (Playa Girón), del significativo derrocamiento del gobierno de Goulart en Brasil, y cuando miles de infantes de marina norteamericanos pisotean la soberanía de la República Dominicana, en una agresión que señala el retorno a los días más sombríos de la política exterior estadounidense.

Lo único que procede en esas condiciones, en consecuencia, es aclarar si el imperialismo ha sido y si es o no, un factor de importancia en el atraso económico de América Latina.

Hacia mediados del siglo XIX, Latinoamérica inició un desarrollo comercial e incluso industrial que, en condiciones históricas distintas, pudo haber sido el punto de partida de un desenvolvimiento análogo al que años atrás habían logrado otras naciones. La política de desarrollo de entonces se trazó en general bajo la inspiración de un liberalismo que, en el plano interior, buscaba la desamortización de una riqueza concentrada en manos muertas —eclesiásticas y laicas— y la transformación de una vieja estructura social y política; y en el plano exterior descansaba, como antes hemos visto, en un sistema de librecambio que, a la vez, constituía en ese momento la mejor arma de Inglaterra para llevar a cabo su expansión comercial en América Latina y en el mundo.

El librecambismo abrió la puerta a la expansión comercial extranjera, que por sí sola habría de ser un nuevo factor de distorsión y subordinación de un conjunto de pequeñas y débi-

[18] *Cit.*, por Alonso Aguilar M. "La Inversión Extranjera", conferencia en la Escuela Nacional de Economía. México, 1955.

les economías que apenas dejaban atrás una larga etapa de coloniaje: y en ese marco surgió el imperialismo, que si bien tenía una estrecha ligazón y resultaba de todo el proceso histórico previo, iba a la vez a significar una nueva fase en el desarrollo del capitalismo y de las relaciones entre las grandes potencias y los países pobres de Latinoamérica, Asia y Africa.

A riesgo de caer en una innecesaria digresión y de repetir conceptos que a muchos lectores pueden parecer elementales, quizás valga la pena recordar qué es el imperialismo, antes de examinar la influencia que ejerce en el subdesarrollo de América Latina.

Aún hoy, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el fenómeno del imperialismo, como una categoría histórica específica, no es difícil advertir que en amplios círculos subsiste una increíble confusión sobre lo que es y lo que representa para América Latina. Se sigue pensando por muchos, como observaba Bujarin hace cerca de cuatro décadas, que el imperialismo es "en general una política de conquista", según la cual "puede hablarse con el mismo derecho del imperialismo de Alejandro de Macedonia y de los conquistadores españoles, que del imperialismo de Cartago y de Iván III, del de la antigua Roma y de la moderna Norteamérica, del de Napoleón y Hindenburg. "Pero como es de sencilla esta teoría, es de absolutamente falsa; falsa porque 'explica' todo y a la vez nada".[19]

> El historiador o el economista que agrupe bajo un mismo denominador —agregaba Bujarin— la estructura del capitalismo moderno, esto es, las relaciones modernas de producción, y aquellas que en etapas históricas anteriores hayan conducido a guerras de conquista, nada entenderá del desarrollo de la moderna economía mundial. ... El imperialismo es una política de conquista; pero no toda política de conquista es imperialismo.[20]

> Si fuera necesario —escribía a su vez Lenin unos años antes— dar una definición lo más breve posible del imperialismo (de lo que Hilferding había llamado la "fase moderna del desarrollo

[19] Nikolai Bujarin, *Imperialism and World Economy*. Londres, 1930, p. 112.
[20] *Ibid.*, p. 114.

del capitalismo") debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo. La libre competencia —añadía— es la característica fundamental del capitalismo y de la producción mercantil en general; el monopolio es todo lo contrario de la libre competencia, pero esta última se va convirtiendo ante nuestros ojos en monopolio... hasta tal punto que de su seno ha surgido y surge el monopolio...

Y en otro pasaje de la misma obra, Lenin subraya cuatro aspectos principales característicos del capitalismo monopolista: Primero: El monopolio ha surgido como consecuencia de la concentración de la producción en un grado muy elevado de desarrollo... Segundo: Los monopolios han determinado una tendencia cada día más acentuada a apoderarse de las fuentes de materias primas... Tercero: El monopolio ha surgido de los bancos, los cuales... se han convertido en monopolistas del capital financiero... y Cuarto: El monopolio ha surgido de la política colonial...[21]

El monopolio, la oligarquía, la tendencia a la dominación en vez de la tendencia a la libertad —concluye el autor—, la explotación de un número cada vez mayor de naciones pequeñas o débiles por un puñado de ricachos o de naciones fuertes, todo esto ha engendrado los rasgos distintivos del imperialismo... como capitalismo parasitario o en estado de descomposición.[22]

¿Y cuáles son los principales efectos que el imperialismo ha ejercido y ejerce en particular sobre el desarrollo económico de Latinoamérica?:[23]

Con frecuencia se piensa que el imperialismo obstruye toda posibilidad de desarrollo en los países dependientes. Se le presenta como una traba absoluta y como un escollo a veces irrebasable; pero el rol del imperialismo en la configuración del subdesarrollo es mucho más complejo y dinámico. Bajo su

[21] V. I. Lenin, *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. México, 1936, p. 138.

[22] *Ibid.*, pp. 137-138 y 193-196.

[23] Sobre la influencia del imperialismo en el subdesarrollo económico, véanse: Maurice Dobb: *Economía política y capitalismo*; Paul A. Baran: *La economía política del crecimiento*; Paul Sweezy: *Teoría del desarrollo capitalista*; y P. Baran y P. Sweezy, *Monopoly Capital*.

influencia, el capitalismo se desenvuelve incluso con mayor celeridad que antes: las fuerzas productivas se expanden; se extiende la economía monetaria; se generaliza el trabajo asalariado; crecen las importaciones y exportaciones, sobre todo de capital, y este solo hecho influye grandemente en la consolidación del sistema económico.[24] Pero como hemos de ver más adelante, el capitalismo que surge en el país dependiente no es ya un factor decisivo, como lo fue en la metrópoli, del desarrollo económico. Hecha esta aclaración, veamos qué papel juega el imperialismo en Latinoamérica:

1. El imperialismo hizo surgir un sistema de relaciones comerciales "neomercantilistas", siempre favorables a la metrópoli, que en rigor fue la que obtuvo los mayores beneficios en términos de precios, facilidades de acceso y aun control de ciertos productos, trato preferencial, etc.

2. Al amparo de una teoría del comercio favorable a los intereses de los países industriales, Latinoamérica se especializó en la producción y, sobre todo, la exportación de unos cuantos productos primarios, que a partir de entonces harían depender su economía del mercado siempre inestable de la plata, el cobre, el estaño, el plomo, el petróleo, el azúcar, café, plátano y trigo, cuyos precios tenderían en conjunto a declinar de manera persistente respecto a los precios de las manufacturas que, por su parte, adquirirían una significación creciente como artículos de importación.

3. A fines del siglo XIX, las inversiones del exterior empezaron a adquirir un gran relieve en Latinoamérica, a medida que los países industriales ampliaban su radio de influencia. Pero tales inversiones no se canalizaron hacia el desarrollo industrial, sino que fundamentalmente se destinaron a crear economías externas y en general condiciones favorables al propio capital extranjero invertido en actividades primarias, pues lo que con ellas se buscaba era integrar la economía metropolitana. Las inversiones del exterior, por otra parte, gozaron desde un principio de favores y concesiones que pronto las convirtie-

[24] "La exportación de capital ejerce una influencia sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente." V. I. Lenin, *ob. cit.*, p. 99.

ron en inversiones privilegiadas, ante las que el naciente capital nacional quedaba claramente en un plano desfavorable.

> "Las inversiones productivas para la exportación en los países subdesarrollados, además de que fueron en gran medida el resultado de la inversión extranjera, nunca se convirtieron en parte integrante de la estructura interna de la economía de esos países, salvo en un sentido puramente geográfico y físico".[25]

4. Otro efecto negativo consiste en que el imperialismo implica una súbita "exportación de monopolios" hacia Latinoamérica. Como su nacimiento se produce, precisamente, cuando los grandes consorcios empiezan a dominar sus respectivos campos en los países metropolitanos, al desplazarse la inversión hacia el exterior se trasladan con ella formas de organización y prácticas monopolísticas que, lejos de ser en nuestros países el fruto de un desarrollo previo, constituyen fenómenos artificiales y extraños, que naturalmente distorsionan toda la estructura económica, entrañan una competencia ruinosa para las pequeñas empresas nacionales, y al imponerse en el mercado, convierten a la economía latinoamericana, no en un sistema de bajos costos y altos niveles de eficiencia, sino de precios altos y ganancias exorbitantes.

5. El imperialismo estimula, además, la explotación creciente y a menudo crecientemente irracional del potencial productivo latinoamericano. En particular, implica el aprovechamiento, a niveles antes no alcanzados, de los recursos naturales, lo que con frecuencia lleva al monocultivo agotante y aun a la extinción de ricos yacimientos. Símbolos de tal política son el monocultivo de la caña de azúcar en grandes regiones de Brasil, Santo Domingo y Cuba, el del algodón en el norte de México (Baja California), el del banano en Honduras y Guatemala, la explotación del petróleo en Venezuela, y las numerosas minas en Perú, Bolivia, Chile y México, que tras unos cuantos años de bonanza, quedan abandonadas y convertidas en improductivos y tristes socavones. Y lo mi§mo ocurre con la fuerza de trabajo, la que es incorporada al mercado en condiciones inhumanas, en

[25] H. W. Singer, *ob. cit.*,

que la productividad cada vez más alta del trabajo latinoamericano, sólo da lugar a pingües beneficios de los empresarios extranjeros y a salarios de hambre en la agricultura, las minas y otras actividades, en las cuales los trabajadores carecen de casi toda protección legal y de organización sindical.

6. La significación creciente del comercio exterior y del movimiento internacional de capitales, acentúa la inestabilidad del desarrollo y vuelve más vulnerable y dependiente a la economía latinoamericana, tanto en relación a las fluctuaciones cíclicas como a las diarias vicisitudes del mercado mundial. La producción cada vez mayor para el extranjero afecta el proceso de desarrollo del mercado interno, y el imperialismo acentúa la desigualdad o falta de uniformidad de todo el desarrollo económico, tanto en el plano internacional como interno de cada país, e intensifica la rivalidad entre las grandes potencias, cuyos desacuerdos, fricciones y luchas son a menudo otro obstáculo al desarrollo latinoamericano.

7. Como dice Fernando Carmona:

> "Pero desde el punto de vista del desarrollo futuro quizás nada sea más grave que la profunda, incontrolada y cada vez mayor dependencia tecnológica respecto a las empresas monopolistas... La creciente subordinación tecnológica resulta con frecuencia decisiva en el control de las empresas y no sólo afecta a las plantas de particulares, obligadas a soportar leoninos contratos de asistencia técnica, sino que también limita la expansión de muchas del sector estatal de la economía".[26]

8. El imperialismo deforma toda la estructura productiva de los países sometidos; y aunque aparentemente contribuye a acelerar el desarrollo, en el fondo lo frustra, lo detiene y lo desvía, pues a cambio de una contribución técnica y financiera, que casi nunca pasa de ser el típico y despreciable "plato de lentejas", sustrae una parte sustancial del excedente económico y condiciona desfavorablemente su utilización. Y es que, en realidad, las inversiones extranjeras, más que ser un vehículo

[26] Fernando Carmona, *El drama de América Latina; El caso de México.* México, 1964, p. 222.

para mover recursos financieros de los países ricos a los pobres, en el marco del imperialismo son un instrumento de succión y de canalización de capital de las naciones pobres a las ricas".[27]

9. En fin, el imperialismo ejerce una influencia decisiva en la estructura social y particularmente en las relaciones de clase, subordinando en mayor o menor medida a sus intereses a la naciente burguesía y sobre todo a las viejas oligarquías; promueve una alianza con los grupos dirigentes, con los cuales, sin embargo, no deja de tener frecuentes contradicciones, y a la postre se vuelve un factor decisivo para la preservación de un estado de cosas que le sea favorable, cuyo principal instrumento suele ser el propio gobierno.

Refiriéndose a los años en que la influencia del imperialismo en Latinoamérica empieza a ser decisiva, Martínez Estrada registra elocuentemente ese hecho nada casual, al recordar que:

> "... desde 1880 impera en Latinoamérica una paz romana ..., aparecen gobiernos reaccionarios, gobiernos conservadores que imponen un orden y un progreso a fuerza de bayoneta".[28]

Y tal hecho no es, desafortunadamente, algo que pertenezca al pasado. Está presente en nuestros días en la serie interminable de gobiernos latinoamericanos que, disfrazados de "democracias representativas" en las comparsas de la OEA, oprimen a sus pueblos y representan y sirven los intereses de los grandes monopolios extranjeros y de los pequeños negociantes nacionales subordinados a ellos.

[27] "... el incremento de los activos occidentales en el mundo subdesarrollado se debe sólo en parte a exportaciones de capital fundamentales, es el resultado de la reinversión en el exterior de parte del excedente económico que se obtuvo en esos lugares". P. A. Baran, *La economía política del crecimiento,* p. 206. En igual sentido, véase: R. Palme Dutt, *The Crisis of Britain and the British Empire.* Londres, 1953.

[28] E. Martínez Estrada, *ob. cit.,* p. 412.

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

Los tres factores principales hasta aquí examinados, que a la vez son tres fases sucesivas del proceso histórico capitalista, a saber: el colonialismo, el librecambismo y el imperialismo, contribuyeron decisivamente al desenvolvimiento económico de los países hoy industrializados de occidente, y fueron y son, a la vez, tres grandes obstáculos al desarrollo de las naciones que aún no se libran del atraso y la pobreza; tres hechos que, a manera de telón de fondo, de escenario y de elemento condicionante, han estado presentes en el peculiar proceso de formación y de deformación del capitalismo latinoamericano.

El capitalismo no se desenvuelve, en América Latina, conforme al patrón clásico europeo. Nuestros países jamás conocen la "perfección" en el funcionamiento del mercado, ni viven un proceso que los lleve de la frugalidad clásica y la libre concurrencia a la "economía del bienestar" o la "sociedad opulenta" que según algunos, ha llegado a ser la de los grandes países industriales de occidente.

El capitalismo, sin embargo, no es en Latinoamérica un fenómeno nuevo o de reciente aparición; no surge, como ciertos autores lo sugieren, ni con la Revolución Mexicana de 1910, ni con el movimiento intervencionista de Irigoyen y Batlle en Argentina y Uruguay, ni con la "Revolución Brasileña" de 1930 y, menos aún, con el desarrollo industrial que sigue a la crisis de 1929 y a la gran depresión. El desarrollo del capitalismo latinoamericano es un proceso largo, que comprende varios siglos y que arranca, en realidad, de la conquista y la iniciación del régimen colonial.

> La colonización se inicia —escribe Bagú— cuando se operan en Europa transformaciones profundas en la economía y en la estructura social, cuando el prolongado ciclo feudal se encuentra en el ocaso y el capitalismo comercial inicia su carrera deslumbrante.

> Lo que surge en la América española y portuguesa no es feudalismo, sino capitalismo colonial... El capitalismo colonial americano es, sin embargo, un régimen de perfil equívoco, con algunas manifestaciones de inspiración feudal.[29]

> Al hacer la afirmación de que fue un capitalismo colonial lo que brotó en estas tierras nuevas... —añade el mismo autor— rechazamos la idea de las castas y aceptamos, en cambio, la presencia de clases sociales...[30]

Palerm, por su parte, escribe:

> Está bastante difundida la idea de que España, al llegar al Nuevo Mundo, era un país medieval... Se piensa que los españoles no hicieron más que reflejar en América la situación feudal o casi feudal de la metrópoli... Una primera ligereza se comete al considerar a la España del XVI como un país uniforme. No lo era políticamente... (ni) tampoco lo era social y económicamente. Cataluña fue una de las primeras áreas europeas que tuvo clase media, y posiblemente el primer estado nacional en que la clase media tuvo gran influencia. Cataluña era gobernada por una oligarquía burguesa aliada al poder real, y la aristocracia había sido casi completamente eliminada...[31]

Y el mismo autor señala:

> ... en diez años (de 1778 a 1788) el valor total del comercio de España con sus colonias aumentó en un 700%. La vieja legislación gremial (que obstaculizaba el desarrollo de las manufacturas) fue abolida... Se inició la desamortización de las tierras, aunque su realización completa tuvo que esperar hasta el siglo XIX. Los indígenas empezaron a ser desvinculados de sus comunidades, y la fuerza de trabajo afluyó con mayores ímpetus a la economía agraria y a los pueblos y ciudades.[32]

[29] Sergio Bagú, *ob. cit.*, p. 43.

[30] *Ibid*, pp. 69-70.

[31] Angel Palerm, *Las clases sociales en México*, México (sin fecha de publicación), pp. 70-71.

[32] *Ibid*, p. 75

> Abundan los hechos y los testimonios de historiadores, sociólogos y economistas, que dan cuenta de que, desde el período colonial, directamente bajo la influencia de España y Portugal e indirectamente a través de la gradual subordinación de estos países a Inglaterra, el capitalismo comercial fue penetrando en la vieja estructura latinoamericana, hasta darle una nueva fisonomía.[33] Y tal fenómeno, naturalmente, cobró impulso a partir de la independencia de principios del siglo XIX, y sobre todo, en el momento en que empieza a surgir un mercado mundial.[34]

La presencia del capitalismo en el panorama latinoamericano de la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente a partir de 1880, es manifiesta: el incremento del comercio y, sobre todo, del movimiento internacional de capitales, el gran desarrollo agrícola y comercial de los países del Río de la Plata, el auge del salitre en Chile y Perú, el resurgimiento de la minería en México, el rápido crecimiento de las vías férreas en múltiples países, la expansión de la industria azucarera en las Antillas, la mayor intensidad del transporte marítimo, los despojos masivos de campesinos y la consiguiente mayor movilidad de la

[33] Véase, por ejemplo, el estudio ya citado de André Gunder Frank, *Feudalismo, no: capitalismo,* el de Aldo Ferrer, sobre la economía argentina, *Azúcar y población en las Antillas,* de Ramiro Guerra y *Formación económica de Brasil* de Celso Furtado.

[34] "Las utilidades del guano y del salitre crearon en el Perú, donde la propiedad había conservado hasta entonces un carácter aristocrático y feudal, los primeros elementos sólidos del capital comercial y bancario. *Los profiteurs* directos e indirectos de las riquezas del litoral empezaron a constituir una clase capitalista..." José Carlos Mariátegui, *ob. cit.*, pp. 20-21. Aldo Ferrer, observa, por su parte, que: "La incorporación de la economía argentina al expansivo mercado mundial a partir de mediados del siglo XIX se efectuó sobre la base de la expansión de las exportaciones de productos agropecuarios". *Ob. cit.*, p. 106. Y señala asimismo, que: "En la medida en que el cauce fijado para la integración mundial propició la especialización en la producción primaria y obstaculizó la diversificación de las estructuras económicas y la industrialización de los países 'periféricos', se convirtió en uno de los factores fundamentales que, después de un primer impulso inicial, mantuvo a sus economías dentro de compartimientos estancos", p. 104.

mano de obra, la generalización del trabajo asalariado, la desamortización de la propiedad eclesiástica, la formación de un nuevo tipo de latifundios, la destrucción de múltiples ramas artesanales, la extensión de los servicios públicos, la implantación de la educación laica y la adopción de nuevas formas de organización política, son hechos que ponen de relieve que, con ritmos y proyecciones distintos en cada país, en la segunda mitad del siglo XIX fue arraigado el capitalismo en Latinoamérica, del mismo modo que por entonces lo hacía también en países como la India y otros de Asia y Africa.

En el desarrollo capitalista de Latinoamérica hay, sin embargo, diferencias profundas con lo que ese proceso había sido en Europa; el capitalismo latinoamericano no fue la culminación de un proceso histórico cuya propia dinámica llevara a un nuevo tipo de relaciones de producción. Desde el período colonial en adelante, fue un fenómeno artificial; y ni siquiera el tránsito de una etapa a la siguiente fue el fruto de una maduración interna previa, sino de hechos que se producían, en buena parte, al margen de Latinoamérica. Podría pensarse que ello sólo fue así durante la conquista y la primera fase del coloniaje, y que a partir de entonces el capitalismo se volvió gradualmente el nuevo sistema imperante y sus fases ulteriores fueron ya el resultado de un proceso histórico interno. La verdad, sin embargo, es que cada nuevo cambio en la estructura internacional del capitalismo fue un factor desgarrador del cuerpo económico latinoamericano. El nacimiento del imperialismo en los países industriales fue el fruto natural de la concentración de capital y del monopolio; en Latinoamérica, en cambio, fue en gran medida un hecho súbito, inesperado, artificial, que nada tenía que ver con el grado de desarrollo nacional de los recursos productivos en los países de la región.

Una segunda diferencia, ligada estrechamente a la anterior y que en cierto modo se desprende de ella, consistió en que el capitalismo que empezó a desenvolverse en Latinoamérica a partir de la Colonia, fue un fenómeno importado, extranjero, mientras que en otros países había sido enteramente o por lo menos fundamentalmente nacional, lo que habría de traer consecuencias políticas y sociales importantes. Otra más consistió

en que el grado de violencia con que el capitalismo irrumpió en las viejas estructuras fue mucho mayor que en los países metropolitanos en donde el proceso se había iniciado. En fin, en tanto que, en estos últimos países la expansión capitalista había significado mayor independencia, rápidos procesos de integración nacional, un acelerado desarrollo de la industria y la aparición de una nueva y emprendedora burguesía, en Latinoamérica se configuró un modelo distinto, cuyos signos más característicos serían la dependencia, la profunda desigualdad en el desarrollo nacional, la desintegración regional, el estancamiento de la industria y la presencia de una clase dominante-dominada.

En otras palabras, al cobrar impulso el capitalismo latinoamericano cuando el capitalismo europeo había sufrido profundos cambios, entrado ya al estadio del monopolio e iniciado, en un sentido histórico, su descomposición, el cuadro es enteramente otro, mucho menos favorable que el anterior, y en el que, en vez de "manos invisibles" y mecanismos automáticos de ajuste, lo que Latinoamérica conoce son alcabalas, estancos y monopolios; en vez de un estado guardián que se limite a regular discretamente y desde atrás la actividad económica y de regímenes políticos liberales, lo que hay son interferencias y acciones estatales de todo tipo y gobiernos autoritarios y dictatoriales, que en gran medida son un instrumento para crear y mantener privilegios; en vez de empresarios ahorrativos e innovadores, surgen rentistas ociosos, burócratas ineficientes, jerarcas militares, y latifundistas conservadores e intermediarios insaciables, que en conjunto absorben y dilapidan una parte sustancial del excedente económico; en suma, en vez de una clase obrera vigorosa y combativa, las clases populares siguen dispersas, heterogéneas y enajenadas, y en vez de un capitalismo nacional pujante, que se traduzca en cambios estructurales profundos y en una rápida acumulación de capital, aparece un capitalismo débil, incipiente, alienado, inestable y profundamente contradictorio, incapaz de multiplicar las fuerzas productivas en un lapso razonablemente breve y que, contra lo que pudo pensarse a partir del desarrollo europeo de los siglos XVIII y XIX, está lejos de ser el símbolo de una racional utilización de los recursos productivos.

Es ésta una cuestión fundamental, que en el fondo se percibe como elemento subyacente en las explicaciones del dualismo social y en las que aluden a las imperfecciones del mercado. En Latinoamérica, es obvio, funciona mal la economía de mercado; más mal de lo que la teoría de la competencia imperfecta pudiera sugerir. Pero el funcionamiento defectuoso del mercado —que fundamentalmente se expresa en la irracional utilización y combinación de los recursos productivos y en la incapacidad del sistema para asegurar una tasa de acumulación y una composición de la inversión capaces de superar el atraso— es un hecho ligado íntimamente a la estructura de la economía y no, como se piensa a menudo, al hablarse de ciertas "rigideces" e "inelasticidades", al simple desconocimiento de los productores de las oportunidades que ofrece el mercado, a ciertas prácticas restrictivas, a factores institucionales o a otros rasgos análogos.

Lo anterior no supone, naturalmente, que pueda afirmarse en forma enfática que el grado y las modalidades concretas del desarrollo capitalista sean los mismos en todo Latinoamérica. De un país a otro hay diferencias que es indispensable tener presentes a fin de no caer en graves errores. Pero aún así, y reconociendo que el factor que examinamos es un obstáculo al desarrollo que varía por fuerza en cada país, creemos que es indudable que tiene rasgos comunes que afectan las relaciones sociales internas y el sistema de relaciones económicas internacionales en todo América Latina.

Tienen importancia especial y vale la pena detenerse en su examen —para comprender mejor la naturaleza del capitalismo del subdesarrollo— el fenómeno de la dependencia, el defectuoso reparto de la riqueza y el ingreso, el desperdicio de una parte sustancial del excedente económico y ciertas fallas y vicios institucionales. Pero antes de referirnos brevemente a esos rasgos, quisiéramos dejar claras tres cuestiones que nos parecen importantes: 1, tales hechos son obstáculos de carácter estructural; 2, entre todos ellos hay una interrelación estrecha y dinámica, y 3, todos tienen en general un mismo origen histórico, que no es por cierto la influencia del imperialismo entendido como una "variable externa", o siquiera como un "enclave"

ajeno a la estructura económica nacional, sino más bien una contradictoria evolución social interna que —como es sabido— a partir del siglo XVI ha de pasar por tres largas centurias de dominación colonial, y después de un efímero momento de unas cuantas décadas de vida política independiente, en que a menudo se aprecia el deseo de lograr también la independencia, ahora de un imperialismo o neocolonialismo que, como ya hemos visto también, agudiza de múltiples maneras el atraso y el subdesarrollo.

LA DEPENDENCIA ESTRUCTURAL

A menudo se piensa que los países latinoamericanos son países independientes, cuyas relaciones con las grandes potencias pueden ser en un momento dado desfavorables, a consecuencia de su pobreza y su debilidad. En otras ocasiones se tiende a creer que la dependencia consiste tan solo, o se expresa por lo menos, principalmente, en el campo del comercio exterior, y en otras más se la vincula al aspecto financiero, como si únicamente consistiera en que nuestros países financian en parte su desarrollo con inversiones y préstamos del exterior.

La dependencia es algo mucho más complejo y profundo, que afecta en sus bases mismas toda la estructura económica y que constituye —como ha dicho el profesor Bettelheim— una "red" de la que los países atrasados tendrán que librarse para poder elevar el nivel de vida de sus pueblos. El mismo autor considera que la dependencia asume principalmente dos formas: una política y otra económica, destacando en esta última, a su vez, la dependencia comercial y la financiera.

En el caso de Latinoamérica, podría hablarse más bien de una dependencia o subordinación *estructural*, es decir, de una dependencia que es económica, tecnológica, cultural, política y aún militar a la vez, que influye grandemente en la fisonomía de toda la estructura socioeconómica y que, en particular, condiciona muchos de los rasgos principales del sistema y del proceso de desarrollo. Sin embargo, debe entenderse que la dependencia, como bien lo aclara Bettelheim:

> "...no entraña necesariamente el estancamiento del desarrollo y menos aún el retroceso general de (las) fuerzas productivas. Pero implica un tipo de desarrollo particular que conduce a la hipertrofia de algunos sectores que las clases extranjeras dominantes tienen interés en desarrollar, a la paralización, e incluso el retroceso, de otros sectores".[35]

La dependencia estructural de que hablamos, no sólo se extiende a los más diversos campos, sino que las formas que asume se interinfluyen recíprocamente y vuelven muy difícil romper el sistema de subordinación. Así, por ejemplo:

1. La dependencia económica es causa y a su vez en cierto modo consecuencia de la subordinación tecnológica, cultural y política.

2. La dependencia comercial y la financiera están estrecha y mutuamente ligadas entre sí.

3. La dependencia tecnológica se traduce con frecuencia en una mayor subordinación económica.

4. La dependencia cultural agudiza la subordinación económica y desalienta la lucha por la independencia política.

5. Y la dependencia política impide que los países que la sufren protesten con energía por las agresiones económicas del imperialismo y busquen nuevos caminos para su desarrollo.

Son tan complejas y numerosas las formas en que se exhibe la interacción de los factores antes señalados, que con ellas sería posible integrar una constelación de fuerzas que, como en el "círculo vicioso de la pobreza", podrían formar el aún más grave "círculo dinámico de la dependencia", en el que los factores del subdesarrollo actuarían acumulativamente, a la manera sugerida por Myrdal.

[35] Charles Bettelheim, *Planification et Croissance Accéleree*. París, 1964, p. 32.

En otro sentido, la dependencia es "estructural" porque, bajo el imperialismo, la existencia de países sometidos o dependientes se vuelve un elemento integrante, orgánico, esencial del sistema económico.

> "El atraso de la mayor parte de los pueblos del mundo —señala con razón un autor— parece ser una condición relativamente permanente de un sistema capitalista maduro".[36]

Y lo es, en realidad. Incluso es en cierto modo la base del sistema o por lo menos uno de sus elementos fundamentales; lo que no quiere decir que al adquirir la dependencia un carácter estructural, las condiciones de las naciones sometidas sean por fuerza peores que las correspondientes, digamos, a la etapa colonial. Significa, más bien, que el proceso de expansión del capitalismo adquiere una magnitud internacional cada vez mayor y que al convertirse el mercado en un mercado mundial, se incorpora definitivamente a los países dependientes a su seno y a sus normas, como parte integrante de la *estructura* del capitalismo y el imperialismo.

En torno a la naturaleza y alcance de la dependencia podría añadirse que, en una etapa posterior, cuando —como está ocurriendo ya— el sistema mundial capitalista tiende a contraerse y a perder terreno a consecuencia del avance del socialismo, no sólo se agudizan ciertas contradicciones que le son inherentes, sino que la dependencia sufre cambios significativos. Por una parte, en el marco de la guerra fría y de la rivalidad creciente con el nuevo sistema social, se torna más severa y enérgica la presión de las grandes potencias sobre los países dependientes, lo que trae consigo frecuentes cesiones de soberanía nacional, y por el otro, la significación cada vez mayor de las economías socialistas —como posibles abastecedores de manufacturas, mercados, fuentes de financiamiento y asistencia técnica, etc.—, y el impulso de los movimientos de liberación nacional, permiten a la vez aliviar, reducir y aún quebrantar algunos aspectos de la dependencia, como puede advertirse,

[36] Oliver C. Cox, *Capitalism as a System*, Nueva York, 1964, pp. 149-150.

por ejemplo, en varios de los países del llamado "tercer mundo".

Pero, veamos cómo se expresa la dependencia en sus diversas formas y cuáles son sus principales efectos sobre el subdesarrollo.

La dependencia económica se deja sentir en el comercio exterior y la balanza de pagos, el sistema financiero, la industria y, en el fondo, en toda la estructura económica.

1. En el campo del comercio exterior, en el que Latinoamérica padece una severa subordinación, sus principales rasgos son:

a) La exportación consiste esencialmente en materias primas, alimentos y productos semielaborados;
b) Uno, dos o unos cuantos artículos suelen tener una gran importancia relativa en la exportación;
c) El grueso de las exportaciones se destina a dos o tres mercados (sobre todo Estados Unidos e Inglaterra);
d) Los precios a que se exporta son generalmente bajos, en tanto que son altos los que se pagan por las importaciones, lo que origina una desfavorable relación de intercambio;
e) Los principales productos de importación son manufacturas que proceden de los grandes países industriales y, en particular, de aquéllos de los que más se depende;
f) El capital extranjero ejerce gran influencia en el comercio exterior, bien porque controla la producción o porque tiene intereses en el comercio o el financiamiento de ciertas líneas;
g) Los principales productos de exportación suelen ser manejados, dentro y fuera de la región, por grandes monopolios internacionales, y no por los países productores;
h) El empleo frecuente de procedimientos discriminatorios e inequitativos por parte de las grandes potencias en su política comercial —tarifas prohibitivas, cuotas arbitrarias, prácticas de "dumping", restricciones, fitosanitarias, etc.—, agudiza la vulnerabilidad de la economía latinoamericana;
i) La política de liberación de gravámenes arancelarios puesta en marcha en los nacientes sistemas de integración económica regional, es hábilmente aprovechada por las grandes

empresas extranjeras que intervienen en el comercio interlatinoamericano;

j) Como consecuencia de todo ello, Latinoamérica soporta una balanza comercial y de pagos desfavorable y está expuesta a continuos y profundos desequilibrios que acentúan su inestabilidad y a la postre limitan su capacidad de expansión y desarrollo.

2. La dependencia financiera se expresa comúnmente de las siguientes maneras:

a) Las instituciones financieras del exterior (Eximbank, BIRF, BID, Fondo Monetario) y varios grandes bancos privados, sobre todo de Estados Unidos (Chase, First National City, etc.), tienen una gran influencia en Latinoamérica, a menudo sobre los propios Ministerios de Hacienda y la dirección de los bancos centrales;

b) Las autoridades monetarias, precisamente bajo la influencia del Fondo Monetario Internacional y sus concepciones ortodoxas, a menudo caen en el "monetarismo" más deleznable y sacrifican el desarrollo por una engañosa estabilidad que a la postre nunca consiguen;[37]

c) Una parte creciente de la inversión privada y lo que es más grave, especialmente de la inversión pública, tiende a financiarse con recursos procedentes del exterior;

d) Debido a ello, las deudas extranjeras aumentan vertiginosamente, a menudo por encima de la capacidad real de absorción y de pago de financiamientos externos, lo que provoca serios desajustes y se traduce en una dependencia financiera, económica y política cada vez mayor, y en la necesidad de destinar sumas crecientes de divisas al servicio de la deuda;[38]

e) Las inversiones extranjeras adquieren cada vez mayor importancia, y a medida que el mercado interno crece, tienden a desplazarse de las actividades primarias y los servicios

[37] Véase: Aníbal Pinto S. C., *Ni estabilidad, ni desarrollo.* Santiago de Chile, 1960.

[38] Refiriéndose a México, Fernando Carmona hace notar que el saldo de la deuda pública exterior aumentó entre 1946 y 1962, de 47 a 948.2 millones de dólares, *ob. cit.*, p. 155. Y en 1964, dicha deuda llegaba ya a 1,723.8 millones.

hacia las manufacturas y el comercio, siendo frecuente que ocupen posiciones dominantes en los campos en que operan;[39]

f) Aunque casi siempre el capital del exterior controla la mayoría de las acciones en las empresas en que participa, a menudo mantiene el control en las llamadas "empresas mixtas", a pesar de tener intereses minoritarios. Esto se explica en virtud de las ventajas que los grupos extranjeros tienen debido al apoyo de sus poderosas matrices, fácil acceso a los mercados financieros, control de la distribución comercial, de la tecnología, etc.;

g) Como consecuencia de las altas tasas de ganancias, dividendos y regalías que obtiene el capital extranjero, con frecuencia el saldo del movimiento internacional de capitales resulta desfavorable para Latinoamérica, lo que, sumado al efecto que ejerce el deterioro de la relación de intercambio, supone la pérdida anual de cuantiosos recursos;[40]

h) En fin, la dependencia influye notablemente en el funcionamiento del sistema de crédito y en el mercado de valores y capitales, haciendo que tales mecanismos favorezcan en buena parte al comercio y las inversiones de capital extranjero, en vez de ser factores decisivos en la movilización del potencial interno de inversión hacia las actividades productivas fundamentales.

[39] Sobre el particular véase: José Luis Ceceña, *El capital monopolista y la economía de México*. México, 1963; y Ricardo Lagos E., *La concentración del poder económico. Su teoría y la realidad chilena*. Santiago de Chile, 1962.

[40] "Las utilidades, intereses y regalías del capital del exterior, remitidos a los países de origen de éste, representan en América Latina sumas en exceso de las inversiones netas anuales. En 1947, acusaron un total estimado en 680 millones de dólares... y de 1955 a 1959 promediaron más de 1200 millones de dólares. Víctor L. Urquidi, *ob. cit.*, p. 55 (las estimaciones son de la CEPAL):

El profesor Bettelheim, señala, por su parte, que hacia mediados de la década 1950-1960, los países subdesarrollados perdían anualmente alrededor de 9000 millones de dólares por concepto del deterioro en la relación de intercambio y del efecto desfavorable de las inversiones de capital, y comenta que, de haber dispuesto de esos recursos, tales países podrían haber aumentado su inversión en un 75%, *ob. cit.*, p. 39. En años más recientes, incluso ha llegado a estimarse en cerca de 20 000 millones anuales las pérdidas que por ambos conceptos sufren los países subdesarrollados. Véase: Marcel Egretaud, " ¿Qué es el Neocolonialismo?". *Cuba Socialista*, año III, febrero de 1963.

3. Los anteriores no son los únicos efectos de la dependencia económica. Al margen del comercio exterior, la balanza de pagos y los mercados financieros, las economías subdesarrolladas de América Latina muestran otros rasgos estructurales en los que sin duda está presente la influencia de la subordinación económica. Tal es el caso de la gran importancia relativa de las actividades primarias y de los servicios en la composición del ingreso y en la estructura ocupacional, del desequilibrio regional interno, del incipiente desarrollo de la industria, los graves defectos en la integración de la propia industria y de otras actividades, el hecho de que en las ramas industriales de mayor importancia —minero-metalúrgica, química pesada, mecánica, etc.—, predomine el capital extranjero, el que muchas líneas de significación en la actividad comercial interna estén también en manos de empresas del exterior, el que ciertas ramas económicas se posterguen y abandonen,[41] y la dificultad que implica, en tales condiciones, dirigir el proceso de desarrollo en respuesta a los verdaderos intereses nacionales. Este solo aspecto tiene una enorme importancia, pues el peso creciente de los intereses extranjeros no únicamente se traduce en una barrera a veces insuperable para echar mano de ciertos recursos y trazar una política genuinamente nacional, sino que influye, a menudo en forma decisiva, para que los gobiernos, casi siempre débiles, inestables y comprometidos precisamente con los grandes consorcios, se pronuncien en favor de una estrategia del desarrollo errónea y en última instancia sólo favorable para las pequeñas minorías privilegiadas de extranjeros y nacionales.

La dependencia tecnológica, que como dice Carmona:

[41] "...no puede olvidarse que el abandono relativo y la insuficiencia de recursos aplicados al desarrollo de las actividades, ramas y regiones son, asimismo, consecuencia de la subordinación, determinados por la orientación y el *tipo de desarrollo posible* bajo las condiciones de sujeción al imperialismo. El panorama económico sugiere claramente que mientras más grande es la dependencia mayor es esa dualidad, mayor el subdesarrollo y más evidente la diferencia entre los efectos directos y los indirectos (de la dominación económica extranjera)...". Fernando Carmona, *ob. cit.*, p. 222.

> "... da al capital monopolista exterior un arma sumamente eficaz para el control del desarrollo económico y especialmente del crecimiento industrial de los países débiles",[42]

se manifiesta a su vez como sigue:

1. En muchas actividades, las fases más delicadas e importantes de la producción en Latinoamérica, se manejan por técnicos extranjeros, siendo a menudo discriminados los nacionales, a quienes además, con frecuencia se priva de la posibilidad de adquirir una preparación superior.

2. Numerosas empresas emplean patentes, marcas, diseños y procesos de fabricación extranjeros, por los que suelen pagar cuotas desmedidamente altas.

3. Acaso en mayor proporción que otros recursos productivos, la técnica se encuentra fuertemente monopolizada por grandes consorcios privados extranjeros.

4. Los programas de asistencia técnica, aunque casi siempre del todo insuficientes para satisfacer las necesidades, sirven con mucha frecuencia para facilitar la penetración de intereses extranjeros en los más diversos campos.

5. La dependencia tecnológica es a veces fruto y, en otras ocasiones, causa de la subordinación comercial y financiera.

6. Numerosos profesionistas y técnicos se han formado, por lo menos parcialmente, en universidades e institutos del exterior; con frecuencia merced a becas y otras formas de ayuda otorgadas por gobiernos o empresas extranjeras.

7. Los escasos frutos de la innovación e invención latinoamericanos suelen ser rápidamente absorbidos y a veces, incluso ilegalmente aprovechados por los consorcios extranjeros.

8. Y por último, la dependencia tecnológica frecuentemente se traduce en el uso de equipos y métodos de producción impropios, de alta intensidad de capital, diseñados para otros países y otras necesidades, y que por su alto costo de adquisición y mantenimiento resultan antieconómicos en nuestros países.

[42] Ibid., p. 172.

Como resultado de todo ello, la capacidad latinoamericana de emancipación tecnológica e incluso de importación se ve severamente restringida, pues una parte sustancial de sus ingresos de divisas tiene que destinarse al pago de servicios tecnológicos, comerciales y financieros.[43]

La dependencia cultural no es menos real que la económica y tecnológica. Entre sus múltiples manifestaciones, podrían señalarse las siguientes:

1. Aún en el campo de las ciencias sociales —y en mayor medida en el de la técnica y las ciencias exactas— con frecuencia se manejan y trasplantan a nuestros países ideas puestas en boga en otros, que casi nunca son objeto de un examen crítico serio; y en las universidades e institutos, la aceptación de diversas formas de ayuda de fundaciones y otros organismos extranjeros, suele traducirse con frecuencia en una evidente subordinación.[44]

2. Muchos de los libros de consulta y aun de texto en distintas especialidades, proceden de los países extranjeros con los que se tienen relaciones más estrechas, lo que, de paso, contribuye a agravar la dependencia tecnológica y científica.

3. Las revistas extranjeras, desde *Life* y el *Reader's Digest* a los "libros de bolsillo" y las historietas cómicas mal traducidas habitualmente del inglés, circulan en toda Latinoamérica e

[43] Se estima que en 1956-1960 Latinoamérica destinó al pago de tales servicios el 53% de sus ingresos totales por exportación de bienes y servicios, y que en 1961-1963 dichos pagos absorbieron el 61%. A. Gunder Frank, "Services Rendered". *Monthly Review*, junio de 1965. Véase también un artículo del mismo autor en *Presente Económico* (México), t. 1, núm. 1, julio de 1965.

[44] "La creciente influencia foránea, de instituciones, profesores, planes de estudio, programas de investigación, becas al extranjero y financiamientos procedentes de algunos países desarrollados, así como otras formas de ayuda técnica, alientan y coadyuvan a las deformaciones que hemos señalado, sobre todo, el positivismo y metodologismo en la enseñanza e investigación de la economía; y no sólo eso, sino que a menudo influyen ideológicamente e inclusive intervienen en la política de las universidades latinoamericanas." André Gunder Frank y Arturo Bonilla, *Ponencia sobre la enseñanza de la economía*, presentada a la III Reunión de Facultades y Escuelas de Economía de América Latina. México, junio de 1965.

incluso rápidamente van desplazando a las publicaciones nacionales.[45]

4. Las películas cinematográficas procedentes del extranjero se exhiben aún en mayor proporción que las nacionales, y algo similar se aprecia en el teatro.

5. La mayor parte de los programas de televisión son extranjeros, están pobremente "doblados" al español y se exhiben bajo el patrocinio de empresas casi siempre norteamericanas.

6. La información de prensa sobre eventos internacionales e incluso sobre lo que ocurre en Latinoamérica, procede, principalmente, de agencias de noticias norteamericanas o en general extranjeras como Associated Press, United Press International, France Press, etc.

7. La influencia del exterior en las modas, los gustos, aficiones, actitudes y patrones de conducta de ciertos sectores sociales, se manifiesta hasta el punto de haberse perdido el carácter nacional —y no sólo el tradicional— de los mismos.

8. En fin, la dependencia cultural se expresa en la diseminación de normas y patrones de conducta propios del capitalismo avanzado —y a la vez decadente— de los países de donde proceden pero al propio tiempo extraños a aquéllos en que tratan de imponerse y aún de adoptarse mecánicamente—, todo lo cual implica que la dependencia de que hablamos opere como un freno más, por cierto de gran importancia, al cambio social y al desarrollo económico.

La dependencia política se manifiesta también de las maneras más diversas y juega un papel primordial en el mantenimiento del atraso. En una rápida enunciación, podría decirse que algunas de sus expresiones más comunes son las siguientes:

1. Desde que en 1823, en una declaración unilateral y jurídicamente irrelevante, Estados Unidos postuló la llamada "Doctrina Monroe", destinada en apariencia a proteger a Latinoamérica frente a la codicia de las viejas potencias coloniales europeas, nuestros países han estado de un modo u otro bajo la tutela política norteamericana.

[45] Véase al respecto: Pablo González Casanova, *ob. cit.*, pp. 51-55.

2. Después de 1890, el instrumento principal empleado por Estados Unidos para mantener esa dependencia ha sido el sistema interamericano, que a partir de 1948 se convierte en la tristemente célebre OEA (Organización de Estados Americanos), en cuyo seno se adoptan los acuerdos que hoy rigen la política regional y las relaciones de Latinoamérica con el país del norte.

3. La subordinación política latinoamericana no se limita, sin embargo, al marco de la OEA. A cada momento se advierte en las decisiones de las Naciones Unidas y otros foros internacionales, o se manifiesta en las presiones diplomáticas directas que las grandes potencias —y especialmente Estados Unidos— ejercen a través de su cancillería, sus embajadas y misiones especiales en los países dependientes.

4. La dependencia política está incluso presente —y lo ha estado desde siempre— en muchos de los cuartelazos y golpes de Estado que ha sufrido Latinoamérica a lo largo de su historia supuestamente independiente. En los últimos ochenta años, en particular, la influencia extranjera ha sido a menudo el principal punto de apoyo de toda clase de regímenes castrenses, desde los viejos gobiernos militaristas que ayudaron a la penetración del imperialismo en las postrimerías del siglo pasado, hasta los modernos "gorilatos" que hoy se empeñan en preservar los valores morales, las instituciones civiles y los intereses y privilegios de las oligarquías que defienden el tambaleante "mundo libre".

5. En fin, en su más reciente y acaso más despreciable versión, la dependencia política de Latinoamérica se exhibe en la ciega e irracional adhesión a la causa del anticomunismo, en el aliento a toda clase de movimientos antidemocráticos, en la violación de las mejores tradiciones liberales y humanistas y en la multiplicación de cuerpos policíacos y de servicios de espionaje que, al amparo de la consigna "macartista" de que es preciso acabar con el "peligro del comunismo", pisotean la soberanía nacional, lesionan la integridad territorial de muchos países y rápidamente liquidan los pocos signos de libertad y democracia que pueda haber en América Latina.

La dependencia militar, por último, aunque en cierto modo no es sino una expresión de la dependencia política, resume y expresa quizás con mayor dramatismo lo que es el fenómeno de la dependencia.

Bajo la engañosa y demagógica bandera de que el continente es una unidad indivisible que se enfrenta a un solo peligro: el ataque comunista internacional y lo que según la "Doctrina Johnson" es la subversión interna, la influencia de los militares del Pentágono es cada vez mayor en las fuerzas armadas latinoamericanas, las que si siempre se han mostrado dispuestas a defender el *status* imperante, al convertirse poco a poco en cuerpos orgánicos de un ejército continental dirigido en muchos aspectos desde Washington y cuya estrategia tiende primordialmente a mantener ese *status*, se tornan más conservadoras, más incomprensivas de las necesidades nacionales, más reacias al cambio social y más violentas cuando se trata de sofocar cualquier movimiento político renovador. Por ello podría decirse, sin temor a caer en la hipérbole, que la dependencia ha llevado a la paradójica situación de que, muy a menudo, el orden establecido sólo logra mantenerse a través de la violencia, la represión y el desorden.

Muchas veces se ha dicho, sobre todo en Estados Unidos, que la inestabilidad política de Latinoamérica vuelve muy difícil atraer y dar confianza a los inversionistas extranjeros, así como crear un clima propicio al desarrollo económico. La verdad es la contraria: la dependencia respecto al exterior, cuyas principales modalidades hemos tratado de apuntar en estas líneas, es una de las principales causas de la inestabilidad política, económica y social, y desde luego del subdesarrollo económico.

LA TENDENCIA A LA CONCENTRACION

Una de las características del capitalismo del subdesarrollo —vale la pena reiterarlo— es su irracionalidad, su desarmonía, su falta de uniformidad. Conforme al esquema teórico clásico, el sistema de precios es un mecanismo que permite asignar los

recursos productivos y regular y coordinar la actividad económica y el propio desarrollo tecnológico como mejor conviene desde el punto de vista económico y social. En la economía de los países atrasados, sin embargo, el móvil de lucro se divorcia crecientemente del interés de la comunidad e incluso tiende a acentuar la desigualdad y a crear toda clase de desajustes y desproporciones en el proceso económico. Podría decirse que en ellos toma cuerpo una fuerte tendencia a la concentración, que en parte resulta de la inercia del subdesarrollo; en parte, de la creciente influencia monopolística; y en parte, por último, de la dependencia "estructural" ya examinada. Pero la concentración no es un reflejo meramente pasivo de tales hechos, sino un factor dinámico también, que refluye sobre ellos y que ejerce, además, una notable influencia sobre el ritmo y la proyección del desarrollo.

El fenómeno de la concentración no se circunscribe, como a menudo se sugiere, a un defectuoso reparto del ingreso nacional, sino que afecta la estructura económica a un nivel mucho más profundo y tiene vastas y complejas ramificaciones. En efecto, algunas de las principales formas que asume son las siguientes:

1. El grueso de la riqueza social se concentra en un reducido sector de la población. Los ricos, que en todos los países capitalistas son una minoría, en Latinoamérica suelen ser grupos insignificantes —a veces tan sólo unos cuantos centenares de familias—, bajo los cuales hay una delgada clase media y una enorme masa depauperada.

2. Toda la actividad económica, en realidad, muestra un tipo peculiar y a menudo extremo de concentración y centralización del capital, que naturalmente incide de un modo desfavorable sobre el desarrollo. Las grandes explotaciones agrícolas controlan buena parte del ingreso rural; en la estructura de la industria, y en cada rama importante de ella, unas cuantas empresas —con frecuencia no más de una o dos en los principales sectores— ejercen un marcado predominio y operan como monopolios u oligopolios. La concentración en la banca y el comercio no es menor, siendo común que las cadenas más

fuertes, que en algunos países suelen ser extranjeras, mantengan una evidente e incontrastable hegemonía. Y lo mismo acontece en la minería, en los transportes, el comercio exterior y otras actividades.

3. A consecuencia en parte de lo anterior —y a la vez como causa determinante de ello— se observa una aguda concentración de los medios de producción en muy pocas manos. La distribución del equipo de capital es sumamente defectuosa, lo que trae consigo un peculiar "dualismo sociotecnológico" que en el fondo exhibe la estructura social prevaleciente. Dicho dualismo consiste, en general, en que los grupos que disponen de mayores recursos utilizan las mejores técnicas y, por tanto, los medios de producción más eficientes. Así, en la agricultura, el equipo y la maquinaria modernos están en una alta proporción en manos de las grandes explotaciones; y del mismo modo, las principales empresas pesqueras controlan el mejor equipo de captura y las facilidades de conservación y transporte; las grandes industrias son a la vez las que disponen de las instalaciones productivas mejor equipadas, y así, sucesivamente.

4. La distribución de la tierra, en particular, es sumamente defectuosa. Lejos de estar en poder de los campesinos y agricultores que realmente la trabajan, aun en los contados países en que la reforma agraria ha logrado mayores avances, está en buena parte en manos de viejos y nuevos latifundistas que con frecuencia mantienen sistemas y formas de producción del todo anacrónicos. Al igual que la tierra, los demás recursos agrícolas: agua, instalaciones productivas fijas, maquinaria y equipo, asistencia técnica, crédito, mano de obra calificada, etc., están bajo el control de los capitalistas que cuentan con mayores recursos. Y la misma tendencia de concentración se advierte en las ciudades, en donde el acaparamiento de terrenos, casas, edificios y aun modestísimas viviendas, ha permitido a muchos especuladores acumular grandes fortunas.

5. La concentración de los recursos financieros es también evidente. Al margen del hecho ya señalado de que los grandes bancos absorben la mayor parte de los recursos del sistema, no es difícil advertir que el grueso del crédito bancario rural y urbano se destine, generalmente, a una clientela reducida, que

de ese modo agrega a sus recursos propios una buena parte de aquellos que la comunidad genera y canaliza a través del sistema de crédito. Aún en los casos en que una proporción considerable de las operaciones pasivas en los bancos se nutre de pequeños depósitos y de la compra de valores de renta fija por parte de millares de clientes modestos, las inversiones y créditos favorecen en última instancia a pequeños grupos de empresarios, a menudo vinculados de un modo u otro a los propios bancos acreditantes.

6. Otra forma de concentración, que sin duda está presente en la economía latinoamericana, es la de carácter geográfico. Desde cierto punto de vista, quizás es aquélla que mejor permite apreciar la falta de uniformidad del desarrollo. La concentración geográfica asume formas múltiples y no sólo deriva de la distribución de los recursos naturales y de la influencia que la actual estructura económica ejerce sobre la localización de las nuevas actividades, sino incluso de factores históricos ligados a su vez al fenómeno de la dependencia. En general, se advierte que la mayor actividad económica se concentra en ciertas áreas relativamente pequeñas, cada región geoeconómica tiene sus centros de atracción, las ciudades concentran mayores actividades que las zonas rurales y las capitales y grandes centros urbanos tienden a ser los puntos estratégicos de la economía nacional, aun en los casos en que poderosas razones sociales o económicas o políticas aconsejen otra distribución geográfica de la actividad económica.

7. La concentración se expresa, inclusive, en el campo cultural y político, de múltiples maneras. Por una parte, la cultura y, en general, la información sobre lo que ocurre en los más diversos sectores, sólo están al alcance de una minoría privilegiada. El grueso de la población es en parte analfabeta o sólo cuenta con los conocimientos que proporciona la escuela primaria o, cuando bien, las escuelas intermedias. El sector de la población que llega a las universidades y centros de alta enseñanza es muy pequeño, y el que destaca en esos campos es aún mucho menor.

Y la tendencia a la concentración tiene, como es comprensible, una manifestación particular en la estructura del poder

político. Por encima de la amplitud democrática y del equilibrio de poderes que se postula en los textos y doctrinas constitucionales, los presidentes o jefes del ejecutivo suelen concentrar una suma impresionante de facultades y atribuciones que, con explicables y crecientes limitaciones a medida que se desciende en la jerarquía burocrática, tiende a repetirse en los niveles inferiores del gobierno: ministros, gobernadores de provincia, autoridades municipales, etc. Independientemente de ello, en vez de que la estructura del poder exprese la participación conjunta y la confluencia de mayorías y minorías, lo que hay casi siempre es el control de parte de estas últimas de los principales órganos del poder y una estrecha relación de las mismas bien con el ejército, el clero, los intereses extranjeros, los grandes empresarios nacionales, los viejos políticos profesionales, los dirigentes obreros que, paradójicamente, sólo sirven a menudo a la clase patronal y, en general, con todas aquellas fuerzas sociales interesadas en preservar el *statu quo*.

8. Como resultado de todo lo anterior el ingreso nacional latinoamericano tiende a distribuirse en forma muy inequitativa, tanto desde el punto de vista económico como social. En efecto:

a) La proporción del ingreso que absorbe la agricultura es en general pequeña, en parte por los bajos niveles de productividad que en ella prevalecen, y en parte porque una proporción no deleznable del producto agrícola se sustrae a los productores rurales de diversas maneras, y a la postre aparece como ingreso asignado a otras actividades —industria y sobre todo comercio y otros servicios— que en realidad no lo generan;

b) La participación de la industria manufacturera en el ingreso es también pequeña, lo que se explica en virtud del incipiente grado de industrialización de la economía latinoamericana, y de las múltiples trabas internas y externas que condicionan desfavorablemente el desarrollo industrial;

c) Los servicios, en cambio, absorben una proporción sustancial del ingreso, no porque nuestras economías estén en rápido desarrollo y se acerquen cada vez más a aquéllas en

que las actividades terciarias tienen una gran importancia, sino porque una considerable proporción de la población rural excedente encuentra precario acomodo en múltiples servicios urbanos mal remunerados y de ínfima productividad, y porque el sector de intermediarios comerciales obtiene pingües ganancias y concentra, en consecuencia, una parte sustancial del excedente económico a través de la explotación de los productores y los consumidores;

d) La distribución social del ingreso es igualmente defectuosa e injusta. La parte del mismo que corresponde a utilidades de las empresas es en general en Latinoamérica mayor que en otros países, y mayor, sobre todo, que la proporción que se destina a salarios, lo que sin duda incide perjudicialmente en todo el proceso de desarrollo, y en particular, en el ritmo de expansión del mercado interno;[46]

e) Por último, la concentración económica y social del ingreso influye grandemente en la posibilidad de aprovechar el potencial de ahorro, en el bajo nivel de consumo de las masas, en el desperdicio de buena parte del ingreso que queda año por año en poder de los ricos y, en última instancia, en el ritmo del proceso de acumulación de capital y en la orientación de la inversión pública y privada.

CAPITALISMO, DEPENDENCIA Y SUBDESARROLLO

La estructura de un capitalismo formado en el marco histórico que antes hemos tratado de reconstruir y cuyos caracteres más salientes son la dependencia, el desequilibrio profundo y la desigualdad del desarrollo, su extrema vulnerabilidad respecto a los cambios que se registran en las economías de las cuales se

[46] "El contraste social es en verdad impresionante... mientras el 50% de la población tiene dos décimos aproximadamente del consumo total de las personas, en el otro extremo... el 5% de los habitantes disfrutan de casi los tres décimos de aquel total...". Raúl Prebisch, *Hacia una dinámica del desarrollo..., p. 5.*

depende en mayor medida, la presencia de formas institucionales anacrónicas, el desperdicio constante del potencial productivo, la concentración del poder, la riqueza y el ingreso y la obturación de las vías democráticas, no sólo provoca las consecuencias perjudiciales ya apuntadas sobre el proceso de desarrollo: se traduce, además, en una situación que, a la inversa de aquella, que en los mejores momentos del sistema hizo posible el rápido desarrollo económico, desata y pone en acción permanente un conjunto de fuerzas desfavorables y entrelazadas, que bien podrían considerarse los factores directos e inmediatos del atraso y el subdesarrollo. Tales factores —debemos subrayarlo— no son accidentales, no derivan de apremios o emergencias en la vida económica de nuestros países, ni expresan siquiera fallas de orden secundario: están íntima e indisolublemente ligados a la estructura socioeconómica: resultan directamente de ella y son incluso el conducto a través del cual esa estructura se expresa y —actúa sobre y a la vez— recibe la influencia del fenómeno del subdesarrollo.

Acaso los principales factores del atraso, a que aquí nos referimos, son los siguientes:

1. Con frecuencia se sostiene —como vimos en el primer capítulo de este estudio— que una de las causas del subdesarrollo es la escasez de ciertos factores productivos. Sabemos que eso no es así, que algunos recursos suelen ser abundantes en los países pobres y que aun en aquellos casos en que pudieran ser insuficientes, es viable superar tal limitación y avanzar en el camino del progreso económico. En cambio, lo que sí es un signo verdaderamente grave y una causa fundamental del subdesarrollo es que, a consecuencia de la estructura socioeconómica prevaleciente, hay un subempleo crónico de los factores productivos, un subempleo que si bien —como dice Furtado— "resultaría inconcebible en una economía típicamente capitalista", a nuestro juicio no sólo es posible, sino típico e incluso inevitable en el capitalismo del subdesarrollo.

Las formas que asume esa subutilización del potencial productivo en una economía atrasada como la de América Latina, son en general bien conocidas: recursos naturales no aprovechados o deficiente e insuficientemente explotados, y un sub-

empleo masivo de mano de obra, principalmente, en las zonas rurales, aunque también se observa en numerosas ciudades. Respecto a estas dos formas de subutilización de los recursos productivos, podría decirse que ambas resultan esencialmente de la imposibilidad de aprovechar la riqueza natural y la fuerza humana disponibles, dada la escasez de capital y técnica adecuados. Mas la verdad es que el subempleo se extiende, en la economía de nuestros países, en general a todos los recursos, incluyendo aquéllos que se suponen más escasos. Vivimos, en efecto, la paradoja de carecer de suficientes instalaciones productivas —fábricas, maquinaria y equipo— y al propio tiempo, desaprovechamos lamentablemente nuestros recursos económicos y los mantenemos a un nivel de actividad sensiblemente inferior al que aconsejarían su capacidad y una política económica racional. Y lo mismo sucede con la técnica e incluso con los recursos financieros, de cuya escasez tanto gusta hablarse. Allí también se desaprovechan recursos que, en una estructura social y política distinta, serían inapreciables para acelerar el desarrollo.

2. Otro factor resultante de las condiciones que imperan en Latinoamérica, y que a la vez influye poderosamente en el mantenimiento del atraso económico, es el desperdicio del potencial de ahorro o sea del "excedente económico potencial". La dependencia respecto al extranjero y la política tradicional de los grupos dominantes, de sujetar el ingreso y el consumo de las masas populares a un bajo nivel que permita concentrar una alta proporción del ingreso nacional en aquellos grupos y, en mucho menor escala, en algunos sectores de la clase media, lejos de haber significado —como aún hoy suelen suponerlo los ortodoxos— un ritmo satisfactorio de acumulación de capital, han propiciado múltiples formas de dilapidación del ahorro. En efecto, tanto el movimiento internacional de capitales como el intercambio de mercancías y servicios son factores que implican la constante succión de recursos financieros.

A ellos obedece que una parte no deleznable del potencial de ahorro se fugue al extranjero y no pueda ser utilizada por los países que generan ese ahorro. Y la dilapidación del potencial

de inversión no se agota en el desfavorable intercambio con el exterior: la conducta de las clases dominantes y aun de amplios sectores intermedios, tiene también mucho que ver con la defectuosa utilización del excedente, y, en última instancia, con el ritmo y la dirección del desarrollo. De la parte de dicho excedente que queda en poder de nuestros países, una porción difícil de cuantificar, pero que en ciertos casos es todavía digna de tomarse en cuenta, se atesora; una parte mucho más significativa se concentra en una minoría privilegiada y a la postre da lugar a las más diversas y aun extravagantes formas de consumo suntuario o "conspicuo"; otra más se destina a gastos innecesarios e improductivos; una suma no despreciable sirve para financiar inversiones fijas redundantes o superfluas, o se destina a mantener existencias de numerosas mercancías a niveles superiores de los que justificaría una buena política de abastecimientos, y lo que, a pesar de todo el despilfarro, queda en poder de un reducido número de inversionistas, hombres de negocios y funcionarios nacionales, en parte se envía a bancos del extranjero en busca de una seguridad que, según tales personas, no ofrece ni la moneda, ni la vida política o el futuro de nuestros países.

El desperdicio del potencial de ahorro no sólo supone el empleo inadecuado del ingreso corriente, sino la adopción de una política que determina, a la vez, el desaprovechamiento del ingreso adicional, o sea, del incremento anual del producto nacional, el que en vez de canalizarse hacia fines de desarrollo expresa la influencia y contribuye a mantener una mala distribución del ingreso y una peor utilización del excedente.

3. El patrón conforme al cual se distribuyen la riqueza y el ingreso, tanto social como económicamente, y la forma como se utiliza —y en gran medida desaprovecha— el potencial de ahorro, además de influir, como hemos de ver en seguida, en todo el proceso de acumulación de capital, condicionan en buena medida tanto el volumen como la composición y las posibilidades de equilibrio de la oferta y la demanda. En efecto, la concentración tan aguda del ingreso distorsiona la demanda y agrava tanto la estrechez del mercado interno como el desequilibrio externo y la tendencia estructural a la inflación,

derivada en buena medida de la rigidez de la oferta de "artículos necesarios" y, sobre todo, de productos agrícolas.[47]

Numerosos recursos se sustraen del proceso propiamente productivo y se multiplican y agravan los estrangulamientos o "cuellos de botella", hasta volverse prácticamente imposible el equilibrio global o sectorial y el crecimiento sostenido de la economía.

4. La interinfluencia de los factores anteriores supone y trae como resultado una baja tasa de acumulación de capital y, sobre todo, de inversión neta, una tasa siempre inferior a la que podría obtenerse con una mejor utilización del potencial de ahorro; pero a la vez generalmente superior a la tasa de ahorro interno, lo que supone que una parte de la misma se financia por vías inflacionarias o mediante recursos del exterior cuyo empleo tiende a generar una creciente dependencia económica.

El bajo nivel de la inversión no es producto, como a menudo se supone de manera simplista, de que el ingreso y el ahorro sean bajos: resulta esencialmente del desperdicio del ahorro potencial, y de los factores estructurales que vuelven prácticamente imposible la movilización y la mejor utilización de ese ahorro y del efecto perjudicial de la distribución de la riqueza y el ingreso. El escaso poder de compra en manos de la mayoría de la población no sólo afecta perjudicialmente su productividad, sino que limita la demanda y, por tanto, el estímulo de numerosas actividades necesarias en el proceso de desarrollo, en tanto que la concentración de poder adquisitivo, en el sector minoritario privilegiado, sustrae una masa apreciable de recursos susceptibles de invertirse, y que en realidad no se aprovechan ni por los particulares ni por el gobierno. El poder público, deseoso casi siempre de estimular a la empresa privada, coadyuva a la concentración del ingreso y al despilfarro del potencial de ahorro, y en vez de impulsar con decisión la inversión gubernamental, arrastra casi siempre un déficit financiero debido al peso de los gastos corrientes y a la conserva-

[47] Véase, "Problemas de financiamiento del desarrollo económico en una economía mixta", de Michael Kalechi, en *Programación del desarrollo económico*. México, 1965.

dora política tributaria que provee al sector público de ingresos, así como de precios de las empresas estatales.

5. Aún en los casos en que la tasa de inversión alcanza un nivel medianamente satisfactorio, está sujeta a fuertes e imprevisibles altibajos, y su composición y distribución acusan fallas que inciden también desfavorablemente sobre el proceso de desarrollo. Así, la inversión agropecuaria tiende en general a ser insuficiente; con frecuencia se destina a actividades de infraestructura más de lo necesario, lo cual afecta desfavorablemente el coeficiente marginal de ahorro y de capital; la hipertrofia del comercio y múltiples servicios atrae también inversiones a sectores de baja productividad y, aun en la esfera propiamente productiva, abundan las inversiones cuya influencia en la producción industrial es mínima. En cuanto al sector público, es común que, aparte de darse preferencia a las actividades de infraestructura, se desperdicie capacidad instalada en ciertas empresas estatales para no entrar en conflicto con la empresa privada y que, una buena parte de la inversión se canalice hacia obras y servicios en principio necesarios socialmente, pero cuya magnitud, costo, calidad, localización, condiciones de realización u operación, sistemas de mantenimiento, etc., dejan mucho que desear.

6. Considerado el proceso de inversión en su conjunto, en casi todos los países latinoamericanos se observa que las secuencias y variantes de inversión preferidas han sido, básicamente, aquéllas que condujeron al desarrollo de los países capitalistas hoy industrializados. En el fondo, se arrastra la idea de que en el desenvolvimiento latinoamericano ha de repetirse la experiencia europea y norteamericana lo que junto a la influencia que por sí sola ejerce el móvil de lucro, se traduce en un proceso cuyas fases sucesivas son la agricultura, el fomento de las industrias ligeras de bienes de consumo y la industria pesada, y en una estrategia económica que tienda a asegurar la secuencia del capitalismo clásico.

7. Y como corolario en cierto modo inevitable de todo lo anterior, y a la vez como factor determinante de los caracteres del proceso de inversión, se aprecia en Latinoamérica una tendencia a preferir en general las inversiones que contribuyen

a maximizar a corto plazo el ingreso, así sea en ramas no fundamentales, a elevar el nivel de ocupación y a mantener —o por lo menos a buscar— el mayor equilibrio posible en la balanza de pagos.

A esa estrategia en materia de inversiones corresponde una selección tecnológica contradictoria, pues a la vez que tiende a preferirse aquellos métodos de producción que permiten absorber mayor cantidad de mano de obra, suele también incorporar técnicas costosas e inadecuadas, que suponen inversiones desmedidas y, en última instancia, de baja productividad.

Podría pensarse que, a pesar de lo dicho hasta aquí, a medida que la industrialización va cobrando impulso, el cuadro del subdesarrollo se altera sustancialmente y empiezan a surgir tanto la actividad como la clase social vigorosa —hasta entonces faltantes— que en la historia del capitalismo occidental fueron decisivas en la aceleración del desarrollo económico. Pero la verdad es que la industria, y en general la todavía incipiente industrialización latinoamericana, más que exhibir la presencia de una nueva actividad nacional independiente, descubre, por una parte, un desplazamiento cada vez mayor del capital extranjero hacia las actividades secundarias y terciarias, y por la otra, una nueva fase en el desarrollo y el proceso de integración de la economía monopolista.

EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

I
LA TEORIA CAPITALISTA DEL DESARROLLO, EL "DESARROLLISMO" Y CIERTAS SIMPLIFICACIONES PELIGROSAS

Desde hace, probablemente, cinco a diez años, se advierte un interés cada vez mayor en torno al estudio del subdesarrollo latinoamericano. A las investigaciones propiamente monográficas y descriptivas, a los trabajos fragmentarios o sobre hechos incidentales, a los intentos de definir los rasgos más característicos de nuestras economías, en busca de una imagen objetiva y fiel del atraso que nos aqueja, ha sucedido otro tipo de estudios y de enfoques que sin duda revelan avances alentadores. Ahora, en ensayos más ambiciosos y mejor articulados, empieza a sistematizarse el examen de los problemas más graves, y lo que es más importante, a ahondarse en el estudio del contexto histórico en que tales problemas han surgido y de los hechos que los han condicionado. A partir del esfuerzo tenaz y pionero de ya varias decenas de economistas, sociólogos, antropólogos, historiadores y otros estudiosos de las ciencias sociales, comienza a tomar cuerpo una teoría del subdesarrollo capaz de explicar racionalmente lo que ocurre en Latinoamérica y de contribuir a transformar, en beneficio de las masas populares, el estado de cosas prevaleciente.

Aún no se ha llegado, lo admitimos, a un momento en el que, en definitiva, se haya roto en todas partes con las explicaciones

más trilladas y anacrónicas del subdesarrollo. Con una frecuencia que exhibe el increíble grado de alienación de las clases dominantes y de quienes las sirven desde las más diversas posiciones, de México a la Argentina y de Brasil a Ecuador o Colombia, funcionarios públicos, economistas oficiales y hombres de negocios nacionales y extranjeros repiten fórmulas gastadas y caducas, que casi siempre corresponden a las teorías en boga en la metrópoli imperialista y en general, en los centros académicos de Occidente. Las viejas ideas no sólo tienen cabida en discursos acartonados y protocolarios, en las columnas y editoriales de la prensa comercial, en las consignas de los organismos obreros oficiales, y, desde luego, en las conferencias de la OEA a láteres, sino que también se aceptan en las universidades, al menos por quienes se empeñan en preservar un extraño y peculiar patrón de división internacional del trabajo intelectual, en el que las teorías, a la manera como tradicionalmente ha acontecido con las manufacturas, se elaboran, transforman y aderezan en los países dominantes, quedando a las naciones subordinadas el papel, mucho más pasivo y modesto, de hacerlas suyas y repetirlas mecánica y dócilmente.

Tan ocurre esto último que no son pocos los centros de estudios superiores en los que las ciencias sociales se enseñan todavía a partir de obras y corrientes ideológicas principalmente anglosajonas, y en general, extranjeras, y en los que incluso el subdesarrollo de los países de América Latina se sigue estudiando con base en teorías inadecuadas, que más que haberse elaborado para explicar el fenómeno, parecen haber sido hechas para justificarlo "científicamente".

¿Quién no recuerda esas teorías metropolitanas según las cuales el subdesarrollo latinoamericano obedece a que nuestros pueblos son perezosos, a que son ignorantes y apáticos, a que son egoístas y refractarios a los valores culturales modernos? ¿Quién no ha oído o leído que nuestro atraso se atribuya a factores raciales o a que la religión católica no supo o no pudo exaltar el móvil de lucro y el principio de la "racionalidad" capitalista como lo hizo la iglesia protestante europea a partir del siglo XVI? ¿Y qué decir de esos alarmados y fatalistas neomalthusianos, que a cada rato insisten en que sólo mediante un herodiano descenso en el crecimiento demográfico, suscep-

tible a su vez de lograrse con el uso indiscriminado de anticonceptivos, será posible que los latinoamericanos mejoremos nuestros niveles de vida? La verdad es que poco o nada avanzaremos en la comprensión de los problemas fundamentales en tanto simplemente repitamos que nuestros pueblos no progresan porque su capital es escaso, porque su técnica es atrasada e ineficiente o porque el llamado "efecto demostración" impone patrones de consumo que impiden ahorrar a un ritmo satisfactorio. Mientras no rompamos tales marcos de referencia —que a veces se antojan verdaderas camisas de fuerza— y escapemos a esas y otras ideas y prejuicios análogos; mientras no distingamos los efectos y las causas y comprendamos que las razones que determinan el subdesarrollo no consisten en que falten mercados internos o sean éstos demasiado estrechos e imperfectos, ni en la acción de tales o cuales círculos viciosos, ni en un supuesto dualismo estructural que frene la expansión capitalista, o en que a nuestras economías siga faltando el "gran impulso", el "esfuerzo crítico mínimo" necesario en la etapa del "despegue"; mientras sigamos dependiendo de tales diagnósticos, será muy difícil que logremos explicar nuestros males e imposible que podamos ofrecerles solución.

Por fortuna cada vez se toma mayor conciencia de ello en Latinoamérica, y aunque las posiciones conservadoras y tradicionalistas siguen siendo las dominantes en los centros académicos, comienzan a soplar nuevos vientos. Cuestiones que antes se aceptaban pasiva y calladamente ahora se discuten; modestas reformas académicas, que hasta hace poco tiempo se ostentaban con orgullo por sus defensores como grandes avances, quedan como medidas inocuas o como simples puntos de partida de transformaciones que apenas se inician. El "malinchismo" y el culto a lo extranjero, posición que casi siempre va acompañada del desdén hacia lo nuestro, se repliega a menudo ante la justa crítica de los jóvenes, y a veces se la ve en franca retirada como si ya no bastara apelar a textos escritos en idiomas extranjeros —que a menudo no pasan de ser obras de cuarta o quinta clase— para impresionar a los demás y reclamar, en actitud suficiente, la razón. Por todas partes afloran nuevas inquietudes que, poco a poco, cristalizan en un pensamiento de vanguardia; y la corriente rutinaria y conservadora,

dispuesta a ver en cada esfuerzo renovador una amenaza de comunismo, empieza a recoger con sorpresa el rechazo de otros "ismos" que precisamente ella postula y defiende: el funcionalismo, el pragmatismo, el neopositivismo, el tecnocratismo y el subjetivismo con los que, desde las posiciones más deleznables, se pretende convertir a las ciencias sociales en palabrería apologética e intrascendente, unas veces, y otras en modelos matemáticos que, pese a su aparente rigor y alto grado de abstracción —y en tal sentido, a su lejanía de la realidad— en la práctica suelen servir esencialmente para justificar el comportamiento y defender los intereses y los privilegios de las clases dominantes.

Frente al seguidismo de quienes por comodidad, por temor y aun por inercia prefieren repetir las mentiras convencionales y las verdades a medias de los ideólogos metropolitanos, el pensamiento de vanguardia opone los hechos a las palabras y exige nuevos enfoques y nuevas ideas. Los sectores genuinamente progresistas

> "entienden que se imita demasiado, y que —como decía Martí— la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano: y si sale agrio ¡es nuestro vino!"[1]

¿Qué críticas se hacen a las teorías del desarrollo que, fundamentalmente con fines de exportación, se fabrican en ciertas universidades extranjeras? ¿Por qué son cada vez más quienes las rechazan y buscan nuevos cauces para explicar lo que tales teorías soslayan, menosprecian, evaden y aun tergiversan? ¿Por qué se desprestigia lo que en algunos países se conoce como "desarrollismo", pese al empeño con que lo defienden las clases en el poder? Sería imposible, en unos cuantos párrafos, recordar siquiera las principales críticas que suelen hacerse a los planteamientos teóricos más socorridos. En otros trabajos lo hemos intentado ya con cierta amplitud,[2] y aquí sólo nos

[1] José Martí, "Nuestra América", *Obras completas*. La Habana, 1968, tomo 6.

[2] *Teoría y política del desarrollo latinoamericano*, México, 1967 y *Economía política y lucha social*, México, 1970.

limitaremos a destacar, en una apreciación esquemática y de conjunto, algunos rasgos comunes de lo que, genéricamente, podríamos llamar la teoría burguesa del desarrollo, una teoría a veces imprecisa y difícil de ubicar, que naturalmente difiere en ciertos aspectos de un autor a otro, y que con frecuencia adopta modalidades diversas en diferentes países; pero que en todos ellos es la teoría dominante, la teoría aceptada por los funcionarios públicos y los banqueros, por los economistas y sociólogos conservadores, por los líderes obreros más comprometidos con el *establishment*, la que se repite en reuniones nacionales e internacionales como la única legítima y realmente científica, y la que, por consiguiente, orienta, inspira y es punto de partida de múltiples planes y programas oficiales —nacionales e internacionales— de desarrollo.

1. Lo primero que tales teorías pretenden, como se sabe, es ser explicaciones objetivas, neutras, no comprometidas con ningún interés que no sea el de la verdad. Su objetividad y neutralidad resultan, sin embargo, francamente sospechosas, y su vano rechazo de toda ideología un ardid idealista más o menos hábil, aunque en el fondo engañoso e inaceptable. Mientras las posiciones que lesionan los intereses de la burguesía son vistas como posiciones "políticas" o sea "no científicas", cargadas de pasión y de perturbadores elementos ideológicos, las que ellos postulan, y que, no casualmente, en el fondo sólo tienden a defender los intereses de la clase en el poder, esas sí son "objetivas" y "científicas", eclécticas e "imparciales", ajenas a los conflictos de clase y capaces, por tanto, de situarse al margen y por encima de tales conflictos.

2. Frecuentemente caen en el pragmatismo y el metodologismo. Parecen interesarse más en el andamiaje que en el edificio propiamente dicho, que pretende construirse; y desprovistas de todo enfoque teórico desenlazan en una especie de culto a la estadística y a los números, a los hechos concretos así sean secundarios y aislados y a la mera acumulación y recopilación de datos y circunstancias de no mayor interés, o desembocan en un tecnocratismo pedante y superficial, en el que, a partir de análisis simplistas se construyen no menos simplistas y rígidos modelos econométricos, que poco o nada tienen que

ver con la realidad cambiante y contradictoria a que supuestamente se refieren.

3. Adoptan un peculiar y suave gradualismo que hace del desarrollo de la sociedad un proceso uniforme, terso, unilineal, que se desenvuelve en línea recta, verticalmente —o cuando más, circularmente— en el trayecto que va de la economía "tradicional" a la "moderna", conforme a una teoría del *continuum* en la que el desarrollo es el punto final de una ruta corta y sin mayores accidentes ni largas esperas intermedias, en tanto que el subdesarrollo es una fase inicial que precede al desarrollo y siempre culmina en éste. Lo que podría parecer un enfoque histórico resulta, así, esencialmente estático: un extraño dinamismo mecanicista, un mero ejercicio de "estática animada" en el que el factor tiempo se introduce de un modo arbitrario en esquemas divorciados de la realidad, y en el que las categorías propiamente históricas y las fases reales del desarrollo social se sustituyen por un esquema sencillo y sugerente, pero falso y prefabricado (sociedad "tradicional" - sociedad "moderna") como el que nos ofrecen autores tales como Rostow, Parsons, Hagen y, entre los latinoamericanos, el sociólogo Germani.

4. Las explicaciones de que hablamos aceptan el cambio; pero no como éste se produce en la realidad sino en tanto sea armonioso y equilibrado, es decir, en tanto corresponda a lo que ciertos políticos oficiales mexicanos llaman en su jerga demagógica y pintoresca —que seguramente envidiarían incluso el profesor Nurkse y los teóricos del "crecimiento equilibrado"—: un "cambio con estabilidad y con justicia". Rechazan, por el contrario, los cambios cualitativos propiamente estructurales, a los que, por lo demás, no consideran de interés para la teoría del desarrollo; y en rigor confunden a éste con un mero crecimiento vegetativo que siempre se da dentro del marco capitalista, antes del cual para ellos sólo hay atraso y cuasiestancamiento, y después: subversión y caos. La estabilidad y el equilibrio dejan de ser, en tal virtud, meros supuestos teóricos más o menos irreales y librescos, y se convierten en exigencias diarias, aunque casi siempre retóricas, de los defensores del viejo *status*.

5. El progreso económico y social se concibe o hace descansar en una fácil, ininterrumpida y creciente diseminación de avances técnicos desde los países más avanzados hasta los menos favorecidos, y el desarrollo, en consecuencia, resulta no sólo la meta de los países subdesarrollados sino la condición de su progreso. Las naciones que triunfan económicamente comparten sus éxitos, debido a su gran capacidad de propagación o difusión de los mismos, con las que se rezagan. Y si el ritmo a que extienden el progreso no es más rápido ello obedece a que los países subdesarrollados, a causa de su propio atraso, no pueden asimilar las nuevas técnicas con mayor celeridad. Naturalmente nada se dice respecto a los hechos reales que obstaculizan la diseminación de los avances técnicos en favor de esos países, y menos, todavía, acerca de la forma como los más industrializados explotan a otros pueblos a través de un patrón de relaciones económicas internacionales injusto, irracional y, en última instancia, impuesto por la fuerza.

6. Los fenómenos socioeconómicos se estudian de manera aislada y fragmentaria, con frecuencia cayendo en un parcelamiento arbitrario del método científico y de la propia realidad que trata de estudiarse, lo que procede y a la vez desenlaza de, y en enfoques unilaterales como el economismo, el sociologismo, el historicismo, el psicologismo y el matematicismo, en vez de combinar métodos, técnicas y procedimientos propios de las diversas disciplinas utilizables en el examen del desarrollo social. Y todo ello expresa o se asocia a un funcionalismo mecanicista —contrario a una concepción dialéctica del proceso histórico, o sea, a una verdadera teoría de la historia—, que supone relaciones funcionales más o menos sencillas —a menudo, inclusive, lineales— en donde se dan entrelazamientos recíprocos sumamente complejos, o que, en forma más o menos arbitraria y dogmática convierte en variable independiente un factor o hecho aislado que, a partir de su elección, se vuelve, por arte de magia, el principio rector del fenómeno de que se trate.[3]

[3] Un interesante artículo sobre estos temas es el de Susane J. Bodenheimer, "The ideology of developmentalism", publicado en el *Berkeley Journal of Sociology* (sin referencia precisa en la fuente consultada).

7. En fin, al construir sistemas explicativos sobre conceptos meramente formales, o en el mejor de los casos sobre hechos parciales desconectados del proceso real del desarrollo se cae en un formalismo estático, abstracto e idealista, de supuesto alcance universal y por ende de "mayor" generalidad y valor científico, o se combina la teoría a un análisis a corto plazo de los factores del crecimiento del ingreso, en el que los fenómenos propiamente estructurales se ignoran o dejan de lado como si su estudio no sólo resultara impropio en tal perspectiva analítica, sino incluso fuera ajeno a la economía y a la sociología. Ni qué decir, por tanto, que en tales enfoques se omite el empleo de categorías históricas de indiscutible valor científico como las clases sociales y las relaciones y conflictos que surgen entre ellas, la propiedad privada de los medios de producción, la explotación del trabajo asalariado, el fenómeno de la dependencia, el imperialismo, etc., todo lo cual vuelve difícil y aun imposible penetrar en el examen serio de la problemática real, y sobre todo estructural, del subdesarrollo, y con mayor razón aún resolver los más graves problemas a que se enfrentan nuestros países.[4]

En efecto, y a pesar del empeño con que ciertos autores pretenden convencernos de que el subdesarrollo no tiene relación con esas cuestiones, ¿quién podría a estas horas aceptar objetiva, honradamente, que el atraso económico de nuestros países nada tiene que ver con que sean explotados y dependientes o con el hecho de que sus riquezas y particularmente el fruto del trabajo del pueblo, se haya dilapidado dramáticamente a lo largo de siglos en beneficio de una pequeña minoría de ricos nacionales y extranjeros cuya presencia ha sido y es hoy, el

[4] Dos interesantes trabajos del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile sobre el desarrollismo y las teorías del desarrollo que más circulan en ciertas universidades y centros gubernamentales de investigación, son *Desarrollismo y capital extranjero*, de Orlando Caputto y Roberto Pizarro (Santiago de Chile, 1970) y un ensayo contenido en *Dependencia y cambios sociales*, de Theotonio Dos Santos (Cuadernos de Estudios Socioeconómicos, No. 11, Santiago, 1970). De los primeros autores citados, véase también *Imperialismo, dependencia y relaciones económicas internacionales*, Santiago, 1971. [Todos estos trabajos han sido reseñados en *Problemas del Desarrollo*, números 7 y 8. *N. del Ed.*].

principal obstáculo al progreso? ¿Quién podría concebir el subdesarrollo como un fenómeno ajeno al capitalismo y al imperialismo, o ver en éste tan solo un hecho anacrónico o la expresión de una vieja política agresiva por fortuna ya superada en el llamado "mundo libre"?

No obstante todas sus fallas y limitaciones, las teorías a que nos referimos siguen inspirando muchas de las explicaciones académicas del subdesarrollo y aún influyen grandemente en la estrategia y la política económicas en América Latina. Los cambios de forma o de grado y las modalidades más o menos diversas que adoptan en cada país no impiden reconocer el patrón ideológico que, a manera de común denominador, subyace a todas ellas. Tomando como punto de referencia lo que, sobre todo en los países del sur del continente ha dado en llamarse "desarrollismo", podemos apreciar lo que esencialmente distingue a tales posiciones y lo que significan, no ya como formulaciones teóricas sino en su aplicación práctica.

"¿En qué consiste el desarrollismo?" La verdad, no es fácil precisarlo.

> "Como todas estas expresiones que brotan en la confrontación ideológica —comenta el doctor Prebisch— es confuso el significado del concepto. Acaso se refiere a la actitud de quienes no creen que sean necesarias grandes transformaciones para acelerar el curso presente del desarrollo, y confían en que las disparidades sociales se irán desvaneciendo por la propia dinámica del desarrollo. ¡Lo esencial es desarrollarse; se verá después lo que se hace!".[5]

Tal es, en efecto, una versión del "desarrollismo". A nuestro juicio la más simple: la que podríamos llamar "hamiltoniana"; una versión que, esencialmente, ve en el desarrollo un fenómeno de crecimiento cuantitativo de ciertas variables macroeconómicas. Mas en el curso de los últimos años se ha ido configurando otra variante, en la que sin dejar de reconocerse que se requieren ciertos cambios y aun admitiéndose, verbalmente, que algunos de ellos son estructurales, en la práctica sólo se

[5] Raúl Prebisch, *Transformación y desarrollo. La gran tarea de América Latina*. México, 1970, p. 23.

aceptan aquéllos que no ponen en peligro el orden, o si se prefiere, el desorden de cosas existente. Esta versión es más sofisticada: combina el crecimiento con la estabilidad, la expansión de las fuerzas productivas con la justicia social, el crecimiento del ingreso con su reparto equitativo, el uso del financiamiento externo con el supuesto propósito de afirmar la independencia económica, la intervención del estado en la economía con el estímulo a la empresa privada, la asociación amistosa del capital nacional y el extranjero, o sea, la coexistencia pacífica de las pequeñas empresas nacionales y de los gigantescos monopolios internacionales.

Por ello no deja de sorprender que al criticar el doctor Prebisch el "desarrollismo", escoja, al parecer, su variante más elemental y deje, en cambio, de lado, la existencia de otras, y concretamente la que la CEPAL y él mismo, difundieron y defendieron en las últimas dos décadas, haciéndose eco de la opinión dominante en muchos gobiernos latinoamericanos y contribuyendo, a la vez, a que éstos hicieran suya la estrategia desarrollista. La omisión es tanto más significativa cuanto que lo que se evade es, precisamente, lo que acaso ha llegado a convertirse en la teoría y la práctica desarrollistas por excelencia en América Latina, ambas, por cierto, basadas en la tesis de que la crisis del llamado modelo de "crecimiento hacia afuera", obligó, a partir del colapso económico mundial de 1929, a un "crecimiento hacia adentro" en que el desenvolvimiento habría de descansar en el mercado interno y en un patrón de relaciones internacionales en el cual los países capitalistas más avanzados contribuyeran, principalmente con recursos financieros y técnicos y una favorable política comercial, a la industrialización y el desarrollo independiente de los más atrasados. Podría afirmarse que tal es la esencia del planteamiento desarrollista, y que éste no sufre alteraciones de fondo cuando, a partir de la reunión de Punta del Este de 1961, en el marco ya de la Alianza para el Progreso, se habla de reformas estructurales, integración regional y planificación.[6]

[6] Véanse la *Carta de Punta del Este* y la *Declaración de los pueblos de América*, documentos en los que se recogen los principales aspectos de la doctrina de la *ALPRO*.

La doctrina desarrollista comienza a gestarse bajo la depresión de los años treinta, cuando las exportaciones de productos primarios se derrumban catastróficamente y caen con ellas la capacidad de importación, los ingresos y gastos públicos, el circulante monetario y el volumen de inversión y de ahorro, el nivel de ocupación, el ingreso nacional y la actividad en todo el sistema. Dicha doctrina se refuerza en los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando se vuelve imperioso fabricar bienes que antes se importaban y que el conflicto hace imposible producir y distribuir por los canales tradicionales, y toma una forma académicamente más precisa cuando, en 1949, Prebisch y la CEPAL subrayan que el avance técnico, lejos de propagarse en beneficio de los países económicamente más atrasados, es retenido y concentrado por las naciones industriales que compran barato y venden caro al resto del mundo. Son los pobres, por consiguiente, quienes comparten sus modestos incrementos de productividad con los ricos, y no a la inversa. Y, a la creciente desigualdad que tal situación genera, se añade un crónico deterioro en la relación de intercambio que, a su vez, resulta de la "insuficiencia dinámica del desarrollo" y de la mayor velocidad con que crece la demanda de manufacturas (importaciones) frente a la de productos primarios (exportaciones) de los países subdesarrollados.[7]

Es tal la fe que, en un momento dado, llega a tenerse en el modelo de "crecimiento hacia adentro", que algunos asocian el concepto mismo de subdesarrollo a la dependencia respecto a las exportaciones primarias y el de desarrollo a la industrialización sustitutiva de importaciones. Incluso piensan que el papel del capital extranjero cambiará radicalmente en la nueva fase del proceso, y consideran que, además de ser transitoria la necesidad de financiamiento externo, éste contribuirá a afirmar el tan deseado desarrollo independiente.[8]

[7] Cf. Raúl Prebisch, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas*, Naciones Unidas, Nueva York, 1949.

[8] "El subdesarrollo —dice por ejemplo, Rogerio Frigerio, quien por cierto jugó un prominente papel en Argentina bajo el gobierno 'desarrollista' de

Durante varios años tales ideas circularon, al menos en los organismos y grupos oficiales de América Latina, como la teoría y la práctica de un desarrollo independiente. En Santiago de Chile y Buenos Aires, en México y en Río, en Caracas, Lima y Bogotá, se repitió que la sustitución de importaciones —entonces principalmente de bienes de consumo— por una producción interna que el estado apoyara a través de una acción supletoria y del estímulo de la empresa privada, conduciría, en un marco de estabilidad social interna, unidad nacional, integración regional y cooperación internacional, al reforzamiento de la economía latinoamericana. A la altura en que nos hallamos y frente al deterioro comercial sufrido en los últimos quince años, no sólo es evidente que nuestros países jamás habrían podido emanciparse bajo la estrategia impuesta, claro es, por el imperialismo, del "crecimiento hacia afuera"; empieza a ser igualmente claro que tampoco lograrán su independencia, como lo han sostenido la burguesía doméstica y los defensores extranjeros de tal esquema, bajo el modelo del "crecimiento hacia adentro".

El propio doctor Prebisch parece pensarlo así cuando señala que:

> ... la América Latina tiene que encontrar nuevos caminos sin la carga del pasado, sin preconceptos ideológicos. La insuficiencia dinámica no es un fenómeno episódico, sino la expresión de la crisis profunda de la fase de desarrollo que comienza en la gran depresión mundial de los años treinta. Esta fase ha cumplido

---

Arturo Frondizi— ... se define como la incapacidad de financiar el desarrollo sostenido de las fuerzas productivas con el producto de las exportaciones primarias". Y en otro pasaje, expresa: "El capital externo, que en el siglo pasado vino a nuestros países para desarrollar nuestra producción primaria y someternos al esquema de la división internacional de trabajo, está obligado, en su propio interés, a venir ahora a desarrollar nuestra industria y nuestra capacidad adquisitiva. Es muy distinto el signo de una y otra inversión: la primera anudaba los lazos de la dependencia; la segunda nos ayuda a desarrollarnos como naciones independientes". Citado por Juan Pablo Franco en "Reflexiones en torno al desarrollismo: el caso frigerista". *Desarrollo y desarrollismo*, autores varios, Buenos Aires, 1969, pp. 156 y 368.

hace tiempo su papel y está provocando otra crisis... la crisis del «desarrollismo».[9]

El "desarrollismo", efectivamente, está en crisis; en crisis grave e irreparable. En vez del desarrollo vigoroso e independiente que sus apologistas nos ofrecían, lo que está a la vista es un crecimiento desigual, contradictorio, deforme, enfermizo y subordinado que, después de veinte, treinta y en algunos casos cincuenta años no logra romper los obstáculos más tenaces ni resolver las necesidades más ingentes y elementales de las grandes mayorías de nuestros pueblos. Con toda su retórica, con sus formulaciones academizantes, con sus promesas y sus eufemismos, el "desarrollismo" ha desembocado en un panorama de graves desequilibrios de la balanza de pagos, que a su vez resultan del drenaje provocado tanto por las inversiones y préstamos del exterior como por la propia dinámica de una industrialización sustitutiva y dependiente, que al mismo tiempo que libra al país que la realiza de ciertas importaciones, crea la necesidad de otras mayores, más complejas y costosas.[10]

En ese panorama persisten las presiones inflacionarias y se agudiza la ya alarmante desigualdad en el reparto de la riqueza y el ingreso. En vez de que las empresas nacionales se fortalezcan, son los monopolios extranjeros los que se extienden y consolidan en las principales ramas de las industria, el comercio y los servicios; en vez de que el caudal de recursos financieros disponibles se incremente con la ayuda extranjera, la succión del ahorro interno se agrava y crece la "espiral del endeudamiento externo"; en vez de gobiernos democráticos, surgidos

[9] Raúl Prebisch, *op. cit.*, p. 22.

[10] "... el proceso de industrialización sustitutiva, lejos de reducir la dependencia externa y la vulnerabilidad al comercio internacional de estas economías, en cierto modo las acentúa. Por un lado, la economía sigue basada sobre las exportaciones tradicionales de productos primarios; por otro, en la estructura de las importaciones prácticamente todo lo que se conserva es de importancia esencial o estratégica...". Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo.* México, 1970, p. 367. (Y aún no siendo de "importancia esencial o estratégica", diríamos nosotros, son importaciones a las que la clase dominante no está dispuesta a renunciar, porque constituyen una parte no deleznable de los privilegios que suele defender con mayor celo.)

del creciente desarrollo, proliferan los regímenes pretorianos resueltos a liquidar los rastros de democracia que puedan quedar en ciertos países.

Tales son algunos de los hechos, objetivos e irrefutables, que muestran el fracaso del "desarrollismo" latinoamericano y de la ilusión reformista de creer que, con la ayuda del capital extranjero y la débil y errática acción de una burguesía interna, incapaz y parasitaria, podría lograrse un desarrollo nacional independiente. Confiar la independencia económica a una industrialización y a una burguesía cada vez más dependientes —ahora lo sabemos de sobra— ha demostrado ser tan vano como confiar la causa de la libertad económica a los monopolios, encomendar a los ricos la liquidación de la pobreza, o, lo que es lo mismo: dejar la iglesia en manos de Lutero. Y lo que es más: el fracaso del "desarrollismo" no sólo ha puesto en claro la ineficacia de una política sino la invalidez de una teoría, aún de toda una concepción del desarrollo y de la ciencia social. Y aunque algunos se aferran a sus viejas posiciones o las sustituyen por otras no menos invigentes, y los más hábiles las aderezan con nuevos y más o menos vistosos adornos, quienes honradamente tratan de comprender la problemática del subdesarrollo afirman, a su vez, la convicción de que ha llegado el momento de abrir nuevos caminos.

Sobre las viejas teorías sólo se pueden forjar, como lo comprueba la experiencia de las últimas décadas, estrategias erróneas y políticas inadecuadas. Se necesitan nuevos enfoques teóricos, nuevas perspectivas de análisis, objetivas y realistas, que partan del examen metódico y riguroso de los hechos y no de prejuicios, buenos deseos y hasta intereses inconfesables. Se requiere ir al fondo de los problemas, no quedarse en la forma o en la superficie; no ver únicamente el subdesarrollo en el corto plazo sino como un fenómeno dinámico, propiamente histórico, complejo, múltiple, ramificado y de largo alcance. Los caminos más trillados son comúnmente los más fáciles de recorrerse pero no los que llevan más lejos. ¡Enhorabuena que se aproveche lo que haya de aprovechable en la teoría tradicional! Todo lo que sirva a un mayor y mejor conocimiento de las realidades que pretendemos transformar debiera utilizarse, in-

cluso lo que concretamente aporte —si tal fuere el caso— el enemigo. Proceder de otra manera sería erróneo y torpe.

El problema, sin embargo, consiste en que, en particular para los economistas, aunque también para los sociólogos, los historiadores y los estudiosos de la ciencia política, las corrientes de moda en los centros académicos occidentales no abren por cierto, como hemos dicho ya, mayores horizontes. Antes al contrario los angostan y cierran. Para la economía neoclásica y aún para las corrientes neokeynesianas que aceptan el replanteamiento de ciertas variables macroeconómicas importantes, los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo siguen fuera de su alcance. Y una de dos: o el economista latinoamericano trabaja dentro de esos estrechos marcos académicos y renuncia a comprender la realidad en que vive y los factores históricos que la determinan, o se libera de la servidumbre respecto a concepciones anacrónicas y enfoques tradicionalistas y se lanza con decisión a incursionar en nuevos campos en los que, además de ver los árboles, pueda apreciar el bosque en su conjunto.

Afortunadamente empiezan a comprenderlo así muchos investigadores latinoamericanos, que, como dice Kaplan:

> ... Sin negar ni desaprovechar los aportes positivos provenientes de otras corrientes... reasumen e intentan desarrollar los principales aspectos positivos del marxismo: sentido crítico y desmixtificador; concepción dinámica y totalizante; diferenciación e interrelación de niveles y aspectos; reconocimiento de la importancia de lo económico y lo tecnológico; estructura y dinámica de las clases y de los grupos; correlaciones entre estructura económica, estratificación social y poder político; teoría del proceso y del conflicto; vinculación postulada con la praxis en sentido amplio; inmunización contra el mito de la neutralidad valorativa.[11]

En esos nuevos cauces, muchos aún prácticamente desconocidos pero atrayentes y prometedores, se replantean los viejos problemas, se renueva su examen, se abren brechas antes ine-

[11] Marcos Kaplan, "La ciencia política en la encrucijada", revista *Aportes*, París, abril de 1970, p. 138.

xistentes, se abandonan lugares comunes y tesis simplistas y dogmáticas, y del contacto estrecho y el estudio cada vez más serio de las diversas realidades nacionales y de la región en su conjunto van emergiendo dudas, inquietudes, desacuerdos, opiniones discutibles, parciales y aun erróneas si se quiere; pero también formulaciones más frescas, más congruentes y lúcidas que anuncian la proximidad de una pródiga cosecha intelectual que a todos habrá de enriquecernos.

El problema del subdesarrollo, que en otras épocas fue dado por supuesto como un fenómeno natural e inevitable, que casi nadie intentó ubicar con precisión en el tiempo y el espacio; el mismo que más tarde fue convertido en "etapa inicial" de un proceso sencillo y ascendente, en el que en cierto modo por inercia se irían escalonando los peldaños superiores; lo que, en otras palabras, tendió hasta hace poco tiempo a asociarse a un precapitalismo ambiguo y en gran medida liquidado, comienza por fin a ser visto como lo que es: como un proceseo histórico que, lejos de haber quedado al margen del desarrollo capitalista de las últimas centurias, surgió dialécticamente de él y de la explotación interna e internacional a que dio lugar. Comienza el atraso a ser visto como un fenómeno social ligado estrechamente a la esencia del sistema y cuya constante principal ha sido una dependencia dinámica y múltiple, que como un factor externo, y sobre todo como condición estructural interna, ha influido e influye decisiva y desde luego, negativamente, en su desenvolvimiento.

En tal perspectiva resulta indispensable emplear un nuevo instrumental analítico: abrir la vieja "caja de herramientas" y revisar cuidadosamente lo que hay en ella; ver qué puede seguir sirviendo y qué es menester sustituir por herramientas mejores. Y así es como en el contexto de un análisis que, con todas sus variantes, en sus versiones más certeras tiende a ser histórico-estructuralista, empieza a trabajarse sistemáticamente sobre el fenómeno de la dependencia, entendida ésta como una categoría histórica real y a la vez como un instrumento analítico de singular importancia.

Todos estos avances son indudablemente positivos y dignos de reconocimiento; y, sin embargo, como no podría ser de otra manera, a menudo se advierten ciertas fallas y desviaciones de

las que debiéramos precavernos. Así, por ejemplo: al asociar el subdesarrollo al capitalismo e invertir la tendencia tradicional a divorciar a uno del otro, parece en ocasiones aludirse a un capitalismo un tanto abstracto y vago, que en rigor no se sabe cuándo, dónde y cómo surge y se desenvuelve; un capitalismo global, en cierto modo preexistente, absoluto y universal, cuyas fases y sobre todo cuyo comportamiento, modalidades y contradicciones específicamente latinoamericanas, apenas quedan sugeridas o pálidamente dibujadas, mas no definidas con claridad.

A veces se tiende a enfoques estructuralistas cuyo alcance y naturaleza no es fácil comprender ni, menos todavía, aceptar, pues si bien responden al propósito de situar el subdesarrollo en una perspectiva más amplia, que permita apreciar la totalidad del fenómeno y no solamente sus partes, a menudo se cae en un estructural-funcionalismo, que en verdad poco difiere y poco añade a las explicaciones funcionalistas más socorridas, pues sus proposiciones no escapan a un formalismo esencialmente ahistórico. Otras veces se circunscribe el examen del subdesarrollo a rodeos periféricos y superestructuralistas más o menos insuficientes, y otras más se postula un estructuralismo confuso, unilateral, primario, mecanicista, en el que la interrelación de los fenómenos fundamentales se diluye y aún pierde del todo y la estructura socioeconómica —cuyo contenido mismo resulta no pocas veces impreciso— o bien se toma como un dato dado, como un escenario fijo y meramente de fondo, y no como un fenómeno cambiante, propiamente histórico, cuyos desplazamientos y contradicciones deban ser cuidadosamente estudiados, por ser ellos, precisamente, los que conforman el subdesarrollo. En fin, la estructura se supone una entidad, un complejo de relaciones que si bien se reconocen cambiantes, a la vez dan la impresión de concebirse como algo aislado, ajeno y aun superior a la acción humana.[12] Como si la famosa afirmación de Marx de que

[12] A propósito de este divorcio entre lo estructural y lo humano, comenta con gracia Garaudy: "Fornault no puede dar cuenta del paso de una estructura a otra, porque la estructura, según él, es totalmente extraña al hombre. Habla de las estructuras sin referirse jamás a los hombres que las han engendrado.

> "en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones necesarias, ajenas a su voluntad...",[13]

significara que los fenómenos sociales se desenvuelven conforme a un determinismo mecanicista, enteramente extraño al curso real del proceso histórico y, desde luego, al marxismo-leninismo, y no como resultado de procesos en los que el hombre, si bien actuando en condiciones que él no crea a su antojo, es el protagonista principal.

En el fondo, lo que tales posiciones —y en no menor medida las inversas— parecen exhibir como principal falla es una profunda incomprensión acerca de la forma en que, en el proceso socioeconómico, interactúan las condiciones objetivas y las subjetivas. A ello obedece en gran medida que mientras algunos autores aluden a la situación imperante como algo rígido e intocable, como una realidad que la ciencia no puede ni debe intentar modificar, como una especie de pesada lápida que nos aplasta y de la que no podremos librarnos a partir de nuestro propio esfuerzo; otros, desconociendo y desdeñando el papel y la dirección de las leyes que rigen el proceso histórico, reniegan y aun niegan la influencia de condiciones objetivas, cayendo en un voluntarismo *librearbitrarista* que les hace creer que el cambio social y concretamente el desarrollo nacional independiente de países como los nuestros puede lograrse con sólo gritos destemplados o unas cuantas reformas institucionales más o menos inocuas, y no a partir de una lucha social organizada, realmente revolucionaria, que contribuya a hacer madurar y aun a *crear* las condiciones objetivas que empujan a la humanidad hacia el socialismo y el comunismo, ya que es a través de la acción humana como, en última instancia, operan las leyes económicas y se abre paso el progreso.

A veces tendemos a manejar los elementos "internos" y "externos" que condicionan el subdesarrollo con cierta laxitud

---

¡Misterio de la inmaculada concepción! Las estructuras caen verdaderamente del cielo...". R. Garaudy, "Estructuralismo y muerte del hombre". *Estructuralismo y marxismo*. Autores varios. Barcelona, 1969, p. 184.

[13] Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, La Habana, 1968, prefacio, p. 12.

y sin establecer adecuadamente las vinculaciones o interrelaciones de unos y otros. Y mientras en ciertos estudios se cae en el parroquialismo, en enfoques estrechos en los que se exagera la nota nacional y se pone demasiado énfasis en el desenvolvimiento interno del fenómeno, sin advertir que mucho de lo que se cree más característico, más típico y propio de ciertos países suele ser incluso la modalidad específica y aun la consecuencia directa de fenómenos generales que adoptan formas peculiares en cada país, en otros estudios, sobre todo a últimas fechas —aunque esta tendencia ha sido común entre investigadores extranjeros que en cierto modo ven nuestros problemas "desde afuera"— el interés se desplaza habitualmente hacia lo internacional, hacia lo real o supuestamente más general, dejando de apreciarse lo que hay de específico en cada nación y lo que, concretamente, ha sido en ellas el subdesarrollo capitalista. Todo lo cual ocurre, probablemente, porque se cae en un esquematismo excesivo y, acaso, sobre todo, porque no se llega a comprender que lo "interno" y lo "externo" son en buena medida lo mismo y no cuestiones esencialmente distintas y menos opuestas entre sí, y que aun siendo diferentes suelen entrelazarse de tal manera que, en la práctica, se vuelven inseparables.

Hemos dicho que, con frecuencia, el fenómeno capitalista se introduce en la explicación del subdesarrollo como algo absoluto y no como una formación social que se desenvuelve dialécticamente a partir de otras y que sufre cambios profundos en el curso de su desarrollo. Pero también ocurre lo contrario: o sea que algunos autores parecen convencidos de que lo acontecido en una fase particular —digamos, por ejemplo, en la Colonia— fue y sigue siendo lo decisivo en la conformación del subdesarrollo latinoamericano.[14]

[14] En un reciente libro, Stanley J. y Barbara H. Stein subrayan una y otra vez que el estado de cosas que ha privado en Latinoamérica es esencialmente el fruto de la herencia colonial. "En la dependencia económica y su síndrome de polarización social y económica hallamos —dice— la herencia principal de tres siglos de subordinación a España y Portugal". Y al recordar, unas páginas adelante, el peculiar carácter que España y Portugal tuvieron de imperios y a la vez países dependientes sobre todo respecto a Inglaterra, añaden: "Este anómalo *status* de colonias e imperio determinó la historia de los países ibéricos y

Sería difícil y aun desacertado negar el peso de la herencia colonial o desconocer que, aún hoy día, ciertos rasgos de la vida latinoamericana son, probablemente, residuos del coloniaje. Y sin embargo, sería todavía más difícil comprender la esencia del subdesarrollo a través de la vinculación particular, no digamos exclusiva de tal fenómeno a cualquier etapa, régimen o situación específica, si al optar por ese enfoque dejamos de apreciar la continuidad del proceso histórico y de advertir que si bien en ciertos momentos se producen hechos particulares de cuya significación no puede dudarse, lo determinante del subdesarrollo no es ningún hecho aislado o siquiera el complejo de aquéllos que se producen en tal o cual período, sino las contradicciones más profundas y propias de cada fase y la forma en que, históricamente, se opera el tránsito de unas a otras. Ni siquiera podría aceptarse, como a menudo se sugería hasta hace algunos años en círculos de izquierda latinoamericanos, que el subdesarrollo sea simplemente la consecuencia del imperialismo. Aún admitiendo la enorme importancia de éste como condicionante de aquél, resultaría obviamente exagerado y erróneo desentenderse del marco histórico en que se desenvuelve el capitalismo y explicar el subdesarrollo tan solo en virtud de lo que es característico de su última fase, o sea la imperialista.

Aun hoy se advierten posiciones que, inexplicablemente, parecen ver en el imperialismo un fenómeno ajeno y a veces una política "externa" que, de manera arbitraria, pretende imponerse a lo "nuestro" desde "afuera"; así como una diversidad de puntos de vista que si bien acepta que es preciso estudiar más de cerca y con mejores armas teóricas la realidad latinoamericana, adolecen, a la vez, de esquematismo excesivo o incurren en otras fallas que suelen privarlos de valor. Tal es el caso, en nuestro concepto, del esquema analítico que podríamos llamar "centro-periferia", en el que el subdesarrollo se atribuye casi exclusivamente a un patrón de relaciones internacionales en

---

de sus posesiones coloniales. Condicionó la sociedad, la economía y la política coloniales y también el curso de la historia latinoamericana hasta los tiempos modernos". *La herencia colonial de América Latina*. México, 1970, pp. 3 y 7.

que los países del "centro" determinan, digamos, de arriba abajo, como si se tratara de un fenómeno físico, las condiciones de la "periferia" del sistema. Y lo mismo podría decirse de la opinión según la cual el desarrollo latinoamericano del último siglo sólo ha sido un proceso en dos movimientos, en los que sucesivamente se recorren la fase "del crecimiento hacia afuera" y la del "crecimiento hacia adentro". Con mayor razón aún podrían criticarse ciertas referencias totalizadoras y ambiciosas en que el marco del análisis se amplía, no a consecuencia del estudio profundo de las diversas realidades nacionales, sino más bien porque se ignoran tales realidades y porque con base en el rápido examen de algunas de ellas se construye, apresurada, incluso atropelladamente y sin mayor fundamento, una teoría "general". Incluso entre quienes aceptan que la dependencia es una categoría sin la que sería imposible hacer un estudio teórico serio del subdesarrollo latinoamericano, no deja de ser sintomático que, acaso bajo la influencia de la ortodoxia funcionalista, se tienda a ver en el subdesarrollo un mero reflejo, una *función* de la dependencia, como si, paradójicamente, ésta se convirtiera en la nueva variable independiente de una formulación que, desde un punto de vista metodológico, incurriría en fallas a las que una teoría verdaderamente histórica del subdesarrollo debiera escapar.

Lo dicho hasta aquí muestra qué complejo es el fenómeno del subdesarrollo y qué difícil, en particular, es comprender su dinámica, sus contradicciones, la forma en que interactúan ciertos factores fundamentales, así como la manera en que éstos se relacionan, recíprocamente, con el proceso de acumulación de capital. Y a la vez, todo ello afirma la necesidad de ahondar en el estudio del subdesarrollo.

En las páginas que siguen, a partir de trabajos previos del que escribe éste, en los que se han examinado algunos aspectos del problema, consideraremos algunos hechos, en nuestra opinión fundamentales para comprender la problemática, el origen histórico y las perspectivas del subdesarrollo latinoamericano.

II
EL MARCO HISTORICO DEL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

El subdesarrollo no es, como algunos suelen pensarlo todavía hoy, una etapa, un estadio inferior o inicial más o menos incipiente del desarrollo, por el que hayan pasado en otros tiempos las naciones ya industrializadas; no es tampoco un desajuste superficial y pasajero, susceptible de estudiarse en el marco de la teoría tradicional del equilibrio o siquiera de la macroestática keynesiana, y menos aún, de corregirse mediante tal o cual política de corto alcance. En rigor es un fenómeno histórico, un estado de cosas ligado estrecha e indisolublemente a la evolución del capitalismo, o sea, al proceso socioeconómico mismo y al comportamiento de sus relaciones productivas básicas tanto en la esfera nacional como internacional. Para comprender, por ello, qué es y cómo funciona una economía subdesarrollada, es necesario verla en una justa perspectiva: en su conjunto y no fragmentariamente, como una realidad cambiante y no como algo petrificado, como una estructura social concreta y no como expresión de rasgos supuestamente universales o meramente institucionales, y como parte integrante de un todo, no como una entidad aislada. Un historicismo convencional y meramente descriptivo, que en el mejor de los casos consiga ordenar ciertos hechos mas no descubrir su sentido, su trabazón interna, sus contradicciones y la dirección en que se mueven, no basta para desentrañar el marco real en que surge el subdesarrollo ni para apreciar debidamente los factores que lo condicionan.

Para penetrar en tal análisis y ver con cierta claridad los quiebres del proceso y los cambios que, específicamente, sufre en su evolución capitalista, se requiere una teoría, y una teoría verdaderamente histórica pues el subdesarrollo se gesta en el pasado y el capitalismo es un sistema que se desenvuelve a lo largo de siglos y no en el breve lapso de unos cuantos años; se necesita, además, intentar una periodización que permita determinar cuáles son las fases principales que ese proceso recorre

y cuál el modo en que, en el curso ininterrumpido de la historia, se suceden y eslabonan unas a otras.

El capitalismo no ha sido idéntico en todas partes ni en todos los tiempos: ha cambiado de un país al siguiente y de una época a otra. Como decía Marx al referirse a su nacimiento:

> "... su historia presenta una modalidad *diversa* en cada país, y en cada uno de ellos recorre las *diferentes fases* en distinta *gradación y en épocas históricas diversas* ...".[15]

Y, en otro pasaje, objetando a uno de los críticos de *El Capital*, escribía:

> A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa Occidental en *una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general* a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurran. Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio.[16]

Estas opiniones no sólo muestran que Marx no fue, ciertamente, un marxista dogmático, sino que ayudan a comprender que para determinar la especificidad del subdesarrollo latinoamericano es preciso ahondar en el estudio de su diversidad, sin que ello implique, claro está, dejar de ver lo que haya de común y general en el proceso. Un problema adicional, sin embargo, consiste en que no es fácil establecer con precisión y sobre una base objetiva las principales etapas del desarrollo histórico, razón por la cual se vuelve riesgoso y hasta inaconsejable usar ciertos esquemas de periodización.

Nos parece claro, a estas horas, que al tratar de profundizar en el examen del subdesarrollo no iremos lejos si todo lo vemos como un gradual e incruento proceso de tránsito entre una economía "tradicional" y una "moderna". Mas, ¿podríamos

[15] C. Marx, *El Capital*, tomo I, vol. II, p. 804.

[16] *Ibid.*, tomo I. Apéndice de Cartas sobre el tomo I de *El Capital*. Carta de Marx a la redacción de la revista rusa *Aristsasastwenie Sapiski*. 3ª edición del FCE, México, p. 712.

emplear con provecho los esquemas con que trabajaron los historicistas alemanes a fines del siglo pasado? ¿Valdría la pena empotrar el subdesarrollo latinoamericano en el marco teórico y en la sucesión de etapas que nos propone el profesor Rostow? ¿Bastaría pensar en una condición estratégica decisiva, como el *big push* de que hablan Rosenstein-Rodan y otros autores? ¿O qué decir del esquema centro-periferia y de los períodos que sugieren ciertos economistas latinoamericanos?

En un reciente estudio, el profesor Sunkel, partiendo de que

> "la variable estratégica del proceso de transformación estructural en la periferia es la naturaleza de sus vinculaciones con el centro, así como los cambios que ocurren en [él]... y las reacciones que ello origina en... los países periféricos",[17]

formula un esquema de periodización, según el cual, desde principios del siglo XVI a la segunda mitad del XX, el desarrollo latinoamericano recorre tres fases fundamentales: la "mercantilista", de 1500 a 1750; la "liberal" de ese año a 1950, y la "actual", que cubre las dos últimas décadas. En cada una de ellas el autor distingue varios subperíodos, y, por lo que hace, específicamente, a la evolución de la periferia latinoamericana, sugiere los siguientes:

1500-1570: Conquista e institucionalización;
1570-1650: Apogeo;
1650-1750: Crisis y cambios;
1750-1820: Antecedentes de la Independencia;
1820-1870: Institucionalización de los Estados Nacionales;
1870-1913: Apogeo del liberalismo y del modelo de desarrollo hacia afuera;
1913-1950: Industrialización por sustitución de importaciones;
1950: Crisis del modelo de industrialización por sustitución de importaciones;
Creación de sociedades socialistas.

[17] Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, 1970, p. 272.

Observará el lector que la delimitación de las etapas principales parece responder a un criterio ideológico, aunque no totalmente desligado de los cambios propiamente estructurales. A la fase "mercantilista", como vemos, sigue la "liberal"; pero el criterio ideológico se abandona al designar a la última, simplemente, como "actual". Por lo que atañe a la evolución del "centro", más que tratar de situar a éste en un sistema socioeconómico general, el esquema deja la impresión de querer relacionar el carácter de aquél con el país que, en un momento dado, juega el papel de "potencia dominante". Este método, si bien no deja de tener interés, adolece del defecto de que parcela, fragmenta y aun diluye y vuelve confuso el desarrollo del capitalismo como formación socioeconómica, no pudiendo advertirse con suficiente claridad su impacto en la configuración del subdesarrollo y, especialmente, del capitalismo del subdesarrollo. Tanto es esto así que al sistematizar el examen de la forma en que evoluciona la periferia —una fase sin duda crucial como es el último siglo— resulta, como en las explicaciones "desarrollistas" del doctor Prebisch y la CEPAL, un sencillo proceso que esencialmente consiste en:

1. El crecimiento hacia afuera.
2. El crecimiento hacia adentro, y
3. La crisis de la política de sustitución de importaciones.

El esquema de que hablamos suscita, pues, múltiples y explicables dudas. La primera procede, a nuestro juicio, de la variable que se elige como estratégica en el modelo; la segunda obedece a que al ceñir el esquema al patrón de las relaciones centro-periferia se deja de apreciar la dinámica del desarrollo del sistema como un todo; la tercera consiste en que la delimitación de los períodos principales, tanto por su acento ideológico como por su falta de unidad conceptual y de continuidad histórica, no parece ser la más adecuada. Y una más podría ser que resulta muy discutible y aun inaceptable extender la fase "liberal" de 1750 a 1950, o sea, a lo largo de doscientos años en los cuales se producen cambios estructurales profundos tan importantes como el tránsito de la fase propiamente competitiva a

la del monopolio. En esta última etapa, que se inicia en las postrimerías del siglo XIX y cubre todo lo que va del presente, el viejo liberalismo, anterior digamos a 1870, es en gran parte sustituido por el proteccionismo, los monopolios, el control económico y aun militar de esferas de influencia, las crecientes rivalidades nacionales, el capitalismo monopolista de estado, la desintegración del capitalismo como sistema mundial, el nazifascismo, las guerras, la rápida expansión del socialismo, el agravamiento de las crisis y el deterioro cada vez mayor del mecanismo del mercado y del sistema de precios como regulador del proceso económico.

En fin, para comprender a fondo el subdesarrollo latinoamericano no basta tomar como rasgo distintivo de su evolución una secuela tan simple como lo que ha dado en llamarse el crecimiento "hacia afuera" y "hacia adentro", como si tal crecimiento se hubiera producido al margen de ciertas transformaciones estructurales y, sobre todo, sin relacionarse directamente con el desarrollo del capitalismo latinoamericano, el que, por cierto, en el esquema de referencia no queda claro cuándo surge, cómo evoluciona y en qué medida sus cambios internos obedecen, reflejan, influyen y/o se vinculan a mutaciones del sistema en su conjunto.

Definir el curso que sigue el subdesarrollo y delimitar sus etapas principales no es, desde luego, una tarea sencilla. La historia es un flujo de relaciones complejas que se desenvuelven desigual y dialécticamente, no de manera uniforme ni paralela, y que se entrelazan de tal modo que a menudo sólo es posible distinguirlas con fines de ilustración y de análisis. Cuando se habla de ciertas etapas, por consiguiente, debemos comprender que no son tramos precisos cuyos linderos estén nítidamente establecidos sino períodos amplios, sin líneas de demarcación tajantes, y que, como alguna vez decía Marx, podrían compararse a las eras de la historia geológica.

Consciente de tales limitaciones, en otro estudio, elaborado hace tres años, he propuesto un esquema de periodización[18]

[18] *Dialéctica de la economía mexicana*. México, 1968. Véase, además: "Cambios estructurales, etapas históricas y desarrollo económico en México", en *Problemas estructurales del subdesarrollo*. México, 1971. pp. 269-313.

que si bien se refiere al caso de México, quizá podría, con ciertos ajustes, servir de pauta o marco de referencia para el estudio del subdesarrollo a escala latinoamericana. En él se considera que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, la estructura económica mexicana recorre cinco grandes etapas, a saber:

I. De principios a fines del siglo XVI, cuando, en el marco de una sociedad precapitalista, la conquista española irrumpe violentamente y sienta las bases de una economía mercantil-colonial;

II. De fines del XVI a principios del XVII, cuando las relaciones mercantiles se generalizan, y la nueva economía se afianza y consolida;

III. Desde las primeras décadas o acaso mediados del siglo XVIII, hasta mediados del XIX, cuando bajo el impacto del desarrollo del capitalismo europeo, la revolución industrial inglesa, la liberalización de la política económica colonial, la revolución francesa y la derrota de España, la independencia de la Nueva España y otras colonias latinoamericanas, las relaciones mercantiles alcanzan su mayor desarrollo y al propio tiempo se entrelazan y empiezan a ser desplazadas por relaciones propiamente capitalistas que, sin embargo, no son todavía las dominantes. En esta etapa, por consiguiente, se producen el apogeo y también la descomposición y decadencia de la economía colonial;

IV. De los años cincuenta y tantos a los ochenta o noventa del siglo XIX, etapa decisiva en la que, en el marco de un rápido desarrollo capitalista, de la integración definitiva del mercado mundial y bajo los auspicios de la reforma liberal —que fundamentalmente señala el inicio de una etapa en la que los campesinos son, como nunca antes, despojados masiva y a menudo violentamente de sus tierras y lanzados al mercado de trabajo—, el largo proceso de desarrollo del capital comercial culmina en un nuevo sistema social: en una economía deformada y dependiente, distinta al capitalismo tradicional o clásico, pero indudablemente capitalista. A esta variante peculiar del capitalis-

mo, cuya nueva misión histórica será servir, no ya de motor del desarrollo sino del subdesarrollo", hemos nosotros llamado el "capitalismo del subdesarrollo";

V. Desde fines del siglo XIX hasta hoy, cuando agotada la posibilidad de iniciar un desarrollo capitalista autónomo, nuestros países recorren la fase del imperialismo, una fase en la cual el subdesarrollo se agudiza y en la que, pese a la Revolución Mexicana y a los movimientos reformistas de los años veinte y los "populistas" de los dos siguientes decenios, a las luchas antimperialistas y al crecimiento apreciable de las fuerzas productivas, el capitalismo latinoamericano afirma su dependencia y su incapacidad, podríamos decir, histórica, para impulsar el desarrollo nacional a la manera en que, en otros tiempos y bajo otras condiciones, lo hicieron Inglaterra y Francia, los Estados Unidos o incluso Alemania, Suecia y Japón.

En cada una de esas etapas es posible y aun conveniente distinguir dos o más subperíodos. Pero lo que deseamos no es desplegar aquí ni menos aún explicar en detalle el esquema antes mencionado; nos interesa más bien insistir en una cuestión metodológica que, incluso desde el punto de vista de su contenido y alcance es, a nuestro juicio, fundamental; a saber: que sin perjuicio de usar otros criterios, la delimitación de los períodos o fases principales debiera seguir de cerca los cambios estructurales que afectan el proceso que se estudia, es decir, tanto el tránsito de un modo de producción al siguiente como el desarrollo interno de cada formación específica; y la que más importa, tratándose del subdesarrollo latinoamericano es, sin duda, la del capitalismo.

Es por ello que en la cuarta etapa de nuestro esquema, al menos por lo que a México se refiere, encontramos hechos cuya importancia parece decisiva para la comprensión teórica del subdesarrollo. En esa etapa que, como ya hemos dicho se inicia con la reforma liberal, culmina un largo período histórico, una fase que corresponde a lo que llama Marx "acumulación originaria" del capital, en la que no sólo se generalizan y afirman las viejas relaciones mercantiles sino que, dialécticamente, se

transforman en relaciones capitalistas de producción.[19] Influyen en este cambio cualitativo múltiples factores: el desarrollo del capitalismo en otros países desde el siglo XVII y, sobre todo, desde fines del XVIII; la obtención de la independencia política de los Estados Unidos y de América Latina, y otros ya mencionados que, en el curso de un proceso de acumulación mercantil, van creando lentamente las condiciones que más tarde harán surgir una sociedad capitalista deformada en nuestros países. Influyen, además, la reforma liberal, que si en ciertos momentos parece romper o suavizar la dependencia, en otros la agudiza; la integración de Latinoamérica a un verdadero mercado mundial, ahora sí estrictamente capitalista y cuya rápida expansión obedece a la no menos rápida industrialización de varios países y, en fin, el tránsito que entonces se produce de la fase de libre concurrencia a la monopolista en el desarrollo del sistema.

¿Por qué decimos que es entonces cuando se instaura el capitalismo, al menos en México? Porque tras de siglos de despojarse a las masas rurales de la tierra y de los medios para trabajarla, en esos años se consuma la desposesión del campesinado y la concentración de los recursos agrícolas en poder de la burguesía; porque en ellos se acelera la desintegración del artesanado y cobra impulso un modesto aunque no deleznable desarrollo industrial: se modernizan sectores importantes de la agricultura ante la creciente demanda interna y, sobre todo, externa, de materias primas y alimentos; se expande con rapidez la red ferroviaria, la que además de constituir un nuevo medio de comunicación y de transporte entraña una importante fuente de trabajo y, por tanto, de plusvalía, así como un dinamizador de la demanda de capital y del desarrollo en su conjunto. Porque es entonces, además, cuando se inicia una nueva etapa de expansión de la minería; cuando se incrementa el tráfico marítimo y se estrecha, por diversos conductos, la comunicación con otros países y, en general, con las nuevas

[19] "... Todo el desarrollo del capital comercial tiende a ... convertir más los productos en mercancías. Sin embargo, su desarrollo considerado de por sí, es... insuficiente para llevar a cabo y explicar la transición de un régimen de producción a otro...". C. Marx, *El Capital*, tomo III, vol. I, p. 394.

corrientes comerciales y financieras; se expande el comercio exterior y altera sensiblemente la composición del intercambio y, sobre todo, cuando se integra en definitiva la economía nacional al mercado capitalista mundial, se generaliza la propiedad privada de la tierra y de los principales medios de producción, cobra impulso la explotación del trabajo asalariado en el campo y las ciudades y se configura un mercado laboral y de capitales y una estructura de clases en que el proletariado toma, en la pirámide social, su lugar de clase desposeída y explotada, en tanto la burguesía deviene clase dominante-dominada, característica del capitalismo del subdesarrollo.[20] En otras palabras, si bien se abren paso lentamente desde tiempo atrás las relaciones capitalistas, en el contexto de una economía mercantil en transición, es en la segunda mitad, y especialmente en los últimos lustros del siglo XIX, cuando tales relaciones adquieren una significación que permite afirmar: el capitalismo se ha convertido en el sistema social imperante.[21]

[20] Véase: Alonso Aguilar M., *Teoría y política del desarrollo latinoamericano.* México, 1967, así como *Dialéctica de la economía mexicana.* México, 1968.

[21] En el caso de México, en particular, acaso debamos subrayar la importancia de estos hechos: 1) aunque, como antes señalamos, la descampesinización o desposesión de la tierra de que es víctima el campesinado se realiza a lo largo de todo el período colonial, todavía en la primera mitad del siglo XIX queda una gran proporción de campesinos con tierra, respecto a los cuales importa más explotar el producto de su trabajo que su fuerza de trabajo. Es fundamentalmente a partir de la Ley Lerdo y la nacionalización de los bienes eclesiásticos, en 1856-1859; y de allí a los años ochenta —en que se generaliza la política porfirista de colonización y se despoja violentamente a las principales comunidades indígenas de las tierras que hasta entonces habían logrado retener en su poder—, cuando la naciente burguesía terrateniente, y a la vez capitalista, se apropia de la mayor parte de los recursos agrícolas; 2) es entonces cuando la mano de obra está ya en condiciones de ser masivamente incorporada al nuevo mercado de trabajo, al que no sólo afluyen los campesinos sin tierra y los asalariados incorporados de tiempo atrás a múltiples talleres, sino los artesanos a los que la industria y el comercio moderno obligan también a convertirse en obreros; 3) es entonces cuando, además, a consecuencia de la rápida industrialización capitalista y de la formación del mercado mundial, surge la posibilidad de utilizar la mano de obra recién liberada en múltiples nuevas actividades: exportación de productos agropecuarios; construcción y operación de un nuevo sistema de transporte y comunicaciones; producción industrial local; modernización y expansión de la producción de metales industria-

Como se sabe, es muy difícil y aun riesgoso determinar cuándo se vuelve el capitalismo la formación dominante en cada uno de nuestros países. Mientras algunos autores tienden a asociar tal hecho al momento en que se generaliza o cobra cierta importancia la producción mercantil, otros, desde el extremo opuesto, parecen sugerir que el capitalismo surge en años muy recientes, hace apenas dos o tres décadas, cuando la industrialización adquiere algún relieve y la población asalariada constituye gran parte de la fuerza de trabajo.

En nuestro concepto ambas posiciones son absolutistas e incorrectas. Las relaciones propiamente capitalistas aparecen, desde luego, antes que el capitalismo como sistema, como nuevo modo de producción. Durante una etapa que incluso parece haber sido muy larga, tales relaciones empiezan a abrirse paso en una economía de transición, en un contexto precapitalista que, pese a su profunda —y en un sentido histórico irreversible— descomposición, sigue siendo dominante. Mas a partir de cierto momento los cambios de grado se vuelven de esencia, las nuevas y cada vez mayores cantidades en que se expresa el crecimiento de múltiples variables dan lugar a situaciones cualitativamente nuevas.

A riesgo de subrayar algo que a primera vista podría parecer a algunos enteramente obvio, conviene tener presente que en

---

les; impulso de la infraestructura de servicios públicos y privados; 4) en fin, es entonces cuando se han creado las condiciones para que la relación capital-trabajo, esencial al proceso capitalista, se imponga en definitiva y empiece a cobrar cada vez mayor importancia, aunque como hemos de ver más de cerca en las páginas siguientes, tal relación no se configurará a la manera clásica.

Lo anterior no sólo parece ser así por lo que hace a los elementos fundamentales de la estructura productiva, sino también tratándose de la superestructura jurídica, política y cultural. En efecto, el nuevo régimen constitucional del país toma cuerpo definitivo en el código de 1857, al que después se incorporan las llamadas "Leyes de Reforma"; la lucha de la naciente burguesía y de la pequeña burguesía liberales contra el clero triunfa en 1860; la intervención extranjera es derrotada y, por tanto, el nuevo estado republicano se consolida en 1867 y, por último, en los años ochenta se realiza, bajo la influencia del positivismo, la reforma educativa nacional que había venido gestándose desde años atrás, y que, como las anteriores, era necesaria para el desarrollo capitalista.

tanto el dinero se generaliza, incluso a escala internacional, bajo la economía mercantil, ello no ocurre así con el capital:

> Las condiciones históricas de existencia de éste no se dan, ni mucho menos, con la circulación de mercancías y de dinero. El capital sólo surge allí donde el poseedor de medios de producción y de vida encuentra en el mercado al *obrero libre* como vendedor de su fuerza de trabajo, y *esta condición*... envuelve toda una historia universal... y marca... una época en el proceso de la producción social.
>
> Lo que caracteriza, por tanto, la época capitalista es que la fuerza de trabajo asume, para el propio obrero, la forma de una mercancía que le pertenece, y su trabajo, por consiguiente, la forma de trabajo asalariado. Con ello se generaliza, al mismo tiempo, la forma mercantil de los productos del trabajo.[22]

Sin intentar detenernos en el examen teórico general de estas cuestiones pues ello nos desviaría del propósito central del presente ensayo, acaso sea útil tratar de aclarar ciertos puntos que, no obstante su importancia, suelen darse por supuestos y aun dejarse de lado e ignorarse en múltiples estudios.

EL MERCADO INTERNO EN EL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

Origen histórico del capitalismo latinoamericano

[...] El capitalismo latinoamericano no surge, como algunos parecen creerlo, inopinada, súbitamente. Con frecuencia se

[22] C. Marx, *El Capital*, México, 1946, tomo 1, vol. I, p. 188 (texto y nota de pie), "Para el capitalismo —dice a su vez Dobb— no basta que haya comerciantes, especuladores, financieros, hombres de negocios que acumulen capital... es preciso que ese capital se destine a la producción de plusvalía en diversas ramas de la producción...". O en otras palabras: el capitalismo se impone como modo de producción, cuando "las relaciones propiamente capitalistas... se imponen como las dominantes y ejercen una influencia mayor en el proceso de desarrollo...". Maurice Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946, pp. 8 y 11.

sugiere que al desarrollarse el sistema en otros países los nuestros adoptan de inmediato, en forma mecánica, la nueva estructura socioeconómica, como si el capitalismo del subdesarrollo se configurara, *pari passu*, con la expansión del capitalismo en su conjunto y como mero reflejo o función de éste. Conforme a tal esquema el sistema resulta, por un lado, no un fenómeno que se produzca de manera dialéctica sino derivada, pasiva, funcional, y por el otro, lejos de ser un proceso anárquico y profundamente contradictorio y desigual, aparece como algo que se desenvuelve con singular, extraña uniformidad. Es decir, a partir del hecho cierto de que el capitalismo se expande en varios países y aun en conjunto como un nuevo sistema social, y no como expresión de cambios secundarios de alcance meramente nacional, se cae en una identidad simplista y peligrosa, se menosprecia el estudio del proceso como éste se da en el interior de cada uno de los países subdesarrollados y, sin tomarse siquiera el trabajo de comprobarlo, se sugiere que al generalizarse el nuevo modo de producción en dichos países, adopta una fisonomía análoga a la de la metrópoli. Incluso llega a insinuarse, en una posición dualista similar a la que se ofrece en el esquema del "enclave", que lo único capitalista en los países dependientes suele ser el contacto con el exterior, lo que equivale a postular que el capitalismo no es un fenómeno histórico que surja a consecuencia de un complejo desarrollo en el que se entrelazan, se funden y a menudo, confunden, los factores internos y externos, sino una situación externa, artificial y en el fondo extraña e impuesta desde arriba al país que la sufre.[23]

En otros esquemas se procede en cierto modo a la inversa: se desconoce o al menos se subestima la importancia del fenómeno capitalista en ascenso, o bien, arbitrariamente, se tiende a divorciar lo que acontece en los centros metropolitanos y en

[23] Tal sugiere, por ejemplo, la siguiente opinión de Henry Sée: "No hay duda que el capitalismo moderno ha ido invadiendo gradualmente una gran parte del campo de la producción; pero dicha invasión no ha sido completa. En las mismas regiones en que el capitalismo se ha desarrollado más, la pequeña industria no ha desaparecido del todo... ¡Y cuántos son los países donde el contacto con el capitalismo está limitado a las relaciones con el exterior!". *Orígenes del capitalismo moderno*. México, 1961, p. 140.

general en los países económicamente más avanzados, de lo que ocurre en la periferia del sistema a la que se supone feudal, semifeudal o simplemente rezagada, en un sentido histórico, respecto de aquéllos.

El capitalismo europeo y más tarde el norteamericano ejercen sin duda una influencia decisiva en la configuración del capitalismo latinoamericano; empero éste tiene su propia historia, su manera de ser particular, una calidad específica que, en última instancia, resulta de las condiciones peculiares en que se produjo su desarrollo y en que las relaciones capitalistas llegaron a ser las dominantes. Esto es, así como los países hoy subdesarrollados no podían quedar al margen del fenómeno capitalista en los últimos siglos, sino que serían incorporados y aun convertidos en víctimas inocentes de ese desarrollo, no podría aceptarse que Latinoamérica se haya vuelto capitalista como por encanto, de la noche a la mañana y por obra del mero contacto con el capitalismo extranjero. El capitalismo latinoamericano no nació incruentamente ni, menos todavía, mágicamente. Lo hizo en un alumbramiento doloroso en el que culminó un largo proceso de explotación y de violencia; a ello obedece que, para explicarlo teóricamente, sea esencial comprender la forma como nace y los factores históricos que condicionan su aparición.

Hasta ahora poco se ha estudiado, tratándose de América Latina, el contexto histórico y los mecanismos a través de los cuales las relaciones mercantiles, imperantes desde la época colonial, devienen relaciones propiamente capitalistas. Los autores no marxistas no prestan, en general, atención a tal fenómeno, y aun los marxistas parecen interesarse, preferentemente, en demostrar cómo y por qué la explotación colonial contribuyó a impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas y del capitalismo en los países metropolitanos, a la vez que a frustrarlo en las naciones sometidas. En un reciente artículo sobre el tema, el profesor Ernest Mandel hace notar que:

> Los países hoy subdesarrollados contribuyeron sin duda grandemente a la acumulación originaria de capital en los países industrializados... y desde luego, de la de ellos mismos. De unos cuantos países hoy atrasados (la India, Indonesia, Améri-

> ca Latina)... resultan más de 1000 millones de libras de oro (extraídas por los europeos) o sea, más que el valor de todo el capital invertido en todas las industrias europeas por el año 1800...[24]

Lo anterior es innegable, y a estas horas bien conocido sobre todo en el llamado "Tercer Mundo". Independientemente de otras fuerzas que, desde antes del siglo XVI empujaban el desarrollo de varios países de Europa hacia el capitalismo, es indudable que la explotación mercantil de otros pueblos contribuyó a acelerar ese proceso. Pero, ¿qué ocurrió en la economía de éstos? ¿Surgió o no allí un mercado interior? ¿Cómo funcionó este mercado, o por qué, en su caso, no apareció?[25]

Abundan los datos que comprueban que a lo largo de siglos, Latinoamérica, al igual que Asia y Africa, fue despojada de gran parte del excedente comercial que, pese a todos sus tropiezos y vicisitudes, fue capaz de generar. La succión del potencial de ahorro de los países coloniales contribuyó, pues, en forma no desdeñable, a hacer más ricas a las naciones ricas y a acelerar en ellas el desarrollo capitalista; pero tal fenómeno condicionó también, e incluso deformó profunda y gravemente el desarrollo de aquéllos.[26]

Se reitera, a menudo, que el capitalismo supone un mercado exterior y aun una red de relaciones económicas internacionales en que participe un número de países cada vez mayor; lo

[24] E. Mandel, "La teoría marxista de la acumulación primitiva y la industrialización del tercer mundo". *Pensamiento Crítico*, No. 36, La Habana, Cuba.

[25] "El papel del colonialismo en la supresión de la actividad empresarial nativa, rara vez es objeto de la consideración cuidadosa que merece". Robert I. Rhodes, "The disguised conservatism in evolutionary development theory", *Science and Society*, Nueva York, otoño de 1968, p. 394.

[26] El profesor Baran, en un bien conocido pasaje de su *Economía Política del crecimiento*, señala que: "La irrupción del capitalismo occidental en los hoy países subdesarrollados, al precipitar con irresistible energía la maduración de *algunas* de las condiciones básicas para el desarrollo de un sistema capitalista, bloqueó con igual fuerza el crecimiento de las otras..."; su desarrollo —añade— "fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental", pp.168-169.

que, efectivamente, es así.[27] Pero se olvida que lo esencial para que surja y se desenvuelva tal modo de producción en un país determinado es el mercado interior. Sin mercado interior no hay, no puede haber, capitalismo.[28] Cuando más, se daría una u otra forma de vinculación con una economía capitalista puramente exterior, y especialmente con aquéllas que operan como economías hegemónicas, cuya influencia podría ser innegable, pero cuyo modo de funcionamiento y cuya estructura misma no podrían adoptarse caprichosamente, y sin que en el país que los hace suyos se realicen ciertos cambios decisivos.

Cierto es que algunos autores parecen pensar que el capitalismo, concretamente en los países hoy subdesarrollados, es un fenómeno meramente externo, algo que viene de fuera, que irrumpe incluso inesperadamente a la manera en que, a través de la conquista y con la cruz y la espada por delante penetró en Latinoamérica a principios del siglo XVI, el capital comercial. De haber sido ello así parecería que el curso del subdesarrollo ha sido, simplemente, inverso al del desarrollo. En éste es la creación y expansión del mercado interior el centro del proceso y lo que hace posible el advenimiento del nuevo modo de producción capitalista; en aquél, en cambio, resultaría que es la irrupción de una economía capitalista extraña, la que al penetrar al seno del país atrasado crea o si se prefiere, impide, la formación del mercado interior. Mas, sin poner en duda la influencia que el contacto y la penetración de economías capitalistas más avanzadas ejercen sobre el subdesarrollo no creemos que, en el caso específico de Latinoamérica, puede ignorarse o menospreciarse su propia historia, es decir, la forma peculiar en que su economía mercantil se desenvuelve a lo largo de más de 300 años.

[27] "... no es posible imaginarse una nación capitalista sin comercio exterior, además de que no existe". V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950, p. 43.

[28] Es tan íntima y de tal naturaleza la relación entre mercado interno y capitalismo que Lenin, por ejemplo, dice al respecto: "... la cuestión del mercado interior no existe en modo alguno como problema separado e independiente, no supeditado al grado de desarrollo del capitalismo... El «mercado interior» para el capitalismo se crea por el propio capitalismo en desarrollo...". O en otras palabras: "El grado de desarrollo del mercado interior es el grado de desarrollo del capitalismo en el país". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 47.

Las formaciones sociales no se diseminan como las enfermedades contagiosas: surgen a consecuencia de un desarrollo previo; y así se forma, concretamente, el mercado, que como se sabe es una categoría histórica. De aquí nuestra insistencia en cuanto a que para ahondar en el estudio del subdesarrollo es menester examinar la forma en que se desenvuelve el capitalismo; y para comprender esto último es necesario seguir de cerca el desarrollo del mercado y, específicamente, la fase que va desde el momento en que el producto del trabajo se convierte en objeto de cambio, en mercancía, hasta aquél en que adquiere tal carácter la fuerza misma de trabajo. El estudio de la acumulación originaria del capital no sólo no es, por tanto, una cuestión especulativa o secundaria, sino algo fundamental para entender cómo se origina el subdesarrollo y toman cuerpo las más graves deformaciones de nuestras economías.

El proceso de que hablamos no aparece, desde luego, en el mismo momento ni adopta idénticas modalidades en todas partes, o siquiera en el escenario latinoamericano. Cuando en Inglaterra, por ejemplo, está a punto de concluir, apenas se inicia en otras naciones europeas: y cuando en Holanda, Francia y los Estados Unidos se ha instaurado en definitiva el capitalismo, en México y en general en América Latina, el mercado recorre todavía la fase propiamente mercantil y el capital sigue siendo, en gran medida, un capital fundamentalmente comercial.

¿Y no podría afirmarse, debido a que gran parte del excedente se sustrae y envía año por año a la metrópoli, que el régimen colonial volvió imposible o al menos retrasó grandemente la acumulación primitiva del capital en Latinoamérica? La explotación colonial fue, es innegable, un factor decisivo del accidentado y lento desarrollo de nuestros países, sin el cual las cosas habrían, seguramente, marchado mejor. A consecuencia de ella la dirección del proceso económico fue inadecuada, el monto del excedente a disposición de las colonias fue pequeño e insuficiente para impulsar un desarrollo interno vigoroso, y muy grande la proporción del mismo que por diversos canales se hizo llegar a España o que a través de ésta contribuyó a enriquecer a Inglaterra, Holanda y otros países en los que el

capitalismo maduró en una época temprana.[29] Pero ello no bastaría para sostener que no haya habido, en América Latina, una etapa de acumulación primitiva. En un sentido estricto, el propio hecho de que buena parte de la modesta riqueza de entonces se fugara al extranjero, el que nuestros países fueran —como lo fueron en realidad— literalmente saqueados demuestra que no solamente se dio esa etapa de acumulación precapitalista, sino que en su seno y a consecuencia de ella se formó y a la vez deformó el mercado interno que, siglos después, acabaría por convertirse en un mercado capitalista.

Acaso no sea ocioso recordar, pues a menudo se cae en graves confusiones al respecto, qué es lo esencial del proceso de acumulación originaria y cuál es su relación fundamental con el desarrollo del mercado y, por tanto, del capitalismo.

La acumulación originaria del capital no consiste, únicamente, en la concentración paulatina de una cada vez mayor riqueza mercantil, o sea, de una masa de mercancías o de dinero derivada del comercio, de la compraventa de los más diversos productos; consiste sobre todo en un desarrollo del mercado que cumple, entre otras funciones, la de convertir el dinero en capital: en una "polarización" que altera las relaciones productivas básicas, que "crea" a los capitalistas, de un lado, y a los trabajadores asalariados, del otro, dejando en manos de aquéllos los medios de producción y en poder de éstos la energía, la capacidad productiva, la fuerza de trabajo.

> "La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción...".[30]

[29] Como dice Baran: "La remoción de una gran parte del excedente corrientemente generado y previamente acumulado por los países afectados, no podía sino causar un serio retroceso de su acumulación primaria de capital". *Ob. cit.*, p. 168.

[30] "Con esta polarización del mercado de mercancías —señala Marx— se dan las dos condiciones fundamentales de la producción capitalista... El proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que de una parte convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras de otra parte convierte a los productores directos en obreros asalariados...". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 802.

Y por otro lado, no es

> "... fruto del régimen capitalista, sino punto de partida de él".[31]

O como dice Dobb:

> "El «capitalismo mercantil» no es una fase del capitalismo; es más bien un prerrequisito, una fase previa...".[32]

Hay, aquí, varias cuestiones que debieran quedar bien claras:

1. Lo esencial de la acumulación originaria del capital no es, como su nombre pudiera sugerirlo, la acumulación misma de capital; es más bien la separación, la disociación, el divorcio casi siempre violento y aun brutal, del productor y sus medios de producción.

2. En segundo lugar no se trata, como suelen decirlo quienes aún hoy pretenden justificar la existencia de ricos y pobres bajo el capitalismo, de un fenómeno natural, y por ello fatal e inexorable,[33] sino de un proceso social, histórico, que en una fase de su desarrollo acompaña a la producción mercantil. Acumulación originaria y producción mercantil no son, por tanto, sinónimos. Aquélla es una modalidad específica de ésta, un fenómeno particular que se da en el contexto de una economía mercantil, por cierto bastante avanzada ya en su desarrollo. Por ello no es casual que Marx señale:

> La circulación de mercancías es el punto de donde arranca el capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman *las condiciones históricas previas* bajo las que surge el capital. La biografía moderna del capital se abre en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales.[34]

[31] *Ibid.*, p. 80
[32] Maurice Dobb. *Ob. cit.*, p. 17.
[33] *Ibid.*, p. 163.
[34] C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. II (cursivas nuestras).

La acumulación originaria no es tampoco, por consiguiente, como algunos parecen creerlo, un invento más o menos ingenioso de Marx, o tan solo un rasgo característico del desarrollo del capitalismo inglés al que dicho autor tomara como modelo en sus estudios teóricos: es una fase históricamente necesaria del desarrollo del capital y del capitalismo, precisamente aquélla en la que, bajo la acción combinada de múltiples fuerzas, las relaciones mercantiles se desenvuelven y empiezan a convertirse en relaciones capitalistas de producción.

La significación histórica de esa etapa, su importancia para el desarrollo del capitalismo es, pues, enorme ya que

> "la expropiación y el desahucio de una parte de la población rural, no sólo deja a los obreros sus medios de vida y sus materiales de trabajo disponibles para que el capital industrial los utilice, sino que además *crea el mercado interior*...".[35]

Es decir:

> "La acumulación originaria acaba con la propiedad privada basada en el propio trabajo y refuerza la propiedad privada basada en la explotación del trabajo ajeno.[36]

En México, en particular, podría sostenerse que el capitalismo —y por consiguiente el subdesarrollo— se gesta entre la segunda mitad del siglo XVI y fines del XIX. En ese largo período no sólo se vincula la economía mexicana —hasta integrarse plenamente— con el mercado internacional, sino que surge el mercado interior, se desenvuelve como un mecanismo que influye cada vez más en el proceso económico, y se convierte, a la postre, en un mercado capitalista en que la explotación del trabajo asalariado, pese a no abarcar todavía ciertos sectores de actividad, tiene ya suficiente amplitud e importancia como expresión del desarrollo de las nuevas relaciones de producción.

[35] *Ibid.*, p. 851.
[36] *Ibid.*

En parte, el fenómeno a que nos referimos se desenvuelve en forma análoga a la de otros países. Aquí también el tránsito hacia el capitalismo supone un largo proceso en el que surge y cobra impulso la pequeña producción mercantil, primero, y empieza, después, a separarse al productor de sus medios de trabajo como condición histórica para que éstos se concentren en una clase parasitaria y la mano de obra "libre" afluya al mercado. Pero ahí concluye la semejanza; y a ello obedece que el capitalismo del subdesarrollo no sea una mera repetición del modelo clásico capitalista.

En México y, en general en América Latina, el proceso de desarrollo no es independiente. Por el contrario, bajo el régimen colonial se subordina en su totalidad a los intereses de la metrópoli, y aún después de conquistarse la emancipación política sigue siendo económicamente dependiente. España y Portugal mismas, tras un breve lapso de auge mercantil en que su fuerza económica y su prestigio político llegan a ser innegables, quedan a la zaga de Holanda e Inglaterra como potencias de segundo orden, y su atraso influye, en no pequeña medida, sobre las colonias.

Pero acaso lo más grave, a la vez que lo más característico del régimen colonial, consiste en que si bien la conquista marca el punto de partida de una nueva economía en que las relaciones mercantiles acabarán por imponerse a través de medios tan variados como la encomienda, los repartimientos, el tributo, la hacienda, las plantaciones tropicales, los ranchos ganaderos, el empleo del dinero, la piratería, el contrabando, la explotación de las minas, los talleres artesanales y los obrajes, el comercio interior y exterior, las comunicaciones, la política del gobierno y de la iglesia coloniales, el robo, el fraude y el despojo masivo y sistemático de las comunidades indígenas. Si bien todo ello, repetimos, contribuye a acelerar el proceso mercantil en la dirección en que otros países habían logrado ya significativos avances, es la propia metrópoli la que, en mayor medida, obstaculiza su desarrollo; la que detiene y desvía el curso natural del proceso y la que, paradójicamente, contribuye a crear y a agudizar las contradicciones que, en última instancia, acabarían por destruir su otrora vasto y poderoso imperio. España y Portugal no se conforman con extraer, retener y aun

aislar físicamente del proceso productivo una parte sustancial del excedente generado por sus colonias. Prohíben, además, la creación y ampliación de sus manufacturas, impidiendo así la única forma de utilización del pequeño potencial de crecimiento que queda en ellas, capaz de acelerar su desarrollo y de impulsar, adecuadamente, el mercado interior.

Son bien conocidas las prohibiciones destinadas a impedir el desarrollo de la industria en la Nueva España como condición para asegurar el monopolio metropolitano en la producción y el comercio de ciertos géneros. Y la técnica no es, desde luego, exclusivamente ibérica. Inglaterra la emplea en la India e incluso en Irlanda, y Francia y Holanda la utilizan también en sus dominios afroasiáticos.[37] Pero veamos más de cerca la forma como la política colonial española frena el desarrollo en las colonias y condiciona todo el proceso de formación y desarrollo del mercado interno, pues no basta subrayar que tal política fue funesta.

El impulso de las manufacturas en la etapa propiamente mercantil tiene una significación que difícilmente puede exagerarse. De ellas no sólo depende que la producción se diversifique sino que las formas de organización económica se modernicen, la productividad aumente y, sobre todo, se amplíe la división del trabajo y crezca con ella el mercado interior. La

[37] "Los diversos países se jactaban cínicamente de todas las infamias que podían servir de medios de acumulación de capital". "En los países secundarios sometidos a otros se exterminó violentamente toda industria, como hizo por ejemplo Inglaterra con las manufacturas laneras en Irlanda". C. Marx, *El Capital*, tomo I, Vol. II, pp. 849 y 847. Y no sólo eso: la propia Inglaterra "... destrozó todo el entramado de la sociedad hindú... Esta pérdida de su viejo mundo, sin conquistar otro nuevo, imprime un sello de particular abatimiento a la miseria del hindú y desvincula al Indostán gobernado por la Gran Bretaña de todas sus viejas tradiciones y de toda su historia pasada". C. Marx, "La Dominación Británica en la India", en Marx y Engels, *Acerca del colonialismo*, Moscú, p. 34. En el mismo sentido, otro autor, dice: "El estudio serio de la historia colonial demuestra la falsedad de la idea optimista de que el contacto entre los sectores tradicionales y los modernos conduce al desarrollo económico". "La penetración de la economía de mercado destruyó viejas civilizaciones, las manufacturas y la agricultura; pero no trajo consigo la modernización". Robert I. Rhodes, *Ob. cit.*, pp. 401 y 402.

técnica de la manufactura es pues, necesaria para que el capital comercial se desenvuelva.[38]

Las manufacturas, sin embargo, no surgen caprichosamente. Aparecen cuando los pequeños talleres artesanales han cobrado cierta importancia y cuando se han formado capitales mercantiles de alguna consideración y se dispone ya de un número suficiente de trabajadores. Pues bien, España nunca deja concentrar —y por tanto reinvertir y hacer crecer— el capital comercial en sus colonias y, de paso, tampoco lo transforma en capital industrial en su propio territorio. El excedente mercantil convertido casi siempre en dinero o metales preciosos, en lugar de ser la base de un naciente capital se fuga al extranjero y en buena parte se dilapida sin provecho siquiera para España, y el exiguo remanente que queda en la colonia y que a pesar de todo crece poco a poco, casi nunca se invierte en la industria y menos en aquéllas que otros países reclaman para sí. En realidad no sólo fueron prohibidas las manufacturas sino incluso violentamente destruidas por el gobierno colonial. Y cuando, entrado ya el siglo XVIII la metrópoli empieza a ser incapaz de hacer respetar sus prohibiciones y ciertas industrias logran —así sea clandestinamente— un mínimo desarrollo, el capitalismo británico-holandés —cuyas variadas y baratas manufacturas saltarían todas las barreras— y el naciente mercado mundial se encargan, por medios más indirectos pero no menos eficaces, de impedir la creación y expansión de la industria.

La ausencia de un desarrollo manufacturero-mercantil cuando ya había condiciones objetivas propicias para lograrlo tuvo gran significación histórica, pues aunque la producción de mercancías llegó a tener bastante importancia, la expansión del mercado fue lenta y nunca pudo autosostenerse. En efecto, la producción siempre fue relativamente pequeña y poco diversificada, costosa, y con frecuencia de baja calidad. La demanda de mano de obra no creció al ritmo a que podía haberlo hecho bajo la influencia de una industria manufacturera doméstica y

[38] "... *el volumen mínimo progresivo* del capital concentrado en manos de cada capitalista, o sea, la transformación progresiva de los medios de vida y de los medios de producción de la sociedad en capital es una ley que brota del carácter técnico de la manufactura". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 399.

la propia oferta no se vio engrosada con los nuevos brazos y los nuevos oficios que, de haberse contado con una industria en desarrollo, habrían surgido a consecuencia de una cada vez mayor división del trabajo y del desplazamiento que, seguramente, se habría operado desde el campo a las ciudades al elevarse la productividad rural y comercializarse la agricultura. En cuanto al incipiente mercado de capitales, o más estrictamente de dinero, el éxodo constante del potencial de ahorro hacia la metrópoli y la dilapidación, el atesoramiento y el gasto improductivo internos de lo que quedaba en el virreinato determinaron una crónica escasez de fondos que, no pocas veces, contribuyó a que ciertas actividades dejaran de crearse o se vieran postergadas por falta de recursos financieros.

DE LA ACUMULACION ORIGINARIA AL CAPITALISMO DEL SUBDESARROLLO

Al concluir, en lo fundamental, la fase de acumulación primitiva y crearse las condiciones históricas que harían posible el predominio de la producción capitalista, Inglaterra y otros países recorrieron una etapa de rápida industrialización, que a la vez que contribuyó grandemente a expandir el mercado interno —a través de la explotación de la mano de obra expulsada del campo y los talleres artesanales urbanos— robusteció el nuevo sistema y consolidó la independencia de esas naciones, que al industrializarse se convirtieron en las nuevas potencias dominantes. El desarrollo industrial adoptó modalidades y ritmos diferentes en cada país; pero, con todas sus variantes, pronto pudo advertirse que rebasaba las fronteras nacionales, y aún llegó a asociarse, mecánicamente, al advenimiento del capitalismo como si la sola instauración de tal sistema debiera, per se, significar la liberación del atraso y el rápido, aun inmediato y espectacular crecimiento de las fuerzas productivas.

El error era, en verdad, comprensible; las relaciones económicas se internacionalizaban de prisa, y ante el auge manifiesto de unos cuantos países fácilmente podía pensarse que su afluencia, más que obedecer a una situación privilegiada, era

reflejo y signo general del ascenso capitalista. Como a menudo habría de ocurrir en adelante, se confundía lo característico del sistema como tal con lo que eran rasgos o elementos privativos del modelo británico u otras economías hegemónicas.[39]

De haber surgido, en el último tercio del siglo XIX, una pujante industria nacional en Latinoamérica, una industria moderna y diversificada como la que se establece en los Estados Unidos después de la Guerra de Secesión, en Alemania desde

[39] Aún Marx y Engels, convencidos de que "... la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales..."; conscientes de que esa burguesía creó, en solamente un siglo "... las fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas...", y de que "merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones hasta a las más bárbaras..." conscientes en fin, del innegable potencial renovador del capitalismo y de su clase dominante, en una época pensaron, como lo revelan las afirmaciones anteriores (procedentes de *El Manifiesto comunista*, C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas*, Moscú, 1951, tomo 1, pp. 25 y 26), y muchas otras similares presentes en sus escritos, que al instaurarse el nuevo sistema en cada país, su desarrollo económico se aceleraría de inmediato, agudizándose las contradicciones que le son inherentes y empezándose a crear, a la vez, las condiciones históricas de su derrocamiento. Acaso por no haberse iniciado todavía la fase propiamente imperialista no repararon en que los países dependientes serían explotados como nunca antes y que ello alteraría todo el curso de su desenvolvimiento capitalista y lanzaría a sus pueblos —más que a los obreros de las naciones industriales— a una lucha antiimperialista, verdaderamente revolucionaria.

Su pensamiento, sin embargo, se modificó apreciablemente años más tarde. En varios pasajes de *El Capital*, Marx se refiere, por ejemplo, al problema de Irlanda. "Inglaterra, país capitalista y predominantemente industrial —escribe— habría quedado exangüe si la hubieran sometido a una sangría como la que ha sufrido la población irlandesa...". Y en una carta a Engels, dice: "Cuando más ahondo en el tema, tanto más claro veo que la invasión inglesa ha impedido totalmente a Irlanda desarrollarse y la ha lanzado varios siglos atrás...". "He creído durante mucho tiempo —añade— que la ascendencia de la clase obrera inglesa permitiría derrocar el régimen irlandés... Un estudio más serio me ha convencido de lo contrario... En Irlanda es en donde se debe poner la palanca. Por eso la cuestión irlandesa tiene tanta importancia para el movimiento social en general". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. y *Acerca del colonialismo*.

los años cincuenta, y sobre todo después de 1871, o en Japón, a partir de la llamada "Restauración Meiji", la fase de acumulación primaria del capital se habría eslabonado con la siguiente etapa del proceso, o sea con aquélla en que el advenimiento del capitalismo, como nuevo modo de producción, impulsa, y sobre todo, transforma en otros países la acumulación de capital comercial en acumulación de capital industrial. Pero el capitalismo del subdesarrollo funciona, desde su nacimiento, de manera diferente. Y cuando sólo una expansión interna acelerada y un rápido incremento de la producción de bienes de producción habría sido capaz de absorber el grueso de la mano de obra y canalizar la creciente fuerza de trabajo que el propio proceso económico lanzaba al mercado, lo que se dio fue una nueva ruptura: si antes se había frustrado en gran medida el desarrollo propiamente manufacturero, ahora no se produciría el tránsito de las pequeñas y medianas empresas a la gran industria. En lugar de ello se realizaría un ajuste, un reacomodo fundamentalmente pasivo y desfavorable a las nuevas exigencias creadas por el mercado mundial y el naciente imperialismo.

Pero podría objetarse: ¿Y no sería más justo decir que, en tal virtud, la economía mexicana y de otros países latinoamericanos siguió siendo entonces fundamentalmente mercantil, más que capitalista? ¿No acaso la sola ausencia de una industria propia y de una rápida industrialización indica que el proceso capitalista se frustra o al menos retrasa respecto a otras naciones? Ya vimos que, indudablemente, el crecimiento económico se vuelve más lento y accidentado en la fase propiamente mercantil, lo que por fuerza debe haber afectado las condiciones del tránsito hacia la nueva formación capitalista. Pero si algo se frustra no es el capitalismo: es más bien la acción de éste y no por casualidad, lo que a partir de entonces impedirá un genuino desarrollo, un progreso independiente análogo al que otros países habían logrado años atrás.

En la economía mexicana del porfiriato, como seguramente en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Cuba y otros países latinoamericanos abundan los signos que comprueban que, hacia fines del XIX, las relaciones capitalistas de producción han logrado extenderse en los más variados campos. En toda la

agricultura moderna, surgida en buena parte de la demanda de alimentos y materias primas de los países que por entonces se industrializan, y aun en muchas de las explotaciones agropecuarias menos avanzadas, la producción descansa ya, en buena medida, en el trabajo de centenares de miles de peones y jornaleros; en las industrias más importantes —como la textil, molinera, cigarrera, azucarera, de cerveza, jabón y muchas otras, y aun en numerosos modestos talleres e industrias artesanales—, el trabajo asalariado tiene ya también gran importancia; y lo mismo acontece en la minería, en la construcción ferroviaria, en las empresas navieras, en los servicios de transporte urbano, en el comercio, la banca y el gobierno. ¿Que, no obstante todo ello, quedan supervivencias precapitalistas y que el desarrollo de la economía propiamente moderna es, en general, desarticulado y modesto? Cierto. Pero ello no significa que la nueva economía no sea capitalista. Por lejana, por diferente que se antoje respecto al modelo, digamos británico; cualesquiera que sean sus deformidades y sus obvias limitaciones, eso es también capitalismo: un capitalismo peculiar, carente, desde luego, del *glamour* propio del capitalismo anglo-francés y de la pujanza del alemán o el norteamericano.

El capitalismo es una formación social que tiene, naturalmente, ciertas características que le son privativas. Pero a la vez es un fenómeno histórico, un proceso cambiante que en sus fases iniciales difiere de lo que es en plena madurez. El capitalismo latinoamericano de fines del siglo XIX no es un sistema ortodoxo, maduro y, menos todavía, cabalmente integrado. Junto a las relaciones propiamente capitalistas que por entonces son ya las dominantes, hay todavía relaciones precapitalistas y formas primitivas de acumulación de capital que se entrelazan con las nuevas y que, estrictamente hablando, subsistirán por mucho tiempo. Aún quedan numerosos productos que no se comercializan plenamente, y frente al nuevo y todavía desorganizado ejército de trabajadores asalariados, que a veces más bien parece una chusma informe y miserable, hay muchos pequeños productores que, consciente o inconscientemente, oponen resistencia al nuevo sistema y, lejos de considerarse proletarios se sienten y aspiran a ser propietarios. En fin, la movilidad de la mano de obra y en general de los recursos

productivos es insuficiente y nunca comparable a la de los textos de economía clásica o siquiera a la lograda en otros países en la época de la libre concurrencia, tanto porque faltan ciertos mecanismos institucionales como, sobre todo, porque el capitalismo del subdesarrollo nace, podría decirse, con un grado de monopolio más alto de lo que comúnmente se cree.

Mas el que la fisonomía del capitalismo en sus fases iniciales sea todavía relativamente imprecisa porque algunos de sus rasgos empiezan apenas a configurarse, y el que el nuevo sistema no ostente progresos espectaculares, no es sólo característico de lo que ocurre en Latinoamérica. En la propia Europa, años después de que el capitalismo se había impuesto en definitiva, seguían advirtiéndose múltiples hechos que parecían más bien típicos de formaciones históricas previas.[40]

Engels recuerda que a principios del siglo XIX, en Inglaterra,

> "... el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco...".[41]

Pero aun en aquellos casos en que tal antagonismo no aflora abiertamente, el proceso de disociación de que depende el mercado capitalista y los cambios en la estructura de clases que le son inherentes, no dejan de producirse. Por eso nos desconcierta la afirmación del profesor Baran en la que, al referirse a la separación del productor de sus medios de producción, sostiene que:

> "es evidente que esta disolución de la economía precapitalista no ha ocurrido en la mayoría de los países subdesarrollados".

[40] "Aunque todas las características del régimen capitalista —escribe Henri Sée— eran evidentes en Inglaterra hacia 1815, prevalecía, sin embargo, la antigua organización del trabajo, por lo menos desde un punto de vista cuantitativo. Como lo observa Hobson, la especialización geográfica no era todavía completa, la exportación era relativamente pobre y el capital y el trabajo no estaban representados por cifras elevadas". *Orígenes del capitalismo moderno*, p. 11. Sin mencionar las numerosas supervivencias precapitalistas.

[41] F. Engels, en Marx y Engels, *Obras escogidas*, tomo 2, p. 111.

¿A qué atribuir tal opinión y cómo conciliarla con lo que parece ser una tesis general en su obra? ¿Querría decir Baran que, en plena mitad del siglo XX, no se había realizado en dichos países ni siquiera la fase de acumulación primaria del capital, o sea que seguían siendo precapitalistas, cuando en otro pasaje del mismo ensayo, al recordar lo que ocurría a fines del siglo XIX, señala nada menos que los pueblos sometidos "... se encontraban en el capitalismo pero no había acumulación de capital..."? ¿O habrá querido decir que llegaron al capitalismo sin que aquella disposición fundamental se produjera de algún modo, lo que equivaldría a postular que en rigor no se dio la fase de acumulación originaria, o sea, que el mercado capitalista no fue el corolario, la culminación de un largo proceso previo de desarrollo propiamente mercantil?

Baran sostiene y aun reitera que en las economías subdesarrolladas el sistema tendió a prolongarse y en cierto modo a mantenerse, podríamos decir a congelarse, en su fase mercantil; ello, a causa de la ausencia de una industria moderna que volvió imposible el desarrollo de un genuino mercado interior. En sus palabras: los países subdesarrollados

> "... perdieron sus medios tradicionales de vida, sus artes y sus oficios, pero no había una industria moderna que les proporcionase otros nuevos en su lugar".[42]

Estando en general de acuerdo con las posiciones de Baran en su *Economía Política del crecimiento*, y en particular con el acento puesto en cómo las economías de los pueblos coloniales fueron desgarradas y explotadas, creemos que no obstante la

[42] Paul Baran, *La Economía Política del crecimiento*, México 1964, pp. 200 y 168. El propio autor, al examinar el papel de la industria monopolística hace notar que ésta "... amplía la fase mercantil del capitalismo, al obstaculizar la transición del capital y de la gente de la esfera de la circulación a la de la producción industrial. Por otra parte, al no proporcionar un mercado a la producción agrícola, ni una salida al excedente de mano de obra rural y al no abastecer a la agricultura con bienes de consumo manufacturados y aperos de labranza baratos, obliga a éstos a volver a la autosuficiencia, perpetúa la ociosidad de los desocupados estructurales y favorece una mayor proliferación de pequeños mercaderes, de industrias domésticas, etc.". (*Ob. cit.*, p. 203).

penetración de su análisis se tiende en éste a subestimar la descomposición que sin duda se opera en la producción mercantil y el hecho de que, a pesar de todo, el pequeño productor va siendo poco a poco privado de la posibilidad de trabajar por cuenta propia, hasta convertirse en simple trabajador. Inclusive en el campo, donde la presencia de millones de campesinos pobres de aspecto tradicional podría hacer pensar que no llega a realizarse la "descampesinización", se da sin duda el fenómeno, comentado por Lenin, de que muchos de los pequeños productores que legalmente siguen siendo propietarios, de hecho son ya proletarios que no podrían sobrevivir sin vender su fuerza de trabajo.[43]

La influencia de la empresa monopolista sobre el subdesarrollo no se expresa, en nuestra opinión, de manera unilateral, y acaso ni siquiera consiste, esencialmente, en la "ampliación" de la fase mercantil señalada por Baran. Si bien ejerce tal efecto —en el sentido de alargar el proceso de acumulación primaria y obstaculizar, como hemos visto, su desarrollo *natural*— su papel es mucho más complejo y contradictorio, pues al mismo tiempo acelera la descomposición de la economía mercantil, propiamente precapitalista, y acorta el tránsito hacia el nuevo modo de producción, naturalmente sin que ello signifique que, a mayor capitalismo, corresponda mayor bienestar general.[44]

[43] "Entre el proletariado rural deben incluirse, por lo menos, la mitad de todas las haciendas campesinas...". "Al incluir los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo..., sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general, como de algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los «campesinos» ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema de la producción capitalista, precisamente el lugar de obreros asalariados...". V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Moscú, 1950. pp. 163 y 164-165.

[44] "Es notorio hasta qué punto el capital monopolista ha agudizado todas las contradicciones del capitalismo... Esta agudización de las contradicciones es la fuerza motriz más potente del período histórico de transición iniciado con la victoria definitiva del capitalismo financiero mundial". V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Obras completas*, tomo XXII, p. 315.

LA RELACION MERCADO INTERNO-MERCADO MUNDIAL EN LA FASE IMPERIALISTA

La clave del problema parece más bien estar en la forma como en los países subdesarrollados se desenvuelve el mercado interior. Veamos qué es lo que ocurre al respecto y por qué las cosas son así y no de otra manera:

> ... Aunque es cierto ... —comenta el profesor Baran— que la «división del trabajo depende en gran parte de la propia división del trabajo», en las regiones atrasadas de hoy, esta escuela no se desenvolvió «de acuerdo con el plan». Tomó un curso distinto, es decir, la división del trabajo, tal como surgió, se parecía más a la distribución de funciones entre un jinete y un caballo. Todo mercado que aparecía en los países coloniales y dependientes no se convertía en el «mercado interno» de estos países, sino que, a través de la colonización y los tratados injustos, se transformaba en un apéndice del «mercado interior» del capitalismo occidental.[45]

Parece innegable, como dice Baran, que el mercado interior en los países hoy subdesarrollados toma "un curso distinto" y que no es, en realidad, un mercado genuinamente interno. Pero si con base en la afirmación anterior se sostiene que, dado el nuevo carácter de la división social del trabajo (entendida como una división de funciones entre el jinete y el caballo), el mercado, y sobre todo el de manufacturas, "... no se convertía en el «mercado interno» de esos países ...", creemos que se incurre en un error.

Bajo el capitalismo del subdesarrollo el mercado interno siempre es, además de interno, un mercado internacional, esto es, abierto al exterior, una parte integrante, podría decirse, del mercado mundial.[46] Ello es así por una razón fundamental: porque careciendo los países económicamente atrasados de las industrias estratégicas que en cada etapa del desarrollo del

[45] P. Baran. *Ob. cit.*, pp. 200-201.

[46] "... bajo el capitalismo —indica Lenin— el mercado interior está inevitablemente enlazado con el exterior". V. I. Lenin. *Ob. cit.*, tomo 22, p. 258.

sistema proveen los medios de producción más modernos, y necesitando, a su vez, esas industrias, de materias primas, alimentos, fuerza de trabajo y mercado de destino para su cada vez mayor producción, el desarrollo económico capitalista sólo podrá darse en adelante —incluso en el modelo de "crecimiento hacia adentro"— a través de un proceso en el que, al mismo tiempo que el naciente capitalismo en dichos países se abre al movimiento internacional de mercancías y capitales, el también naciente capital monopolista penetra, como nunca antes, en su economía. Es decir, mientras el mercado interno se *internacionaliza*, el capital internacional se *interna* o *internaliza* en el corazón de las economías atrasadas.

El problema fundamental, en consecuencia, no parece ser el de que al privarse a las economías subdesarrolladas de una industria moderna haya tenido que congelarse en ellas la fase mercantil. Quizá esto habría ocurrido si al quedar tales naciones sin una industria propia, no hubiera aparecido una ajena, poderosa y en rápido crecimiento, dispuesta a llenar la laguna.

Pero a falta de una industria nacional, que evidentemente no pudieron crear a la manera tradicional, los países atrasados tuvieron que depender de una industria fundamentalmente extranjera —en un principio generalmente lejana y más tarde enquistada en lo más íntimo de su economía— y, además, fundamentalmente monopolista, que no sólo alteraría el viejo mecanismo de la competencia en cada país, sino que crearía un nuevo tipo de dependencia en las relaciones internacionales y en el funcionamiento todo del sistema, es decir, una dependencia propiamente monopolista.

Generalmente no se repara, en los estudios sobre el subdesarrollo, en la relación *competencia-dependencia*, e incluso llega a pensarse en esta última como si se tratara de una constante que, a lo largo de siglos, sólo sufre cambios de forma. Se olvida que lo esencial del imperialismo es el desplazamiento de la libre concurrencia por el monopolio y, sobre todo, que al concentrarse la producción y el capital no sólo se modifica la dinámica interna del proceso económico sino que se acentúa, a escala nacional e internacional, la falta de uniformidad característica

del desarrollo capitalista; y se agudiza y cambia profundamente el carácter de la dependencia.[47]

Podría inclusive decirse que, en cierto sentido, la competencia engendra la dependencia no sólo porque, en general, supone el enfrentamiento del fuerte con el débil, que usualmente acaba eliminando o al menos subordinando a éste respecto de aquél, sino porque en el proceso capitalista el imperialismo y la creciente explotación de los países subdesarrollados son la resultante dialéctica del desarrollo del sistema y, en particular, del creciente antagonismo que acompaña a la intensificación de esa competencia. La dependencia, por consiguiente, no es algo circunstancial ni, menos aún, ajeno a la forma en que se desenvuelve la producción misma en una economía capitalista: es más bien su resultado, pues en un sistema en que la profunda desigualdad de las fuerzas contendientes es uno de sus rasgos más característicos, la competencia entre ellas es al propio tiempo una compleja interdependencia que, en el momento mismo en que una de las fuerzas en pugna se muestra inferior a la otra, se convierte inevitablemente en dependencia. Esto no es una especulación. El examen objetivo del proceso capitalista deja ver una secuela en la que claramente se observa que la libre competencia, o sea una de las libertades burguesas que se gesta desde mucho tiempo atrás y que en su versión clásica supone la igualdad de los competidores, lleva a la concentración de la producción y el capital, ésta al monopolio, el monopolio al imperialismo, la fase imperialista a la agudización de la crisis y a la acentuación de toda clase de desequilibrios, tensiones y rivalidades, y, finalmente, a una dependencia cada vez más estricta y severa. Pero al intensificarse la dependencia adquiere también un impulso nunca antes alcanzado la lucha por la independencia de los pueblos sometidos. Tal es la dialéctica del proceso.

La dependencia, por otra parte, no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que in-

[47] "El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 288.

fluye y, sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo difiere, en muchos aspectos, de la que corresponde a una fase posterior, propiamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación, a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo.[48]

Por todo ello, volviendo al problema de cómo se desarrolla el mercado interno en las economías subdesarrolladas, el que la división del trabajo adopte la forma de una relación del tipo de la existente entre el jinete y su caballo no demuestra que el mercado interno deje de desarrollarse. Antes al contrario, cualesquiera que sean su ritmo de expansión y los obstáculos a que se enfrente, crece el mercado, crece incluso más de prisa que antes, pero, como dice el propio Baran, a través de una carrera "particularmente torcida". Aun podría afirmarse que al menos por lo que hace a las ventajas en favor del primero, la relación entre el capitalista y el trabajador siempre es similar a la del jinete y su caballo, y en el fondo así tiene que ser en una sociedad en la que las clases propietarias, por el solo hecho de serlo, sustraen y se reservan el control y el destino de la mayor parte del excedente producido por los trabajadores. Pero al margen de ello, lo que parece innegable es que, cuando el mercado y el capitalismo son ya entidades mundiales, el mercado interno y el mercado internacional se vuelven un mismo gran escenario en el que, con velocidades y modalidades diferentes, la explotación capitalista se desenvuelve en un nuevo marco histórico y en una nueva dimensión geográfica en que la división del trabajo y, por tanto, la expansión del mercado siguen adelante, aunque ahora en un plano que rebasa las viejas

[48] "... los razonamientos «generales» sobre el imperialismo, que olvidan o relegan a segundo término la diferencia radical de las formaciones económico-sociales, se convierten inevitablemente en trivialidades vacuas o en jactancias, tales como la de comparar la «Gran Roma» con la «Gran Bretaña». Incluso la política colonial capitalista de las fases anteriores del capitalismo se diferencia esencialmente de la política colonial del capital financiero". V. I. Lenin, *Ibid.*, p. 274.

fronteras nacionales. La relación básica en el proceso económico sigue siendo la existente entre el trabajador y el capitalista, pero ya no dentro de un mercado nacional determinado, sino en él, y simultáneamente, en el resto del sistema. En otras palabras: la disociación del productor y sus medios de producción, que desde los albores del capitalismo, como ya vimos, en un proceso *histórico* que se da de manera distinta en cada país, al imponerse el nuevo sistema se ve acompañado de un desgarramiento *geográfico*: ahora ya no sólo se trata de separar, económica y socialmente, en un país determinado, al productor de sus condiciones de trabajo, para que el capitalista pueda explotarlo a sus anchas a través del régimen de trabajo asalariado; el nuevo elemento consiste en que el grueso de la mano de obra disponible, de la fuerza de trabajo, tenderá a concentrarse en los países pobres mientras los más poderosos acaparan el capital y la riqueza.

En resumen, bajo el capitalismo del subdesarrollo nada hay genuinamente nacional; acaso lo único propio, realmente exclusivo de tal régimen sea la subordinación a lo ajeno, la alienación creciente de las clases dominantes y la lenta, pero firme decisión de los sectores más conscientes del pueblo, de abrir al desarrollo nacional un cauce independiente.

Bajo tal sistema el mecanismo del mercado en su conjunto y cada uno de sus principales elementos, el mercado —valga la expresión— de mercancías, el de trabajo y el de capital, no operarán ya en la forma en que lo hicieron en otros países. El ritmo a que se extienda la producción de mercancías será más lento; la ausencia de una industria propia, medianamente articulada, de bienes de producción, restará siempre dinamismo al proceso económico; el traslado del excedente de mano de obra rural y, sobre todo, la absorción de la fuerza laboral se llevarán a cabo en condiciones más difíciles e irregulares. Y si bien la libertad de contratación será consagrada y aun convertida en las leyes en garantía individual inviolable, en la práctica, que en última instancia es la que realmente importa, persistirán viejas trabas e interferencias y formas de trabajo en apariencia feudales, residuo en parte del largo pasado precapitalista y en parte derivadas de la escasez de mano de obra en ciertas actividades y

lugares, o que aparecerán como expresión de la influencia restrictiva de los monopolios.

Incluso podría decirse que bajo el capitalismo del subdesarrollo no existe o deja de operar el "mercado libre", o sea el mecanismo autorregulador característico de los buenos, viejos tiempos de la libre concurrencia. Y ello, tanto porque ésta nunca se da plenamente en la fase de tránsito hacia el capitalismo como porque, en general, éste aparece en Latinoamérica, como nueva formación social, cuando en los países más avanzados y en el sistema de conjunto está por concluir o se ha liquidado ya la etapa propiamente competitiva. En consecuencia, aun en aquellos casos en que la forma externa de las relaciones contractuales muestra una apariencia, digamos, clásicamente liberal —como si la libre voluntad de las partes fuera en cada caso lo decisivo—, se restringe, de hecho, la libertad del obrero, la libertad de quien, en la relación esencial del proceso capitalista está llamado a jugar —como diría Marx— "el papel del otro hombre obligado a venderse voluntariamente".[49]

Por otra parte, si bien en su aspecto puramente alimentador de mano de obra asalariada susceptible de explotarse en forma masiva, el naciente mercado capitalista demuestra, en la economía del subdesarrollo, ser un mecanismo bastante eficaz para asegurar a los empresarios una oferta de brazos cada vez mayor, en lo que atañe a la posibilidad de lograr un oportuno y —conforme a patrones capitalistas— más o menos alto nivel de empleo de esa mano de obra, resulta del todo ineficaz; en parte porque la dependencia colonial y el agotante drenaje de siglos impidieron una gran acumulación de dinero que, ahora sí, en un nuevo marco estructural, podía haberse convertido en capital en Latinoamérica; y en parte, ante todo, porque en el momento mismo en que el desarrollo del mercado interno culmina en el nacimiento del nuevo sistema, éste evoluciona, a escala mundial, de la fase competitiva a la monopolística. O sea

[49] "... en nuestras obras se comprende a menudo con excesiva rigidez la tesis teórica de que el capitalismo requiere un obrero libre, sin tierra. Eso es del todo justo como tendencia fundamental, pero en la agricultura el capitalismo penetra con especial lentitud y a través de formas extraordinariamente diversas". V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 164.

que en ese momento nace también el imperialismo y se configura un patrón de relaciones económicas internacionales que no sólo frustra en definitiva el desarrollo capitalista autónomo, sino que refuerza la dependencia de los países coloniales y excoloniales, los que ahora quedarán aún más estrechamente subordinados a través de un sistema que, a partir de entonces, operará por primera vez a escala realmente mundial.

El imperialismo ejerce una influencia aún mayor: altera las bases mismas del sistema y condiciona el propio desarrollo del mercado interior y, por ende, del proceso económico en cada país. Con el advenimiento y la rápida expansión de los monopolios cambian el módulo y el papel de la competencia, la que, en materia de precios, prácticamente desaparece, y éstos, al divorciarse crecientemente de sus valores dejan de ser una guía para la asignación de los recursos, lo que hace que la vieja racionalidad capitalista, que en la etapa competitiva pareció expresar incluso una ley natural, devenga ahora una cada vez mayor irracionalidad imperialista. El desarrollo del sistema reclama, de las semicolonias latinoamericanas, una ininterrumpida afluencia de mano de obra. Y si bien el mercado interno se encarga, como antes dijimos, de proveerla, lo que no hace es generar, en la forma en que el capitalismo lo había hecho hasta entonces, una demanda capaz de absorberla. El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar en forma medianamente aceptable el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado, que a partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial inestable, anárquico, sometido permanentemente a la rivalidad y el insaciable afán de lucro de las grandes potencias, y que descansa en una división internacional del trabajo que —al amparo de la teoría clásica del comercio y de una falsa apariencia de objetividad y rigor científico— sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.

Esto no significa, empero, que al frustrarse la posibilidad de un desarrollo autónomo en donde el capitalismo se instaura en el momento en que el sistema está a punto de iniciar su fase

imperialista, la mano de obra asalariada que afluye al mercado de trabajo permanezca ociosa y sin posibilidad de explotarse. Como en el modelo clásico, en la versión neoclásica de las postrimerías del siglo XIX se da también una aceleración del desarrollo económico e incluso una segunda revolución industrial que requiere una vasta red de comunicaciones y transportes, instalaciones mineras modernas, una oferta adecuada de alimentos, y por encima de todo una abundante y fluida provisión de mano de obra barata. Pero en el modelo que se configura a partir del capitalismo del subdesarrollo, el patrón conforme al cual se desenvuelve el mercado interior cambia, como hemos visto, sustancialmente. Ahora no es la industrialización interna, propiamente nacional, el principal agente dinamizador del proceso económico. En vez de una rápida diversificación de la economía latinoamericana lo que se realiza es una innecesaria, excesiva, perjudicial y sumamente onerosa especialización en uno o dos productos primarios. Las manufacturas, pese a todo, logran cierto desarrollo, y el *capital industrial*, tomado en la amplia acepción en que, por ejemplo, lo hace Marx —o sea como producción capitalista—, desplaza y en gran medida suplanta al viejo capital mercantil.[50]

La proyección del sistema económico en su conjunto y de casi cada actividad, en particular, no es una sin embargo en la que, a la manera de una matriz algebraica de múltiples entradas se entrelacen, combinen, integren y apoyen recíprocamente, como en una estrecha y vasta red, desde la agricultura y la ganadería hasta la industria, el comercio y los servicios. Es más bien una proyección hacia afuera, hacia el exterior, hacia el mercado mundial. Y de ello resulta, por un lado, que el tránsito —digamos *natural*— de la manufactura a la gran industria decisivo para que el capitalismo impulse eficazmente el crecimiento de las fuerzas productivas y la expansión del mercado

[50] "... la minería, la agricultura, la ganadería, la manufactura, la industria del transporte, etc., constituyen ramificaciones impuestas por la división social del trabajo y, por tanto, esferas especiales de inversión del capital industrial...". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 390.

interior, se frustre en gran medida,[51] y por otro, que en vez de que el nuevo sistema se desenvuelva esencialmente dentro de ese mercado y en torno a una industria nacional en rápido desarrollo, lo haga en el seno del mercado mundial, en condiciones obviamente desfavorables, y alrededor de una industria ajena y casi siempre distante, o sea de un mecanismo inestable, anárquico, y para colmo incontrolable, que a partir de entonces será, a la vez que el principal factor dinámico del sistema, el más grave y persistente obstáculo a un genuino desarrollo.

Si bien en México, Chile, Brasil, Argentina y otros países latinoamericanos la economía se diversifica y crece con mayor celeridad que en etapas anteriores, los nuevos grandes centros industriales, los mayores polos de crecimiento o focos de atracción del sistema no se hallan en cada uno de ellos: México, Santiago, Río o Buenos Aires. Están en Alemania, en Estados Unidos, en Japón, en Inglaterra y Francia, y en menor escala en Rusia, Bélgica, Suiza, Suecia y otros países. El capitalismo ha madurado; se ha extendido grandemente y está a punto de convertirse en un sistema verdaderamente universal. En adelante ya no podrá Inglaterra, al amparo de su engañoso y hábil librecambismo, imponer unilateralmente sus condiciones en los mares, en el comercio internacional y aun en los debates parlamentarios, la ciencia económica y los salones de moda. La economía mundial, cada vez en mayor medida, operará conforme a nuevas condiciones, así como con nuevas y más profundas contradicciones que a su vez responden a una distinta constelación de fuerzas. Y si el carácter anárquico de la producción capitalista genera siempre desproporciones y desajustes que vuelven muy difícil mantener cierta complementariedad en el

[51] "... sólo la gran industria aporta con la maquinaria, la base constante de la agricultura capitalista, expropia radicalmente a la inmensa mayoría de la población del campo y remata el divorcio entre la agricultura y la industria... Sólo ella conquista por tanto el capital industrial que necesita el mercado interior íntegro". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 839. Y en otro pasaje sobre el mismo tema, escribe el autor: "Tan pronto como la manufactura se fortalece en cierto modo, y más aún la gran industria, se crea a su vez el mercado, y lo conquista con sus mercancías. Ahora el comercio se convierte en servidor de la producción industrial para la cual es condición de vida la expansión constante del mercado...". *Ibid.*, tomo 3, Vol. I, p. 405.

sistema, en la economía del subdesarrollo será todavía más difícil lograr la menor armonía, pues al convertirse la gran industria monopolista extranjera, a veces directamente y a veces a través del complejo mecanismo del mercado mundial, en uno de los factores condicionantes de la marcha del mercado interior y, por ende, del desarrollo en esos países, las relaciones e interrelaciones básicas de su economía serán profundamente alteradas por decisiones ajenas, extrañas y a menudo contrarias a su política económica interna, que incluso se adoptan fuera de su territorio y aun llegan a imponerse, cuando ello se estima necesario, por la fuerza.

Mas, ¿no estaremos atribuyendo demasiada importancia al mercado mundial y a la influencia que sobre el fenómeno del subdesarrollo ejerce el desenvolvimiento de la gran industria capitalista? ¿No estaremos, inclusive, confundiendo la época en que aparece el mercado mundial e incurriendo en el error de situar en la segunda mitad del siglo XIX un hecho que, en rigor, se registra a principios del XVI? El capitalismo, ciertamente, tiende a internacionalizarse desde siglos atrás. Aún en sus albores, cuando apenas empieza a gestarse en el seno de un feudalismo en plena descomposición, se proyecta hacia afuera, hacia el mercado exterior. Pero entonces está muy lejos todavía de ser un sistema y, sobre todo, un sistema mundial. Durante una larga fase sólo uno, y después dos, tres países serán, estrictamente hablando, capitalistas. Y aunque sus relaciones se desenvuelvan en el marco de una nueva comunidad internacional y la influencia que ejerzan sobre el resto del mundo sea cada vez mayor, ello no significa que el sistema, como nuevo modo de producción, se haya vuelto en todas partes la estructura socioeconómica dominante. El capitalismo no es posible en ningún país, hemos dicho líneas arriba, si el mercado interior no se desarrolla apreciablemente, a menos que lo supongamos como un "enclave", o sea, como un fenómeno aislado, restringido y artificial que, al modo de un quiste extraño —como puede ser una gran empresa extranjera— surja y se desenvuelva al margen del contexto social que lo rodea. Y ni siquiera una economía de enclave podría desenvolverse sin un mercado interior en desarrollo. Pues bien, el capitalismo mundial, o sea el sistema capitalista, tampoco es posible sin un mercado verda-

deramente mundial, el que a su vez es un hecho histórico que se produce no en el siglo XVII o el XVIII, sino en la segunda mitad, y particularmente, en el último cuarto del siglo XIX.[52]

La aparición del mercado, como se sabe, es muy anterior al capitalismo, pero el mercado mundial es un fenómeno netamente capitalista, un fenómeno que habría sido imposible en una etapa histórica anterior, y que, como tal, supone que las nuevas relaciones de producción hayan llegado a ser las dominantes en un gran número de los países que lo integran. O sea que si bien en él se expresa y culmina un largo proceso de desarrollo y generalización de las relaciones mercantiles, su dimensión propiamente mundial —el pleno dominio del mercado como mecanismo en el que fundamentalmente se produce a partir de la explotación de trabajo asalariado—, supone cambios cualitativos profundos como son los que acompañan a la instauración y el desarrollo inicial del capitalismo, de un lado, y del otro, a la consolidación definitiva y al tránsito del sistema a su fase propiamente monopolística.

Lo que quiere decir que así como en el plano interno las relaciones mercantiles no devienen relaciones capitalistas a consecuencia de un mero proceso evolutivo, simplemente gradual, sino de una transformación dialéctica, en buena medida revolucionaria y que a su vez resulta de contradicciones cada vez más profundas, en el orden internacional el mercado no se convierte en mercado mundial mediante el solo incremento y la extensión geográfica de las relaciones comerciales, sino a virtud de cambios de gran envergadura histórica,[53] de cambios que se gestan desde siglos atrás pero a los que el capitalismo imprime

[52] "La verdadera misión de la sociedad burguesa —escribe Marx en una carta a Engels— es la de crear el mercado mundial, al menos a grandes rasgos, así como una producción basada en éste. Como el mundo es redondo —agrega— esta misión parece acabada después de la colonización de California y Australia y de la apertura del Japón y China". *Acerca del colonialismo*, p. 309.

[53] Los descubrimientos, los viajes, las aventuras coloniales, la importación de ciertos productos —señala el propio Marx, en *La ideología alemana*— "... y ante todo la ampliación de los mercados, que se convierten en un mercado mundial, cosa *ahora posible* [cursiva nuestras] y que se está operando en mayor volumen cada día, todo ello dio comienzo a una nueva etapa del desarrollo histórico...".

gran celeridad y asigna una importancia cada vez mayor. O sea que, aun hechos que en la fase precapitalista están ya presentes y apuntan claramente en cierta dirección, al instaurarse el capitalismo sufren profundas modificaciones. Tan ello es así que, en las tres o cuatro décadas posteriores a 1870 la economía mundial registra, probablemente, cambios de mayor envergadura que los realizados en varios siglos previos. En efecto, si hacia 1800 ó 1850 es ya manifiesta la delantera que varios países han tomado a otros, para 1900 ó 1910, la desigualdad en el desarrollo se ha acentuado hasta volverse realmente abismal e inzanjable bajo el régimen capitalista.

Desbordaría el marco de este trabajo examinar los múltiples hechos que condicionan o acompañan la aparición de ese mercado mundial; pero al menos conviene mencionar en un párrafo, algunos de ellos: las revoluciones europeas de 1848, la integración de Alemania e Italia como estados nacionales modernos, la rápida industrialización de los Estados Unidos, Alemania y Japón, la creciente penetración y el reparto de Africa y buena parte de Asia, el trazo de una red ferroviaria que no sólo cubriría regiones antes incomunicadas de Europa y los Estados Unidos sino que se extendería por las principales rutas comerciales del mundo entero, la apertura del Canal de Suez, el desarrollo de las comunicaciones por cable submarino, telégrafo y teléfono, la guerra de Crimea, las guerras contra China, que acaban por incorporarla a la economía de Occidente; el auge del liberalismo y de los tratados comerciales y el rápido incremento del comercio internacional, la internacionalización de la banca moderna, la expansión territorial de Norteamérica y el desarrollo espectacular de la agricultura en California, y, más o menos al mismo tiempo, en Australia, Nueva Zelandia, Argentina, etc. Sin estos hechos y, concretamente, sin la industrialización de una decena de los principales países de entonces —lo que equivale a decir sin la previa o simultánea instauración en ellos del capitalismo como nuevo sistema—, sin la creciente competencia interna e internacional entre ellos, sin la concentración y centralización de la producción y el capital, y sin la iniciación de la etapa imperialista —que fundamentalmente implica una cada vez mayor socialización de la producción y el establecimiento de un nuevo patrón en la división internacional

del trabajo—, habría sido imposible un mercado verdaderamente mundial.

Lo que —añadiremos con fines de ilustración y de síntesis—, significa en otras palabras que, habida cuenta del carácter dialéctico y, por tanto, de la constante interacción de los factores que condicionan el proceso social, el mercado mundial se desenvuelve conforme a una secuela que en el fondo es la misma del capitalismo —y por tanto en general, del subdesarrollo— en la que se entrelazan y suceden hechos como los siguientes:

Descomposición de las formaciones precapitalistas → mayor división social del trabajo y generalización de las relaciones mercantiles → creciente disociación, generalmente por medios violentos, del productor y sus medios de producción → ramificación de las comunicaciones y expansión del comercio internacional a partir de los grandes descubrimientos de fines del siglo XV y principios del XVI → conquista de numerosos pueblos antes independientes y desarrollo del colonialismo → debilitamiento de los gremios artesanales y auge de las manufacturas en los países más avanzados → revoluciones económicas y políticas burguesas → instauración, en varios países, del capitalismo como nuevo modo de producción (de fines del XVII a principios del XIX) → tránsito de la industria manufacturera a la gran industria moderna → generalización del trabajo asalariado y extensión del mercado propiamente capitalista → industrialización, a diversos niveles, de los países capitalistas independientes → modernización y ampliación de las comunicaciones y transportes → conformación de un nuevo patrón de relaciones económicas y políticas internacionales, agudización de la dependencia e incorporación de numerosos países al sistema capitalista → conversión del mercado internacional en un verdadero mercado mundial → internacionalización del mercado de trabajo y de dinero y capitales → concentración de la creciente producción y el capital → agudización de las crisis de sobreproducción → aparición de los monopolios y advenimiento del imperialismo → modificación profunda del régimen de competencia y del régimen de dependencia tradicionales → intensifi-

cación de la lucha revolucionaria y de liberación nacional → crisis general del capitalismo, y advenimiento del socialismo como nuevo modo de producción.

Ahora, estamos seguros, podrá comprenderse mejor nuestra insistencia en torno a la necesidad de advertir el cambio cualitativo que implica la aparición del mercado mundial, el que, específicamente, supone el desarrollo de una gran industria en por lo menos varios países y la rápida incorporación al capitalismo, o sea al régimen de esa gran industria y a la nueva división internacional del trabajo que habrá de acompañarla, de muchas otras naciones hasta entonces relativamente autosuficientes y en buena medida desvinculadas o sólo parcialmente integradas al mercado internacional.[54]

Es tal la importancia de la gran industria al respecto, que Marx y Engels llegan a decir:

> La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial —añaden— aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía...
>
> Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino... venidas de las más lejanas regiones del mun-

[54] A propósito del papel del mercado mundial, Marx y Engels escriben: "En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la producción intelectual". *El manifiesto comunista*, p. 26.

do, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo.[55]

Varios hechos fundamentales dignos de subrayarse afloran, a nuestro juicio, en la tesis anterior. En primer lugar que la industria, y en particular la gran industria capitalista, fue decisiva en la creación del mercado mundial; en segundo, que el desarrollo de ese mercado y del capitalismo como sistema desnacionalizó a la industria, o en las palabras de Marx: le "quitó" "su base nacional". Y se la quitó, en nuestra opinión, en un doble sentido y de manera irreversible: internacionalizando, por un lado, a la industria, hasta entonces todavía fundamentalmente nacional, y volviendo, por el otro, históricamente imposible, en aquellos países que a partir de ahí iniciaran su desarrollo capitalista, el nacimiento y sobre todo la expansión de una industria genuinamente nacional.

De hecho en ese momento se cerrará, en nuestro concepto, el ciclo histórico del capitalismo nacional independiente.[56] Y ello fue así porque, precisamente entonces:

[55] *Ibid.*, pp. 24 y 26. "... la gran industria... destruye el reducto de la sociedad antigua, el «campesino», sustituyéndose por el *obrero asalariado*...", "... la ruptura del primitivo vínculo familiar entre la agricultura y la manufactura, que rodeaba las manifestaciones incipientes de ambas, se consuma con el régimen capitalista de producción". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 553.

[56] En otro pasaje, especialmente interesante para comprender el funcionamiento del régimen técnico-económico de la gran industria, así como la problemática que, a partir de él, deberán encarar los países económicamente más débiles, escribe Marx:

"... tan pronto como el régimen fabril adquiere cierta extensión y un cierto grado de madurez, sobre todo tan pronto como su base técnica, la maquinaria, es producida a su vez por máquinas; tan pronto como se revolucionan la extracción de carbón y de hierro, la elaboración de los metales y el transporte, y se crean todas las condiciones generales de producción que corresponden a la gran industria, este tipo de explotación cobra una *elasticidad*, una *capacidad súbita e intensiva de expansión* que sólo se detiene ante las trabas que le oponen las primeras materias y el mercado. La maquinaria determina, de una parte, un incremento directo de las primeras materias; así por ejemplo, el *cotton gin* (la despepitadora) hace que aumente la producción algodonera. De otra parte, el abaratamiento de los artículos producidos a máquina y la transformación operada en los medios de comunicación y de transporte, son otras tantas armas para la conquista de los mercados extranjeros. Arruinando sus productos

> Se implanta una nueva división internacional del trabajo ajustada a los centros principales de la industria maquinista, división del trabajo que convierte a una parte del planeta en campo preferente de producción agrícola para las necesidades de otra parte organizada preferentemente como campo de producción industrial...[57]

El que unos países hagan de la agricultura y otras actividades primarias el centro de su nueva economía mientras otras giran alrededor de la industria no significa, necesariamente, que aquéllos sean precapitalistas y éstos capitalistas. Sin perjuicio de que en ciertos casos ello sea así, tratándose de México y otras naciones latinoamericanas, y seguramente también de no pocas de Asia y Africa, lo que se da es más bien un nuevo patrón de relaciones entre países más y menos capitalistas, entre países capitalistas viejos y nuevos, poderosos y débiles, independientes y dependientes.[58]

---

manuales, la industria maquinizada los convierte, quieran o no, en campos de producción de sus materias primas...".

"La constante «eliminación» de obreros en los países de gran industria, fomenta como planta de estufa la emigración y la colonización de países extranjeros, convirtiéndolos en viveros de materias primas para la metrópoli, como se convirtió, por ejemplo, Australia, en un vivero de lana para Inglaterra...". C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, pp. 496-497.

[57] *Ibid.*, p. 497.

[58] El determinar el carácter de la estructura dominante y de las relaciones entre los países que forman la comunidad internacional es, en verdad, una cuestión tan compleja que, aun una autora tan penetrante como Rosa Luxemburgo, todavía en 1913 considera que sigue habiendo vastas zonas precapitalistas que, por cierto, son las que —según ella— sirven de mecanismo para la absorción de la plusvalía que no es posible realizar bajo el capitalismo. Dada esa función, la autora sostiene que el imperialismo no es sino "... la expresión política de la acumulación de capital en su lucha por apoderarse de lo que todavía queda abierto del medio no capitalista". R. Luxemburgo, *The accumulation of capital*, p. 446. En otro estudio hemos señalado que, en nuestra opinión, R. Luxemburgo "considera precapitalistas numerosas situaciones y relaciones de producción que sin duda eran ya fundamentalmente capitalistas...; confundió el precapitalismo con el atraso y la explotación de que eran víctimas los países coloniales y semicoloniales, y limitó el alcance histórico del imperialismo a una mera «expresión política» del proceso de acumulación de capital, sin reparar, como lo haría Lenin en esos propios años, en que era un fenómeno mucho más profundo y complejo, que afectaba la estructura misma del sistema". *Economía Política y lucha social*, pp. 90-91.

Los rápidos avances industriales de los principales países cambiarán el panorama; acentuarán viejas rivalidades e impulsarán, como nunca antes, la concentración de la riqueza y la formación de grandes monopolios en continua lucha por obtener las mayores ventajas económicas y políticas. Ante las exigencias de ese nuevo gran mercado caerán una a una las viejas barreras defensivas; se saltarán las fronteras nacionales; se comunicarán sitios antes apartados y se enlazarán las redes ferroviarias y marítimas de un país a otro; se incrementará el tráfico de mercancías, el movimiento internacional de capitales e incluso el mercado de trabajo, y empezará a desplazarse en migraciones sin precedente, a menudo realmente dramáticos, la mano de obra de los países económicamente atrasados —convertida en un segundo gran ejército de reserva— hacia aquellos en que el auge y la creciente demanda de trabajo amenacen con llevar los salarios a niveles peligrosos para las ganancias de los capitalistas y, por ende, para todo el proceso de desarrollo.[59]

[59] Con frecuencia se subraya el importante papel que la extensión y modernización de los transportes y las comunicaciones juegan, en la segunda mitad del siglo XIX, en la integración del mercado mundial. A menudo, sin embargo, no se repara en que tal proceso habría sido imposible sin un gran desarrollo industrial, y sobre todo en que éste, a su vez, no se habría realizado sin un cambio estructural profundo consistente en que el modo de producción capitalista, confinado hasta poco antes a unos pocos países y a un intercambio internacional de mercancías todavía de escaso volumen y valor, se convirtiera, a partir de entonces, en un sistema verdaderamente mundial en rápido tránsito hacia el imperialismo.

Al reiterar la significación de estos hechos no olvidamos, naturalmente, que están precedidos de otros y que el proceso histórico tiene una continuidad que no puede romperse arbitrariamente; pero sí tratamos de hacer énfasis en que tales cambios no se producen en forma gradual sino propiamente dialéctica y en que, precisamente por ello, la magnitud de los mismos rebasa con mucho el ritmo del desarrollo de las fuerzas productivas logrado hasta entonces. Algunos datos y ciertas opiniones al respecto, nos ayudarán a comprender mejor lo que esas magnitudes significan.

"La nueva forma de explotación colonial se hizo posible y se vio favorecida por las formas mecánicas de producción, ... lo que contribuyó a que la demanda de materias primas baratas y de mercados de venta se elevara bruscamente. Al mismo tiempo se ampliaron las posibilidades de comercio exterior mediante la mejora de los medios de transporte ..., de modo que pudo

Los cambios a que nos referimos no son simples modificaciones de grado: son transformaciones profundas que alteran el funcionamiento del proceso y del sistema económico en su conjunto. El que la instauración del capitalismo como nuevo modo de producción en los hoy países subdesarrollados, coincida con, o se produzca después del momento histórico en que surge el mercado mundial y en que se abre la fase monopolista del sistema no es un mero accidente o una curiosa coincidencia sin importancia. Es una confluencia histórica singular, y singularmente compleja, una encrucijada o coyuntura que condiciona todo el proceso del subdesarrollo capitalista en Latinoamérica.

A ella obedece, en última instancia, que "nuestro" capitalismo no sea ya lo que en otras naciones y otras épocas. Aquí ya no será un agente capaz de imprimir gran celeridad al proceso económico ni, menos aún, de colocar a los países en que se vuelva el sistema dominante, a la vanguardia del progreso; ni

---

formarse un «mercado mundial»". Peter Gang y Reimut Reiche, *Modelos de la revolución colonial*, México, 1970, p. 16.

"A mediados del siglo pasado —recuerda N. Bujarin— la longitud de las redes ferroviarias era de 38 600 kilómetros; en 1980 esta cifra había alcanzado 372 000 kilómetros...". En 1890 subió a 617 285 y en 1911 a 1 057.809 kilómetros. *La economía mundial y el imperialismo*. París, 1969, pp. 25 y 26.

"También los transportes marítimos se desarrollaron rápidamente, sobre todo desde que los cascos de los buques se construyeron de hierro y acero... y que la hélice de espiral comenzó a sustituir a la rueda de paletas lateral... (a partir de 1860)". Shepard B. Clough, *La evolución económica de la civilización occidental*, Barcelona, 1962, pp. 430-432. Entre 1830 y 1913, la producción industrial mundial aumentó más de 9 veces y el tráfico de ultramar más de 18 (p. 51).

En lo que hace a la inmigración, de 1851 a 1930 se desplazaron, principalmente hacia América, cerca de 50 millones de hombres y mujeres, sin contar a quienes, en calidad de esclavos, se enganchaban principalmente en Africa. (Véase W. S. Woitinsky y E. S. Woitinsky, *World population and production*, Nueva York, 1953, pp. 72 y ss.). Con razón comenta Bujarin: "El inmenso depósito de reserva del nuevo mundo capitalista aspira al excedente de población de Europa y Asia, desde los campesinos empobrecidos y arrojados de la economía rural hasta el ejército de reserva de los parados de la industria urbana. Es así como en el mundo entero se establece una concordancia entre la oferta y la demanda de la «mano de obra», en la proporción deseada por el capital". *Ob. Cit.*, p. 31.

siquiera será un capitalismo de segunda clase, más o menos dependiente, como puede serlo hoy el de muchos —acaso la mayoría— de los países europeos, en los que no obstante su creciente dependencia se opera un sensible crecimiento y se logran niveles de ingreso y de vida más o menos satisfactorios. En vez de alentar la competencia de precios estimulará la concentración y el monopolio; en vez de contribuir al logro de la plena independencia de los países del subcontinente ya entonces atrasados, agudizará su dependencia; en vez de liberar las fuerzas productivas y generar el desarrollo acentuará el subdesarrollo, mas no el estancamiento sino el crecimiento desigual, inestable, deforme y siempre insuficiente, anárquico y subordinado. Por eso podríamos denominarlo, con toda propiedad, "capitalismo del subdesarrollo", tanto más cuanto que el subdesarrollo latinoamericano, si bien empieza a gestarse desde los albores del capitalismo, no es, como ciertos autores parecen creerlo, una situación dada, un estado de cosas inmóvil que se herede del pasado y que, una vez que toma cuerpo, no cambie o sólo sufra modificaciones sin importancia.

Si la iniciación, en el siglo XVI, de la época en que apenas se anuncia el nacimiento del capitalismo, altera el carácter de las relaciones productivas internas y el patrón de las relaciones económicas internacionales, la instauración del nuevo sistema, su desarrollo y diseminación, impulsan a un ritmo sin precedente la expansión de las fuerzas productivas y modifican, cualitativamente, el marco estructural en que se desenvuelve el proceso económico y la forma en que operan ciertas leyes. De ahí que si aun en un contexto histórico esencialmente precapitalista la generalización de las relaciones mercantiles empieza —al amparo del pillaje, la explotación de los pueblos conquistados y la dinámica propia de una sociedad de clases— a generar el subdesarrollo y a crear un mundo desigual, dividido en países de primera, de segunda y de tercera, la expansión del capitalismo como fenómeno interno y a la vez internacional, lo afirma y agudiza como nunca antes, le imprime una nueva fisonomía y aun una nueva y más irracional dinámica, y lo vuelve, en rigor, un elemento orgánico, una parte esencial y permanente, una especie de lado oscuro y pobre del sistema. El subdesarrollo no es, en consecuencia, un fenómeno precapita-

lista. Tanto en un sentido interno como internacional es fundamentalmente capitalista; y aun podría decirse que no sólo supone la existencia del capitalismo, sino que éste sea ya un sistema realmente mundial, que empiece a recorrer su fase imperialista.

IMPERIALISMO Y SUBDESARROLLO

"... Si la teoría económica tradicional no se ocupa del imperialismo, menos todavía ofrece una explicación satisfactoria de las causas determinantes del subdesarrollo. Incluso podría decirse que ni siquiera repara en la existencia misma de este fenómeno como un aspecto y a la vez una consecuencia del desarrollo capitalista. En el mejor de los casos toma en cuenta rasgos fragmentarios del proceso, que, en vez de asociarse a las realidades concretas y cambiantes de las que surgen, se divorcian arbitrariamente de ellas y sólo son objeto de comparaciones estáticas y a menudo de reflexiones especulativas dentro del marco del análisis del equilibrio. En esa perspectiva el subdesarrollo resulta unas veces un caso especial, otras una etapa incipiente de un proceso que se desenvuelve en forma gradual —y aun linealmente— hacia la "sociedad de consumo", otras más el fruto de una combinación de productividades marginales desfavorables, que sospechosamente eximen tanto a las potencias capitalistas como a las burguesías internas, de responsabilidad en la generación del atraso, y en fin, otras veces el subdesarrollo parece no ser más que un transitorio estado de cosas atribuible a fallas de la política económica o de la organización institucional, que generalmente se suponen susceptibles de corrección más o menos fácil, a corto o mediano plazo.

Dos defectos fundamentales que por sí solos invalidan tales planteamientos y que vuelven muy poco útiles las diversas versiones de la teoría neoclásica —incluyendo los enfoques macroeconómicos más recientes y sofisticados—, son los si-

guientes: en primer lugar, el centro del análisis económico en el marco del subdesarrollo no es ni puede ser el equilibrio, y mucho menos el equilibrio estático —o siquiera la búsqueda del equilibrio dinámico que tanto importa en las economías planificadas— sino más bien lo contrario, esto es: el desequilibrio. El subdesarrollo es un complejo de contradicciones —con estrechas relaciones entre sí y sin solución posible en el marco del capitalismo— que se expresa en toda clase de desequilibrios: desequilibrios en la acumulación de capital y en la proyección de la inversión, en el grado de desarrollo de la actividad económica y en el reparto del ingreso, en los patrones de producción y de consumo, en el mercado de trabajo y en todo el proceso de formación de los precios, en la selección de técnicas, en el financiamiento del desarrollo y en casi cada renglón de la balanza de pagos, y por tanto en las relaciones con el exterior. Pues bien, los más graves desajustes que caracterizan al subdesarrollo son estructurales; están profunda, orgánicamente ligados al funcionamiento del sistema en que aparece o al menos en el que se agudiza grandemente, o sea a la estructura capitalista en que se asienta y le sirve de marco histórico. Y en el análisis ortodoxo o bien se dan los fenómenos estructurales por supuestos como datos dados, como elementos estáticos y pasivos que no figuran y aun no influyen en las variables que se consideran económicamente más importantes, o bien se excluyen del todo, y sin ubicarse con precisión en ninguna parte, se deja sentir que están más allá de la economía y por tanto del campo de estudio de la ciencia económica. De lo que resulta que, en rigor, se prescinde de lo que en una genuina teoría del desarrollo es una variable histórica fundamental a explicar, y de lo que en una auténtica estrategia del desarrollo es una realidad a transformar y un obstáculo a vencer.

¿Cómo aparece y qué papel juega el imperialismo en el subdesarrollo latinoamericano?

Hasta hace relativamente poco tiempo se tendía a menudo en Latinoamérica —acaso, sobre todo, en las organizaciones y corrientes de izquierda— a dar la impresión de que el imperialismo y el subdesarrollo eran como las dos caras de una misma moneda, como dos hechos que no sólo mantenían entre sí una íntima relación sino que correspondían, el uno al otro, exacta y

cabalmente. La relación solía ser tan mecánica y simplista, que al menos en ciertos planteamientos parecía tirarse una línea que arbitrariamente cortaba el proceso histórico e impedía advertir el marco en que el capitalismo, por un lado, se convierte en imperialismo y, por el otro, las condiciones en que el proceso económico latinoamericano desenlaza en el subdesarrollo.

Más recientemente, en los últimos cinco a diez años, diversos autores latinoamericanos y extranjeros han llamado la atención acerca de la importancia de rastrear en un pasado más remoto y de comprender, concretamente, la forma como, desde sus albores, el fenómeno capitalista influyó en la conformación del atraso de los países hoy subdesarrollados. Y a partir de ambas posiciones y de la revisión crítica, la complementación y en cierto modo la síntesis de las mismas, se ha ido avanzando en el estudio teórico del subdesarrollo y de su relación con el imperialismo.

Desde mucho antes de que el capitalismo entre a la fase monopolista y aun antes de volverse el modo de producción dominante en Europa y América, se recorre un largo ciclo histórico que influye decisivamente en el curso del proceso económico latinoamericano. Para comprender mejor lo que ello significa cabría recordar aquí que Latinoamérica es conquistada principalmente por España y que este hecho no sólo ejerce influencia en múltiples aspectos de su vida económica, social y política sino que entraña un profundo desgarramiento, una violenta ruptura que literalmente quiebra la continuidad del proceso histórico latinoamericano.

América Latina entra al mundo económico moderno como una región subyugada, vencida por un enemigo materialmente más poderoso y uncida a intereses que, lejos de ser los suyos, son los del dominador extranjero que se impone por la fuerza de las armas. Y durante casi tres siglos vive bajo el coloniaje y sufre el despojo constante no solamente de sus riquezas sino de todo: de su economía, de su religión, de sus tradiciones, su lengua y su identidad cultural.

Desde el siglo XVI, Latinoamérica empieza a integrarse a un mercado que los avances de la navegación, los grandes descubrimientos de ultramar y la expansión del comercio van convir-

tiendo en un mecanismo propiamente internacional; pero ni entonces ni cuando, ya entrado el siglo XVII, el capitalismo se vuelve el modo de producción dominante en Inglaterra, nuestros países encuentran condiciones propicias para su desarrollo. Antes al contrario lo que para unas naciones son estímulos y factores de impulso, para otras representan trabas, interferencias y aun severas y rígidas prohibiciones coloniales que detienen y deforman su desenvolvimiento. El desarrollo comercial de fines del XVIII, apoyado en buena parte en la primera revolución industrial inglesa y en las revoluciones democráticas de Estados Unidos y Francia, abre nuevas posibilidades de intercambio y ayuda a modificar la estructura productiva en muchos países en donde el capital empieza a imponerse como expresión de un nuevo sistema socioeconómico.

A principios del siglo XIX Latinoamérica se independiza políticamente de España —más tarde lo hará Brasil de Portugal— pero la emancipación política no trae consigo la posibilidad de un desarrollo económico autónomo. El papel que España juega durante el largo régimen colonial corresponderá, a partir de entonces, a Inglaterra y a otros países que han salido adelante en la carrera capitalista y que al menos en sus relaciones con Latinoamérica, en vez de apoyarse en las viejas y ya caducas fórmulas coloniales —que España misma encuentra cada vez más difícil aplicar hacia el fin de su imperio—, enarbolarán una nueva y atrayente bandera republicana que la burguesía, y sobre todo la británica, despliega con éxito en todas partes: la bandera de la libertad; de la libertad en los mares, en la industria y el comercio, de la libertad de creer, de pensar y difundir universalmente las ideas.

La fase competitiva y, en buena medida librecambista, del capitalismo, no significa para Latinoamérica lo que para Inglaterra y otros países europeos. En vez de capitalistas nacionales resueltos y audaces que a partir de la empresa privada y acicateados por la libre concurrencia impulsen rápidamente el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que se da es un desarrollo pobre, deforme y dependiente, rodeado de múltiples escollos y en el que la libertad siempre opera en la dirección de fortalecer a los países económica y aun militarmente más fuertes, que

fundamentalmente la emplean para someter a su hegemonía a los más débiles.

Cuando el imperialismo empieza a configurarse como una nueva etapa en que la concentración del capital y la producción han engendrado el monopolio, los signos de que el capitalismo se ha ido abriendo paso, están presentes en el escenario latinoamericano.

La configuración y la rápida expansión de un mercado capitalista mundial en la segunda mitad del siglo XIX impulsan ese desarrollo, que sin duda tiene además una larga y compleja dinámica interna, que influye y a la vez recibe la influencia del desenvolvimiento del capitalismo en otros países. O sea que si bien el imperialismo acelera de momento y en algunos casos probablemente aun incorpora a ciertas economías al mercado capitalista, cuando el sistema empieza a recorrer esa nueva fase histórica la economía Latinoamericana ya ha sufrido profundos cambios que sin duda revelan la presencia del fenómeno capitalista en ascenso, y, en algunos casos, el predominio de las relaciones capitalistas.

El capitalismo latinoamericano no surge ni se desenvuelve a la manera clásica. En vez de ser el fruto de un desarrollo independiente, como ocurre por ejemplo en Inglaterra, Holanda, Estados Unidos y aun Francia, Alemania y otros países, nace ligado a la dominación colonial y, en general, a rígidos lazos de dependencia; en vez de resultar de un largo proceso de acumulación originaria, que poco a poco creara las condiciones que harían posible la formación del mercado capitalista y la explotación del trabajo asalariado, el capital mercantil formado en una larga etapa se succiona por las potencias metropolitanas y es dilapidado por las clases dominantes internas, lo que de hecho entraña un largo proceso de *desacumulación* originaria, es decir, una situación en que la acumulación primitiva se da a medias, sin que sus dos elementos fundamentales lleguen a integrarse en un cuerpo unitario. En efecto, si bien de una parte se disocia a los productores rurales y urbanos de sus medios o condiciones de producción y se va formando una masa creciente de trabajadores que sólo dispone de su fuerza de trabajo y de la posibilidad de venderla en el mercado, y del otro lado se va acumulando lentamente lo que no se succiona o desperdicia del

capital mercantil en proceso de expansión, la gran ventaja tomada por las naciones más poderosas y la influencia que ejercen en la división internacional del trabajo, impiden que el desenvolvimiento del mercado interno, y en particular del mercado de trabajo, desenlace en una etapa de rápida formación de capital, que en otras condiciones habría surgido y acelerado la explotación del trabajo asalariado. El capitalismo latinoamericano es, desde sus inicios, un capitalismo sin industria propia. Y, como al menos en algunos países del subcontinente adviene el modo de producción dominante cuando las nacientes potencias imperialistas inician ya lo que habrá de ser la segunda gran revolución industrial, a ello obedece que, a partir de entonces, los países hoy subdesarrollados adquieran un carácter definitivamente tributario de las economías metropolitanas.

El hecho de que el capitalismo se vuelva el modo de producción dominante en los países hoy atrasados, precisamente cuando el sistema se desplaza de la fase propiamente competitiva a la monopolista, no es una cuestión secundaria o incidental: es una confluencia histórica decisiva, que en buena medida determinará la suerte del capitalismo latinoamericano. En efecto, en unos cuantos decenios de la segunda mitad del XIX se suceden y en cierto modo entrelazan los hechos siguientes:

1. La rápida expansión capitalista de Europa y Estados Unidos acelera el desarrollo del mercado, el que tras un largo proceso histórico culmina en un sistema de relaciones económicas *propiamente mundiales* y, ahora sí, *definidamente capitalistas*;

2. La integración de ese mercado resulta y a la vez se expresa en una nueva división internacional del trabajo que incorpora rápidamente las exigencias que el comercio mundial plantea a países y regiones que, a veces hasta la víspera, permanecieron en cierto modo al margen de tales actividades y reclamos, y ello, a la vez, acelera el desarrollo capitalista, el que, en el caso de Latinoamérica, venía desenvolviéndose penosamente desde tiempo atrás;

3. El advenimiento del capitalismo en los países hoy subdesarrollados parece, por un momento, abrir toda una nueva y

prometedora perspectiva. Y no sólo los liberales más entusiastas sino aun los pensadores más críticos, anticipan grandes progresos y creen que el nuevo sistema traerá consigo avances espectaculares como los que hizo posibles en Inglaterra y Holanda, y más tarde en Francia, Estados Unidos y Alemania;

4. Pero la aparición del imperialismo, surgido de la dialéctica misma del desarrollo capitalista, no sólo entraña cambios profundos en el régimen de competencia y, por tanto, en el funcionamiento interno de la economía de los países más avanzados, sino en todo el sistema de relaciones económicas internacionales y, concretamente, en el alcance, las formas y aun el carácter mismo de la dependencia. Es decir, cambia todo el funcionamiento del mercado capitalista, tanto en un sentido interno como internacional, iniciándose una etapa en la que el monopolio influirá sobre el mercado interno y por tanto sobre la estructura productiva y el nivel y las condiciones en que se formen los precios en los países en que realizan el grueso de su actividad, así como sobre el resto del sistema y en particular sobre las naciones dependientes de América Latina, las que a partir de entonces serán, en mucho mayor medida que antes, economías tributarias —ellas mismas, además, en proceso de monopolización— de las grandes potencias imperialistas.[1]

¿Por qué pensamos que no sólo cambia en tal momento la forma sino la naturaleza de la dependencia, hasta volverse ésta realmente *estructural*? Porque los cambios que subyacen a las nuevas relaciones de dependencia son, a su vez, *propiamente estructurales*, es decir, son cambios profundos, realmente cualitativos, que afectan el modo de producción y todo el complejo de relaciones sociales que le son inherentes. En otras palabras, en vez de una dependencia entre países precapitalistas, que

[1] "... la dependencia... no se hereda del pasado como algo inerte. Ella misma es una categoría histórica que influye, y sobre todo, en la que se expresan los cambios estructurales del proceso económico. La dependencia colonial anterior a la expansión mundial del capitalismo, difiere en muchos aspectos de la que corresponde a una fase posterior, propiamente capitalista; el tipo de dependencia que se configura en la etapa premonopolista no es igual, ni en su alcance ni en su contenido ni, desde luego, en sus formas de manifestación a la que surge y se desenvuelve en la época del imperialismo". *Ibid.*, p. 61.

fundamentalmente se sostiene en la violencia restrictiva de un régimen de dominación colonial y en los todavía muy débiles lazos colocados por el capital mercantil en un mercado incipiente, como ocurre bajo la conquista y buena parte del coloniaje; en lugar, inclusive, de un sistema de relaciones entre países capitalistas y precapitalistas en un mercado aún no estrictamente mundial, lo que ahora va a tomar cuerpo es una relación entre países capitalistas que cuentan ya con una industria moderna y en los que el monopolio —ya no la libre empresa— empieza a ser la forma de organización económica dominante, y países capitalistas dependientes en los cuales el Estado tomará a menudo el lugar que antes correspondió a la empresa privada, cuyo rol en el nuevo mercado mundial será servir a las nuevas metrópolis.

Es decir, así como la *competencia* se volverá monopolística, la *dependencia* será también monopolística, con la peculiaridad de que, a menudo sin encontrar resistencia, se impondrá en Latinoamérica, a las formas premonopolistas, pero en condiciones precarias, subordinadas, lentamente y sin poder crear ya procesos y mecanismos de integración comparables a los del capitalismo tradicional. Y en lo que hace a la estructura de clases y a la articulación del sistema social, la ruptura impuesta por el desarrollo desigual y la dependencia implicará, por una parte, que la burguesía, que con el capitalismo se consolida como clase dominante, a partir de la iniciación del imperialismo se configure al propio tiempo como una clase dominada, y por el otro, que al no darse un desarrollo industrial propio sino un entrelazamiento y aun una creciente subordinación de la economía latinoamericana con el capital del exterior —que en buena medida es ya un capital monopolista—, la contradicción burguesía proletariado se proyecte hacia afuera y adquiera un carácter más complejo y, en cierto modo, triangular.*

* Como bien señala Lukács hay "... una profunda diferencia entre las economías capitalistas y las precapitalistas... las sociedades precapitalistas tienen mucho menor cohesión que el capitalismo. Sus diversas partes son mucho más autosuficientes y menos interrelacionadas que bajo el capitalismo...". *History and Class Conciousness.* Merlin Press, London, 191, p. 55.

Todavía más: la dependencia será estructural también en otro sentido: el naciente capitalismo latinoamericano se convertirá en parte integrante de un sistema capitalista en donde el ya desigual desarrollo entre los países más avanzados y los que se han ido rezagando en el proceso de expansión de las fuerzas productivas, a partir del crecimiento de la gran industria se acentuará en mucho mayor medida, y agudizará también la dependencia.

O sea que al menos en México y otros países de América Latina no parece darse la situación de que hablaba Rosa Luxemburgo todavía hacia 1913, en vísperas de la segunda guerra mundial, según la cual, como se recordará, el imperialismo se lanzaba y aun esencialmente consistió en una lucha entre los países capitalistas por penetrar en las áreas precapitalistas; para poder así realizar plenamente la plusvalía y llevar adelante el proceso de acumulación.

Al margen de otros aspectos discutibles de la tesis luxemburguista —como los criticados por Bujarin y Lenin— la irrupción en grande escala del capital extranjero se produce en México, Chile, Argentina, Cuba, Uruguay y otros países —digamos entre 1890 y 1915— no en un contexto histórico precapitalista sino en economías capitalistas dependientes y profundamente deformadas, si se quiere con fuertes resabios precapitalistas, pero en las que la explotación de trabajo asalariado se estaba convirtiendo en la principal fuente de producción, de plusvalía y de capital. Parecería, en tal virtud, que más bien se trataba de una situación en la que, consumado en lo fundamental —como Marx y Engels lo consideraban— el proceso de integración de un *mercado mundial capitalista*, la expansión de los monopolios más bien acentuaría, en la forma señalada por Lenin, la desigualdad del desarrollo y colocaría a ciertos países formalmente independientes, en la categoría de naciones semicoloniales o dependientes que, con base en procesos capitalistas de explotación de una creciente fuerza de trabajo, contribuirían a acelerar la acumulación de capital, sobre todo en las economías hegemónicas del sistema.

De lo anterior se desprende que al menos en los países latinoamericanos de que hablamos, el capitalismo no es un fenómeno de importación; no se produce simple e inopinada-

mente con la afluencia del capital extranjero, como expresión del desarrollo del imperialismo; es un fenómeno anterior y mucho más complejo, en el que se funden, aunque sin llegar a sintetizarse en un todo integrado, por una parte la influencia del capitalismo a escala mundial, que penetra esencialmente desde fuera a estas economías, y por la otra la influencia del desarrollo capitalista interno, que a pesar de las múltiples trabas impuestas en buena medida por la propia dependencia, va volviéndose el modo de producción dominante, hasta llegar a prevalecer sobre las relaciones precapitalistas y convertirse en factor que, en estrecha relación con los cambios que se producen en el resto del sistema y sobre todo en las economías metropolitanas, determinará —como ocurre al iniciarse la fase monopolista— las nuevas formas de eslabonamiento y aun de dependencia económica internacional.

Y si el desarrollo capitalista en los países hoy subdesarrollados de América Latina se gesta desde tiempo atrás, ¿a qué obedece que la burguesía no sea capaz de imprimir al proceso económico un ritmo y una proyección que acorten rápidamente la distancia que los separa de las naciones más avanzadas? En primer lugar, si nuestros países estaban ya hace un siglo bien atrás de dichas naciones, es de entonces a la fecha cuando, en mayor medida que nunca, caen realmente en el subdesarrollo y se rezagan cada vez más. Y ello porque el capitalismo no nace como el sistema pujante de que medio siglo atrás hablara Marx en *El Manifiesto Comunista*. La burguesía no supo, en Latinoamérica, lo que era la dura lucha bajo el régimen de libre concurrencia ni pudo capacitarse para librar la batalla con los monopolios extranjeros. Vivió siempre protegida, y a menudo artificialmente protegida por el arancel, los altos precios y los favores oficiales, o asociada al capital extranjero en condiciones inferiores y dependientes. Y aunque a fines del siglo XIX y principios del XX no faltaron quienes pensaban que la burguesía latinoamericana, haciendo suyas las inquietudes nacionalistas de los intelectuales y las justas reivindicaciones de campesinos y trabajadores urbanos, abriría la perspectiva de un desarrollo independiente, los intentos reformistas y aun las luchas populares de mayor envergadura —como por ejemplo la Revolución Mexicana— se resolvieron a la postre en cambios secun-

darios, es decir, no estructurales, que en ningún caso lograron librar a nuestros países del atraso y la explotación.

De nuevo puede apreciarse aquí una situación que descubre el carácter estructural de la dependencia. Ni en sus momentos y planteos más lúcidos, la burguesía logra trazar una estrategia que asegure el desarrollo nacional independiente. Pero si el capitalismo monopolista no ofrece tal posibilidad, sí asegura en cambio a una fracción de la clase dominante y, sobre todo, a la oligarquía, en buena parte asociada al capital extranjero, la posibilidad de concentrar en su poder una sustancial proporción del ingreso y la riqueza. Es decir, así como en otra etapa y otras condiciones la burguesía y el capitalismo afirmaron la independencia nacional, la burguesía dependiente de América Latina, aun al volverse ella misma una burguesía monopolista como resultado de la cada vez mayor concentración y centralización del capital interno y de su subordinación al extranjero, será una clase cuya misión principal consistirá en agudizar la dependencia y el subdesarrollo, sin que tal proyección histórica se altere por los ocasionales conflictos y desacuerdos con el capital monopolista internacional.

Tras este bosquejo conviene que veamos más de cerca —y asociándolas a algunos aspectos fundamentales de la fase monopolista— las relaciones entre el imperialismo y el subdesarrollo:

1. El imperialismo contribuye a ampliar el mercado mundial y acelera —no determina— la integración de los países dependientes de América Latina a ese mercado, obligándolos a jugar un nuevo papel en el sistema. Hasta unas décadas antes —bastaría examinar las cifras del comercio exterior o de los movimientos internacionales de capital para comprobarlo— Latinoamérica conserva un grado relativamente mayor de independencia. Pero a partir del momento en que se expande la gran industria y el imperialismo se configura plenamente con base en el dominio de los monopolios, se produce una situación en la cual Latinoamérica empieza, definitivamente, a especializarse como proveedora de materias primas, alimentos, y, en segundo término, mercados y aun mano de obra barata (al principio esto es, sin embargo, menos importante) para los

países industriales. Debemos recordar que esta etapa se caracteriza por una gran aceleración del proceso industrial, pues a la segunda revolución industrial de Inglaterra y otros países que tomaron la delantera en el proceso capitalista, se agrega la rápida industrialización de Estados Unidos, Alemania y Japón, que demandan grandes cantidades de productos primarios, de alimentos y nuevos centros que puedan proveerlos en condiciones favorables. En la primera fase del imperialismo, Latinoamérica adquiere claramente el carácter de una economía tributaria: Chile se convierte esencialmente en productor de cobre, Bolivia de estaño, México y Perú de plata y otros minerales, Brasil y Colombia de café, y Argentina y Uruguay de carnes y cereales.

2. El imperialismo acelera de momento el desarrollo del capitalismo en los países dependientes, pero a más largo plazo lo estorba y no abre ya las perspectivas de cambio que fueron características del modelo clásico, o siquiera de lo que podría denominarse la versión neoclásica del desarrollo capitalista, es decir, las formas que el proceso adopta en los últimos países que logran un desarrollo independiente. En vez de remover ciertos obstáculos que antes pudo sortear con éxito, el capitalismo será a menudo en Latinoamérica la causa de insalvables dificultades, que habrán de entrelazarse con ciertas relaciones precapitalistas que el nuevo modo de producción no podrá liquidar fácilmente ni entonces ni más tarde. Pese a todo ello el modo de producción capitalista se extiende, crece con rapidez el mercado de trabajo, aumenta el número de trabajadores en el campo y las ciudades y se generaliza la explotación de mano de obra asalariada, a partir de la movilización creciente de una oferta que siempre rebasa la capacidad del sistema para absorberla, lo que, por cierto, vuelve especialmente penosas las condiciones de las grandes masas en esta etapa.

3. Un tercer rasgo del proceso que a nuestro juicio vale la pena subrayar, consiste en la ausencia de un centro dinámico propio y, en particular, de una industria realmente nacional. La construcción ferroviaria y el fomento portuario y de la navegación marítima, por ejemplo, impulsan el desarrollo, pero sobre todo aceleran la integración de la economía latinoamericana al mercado mundial y a las exigencias del naciente imperialismo;

el auge minero de fines del siglo XIX y principios del XX responde también, esencialmente, a las necesidades de la industrialización de los grandes países capitalistas; y así, sucesivamente. Y en cuanto a la industria, o sea el factor dinamizador por excelencia de todo proceso de desarrollo, Latinoamérica nunca dispondrá de una industria propia que le permita absorber sus recursos productivos a un nivel medianamente satisfactorio. En un principio la naciente industria tendrá que ceder ante la competencia de las manufacturas extranjeras; y entonces y después, dependerá de empresas que operan en el extranjero y que desde fuera proveen a nuestros países de los bienes que requiere el desarrollo dependiente, y aun en la etapa de la industrialización sustitutiva de importaciones, en que se avance en la producción interna de bienes de consumo y en la fabricación de ciertos bienes de producción, las cosas, en el fondo, no cambiarán, pues las industrias más dinámicas e importantes seguirán en el extranjero, y las que se establezcan en el país dependiente estarán también supeditadas al capital y aun a menudo bajo el control extranjero. Precisamente por ello, lejos de que la industria sea la nueva fuerza que acelere un desarrollo nacional independiente, será el factor agudizador del subdesarrollo y la dependencia, porque, opere fuera o dentro del territorio nacional del país sometido, será esencialmente una industria extranjera, un eslabón de una cadena ajena, una condición para aprovechar los recursos productivos internos, no como más convenga al país en cuyo territorio existan tales recursos, sino como sea mejor para los intereses de las potencias metropolitanas.

4. Todo lo anterior tenderá a traducirse —y este será un nuevo rasgo del subdesarrollo— en formas de explotación sumamente irracionales de los recursos, esto es, en sistemas de explotación que ni siquiera aseguren ya la discutible "racionalidad" capitalista de antaño. Recursos que hasta entonces permanecieron relativamente ociosos o no se utilizaron, empezarán a ser aprovechados a partir de esta nueva situación histórica. Se abrirán nuevas minas, se pondrán en cultivo campos antes no explotados, surgirá un nuevo sistema de transportes, pero la expansión de las fuerzas productivas no utilizará

adecuadamente los recursos disponibles —empezando con la abundante mano de obra— ni responderá a las más ingentes necesidades de cada país latinoamericano. Lo que ocurre en los transportes demuestra dramáticamente, por ejemplo, cómo las vías de comunicación no se contruyen para comunicar los centros estratégicos de los países de que se trata, los que con frecuencia siguen aislados por largo tiempo; lo que se busca es articular mejor y relacionar más estrechamente a las economías dependientes con el mercado mundial en expansión y con las potencias que empezarán a explotar, ahora directamente, los recursos de los países subdesarrollados.

5. Otra consecuencia fundamental que muestra hasta dónde el imperialismo entraña una ruptura histórica profunda que rompe la continuidad del proceso latinoamericano y desgarra su economía, consiste en que la iniciación de tal etapa significa la importación súbita del monopolio, o sea, de una forma de organización que alterará, inevitable y profundamente, los procesos de integración característicos de la economía dominada. Lo que aquí se da es una situación que expresa cómo el imperialismo irrumpe a los países dependientes no como fruto de un desarrollo interno, digamos natural, que hubiese generado por sí mismo la concentración del capital y el monopolio, sino de la inserción de las economías subordinadas, que apenas inician su desarrollo propiamente capitalista, a los nuevos imperios económicos en donde el régimen de libre concurrencia ha creado ya el monopolio. A partir de allí se configurará una compleja situación en la cual, en el marco del capitalismo del subdesarrollo se yuxtapongan y entrelacen desde formas arcaicas de producción hasta talleres artesanales, pequeñas manufacturas, empresas medianas y grandes monopolios extranjeros que operan con nuevos métodos de organización, técnicas más modernas y eficientes y una gran capacidad para influir directa e indirectamente en el proceso económico y, por tanto, en lo que bien podría llamarse la estrategia del subdesarrollo.

En realidad todo el sistema de decisiones económicas resentirá la creciente influencia del capital extranjero, y sin perjuicio de que el Estado deje sentir su autoridad al adoptar ciertas medidas o de que éstas dependan directamente de empresas

privadas nacionales, la burguesía extranjera y sobre todo la norteamericana, poco a poco irá afirmando su dominio hasta llegar a ser en ciertas áreas clave, más que la propia burguesía nacional, la que a través de las corporaciones multinacionales y mediante otros mecanismos, de hecho determine cómo estructurar la nueva economía y cómo vincularla al mercado exterior y, en consecuencia, la que en buena medida frustre el ejercicio de la soberanía nacional y vuelva imposible que cada país elija su camino y decida libremente cómo encauzar su desarrollo.

6. En fin, bajo el imperialismo cambia la importancia cuantitativa y aun el carácter y la naturaleza de los movimientos internacionales de capital, cambian también los aspectos tecnológicos del desarrollo y los países dependientes son sometidos a una nueva estructura financiera en la que, a diferencia de lo que acontecía en la época cuando las bolsas de valores eran el centro del mercado internacional de capitales, ahora se combinan estrechamente la inversión nacional y la extranjera, las colocaciones directas de capital y los créditos, los bancos privados y las instituciones financieras del estado, los bancos centrales y una compleja red de organismos financieros internacionales. En el fondo, lo que en todo ello está presente como el factor decisivo es la concentración y centralización del capital a niveles nacionales e internacionales sin precedente, que incluso desbordan a menudo los marcos y sobre todo las formas de expresión del capital monopolista, estudiadas por los clásicos del imperialismo, y que, por otra parte, contra lo que a menudo postulan los propagandistas de la inversión extranjera, en vez de significar una "ayuda" financiera que compense la supuesta y en cierto sentido real escasez de capital en los países subdesarrollados, agudiza la insuficiencia de recursos financieros y ahonda los desajustes de la balanza de pagos, pues generalmente entraña una succión de excedente de los países pobres hacia los ricos que confirma que, bajo el capitalismo, el papel real de éstos es explotar a aquéllos y no el ayudarlos a realizar su desarrollo.

* * *

Aunque sólo sea para integrar un esquema menos insuficiente, acaso tenga interés ver ahora el fenómeno en otra perspectiva y recordar lo que parecen ser las fases principales del subdesarrollo en la etapa imperialista y, por tanto, las relaciones imperialismo-subdesarrollo, en un contexto histórico más preciso. Antes, sin embargo, conviene aclarar que, visto el subcontinente en su conjunto, a menudo se observan diferencias de un país a otro tanto en los linderos como en las modalidades específicas de cada etapa. No obstante, si bien las fuerzas productivas tienden a crecer y en algunos casos lo hacen aun con cierta celeridad, en ninguno de ellos se rebasa el marco del subdesarrollo, el que incluso se acentúa y vuelve el rasgo dominante de la economía latinoamericana.

Una primera etapa podría situarse, probablemente, entre los años ochenta del siglo pasado y la iniciación de la primera guerra mundial. ¿Qué es lo más característico de ella? Probablemente los hechos siguientes: la comunicación, sobre todo ferroviaria y marítima de los principales países latinoamericanos con las naciones industriales de mayor importancia, el rápido desarrollo de la minería (cobre, plomo, zinc, plata, estaño, etc.), y la expansión y modernización de la agricultura de exportación y, en menor escala, también para el mercado interno; las migraciones de varios países europeos sobre todo hacia Argentina, Uruguay, Chile y Brasil y, aunque todavía en pequeña escala, de trabajadores mexicanos hacia el oeste norteamericano; la extensión de los servicios bancarios en América Latina, el incremento del comercio exterior y la creciente afluencia de capital extranjero —al principio sobre todo de Inglaterra— en un marco político en que predominan las dictaduras militares, a la sombra de las cuales entran en estrecho contacto los principales sectores de la burguesía latinoamericana y la burguesía extranjera.

Entre 1914 y los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial se recorre una segunda etapa, cuyos rasgos más significativos son quizá estos: el desarrollo a que antes nos hemos referido agudiza ciertos problemas económicos y sociales hasta el punto de crear situaciones realmente explosivas, como por ejemplo la Revolución Mexicana de 1910-1917. Las exigencias impuestas por la guerra y después por las necesida-

des de reconstrucción, a las grandes potencias, implican cierto inevitable aflojamiento en los lazos de dependencia que alienta la iniciación, aunque todavía en pequeña escala y sólo en unos cuantos países, de una política sustitutiva de importaciones y, sobre todo, de algunas reformas institucionales a menudo no desprovistas de un acento nacionalista, que alientan ciertos avances democráticos y se traducen en factores de impulso a un crecimiento que, más que promover un rápido desarrollo económico implica un reacomodo en el marco de la dependencia.

En los años veinte la situación se agrava en virtud de que al terminar la guerra, Estados Unidos emerge como el principal país acreedor y la primera potencia imperialista, lo que hace que a lo largo de todo el decenio, bajo una sucesión de gobiernos republicanos ultraconservadores, Norteamérica refuerce sus posiciones de control y trate de que los estados latinoamericanos ofrezcan las mayores facilidades al capital estadounidense. El estado se convierte así en un proveedor de servicios, es decir, de infraestructura barata a disposición del capital nacional y extranjero, empezando este último a desplazarse de los campos tradicionales (ferrocarriles y ciertas ramas de la agricultura y la minería) a otras más lucrativas y estratégicamente importantes como el petróleo, la electricidad, el comercio exterior y algunas actividades industriales. Con la crisis mundial de 1929 culmina lo que algunos suelen llamar el modelo de "crecimiento hacia afuera" en América Latina, que si bien llega a su fin en una década de cierta estabilidad y de exportaciones crecientes para algunos países, acentúa la dependencia y no sólo no asegura un desarrollo autosostenido sino que, como el colapso de 29 lo demostrará dramáticamente, agudiza al máximo la vulnerabilidad de la economía latinoamericana.

Los años treinta abren cierta posibilidad de rompimiento de la dependencia, en virtud de que la crisis y la depresión subsiguiente, el abandono del patrón oro, el drástico descenso del intercambio comercial y de los precios, y la paralización del mercado internacional de capitales desquician al capitalismo en su conjunto y debilitan, sin duda, a las potencias imperiales. En casi todas partes se habla de la necesidad de industrializarse, y bajo la presión de las masas populares y de algunos grupos radicalizados de la pequeña burguesía, se esbozan programas

nacionalistas de carácter democrático. Tal situación no es privativa de ningún país sino característica de un momento del proceso latinoamericano y de una coyuntura internacional en que la crisis de los viejos mecanismos reguladores obliga, aun a la propia burguesía, a buscar nuevos caminos. De ello deja constancia la revolución brasileña de 1930, la lucha contra la dictadura de Machado, en Cuba; el triunfo del Frente Popular en Chile, los movimientos de masas en Uruguay y Argentina, los avances del Aprismo en Perú y el cardenismo, en México, en donde, como se sabe, ha habido una revolución larga y violenta a principios del siglo, que en un sentido social adquiere su mayor *momentum* en la etapa cardenista, cuando al amparo de una política democrática y de clara proyección antimperialista se expropian y nacionalizan los grandes consorcios petroleros, se realiza una profunda reforma agraria, se impulsa el movimiento sindical y cooperativo y se amplía grandemente la intervención del Estado en la esfera económica. Y si bien en ciertos momentos parece empezar a configurarse una nueva estrategia del desarrollo que una alianza de fuerzas populares puede llevar adelante con éxito, aun las reformas que entonces se antojan más audaces son a la postre aprovechadas por la burguesía nacional y extranjera para consolidar su dominio y mantener a Latinoamérica en el atraso y la dependencia.

La Segunda Guerra Mundial abre también, sobre todo al desarrollo industrial latinoamericano, cierta perspectiva. La intensidad del conflicto reclama de los beligerantes el máximo esfuerzo, lo que les obliga incluso en cierto modo a abandonar de momento sus áreas de influencia económica y sus mercados tradicionales de importación y exportación. En unos cuantos años los principales países del subcontinente logran sensibles avances en la producción de buena parte de lo que antes compraban fuera, y al término del conflicto disponen incluso de una capacidad de importación que, de haberse empleado racionalmente, habría hecho posibles nuevas e importantes realizaciones en el proceso industrial. Pero la dependencia vuelve a cobrar su alto precio y el capitalismo del subdesarrollo exhibe, una vez más su incapacidad para librar a Latinoamérica del atraso. Al calor de la inflación, de la complacencia del gobierno hacia los ricos, de la especulación y los fáciles

negocios, de la congelación de salarios y la oposición incluso a las huelgas más justas, la burguesía interna se fortalece y proyecta un desarrollo anárquico, desigual, profundamente antidemocrático y que supone el subempleo crónico de prácticamente todos los recursos productivos. Y, cuando las grandes potencias están ya en condiciones de reconstruir lo que la guerra ha devastado y de rehacer su influencia en los países dependientes, encuentran una burguesía local ciertamente más próspera, y que, habiendo desaprovechado por enésima vez la posibilidad de abrir el cauce de un desarrollo independiente, está de nuevo lista para entenderse con el capital extranjero y asociarse a él en las condiciones más ventajosas, así sean a menudo, también, las más mezquinas.

Toda la década de los cincuenta es económica y políticamente difícil. Se inicia bajo el signo de la inflación y las devaluaciones monetarias; y aunque el breve auge de la guerra de Corea trae consigo cierta activación del proceso económico, a partir de 1953 los precios empiezan de nuevo a bajar, como ya lo habían hecho en 1948-1949; se aflojan las tasas de crecimiento económico, aumentan el desempleo y el subempleo, se agravan los problemas de la balanza de pagos y, en el marco impuesto por la guerra fría y la estrategia anticomunista de Estados Unidos, la burguesía latinoamericana se limita, en el interior, a apretar las clavijas frente al creciente descontento popular y, en el exterior, a mantener un torpe regateo y a fijar cierto precio en dinero a cambio de la solidaridad y el apoyo político que brinda al imperialismo.

El triunfo de la revolución cubana altera la situación, rompe el precario equilibrio político establecido y exhibe las verdaderas posiciones tanto de la burguesía latinoamericana como de la política estadounidense; y aunque desde el primer momento queda claro que el pueblo cubano, en ejercicio de su soberanía y con plena conciencia de sus intereses toma el camino revolucionario, la cantinela del anticomunismo y la falsa alarma de que la seguridad hemisférica está gravemente amenazada, no se hacen esperar. Pero como no bastan tales denuncias para hacer causa común contra la oveja *roja* del rebaño latinoamericano, a principios de 1961 se lanza de Washington la Alianza para el Progreso, o sea, la alternativa reformista con que la burgue-

sía de todo el continente responde al peligro revolucionario. La ALPRO consiste, en esencia, en el trazo de una estrategia que, a través de la combinación de ciertas reformas institucionales —agraria, administrativa, fiscal, educativa, etc.—, una política de integración económica regional, mayor financiamiento externo y cierta dosis de programación, o cuando más de planificación indicativa, impulse el desarrollo y a la vez contribuya a preservar y fortalecer el sistema social imperante.

La "década del desarrollo" como pomposamente se designa en los organismos internacionales oficiales a los años sesenta, tampoco libra a Latinoamérica del subdesarrollo. Si bien se inscriben innegables avances en el proceso industrializador, la aplicación del "modelo" de sustitución de importaciones crea un estado de cosas muy distinto al que los más optimistas preveían años atrás. Lo primero que salta a la vista es que la industrialización no consiste en que grandes empresas públicas y privadas, realmente latinoamericanas, produzcan en cada vez mayor escala lo que antes se importaba. Aunque esas empresas están presentes y juegan, en ciertos campos, un papel importante, las áreas más dinámicas: las industrias metalúrgicas y mecánicas, la petroquímica, sobre todo secundaria, la química pesada y ligera, la rama farmacéutica, la electrónica, la fabricación de máquinas-herramientas y con frecuencia aun industrias tradicionales como la textil y la alimenticia, quedan en gran medida y a veces totalmente en poder de grandes consorcios extranjeros, cuya apariencia multinacional y su asociación, a menudo meramente virtual, al capital local, no logra ocultar su verdadero origen, su naturaleza y sus propósitos.

El capital extranjero invade, además, el comercio y los servicios y se apodera, allí también, de muchas de las ramas más lucrativas. Pero acaso lo más grave consiste en que la industrialización así concebida no resuelve uno solo de los problemas fundamentales de América Latina. En efecto, subsisten la inflación y la especulación, aumentan el desempleo y el subempleo, persiste el déficit en las finanzas públicas, y, lo que no deja de ser un tanto paradójico, la sustitución de importaciones se traduce, en el marco de la dependencia y una profunda desigualdad, en la necesidad de más y más importaciones que

acaban por generar desequilibrios sin precedente en el reparto del ingreso y en la balanza de pagos latinoamericana.

Así es como se inicia lo que, según otro eufemismo, se conoce como la "segunda década del desarrollo". Ahora sin siquiera una Alianza para el Progreso sino tan sólo un segundo régimen de Nixon y la estrategia de las corporaciones multinacionales que hemos visto emplear recientemente a la International Petroleum en Perú y a la ITT (International Telegraph and Telephone) en Chile. El mensaje en turno es el de Rockefeller: en vez de reformas, así sean éstas inocuas, lo que parece sugerirse es desempolvar el viejo "big stick" y recurrir a lo de siempre: a la presión diplomática, a la maniobra financiera y al estira y afloja de los préstamos, que acaban por subordinar a quien los recibe así se trate de créditos no "atados"; a las provocaciones de la CIA y aun la intervención de las misiones militares, al fortalecimiento de los gorilatos y a los acuerdos con los coroneles y generales dispuestos a transar con el imperialismo.

En ese ambiente no es extraño que ciertos sectores de la burguesía latinoamericana se muestren preocupados, intenten revisar algunos aspectos de sus relaciones con el capital extranjero y aun protesten ante situaciones que consideran inaceptables. Y menos sorprendente, todavía, es que ciertos intelectuales y otros voceros de la pequeña burguesía, impulsados por una justa inconformidad y un sano aunque un tanto romántico nacionalismo, aspiren incluso a modificar sustancialmente el actual orden de cosas, pero sin afectar en lo fundamental el orden social que lo produce.

Podría decirse, en realidad, que en el escenario latinoamericano parecen enfrentarse dos posiciones que si bien se desdoblan en otras más, con ciertas diferencias entre sí, empiezan a exhibir dos concepciones opuestas y aun irreconciliables. Según una de esas corrientes, que aparte de contar con el apoyo de amplios sectores de la burguesía es respaldada por sectores intermedios y aun contingentes populares que apenas empiezan a cobrar conciencia de clase, la solución a los problemas del subdesarrollo deberá encontrarse bajo el capitalismo, pero bajo un capitalismo —nos dirían— autónomo, nacionalista, en que la burguesía de cada país sea el agente que libre a Latinoamérica del subdesarrollo y la explotación. Según tal posición,

que en sus versiones más "audaces" no niega la existencia del imperialismo, aunque en rigor lo concibe como un hecho externo con el que nada tienen que ver las burguesías nacionales, a este enemigo habrá que enfrentársele a través de ciertas reformas, intentos legalistas de reglamentación y excitativas para persuadirlo de que, en lugar de actuar como actúa, debiera hacerlo para servir los intereses de los pueblos a los que explota. Dentro de esta corriente reformista no dejan, sin embargo, de advertirse diferencias significativas, que principalmente proceden de las posiciones que a su vez mantienen las clases y estratos que ejercen mayor influencia en cada caso. Y, mientras la oligarquía y en general los sectores más poderosos de la burguesía no ocultan sus reservas y aun temores frente a ciertas reformas, las capas más modestas de la propia burguesía y, sobre todo, los grupos más inconformes de la pequeña burguesía incorporados al aparato del estado, a las empresas privadas y a los centros de enseñanza, reclaman cambios de mayor envergadura pero que deberán producirse, como antes hemos dicho, en el marco institucional establecido.

La otra corriente, en cambio, postula la necesidad de una transformación profunda, propiamente revolucionaria, como condición del desarrollo independiente de América Latina. Su posición consiste, esencialmente, en sostener que si los problemas y obstáculos que determinan y enmarcan el subdesarrollo son estructurales, las soluciones tendrán que ser también estructurales. Es decir, si la burguesía nacional y extranjera es en gran medida responsable del atraso y de la dependencia, no va a ser ella misma —jamás podría serlo—, no importa qué tan graves lleguen a ser las contradicciones que la afectan, la que se enfrente a ellas y pueda superarlas. Sólo las masas populares organizadas, a partir del momento en que conquisten el poder y, sobre todo, a partir del momento en que empiecen a construir el socialismo, serán capaces de resolver tales contradicciones, de romper la dependencia y de librarse en definitiva del subdesarrollo, y del capitalismo y el imperialismo que lo engendran. Tal es el camino —y en esta fase histórica, el único camino— de un desarrollo nacional independiente.

Quisiera, esta vez, centrar mi atención en torno a tres o cuatro puntos que han sido suscitados por algunos de las presentes, y que me parecen de especial interés.

El primero es éste: en el esfuerzo que en los últimos quince a veinte años se ha venido desplegando en América Latina para situar teóricamente y comprender mejor el fenómeno del subdesarrollo, ha sido muy importante entender aquéllo a que Marx se refería al responder a alguno de los críticos de *El Capital*, cuando expresaba que él nunca había pretendido que el capitalismo debiera desenvolverse, en todas partes, a la manera y en las condiciones en que lo había hecho en Inglaterra, o sea, el país que él había estudiado más de cerca y que le había servido de modelo. Acaso hemos tendido con frecuencia a olvidar esta cuestión fundamental, y nos hemos dejado ganar por la idea simplificadora y sugerente de apelar con ligereza a ciertas leyes y aun a supuestas leyes generales para explicar el desarrollo de nuestros países, sin reparar en las realidades concretas en cuyo estudio queremos avanzar e incluso sin tomar en cuenta que la forma de manifestación u operación de las leyes que sin duda rigen el proceso histórico, tiende a ser diferente en cada etapa y cada nuevo contexto social. Tiende a ser diferente en virtud de que la realidad es otra y porque es a partir del examen creador, sistemático y crítico de esa realidad —y no, naturalmente, del traslado dogmático de fórmulas hechas—, como puede aspirarse a convertir la práctica en teoría y a forjar una interpretación adecuada; como puede desarrollarse una ciencia social capaz de comprender lo que acontece en nuestros países y de contribuir, en verdad, a transformarlos. Por fortuna ésta es la dirección en que se avanza en Latinoamérica por quienes se sienten comprometidos con los intereses de las masas, y no con los de las clases privilegiadas que las explotan.

¿Quiere decir que estos intentos de explicación pretenden servir por igual en todos los países latinoamericanos? En cierta medida, sí. Hay hechos que pueden y debieron explicarse de manera general, aun cuando la forma específica en que se manifiestan de un país al siguiente varíe en razón del complejo de circunstancias particulares presentes en cada uno de ellos. Pero cuando se intenta comprender la situación latinoamerica-

na en su conjunto, si bien es lícito y hasta necesario partir de ciertos supuestos y aun hacer ciertas generalizaciones, a medida que se avanza en el conocimiento más preciso de los hechos van surgiendo diferencias que obligan a revisar las hipótesis iniciales y aun a abandonar generalizaciones que, a ese nivel, resultarían demasiado burdas y desorientadoras.

En otras palabras, la vertiente teórica de que hablamos no intenta ser una fórmula, un tipo de análisis de tal manera redondo y articulado en su juego de variables, como para pretender constituirse en el nuevo modelo explicativo de una realidad tan compleja y múltiple, que en rigor desborda cualquier modelo, por sofisticado que ésta sea.

Apenas se empieza a trabajar a partir de ciertos esquemas se empieza, también, a alejarse de la realidad. Y aun cuando el modelo no alcance un alto grado de formalización, inevitablemente excluye —como por ejemplo ha ocurrido con ciertas explicaciones de la CEPAL— a no pocas de las variables y, por consiguiente, de las relaciones y contradicciones esenciales para comprender y llegar a superar el subdesarrollo. Introducir estas variables en cualquier modelo teórico desbordaría, seguramente, la capacidad incluso de los expertos en la construcción de modelos. De ahí que no sean esos el espíritu, el carácter y la proyección de los prometedores avances teóricos que se van logrando en nuestros países.

Me parece que la introducción de la dependencia estructural en la explicación teórica del subdesarrollo latinoamericano, sobre todo si se definen rigurosamente su naturaleza y alcance y se la usa, no, desde luego, como una variable independiente que sustituya a aquéllas que sentimos la necesidad de descartar, sino como una categoría histórica que permita ahondar en el análisis de las relaciones de producción, de la dinámica interna del sistema, de los factores que condicionan la acumulación de capital, de la estructura social, la lucha de clases y en resumen las principales contradicciones internas e internacionales, puede ser decisiva para profundizar en el examen del proceso. O sea que no sólo se trata —como algunos parecen pensar— de aislar el fenómeno de la dependencia o de verlo como una variable externa, sino de entender que la historia moderna de nuestros países, y en particular la propiamente capitalista, a

diferencia de lo que en otros tiempos fue característico de las naciones más avanzadas del sistema, se desenvuelve en el marco de una dependencia que, en la fase imperialista, se vuelve realmente *estructural*. La dependencia es, desde luego, anterior al imperialismo e incluso está presente en toda la etapa colonial; sin embargo, es a partir del momento histórico cuando el capitalismo latinoamericano deviene en Latinoamérica el modo de producción dominante y se inserta en un mercado mundial, ahora sí fundamentalmente capitalista, cuando las formas de extracción, utilización, retención y aun dilapidación del excedente y, por tanto, el proceso todo de acumulación de capital, habrán de desenvolverse en un nuevo y distinto marco socioeconómico. Mas si bien a partir de entonces se activa el crecimiento de las fuerzas productivas: se modernizan la minería, la agricultura y los transportes; se producen cambios significativos en los sistemas de tenencia y explotación de la tierra; cobra cada vez mayor importancia el régimen de trabajo asalariado; se acentúa la concentración de la riqueza y se hace presente el monopolio, lejos de que el proceso resulte y a la vez influya en la conformación y robustecimiento de una nueva clase dominante capaz de abrir el cauce de un desarrollo nacional autónomo, desemboca en una situación histórica nueva, en un capitalismo deforme, carente de espina dorsal propia, en una economía desarticulada, inserta en un mercado mundial incontrolable y del que ella es ahora parte orgánica más o menos impotente, y desgarrada en su interior por la dependencia respecto al capital monopolista extranjero; en un sistema en el cual la burguesía que emerge como nueva fuerza en el poder, como clase dominante, es y será siempre, al propio tiempo, una clase dominada, que ni en las coyunturas más propicias podrá liberarse a sí misma, ni menos aún liberar al país del subdesarrollo.

En el marco de esa dependencia, ahora grandemente reforzada por la creciente extensión y la mayor y más estrecha articulación de una economía y un mercado mundial capitalistas, y por la capacidad concentradora y aglutinadora del monopolio, el proceso de acumulación tenderá a afirmar y reproducir tanto las relaciones capitalistas como las condiciones del subdesarrollo; y aunque los patrones de la dependencia y de la

división internacional del trabajo cambiarán, principalmente en razón del desarrollo y los intereses de las potencias metropolitanas y de la forma en que se planteen y resuelvan las contradicciones más graves a nivel mundial, en ningún momento podrá romperse con las bases mismas en que descansa la subordinación. Antes al contrario, el cada vez más desigual desarrollo del capitalismo en su conjunto hará que los países atrasados del llamado «tercer mundo» se vuelvan, crecientemente, economías tributarias.

La dependencia estructural remite pues, precisamente, a dos cuestiones esenciales: el tipo de estructura socioeconómica interna que se configura en los países capitalistas latinoamericanos en el marco de la dominación imperialista, y el tipo de relaciones económicas y políticas internacionales que forman parte integrante de esa estructura. Con la ventaja —me atrevería a decir— de que supera con mucho el análisis relativamente simplista del esquema centro periferia y de otras explicaciones análogas, como aquélla que, en forma casi exclusiva, tiende a centrar la atención en el carácter de los mecanismos de entrelazamiento o articulación de las economías atrasadas al mercado mundial, en vez de reparar en las contradicciones principales del proceso de acumulación y desarrollo en el seno de dichas economías.

Aparte del inconveniente que Armando Córdova imputa, con razón, al «modelo» centro-periferia, de que no permite apreciar en conjunto el funcionamiento del sistema sino que más bien lo ve desde dos polos diferentes y opuestos, yo añadiría que tal esquema adolece del defecto y aun invita a cierto mecanismo, que hace que la periferia aparezca como entidad pasiva y aun meramente refleja del centro, y no permite ahondar en el estudio de la dialéctica del proceso, o sea de los cambios en la estructura interna y en la medida en que tales cambios condicionan y a la vez son condicionados por el desarrollo del sistema en su conjunto y por la estructura de las relaciones económicas internacionales.

Ahora bien, con frecuencia y se acepta y aun reitera que la dependencia es *estructural*, aunque se advierte a la vez que el alcance que se atribuye a tal concepto es ambiguo y que extrañamente se le divorcia de las relaciones sociales de producción,

o sea de la estructura económica misma. Al respecto suele ocurrir algo similar a lo que acontece cuando se habla de la necesidad de reformas «estructurales» que, en la práctica, resultan desde las que realmente son de tal naturaleza y que, por tanto, afectan las bases del sistema, hasta los más modestos parches y remiendos que la propia burguesía suele recomendar para que las cosas sigan como están y el sistema funcione mejor. En rigor, en el análisis burgués de la dependencia ésta siempre se ubica en planos institucionales o superestructurales y la clase dominante no sólo no resulta uno de los principales factores responsables del subdesarrollo, sino que su presencia, sus intereses y su política devienen, sospechosamente, incluso las condiciones para superarlo.

La dependencia, conviene subrayarlo, no siempre ha sido estructural. Adquiere tal carácter en un momento histórico determinado: en el caso de México y otros países latinoamericanos, cuando sus economías llegan a ser propiamente capitalistas, hecho que se produce hacia los mismos años en que, en los países más avanzados del sistema, el capitalismo deja atrás la fase premonopolista y empieza a recorrer la etapa imperialista. Cuando ocurren tales hechos, no antes ni después, la dependencia se vuelve un aspecto fundamental, orgánico, una manera de ser de gran parte del sistema y, por tanto, un obstáculo irrebasable al desarrollo nacional autónomo dentro del marco del capitalismo y el imperialismo. Pero de esto ya he hablado en mi primera intervención y no debiera extenderme aquí.

Quisiera excusarme por no haber hecho una referencia más concreta a ciertas contradicciones —aunque empezaba a señalar algunas—, pues es indudable que éste debiera ser el centro de nuestro análisis.

En mi opinión, uno de los aspectos en que se ha enriquecido el examen del subdesarrollo latinoamericano consiste, precisamente, por una parte en convenir en que la dependencia no puede usarse como «ábrete sésamo», como categoría única y absoluta, o como una variable que por sí sola explique el atraso de nuestros países, y por la otra en comprender que si hacemos caso omiso de ella o la manejamos al nivel en que la economía convencional suele utilizar incluso las categorías

históricas fundamentales para el análisis económico, tampoco entenderemos el subdesarrollo.

Empieza a ahondarse en el estudio de las contradicciones fundamentales y en la importancia de comprender el carácter de los hechos que contribuyen a agudizarlas, tanto para situar adecuadamente la fase actual del subdesarrollo, como, acaso sobre todo, para poder actuar sobre esas contradicciones en el marco de una estrategia realmente revolucionaria.

¿Qué tipo de contradicciones resultan y a la vez condicionan el proceso? Yo diría que si bien no hay un patrón general sino más bien una amplia gama de situaciones que en un examen riguroso del subdesarrollo sería indispensable considerar, algunas de las más importantes son las siguientes:

— Crece rápidamente la población debido, entre otras causas, a que a los niveles técnicos, económicos y culturales prevalecientes resulta mucho más fácil reducir la tasa de mortalidad que la de natalidad y a que la explosión demográfica permite crear y mantener una sobreoferta de mano de obra barata, que sin duda estimula el desarrollo capitalista.

— Aumenta la población trabajadora y en particular el número de obreros urbanos y rurales con grados diversos de calificación, y se extiende la base social para el desarrollo capitalista de la economía, esto es, el mercado de trabajo y, por consiguiente, el mercado interior.

— El crecimiento de éste no se produce, desde luego, linealmente, sino más bien de manera antagónica y como un proceso que, al igual que la reproducción misma, se desenvuelve en forma cíclica. El factor que más influye en su desarrollo es la extensión del régimen de trabajo asalariado, que por una parte convierte cada vez en mayor medida la fuerza de trabajo en mercancía y el precio de la misma en una creciente demanda monetaria de bienes y servicios, y por la otra, la explotación de un proletariado en rápido aumento estimula la expansión y la concentración de la riqueza y el ingreso en poder de una burguesía y sobre todo de una oligarquía, que en una pequeña proporción capitaliza el excedente y en una mucho mayor lo destina a gastos improductivos y aun lo dilapida en forma

escandalosa. La explotación más extensa y a la vez más intensiva del trabajo asalariado, en un régimen en que la abundancia de mano de obra estimula el mantenimiento de altos volúmenes de desempleo y bajos niveles de salarios, se traduce en tasas de plusvalía muy elevadas en casi todos los sectores de la economía, y sobre todo en los más modernizados, en que la influencia del capital monopolista suele ser más grande.

— No obstante la ampliación cuantitativa de la fuerza de trabajo, su elevación cualitativa y la presencia de tasas de explotación que se traducen en la formación de un excedente que sin duda sería capaz de permitir un proceso de acumulación distinto y mucho más acelerado que el actual, las tasas de inversión prevalecientes son bajas y nunca son capaces, ni siquiera en las fases de auge, de absorber en condiciones medianamente satisfactorias al menos los recursos escasos con que cuenta cada país. En efecto: se desperdicia capital, técnica, capacidad de organización y recursos naturales y aun financieros, y de manera particularmente grave se desaprovecha energía humana, mano de obra calificada y brazos desnudos que, pese a su baja productividad, podrían ser creadores de una riqueza mucho mayor. Ni siquiera al amparo del reciente desarrollo industrial ha sido posible aumentar en forma significativa la proporción tradicional de los trabajadores industriales y reducir las filas enormes de desocupados y subocupados a los que el sistema no puede, definitivamente, absorber, y menos todavía a los niveles de inversión y con las variantes y combinaciones técnicas en vigor.

— Podríamos decir que es así como se abre la diferencia entre el excedente potencial que el desarrollo de estas economías —aumento de la ocupación y mayor productividad por hombre ocupado— hace posible, y el excedente real, o sea, la parte de aquél que se destina a la formación de capital. La inversión no sólo es de un nivel insuficiente: su proyección es, además, inadecuada y una parte sustancial de la misma, seguramente mucho mayor de lo que se cree, es improductiva, lo que por cierto no es accidental sino reflejo de una estructura económica anárquica, deforme y, en más de un sentido, parasitaria.

— La hipertrofia del sector terciario, o sea, el crecimiento desmedido y oneroso del comercio y los servicios, el peso que tales actividades ejercen sobre el resto de la economía, la baja productividad de la inversión pública y privada en múltiples campos; todo ello, a su vez, contribuye a acentuar las deformaciones del proceso económico. Y lo que es sin duda sintomático: ni siquiera la modesta inversión característica del subdesarrollo se financia cabalmente con recursos internos retenidos por la burguesía doméstica. Parte de esa inversión descansa en recursos externos y la propiamente interna depende, en buena medida, del apoyo del Estado y la absorción de ahorros de estratos intermedios, propiamente pequeñoburgueses y aun de sectores proletarios.

La empresa privada nacional y extranjera absorbe usualmente entre el 60% y el 75% de esa inversión, teniendo el Estado que complementarla principalmente con costosas obras de infraestructura —de alta relación capital-producto— y que, independientemente de su mayor o menor utilidad social, son un vehículo importantísimo de estímulo a la empresa privada.

Dos factores fundamentales impiden que la modesta formación de capital se financie, en mayor medida, a partir de ahorros internos:

1. Una parte considerable del excedente se va siempre al extranjero, bien como pago directo del tributo que la dependencia obliga a cubrir, o bien como fuga constante de recursos que la propia burguesía doméstica provoca, y

2. Otra parte sustancial del potencial de ahorro se desperdicia interiormente por la burguesía nacional y extranjera, y aun por buena parte de los sectores intermedios urbanos, debido a los irracionales patrones de consumo propios de un país subdesarrollado.

El desperdicio, y en general los obstáculos propiamente estructurales que impiden aprovechar mejor y hacer crecer más de prisa el excedente, agudizan la dependencia respecto al financiamiento del exterior. Pero como éste entraña a la postre una creciente succión de recursos del país pobre y atrasado hacia el rico, lejos de que la mayor influencia de inversiones y

créditos extranjeros resuelva el problema de la falta de capital, lo agrava aún más y se traduce habitualmente en un crecimiento en espiral de la deuda pública, un mayor déficit en las finanzas estatales, menor capacidad de exportación, importaciones cada vez más cuantiosas y profundos desajustes en la balanza de pagos.

Los desequilibrios anteriores no sólo se agravan a consecuencia de la profunda distorsión de la demanda que resulta de la cada vez mayor concentración de la riqueza y el ingreso, sino debido al peso creciente que, en el proceso económico, ejercen el Estado y los monopolios en la presente etapa de desarrollo del capitalismo monopolista. En efecto, si bien el gobierno y las empresas públicas se interesan fundamentalmente en contribuir a mitigar o suavizar ciertas contradicciones, al intervenir cada vez más directamente en el proceso de acumulación, pero sin tratar de sustituir al capital privado sino de complementarlo, robustecerlo y rodearlo de facilidades, influyen en la agudización de ciertas contradicciones que habitualmente inciden sobre la eficiencia del gasto público y sobre el nivel de precios, y se traducen en fuertes y aun crónicas presiones inflacionarias, que a su vez agudizan la dependencia y realimentan las fuentes de tensión e inestabilidad.

— Las contradicciones de que hablamos determinan, en el plano social, un agravamiento de las contradicciones de clase. La contradicción burguesía-proletariado, que sin duda va acentuándose y afirmando —como en toda economía capitalista— su carácter de contradicción principal, se da sin embargo junto a otras, en una economía cada vez más diversificada y compleja, y se desdobla en dos vertientes: proletariado-burguesía doméstica, por una parte —que incluye relaciones con el capital privado y público, a su vez estrechamente ligados entre sí—, y proletariado-burguesía extranjera, cuya participación directa en el proceso productivo es cada vez mayor y que a su vez, mantiene íntimas relaciones con el capital del país dependiente.

Alrededor de esa contradicción principal e incluso expresándose en ciertos momentos aun con mayor fuerza se advierten otras: entre la burguesía y la pequeña burguesía, entre el Estado

y la empresa privada, entre los capitalistas nacionales y extranjeros, entre las empresas privadas grandes y las pequeñas y medianas, entre el capital monopolista y el no monopolista, entre ciertos monopolios tradicionales y los nuevos conglomerados multinacionales, entre el campo y la ciudad, entre los trabajadores ocupados y aquéllos que carecen de empleo, entre los obreros organizados sindicalmente y los no organizados, entre los campesinos con tierras y sin ellas, etc.

Frente a ese complejo de contradicciones de no fácil y aun imposible solución no es extraño que, en el marco de un capitalismo de estado que naturalmente no puede ni, por lo demás, intenta rebasar los límites del sistema, la estrategia burguesa del desarrollo se forje bajo la presión de factores coyunturales y aun verdaderas situaciones de emergencia, y que temiendo el Estado llevar la explotación de los obreros a niveles políticamente peligrosos y no pudiendo —dado el peso decisivo de la clase dominante en la estructura del poder— enfrentarse a la oligarquía nacional y extranjera, los crecientes desequilibrios en que se expresa el subdesarrollo traten a menudo de corregirse imponiendo a los trabajadores más débiles y vulnerables así como a vastos sectores de la pequeña burguesía, el peso de cada reajuste, y recurriendo a formas de regimentación económica y de represión política que, de hecho, liquidan históricamente la posibilidad de un desarrollo capitalista medianamente democrático.

HETEROGENEIDAD ESTRUCTURAL, CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO

El concepto de heterogeneidad estructural ha sido empleado en Latinoamérica por diversos autores, aunque con un alcance y desde una perspectiva diferentes a los antes considerados. La CEPAL, por ejemplo, lo utiliza en varios estudios, haciéndolo también Aníbal Pinto, quien al plantear la cuestión "... a la luz de la experiencia de las economías centrales ...", considera que

> "... parece evidente la tendencia a largo plazo hacia la «homogeneización» de los sistemas, que se produce prácticamente en todos los planos...". El autor recuerda que si bien hasta hace poco tiempo, a partir de esa experiencia, se pensó que "... el nuevo «polo» establecido alrededor de la industria y proyectado «hacia adentro» iba a cumplir una función homogeneizadora...", la verdad es que más que un progreso en tal dirección, en "... la estructura global, se perfila un ahondamiento de la heterogeneidad de la misma..."[1]

Pinto hace consistir esencialmente el problema en fuertes desniveles de productividad, lo que en su versión original más socorrida se expresa en el «enclave», y que en la actualidad toma cuerpo en un modelo multisectorial —en el que destacan el sector moderno y el primitivo— cuyas condiciones contrastan en forma dramática y en el que es fácil apreciar la importan-

[1] A. Pinto. "Heterogeneidad Estructural y Modelo de Desarrollo Reciente en América Latina", en *Inflación, raíces estructurales*, México, 1973, pp. 108 y 109.

cia que este último sigue teniendo en la generación del producto y, sobre todo, como fuente de ocupación. Como puede observarse, el análisis de referencia, aparte de no advertir las fuerzas determinantes de la creciente desigualdad o heterogeneidad, deriva en cierto modo en una postura dualista en cuanto no postula la existencia de un modo de producción dominante, alrededor del cual giren la economía y la sociedad latinoamericana.

Los autores de que nos ocupamos, en cambio, rechazan expresamente la explicación dualista del subdesarrollo y reconocen sin reservas, que el capitalismo es el régimen de producción dominante. Su examen, sin embargo, suscita también ciertas dudas e invita a la reflexión.

Córdova, por ejemplo, después de admitir que, de hecho, todas las sociedades tienen algo de heterogéneo, parece considerar que una primera variante consiste en que lo

> "diferente al modo de producción dominante" sea marginal y secundario...", o bien tenga "un peso y una capacidad de permanencia importantes". (p. 67).

De aquí podría deducirse que los tres elementos diferenciadores serían el alcance cuantitativo del fenómeno, su grado de importancia y su duración. O en otras palabras, si lo «distinto» es pequeño, secundario y de corta duración en el tiempo sería propio de una sociedad fundamentalmente homogénea, en tanto que, en caso contrario, sería característico de una situación de heterogeneidad estructural.

Ahora bien, ¿cuál sería un peso «importante» y cuál uno «marginal» o «secundario»? ¿Qué proporción de la fuerza de trabajo, del producto nacional, de la industria o el comercio interior o exterior debiera absorber el «sector arcaico», para configurar un caso claro y bien definido de una heterogeneidad característica del subdesarrollo? ¿En dónde trazar, en cada situación particular, la línea divisoria? y todavía más: ¿Cómo medir el grado de permanencia del fenómeno cuando, en rigor, se trata de un hecho histórico complejo en continuo proceso de cambio? ¿A partir de qué dimensión cuantitativa y, de ser así,

por qué habríamos de darle a tal hecho un rango cualitativo diferente? En fin: ¿Cómo ubicar en el contexto del subdesarrollo a países capitalistas atrasados que parecen tener mayor grado de «homogeneidad» que otros, y cómo, a la vez, situar a aquéllos que, no siendo subdesarrollados, mostraron en ciertas etapas y aún hoy exhiben rasgos que podrían considerarse propios de una «heterogeneidad estructural»? ¿No incurriríamos en un grave error al identificar como países desarrollados a algunos que no lo son, tan sólo por parecer menos heterogéneos, o al tomar como rasgos típicos del subdesarrollo formas de heterogeneidad que estuvieron y aún están presentes en países capitalistas que incluso nunca fueron subdesarrollados?

Porque una cosa es indudable: los modos de producción «puros» nunca han ni podrían haber existido; son abstracciones, abstracciones fundamentales para el análisis teórico del desarrollo de la sociedad y de las que no puede prescindir la ciencia social, pero que si bien captan elementos esenciales de la realidad, no son ni pretenden ser expresiones directas y exactas que mecánicamente reflejen situaciones históricas específicas. Por ello me parece que estaríamos de acuerdo en que una formación socioeconómica determinada no supone un modo de producción único y, por ende, un tipo exclusivo de relaciones sociales de producción o un nivel uniforme de desarrollo de las fuerzas productivas; pero tampoco supone la presencia simultánea de dos o más modos de producción entre los que, a la manera propuesta por los dualistas, ninguno prevalezca sobre los demás. En cada formación concreta hay un modo de producción *dominante* y, subordinados directa o indirectamente a él, formas o residuos de sistemas de producción históricamente anteriores que, por múltiples razones, no han sido totalmente destruidos o, cuando son nuevos, aún no han logrado imponerse al sistema imperante. Cuando, en tal virtud, hablamos de que la agricultura o en general la economía de los países latinoamericanos es capitalista, lo hacemos porque en ambas se ha impuesto definitiva e irreversiblemente el modo capitalista de producción, lo que no significa que ello no sea el fruto de un largo proceso histórico ni que las relaciones capitalistas sean

las únicas presentes en el campo o, en general en la sociedad latinoamericana.[2]

Es decir, si aceptamos que un nuevo sistema de producción se gesta siempre en las entrañas y a consecuencia de la agudización de las contradicciones de un viejo orden social, tendremos, lógicamente, que aceptar también que, sobre todo en etapas iniciales del desarrollo de aquél —y a menudo aún en fases avanzadas— el fenómeno de la heterogeneidad está presente como algo inevitable. Y, ¿cuáles son su naturaleza y alcance? Córdova nos da una pauta al hablarnos de dos tipos de heterogeneidad, el primero de los cuales, como ya vimos, es aquél en que la heterogeneidad "... se resuelve (bajo la acción de leyes objetivas) dentro del modelo endógeno de desarrollo".

Detengámonos aquí un momento. Quizás tendemos a menudo a pensar, y a veces incluso a dar por supuesto y aun a tratar de aplicar mecánicamente, la idea de que el capitalismo no sólo se interesa en destruir sino que de hecho liquida con rapidez las relaciones precapitalistas, pues éstas entrañan un obstáculo que es preciso remover. Tal inclinación es comprensible toda vez que, en efecto, en algunos países y en ciertas etapas ello fue así, especialmente en la variante histórica que solemos considerar como clásica. Aun en ésta, empero, con frecuencia no reparamos en que la disolución de las viejas relaciones de producción fue un proceso histórico lento y accidentado, especialmente en la agricultura.[3]

En efecto, en plena revolución industrial y ya bien entrada la segunda mitad del siglo XVIII, cuando el capitalismo llevaba

[2] Al respecto cabría aquí la aclaración que hace Marx al iniciar su estudio de la renta del suelo: "No vale, pues, objetar por lo que a nuestra investigación se refiere, que han existido y existen todavía hoy, además de ésta (la capitalista), otras formas de propiedad territorial y de agricultura. Esta objeción puede dirigirse a los economistas que consideran la producción capitalista en la agricultura y la forma de propiedad territorial que a ella corresponde, no como categorías históricas sino como categorías eternas, pero no a nosotros". C. Marx, *El capital*, México, 1947, tomo 3, Vol. II, pp. 725-726.

[3] Marx recuerda que "El régimen capitalista de producción sólo se hace extensivo en la agricultura de un modo lento y desigual, como puede verse en Inglaterra, que es el país clásico del régimen capitalista de producción en la agricultura...". *Ibid.*

nada menos que un siglo de haberse impuesto en Inglaterra, seguían presentes no pocos rasgos precapitalistas. Aun a principios del XIX, o sea más de medio siglo después de una industrialización sin precedentes, Engels señalaba que

> "... el modo capitalista de producción, y con él el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, se habían desarrollado todavía muy poco".[4]

Aún en 1867, cuando el capitalismo alemán y en general el del occidente europeo había logrado avances indiscutibles, Marx escribía:

> ... Nuestro país, como el resto del occidente de la Europa continental, no sólo adolece de los vicios que entraña el desarrollo de la producción capitalista, sino también de los males que supone su falta de desarrollo. Junto a las miserias modernas nos agobia toda una serie de miserias heredadas, fruto de la supervivencia de tipos de producción antiquísimos y ya caducos, con todo su séquito de relaciones políticas y sociales *anacrónicas*...[5]

Todavía en 1870, la población rural de Alemania representaba el 64% del total; en Estados Unidos era del 74% y, en Rusia, incluso en 1897, ascendía nada menos que al 97%.[6]

Pues bien, cuando a partir de un penetrante y riguroso examen de los hechos, Lenin postula la tesis de que a fines del siglo XIX se había impuesto en Rusia el capitalismo, naturalmente no ignora que quedan aún relaciones precapitalistas que incluso no sería fácil destruir. Es tan consciente de ello que, en un pasaje, escribe:

> Las formas de trabajo asalariado son diversas en el más alto grado en la sociedad capitalista, envuelta por todos lados por los restos y las instituciones del régimen precapitalista. Sería un

[4] Marx y Engels, *Obras Escogidas*, tomo 2, p. 111.

[5] Prólogo a la primera edición alemana de *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 7.

[6] Véase: Autores varios, *The Scientific and Technologycal Revolution: Social Effects and Propects*, Moscú, 1972, p. 183.

> error profundo pasar por alto esta diversidad; sin embargo, en este error caen quienes razonan... que el capitalismo «se ha encerrado en un rincón de un millón o un millón y medio de obreros y no sale de él». En lugar del capitalismo, aquí se presenta sólo la gran industria maquinizada... que arbitraria y artificialmente se delimita aquí a este millón y medio de obreros en un «rincón» especial, que supuestamente no está ligado por nada a los demás dominios del trabajo asalariado.[7]

Después de la revolución de octubre el propio autor reconoce que, hasta 1917, quedan en Rusia

> "vestigios de la servidumbre medieval" como "la monarquía, los estamentos, la propiedad terrateniente y el usufructo de la tierra, la situación de la mujer, la religión y la operación de las nacionalidades".[8]

Y, en 1918, al aclarar el alcance de la transición y referirse al carácter de la estructura socioeconómica entonces imperante, afirma que

> "... existen elementos, partículas, pedacitos *tanto* de capitalismo *como* de socialismo...".

Según él

> "los elementos de los distintos tipos de economía social" presentes en aquel momento son:
>
> 1. Economía campesina, patriarcal, es decir, natural en grado considerable;
> 2. Pequeña producción mercantil (en ella figura la mayoría de los campesinos que venden cereales);
> 3. Capitalismo privado;
> 4. Capitalismo de estado;
> 5. Socialismo.[9]

[7] V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, México, 1971, p. 576.
[8] V. I. Lenin "Ante el cuarto aniversario de la revolución de octubre", *Obras completas*, tomo 25, p. 486.
[9] *Ibid.*, *Obras escogidas*, Moscú, 1960, tomo 2, p. 752.

El entrelazamiento de diversos sistemas de producción no es privativo de Rusia. En otros países europeos, aun después de que el capitalismo se ha consolidado, siguen presentes ciertas relaciones precapitalistas así como múltiples expresiones de ellas en planos propiamente estructurales. Tal es el caso de España y Portugal, de Polonia, Hungría, Yugoslavia, Grecia, Italia y aun de los países escandinavos, en los que siguen en pie ciertas formas de economía mercantil no totalmente destruidas por el capitalismo.

¿Hasta dónde, en tal virtud, podríamos considerar la heterogeneidad estructural como un rasgo fundamental o incluso como una de las causas principales del subdesarrollo? ¿No será más bien que, estando sin duda presente tal heterogeneidad, más que un atributo específico del subdesarrollo sea uno de los rasgos característicos de toda formación social, especialmente en ciertas etapas de su desenvolvimiento? En un interesante y reciente estudio, Kim Il Sung hace notar que, aun en la fase de desarrollo del socialismo que se recorre en Corea, la economía campesina y el mercado rural siguen exhibiendo rasgos incluso precapitalistas, que ni se puede por ahora superar ni se debiera pensar en destruir artificialmente mediante el uso de la fuerza o por decreto.

> "En primer lugar —señala— sólo desaparecerán cuando el país se industrialice, cuando la tecnología logre un alto nivel y cuando haya abundancia de los bienes de consumo que el pueblo necesita... En segundo lugar... cuando la propiedad cooperativa se convierta en propiedad de todo el pueblo..."[10]

Y ¿no ocurrirá algo análogo, por ejemplo, en China y Japón, pese al hecho de que estos dos países recorren fases de desarrollo diferentes y de que en ellos predominan modos de producción no sólo distintos sino antagónicos?

Pero volvamos al problema de cómo determinar el alcance de la heterogeneidad, específicamente en la economía del subdesarrollo, pues de no ser así nos resultará muy difícil y aun imposible explicar teóricamente tal cuestión. En un estudio

[10] Kim Il Sung, *Selected Works*, Pionyang, Korea, Vol. V, pp. 316 y 318.

anterior a los ensayos que comentamos, Córdova y Silva Michelena se preguntan: "¿Existe un determinado modelo de estructura económica que pueda considerarse como representativo del conjunto de países atrasados contemporáneos?" A lo que responden que sí "... existe un suficiente conjunto de similaridades y coincidencias estructurales en los países atrasados como para dar al modelo un grado adecuado de representatividad". ¿Cuáles son los rasgos fundamentales de ese «modelo»? El ser estructuras complejas en las que coexisten diversos sistemas, el que en ellas los sistemas precapitalistas "tienen un peso relativo importante..., al menos desde el punto de vista de la población", y en que el capitalismo opera a través de tres sectores: el productor y exportador de productos primarios, principalmente controlado por el capital extranjero; el "sector capitalista nacional que trata de participar en el mercado interno ampliado..." y "un sector capitalista de Estado que puede encontrarse en casi todos los países atrasados".[11]

Si bien a partir de este esquema podría pensarse que son muy diversos los sistemas —los modos de producción— que se entrelazan en las economías subdesarrolladas, al reparar más de cerca en el mismo se advierte que, en rigor se trata esencialmente de un sistema capitalista en el que, como es natural, se observan grados diferentes de desarrollo, y frente al cual quedan en pie relaciones de producción precapitalistas que "tienen un peso relativamente importante". Creo que nuestros autores estarían de acuerdo en que la presencia de diversas formas y grados de desarrollo capitalista no implica, en un sentido estricto, una situación de «heterogeneidad estructural», pues aun admitiendo que la propiedad de los medios de producción adopta ciertas variantes como las señaladas, ello no altera el carácter capitalista de las relaciones de producción subyacentes ni, en la expresión usada por Córdova, se trata de formas de propiedad que correspondan a varios de esos modelos teóricos considerados «puros», ya que el capital privado nacional y extranjero y el capital público no son *sistemas* cualitativamente distintos y menos aún modos de producción «puros», sino

[11] *Aspectos teóricos del subdesarrollo*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1967, pp. 104-105.

formas concretas que asume el capitalismo, especialmente en los países atrasados, en donde por no haber surgido una burguesía nacional independiente capaz de usar con éxito la empresa privada como el principal agente del proceso económico, se depende tanto del capital extranjero como, en mucho mayor medida que la que se dio en el modelo clásico, de la intervención estatal.

Podría aducirse que el propio Lenin, al examinar la estructura socioeconómica rusa poco después de la revolución, distingue, como hemos visto, el capitalismo privado del capitalismo de estado, junto a residuos de formas de producción anteriores. Pero el propósito con que él lo hace es más bien destacar la complejidad de una fase histórica de transición, y el capitalismo, y en particular el capitalismo de estado de que él habla, es también muy diferente.[12]

Lo anterior no significa que distinguir las diversas formas en que se exprese el capitalismo dominante o conocer con precisión las etapas que el proceso recorra en su desarrollo no sea útil e incluso, en un momento dado, indispensable. Todo lo contrario. Como bien dice Córdova, la realidad latinoamericana

> "... hace inoperante la aplicación de teorías concebidas para explicar el comportamiento de las sociedades capitalistas en abstracto. De allí la necesidad... de avocarse a la construcción de una teoría capaz de explicar el comportamiento, dentro de un sistema de dominación, de sociedades que son, al mismo

[12] En los días de la NEP, cuando incluso algunos bolcheviques temían que la política económica puesta en marcha para consolidar el poder soviético pudiera traer consigo la restauración del capitalismo, Lenin declaraba "... hasta cierto punto, estamos creando de nuevo capitalismo. Y lo estamos haciendo abiertamente. Es capitalismo de Estado. Pero capitalismo de Estado en una sociedad en la que el poder pertenece al capital, y capitalismo de Estado en un Estado proletario, son dos conceptos diferentes. En un Estado capitalista, capitalismo de Estado significa que es reconocido y controlado por el Estado en beneficio de la burguesía y en contra del proletariado. En el Estado proletario, por el contrario, se hace eso mismo en beneficio de la clase obrera, con el propósito de que pueda mantenerse frente a la burguesía aún poderosa y a luchar contra él...". "Informe al III Congreso de la Internacional Comunista", *Obras completas*, tomo 35, p. 393.

> tiempo, heterogéneas y dependientes". "El problema es, sin lugar a dudas —añade— muy diferente, y mucho más exigente que el que presenta el estudio de las sociedades organizadas en base a un modo de producción único y homogéneo, como el feudalismo o el capitalismo". (p. 70).

Aquí, no obstante, cabría preguntar: ¿A qué se refiere Córdova al aludir a "teorías concebidas para explicar el capitalismo en abstracto", posibilidad que Marx rechaza expresamente y sin reservas y que, en todo caso sólo aparece en las críticas insidiosas que suelen hacerse al autor de *El Capital* o en las esquematizaciones más burdas propias de un marxismo acartonado y «vulgar»? ¿Cuáles son los estudios que suponen sociedades basadas en modos de producción únicos y homogéneos, que mecánicamente pretendan aplicarse a realidades históricas diferentes de aquéllas que los inspiraron?

Para comprender el origen de la heterogeneidad, a la vez que las causas del desarrollo y el subdesarrollo, se requiere ubicar el problema en el marco de una formación social concreta; pues, el proceso histórico consiste, en esencia, en el desarrollo y el desplazamiento dialéctico, casi siempre revolucionario, de una formación determinada a otra superior. El concepto de formación social es totalizador, como dice Lenin, sintético.[13]

Gracias a él, es posible conocer el modo de producción dominante y las formas peculiares como, en su caso, se entrelazan con los residuos de modos de producción previos que le están subordinados. Mas a fin de que una categoría científica como la de *formación social* sirva para ubicar y, por tanto, para explicar adecuadamente lo anterior, se requiere que se trate de un fenómeno específico, concreto, bien definido y dotado de un contenido propio, es decir, que no sea un concepto abstracto,

[13] Ver: V. I. Lenin, *¿Quiénes son los «amigos del pueblo» y por qué luchan contra los socialdemócratas?*, Moscú, 1947, p. 17. "... el análisis de las relaciones sociales materiales permitió ... observar la repetición y la regularidad y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de *formación social*. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico...". *Ibid.*, p. 17.

intemporal e inespacial, sino la expresión de un fenómeno histórico en continuo proceso de cambio.[14]

A nuestro juicio esto es lo fundamental. Para determinar los caracteres esenciales de cualquier sociedad y, por tanto, del orden socioeconómico imperante en Latinoamérica, debemos conocer a fondo la naturaleza del complejo de relaciones sociales que se expresa sintéticamente en la estructura económica, a la vez que en planos superestructurales estrechamente ligados a ella. Sin establecer la relación entre tales elementos y la que unos y otros tienen con el proceso productivo mismo y su dinámica central sería imposible situar teóricamente y, por ende, comprender en la práctica el fenómeno del subdesarrollo. Cuando hablamos de la producción no nos referimos a la producción en general —lo que para otros fines puede incluso ser necesario— sino a un modo específico de producción, a un modo, por lo demás, no elegido al azar o en forma caprichosa y que arbitrariamente podamos aislar del contexto histórico en que se desenvuelve y ver en forma aislada y unilateral. A la manera como lo hace Marx en *El Capital* y de hecho en toda su obra teórica, debemos situar con precisión la época particular en que nos hallamos, aquélla en la que queremos centrar nuestra atención, y comprender que sus caracteres más importantes expresan a su vez, principalmente, los que son propios del modo de producción dominante.

Pero cuidémonos de no caer en una burda y peligrosa simplificación. Cuando expresamos que no es la producción *en general* lo que ha de permitirnos comprender las relaciones y, por tanto, las contradicciones básicas del subdesarrollo, no se trata de que podamos impunemente ignorar o menospreciar la significación de lo que es común a ella en los más diversos regímenes sociales. Tal abstracción

[14] Marx y Engels llamaban método dialéctico —por oposición al metafísico—, sencillamente al método científico en sociología, consistente en que la sociedad es considerada como un organismo vivo, que se halla en desarrollo continuo (y no como algo mecánicamente cohesionado y que, por ello, permite toda clase de combinaciones arbitrarias de elementos sociales aislados) y para cuyo estudio es necesario hacer un análisis objetivo de las relaciones de producción que constituyen una relación social determinada, estudiar las leyes de su funcionamiento y desarrollo...". *Ibid.*, p. 50.

> "... tiene un sentido [precisamente]... porque pone... de relieve los elementos comunes... Sin embargo, estos caracteres *generales* o estos elementos comunes... se articulan en la realidad muy complejamente y se despliegan en distintas determinaciones". Algunos de ellos "pertenecen a todas las épocas; otros son comunes a algunas ... a la... más moderna y a la más antigua".[15]

En otras palabras:

> "... todos los estadios de la producción tienen caracteres comunes... pero las llamadas *condiciones generales* de toda producción no son más que esos momentos abstractos que no permiten comprender ningún estadio histórico real de la producción".[16]

Este es el meollo del problema. Si hemos de entender lo que es esencial en la estructura del subdesarrollo, debemos comenzar por comprender que no basta lo general para explicárnoslo: es menester avanzar de ahí a lo particular. Más aún: tampoco podemos tomar la situación de heterogeneidad como la categoría principal y, por tanto, como el marco central en que deba descansar y encuadrarse nuestro análisis. Es preciso ir más lejos elevar el nivel de abstracción y, sin desconocer, desde luego, esa heterogeneidad, sino incluso como condición para explicar su razón de ser y lo que es más característico de ella, trabajar en torno al modo de producción dominante. Lo que vuelve sumamente difícil el proceso es que aún después de determinar que tal modo de producción es el capitalista, nada nos autoriza a pensar que éste deba comportarse en condiciones idénticas o siquiera análogas a aquéllas que fueron propias de otros países y otras épocas. Aun entonces es preciso llevar el análisis a planos más concretos que permitan advertir lo que es común al capitalismo en general, y lo que es privativo del sistema en los principales países latinoamericanos en nuestros días. Lo que de nuevo nos remite al concepto totalizador y dialéctico de la

[15] C. Marx. *Introducción General a la Crítica de la Economía Política*, 1857. Cuadernos de Pasado y Presente. Córdoba, Argentina, 1969, pp. 28 y 33.
[16] *Ibid.*

formación social, pues es ésta la que hace posible apreciar la unidad en la diversidad o, en las palabras de Lenin, establecer

> "... qué es lo que diferencia un país capitalista del otro y ... qué es lo común para todos ellos".[17]

¿Mas no ocurrirá que, como sugiere el profesor Bagú en un pasaje ya citado de su ensayo, el elemento de la realidad que "en gran parte decide la suerte" de cada país, es la "magnitud relativa" del fragmento de la población cuyas "formas organizativas podríamos denominar arcaicas..."? Desde luego ello está en juego y es uno de los factores que influye en la fisonomía que hoy exhibe la sociedad latinoamericana. Pero limitarnos a considerar su influencia sería parcial y del todo insuficiente. La magnitud de las "formas organizativas arcaicas" no es una constante y su papel, además, no es el de una variable independiente en el proceso histórico. Sin dejar de reconocer que están presentes e incluso pueden ser importantes en ciertos aspectos del funcionamiento del sistema, a menos que les asignemos un rol dominante —lo que a todas luces sería exagerado— debemos reconocer que se trata de un factor secundario. Y en cuanto a su papel entre los agentes condicionantes del desarrollo debemos comprender que si bien la estructura del subdesarrollo es fruto de un largo proceso en el que lo viejo ha ejercido y sigue ejerciendo influencia sobre lo nuevo, en que el presente aún muestra rasgos anacrónicos propios de una pesada herencia de la que no acabamos de librarnos, lo cierto es que lo nuevo, sobre todo a partir del momento en que se vuelve el fenómeno central o dominante, es lo decisivo.

En otras palabras, si admitimos que, con independencia de cómo se entrelacen e interinfluyan los rasgos de diversos modos de producción en una estructura social determinada, siempre hay uno propiamente rector al que están subordinados los demás, nuestro principal problema consiste en determinar por qué ello es así, cuál es ese modo de producción y cómo actúa en el contexto histórico específico de que se trate, pues de otra manera caeremos de hecho en una forma de dualismo, que

[17] V. I. Lenin, *¿Quiénes son los 'amigos del pueblo'? Op. cit.*, p. 17.

inevitablemente nos lleve a posturas eclécticas teórica y metodológicamente inaceptables.[18]

Lo que aquí subrayamos no es original: expresa una ley del desarrollo de las sociedades que su descubridor enuncia en términos que, por su importancia decisiva para nuestro análisis aun a riesgo de hacer una cita demasiado larga a fin de no confiarla a la memoria, quisiera reproducir textualmente:

> En todas las formas de sociedad —escribía Marx en su famosa *Introducción* de 1857— existe una determinada producción que decide del rango y de la importancia de todas las otras.
>
> En todas las formas de sociedad en que domina la propiedad territorial, la relación con la naturaleza es aún predominante. En aquéllas donde reina el capital, la preponderancia pertenece a los elementos que han sido creados por la propiedad y por la historia. No se puede comprender la renta del suelo sin el capital, pero se puede comprender el capital sin la renta del suelo...
>
> En consecuencia, sería falso e inoportuno alinear las categorías económicas en el orden en que fueron históricamente determinantes. Su orden de sucesión es, por el contrario, determinado por las relaciones que existen entre ellas en la sociedad burguesa, y resulta precisamente el inverso del que parece ser su orden natural o del que correspondería a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica...[19]

Y unas líneas antes, en torno al mismo tema, el propio autor señala:

> La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y más diferenciada. Las categorías que

[18] "Toda gran época histórica —desde la decadencia del sistema comunal-primitivo hasta los tiempos modernos— ha conocido la coexistencia de varias formaciones socioeconómicas; lo que no impide al estudiante de la historia del mundo encontrar la formación particular que determina el contenido principal de una época y caracteriza la tendencia principal del progreso humano". G. Glezerman, *The Laws of Social Development*, Moscú, p. 225.

[19] C. Marx, *Introducción...*, *Op. cit.*, pp. 58, 59 y 60.

> expresan sus condiciones y la comprensión de sus estructuras permiten al mismo tiempo comprender la estructura y las relaciones de producción de todos los tipos de sociedad desaparecidos, sobre cuyas ruinas y elementos se haya edificada y cuyos vestigios, aún no separados, continúa arrastrando... La anatomía del hombre es una clave para la anatomía del mono... La economía burguesa suministra así la clave de la economía antigua... Pero no ciertamente al modo de los economistas, que cancelan todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad...[20]

Con base en lo anterior podríamos concluir que el elemento central en la estructura socioeconómica y concretamente en la determinación del subdesarrollo de nuestros países no es, desde hace mucho tiempo, lo que queda de precapitalismo o de arcaísmo, sino más bien lo que hay de capitalismo, de un capitalismo deforme, dependiente, parasitario y que apenas es un remedo de aquél al que, con base en la experiencia inglesa y en plena y pujante fase competitiva, aludían Marx y Engels, hace 126 años, en el *Manifiesto Comunista.*

Para terminar esta ya muy larga exposición, quisiera referirme brevemente a dos cuestiones cuya consideración puede ayudarnos a comprender mejor la significación histórica y la naturaleza del capitalismo que padecemos en Latinoamérica.

Con frecuencia tendemos a menospreciar la importancia del capitalismo en nuestros países, a no advertir que si bien es patente su incapacidad para superar el atraso y el subdesarrollo, esto no significa que las relaciones capitalistas no hayan penetrado y aun desgarrado profundamente las viejas formas de economía mercantil, de las que todavía, sin embargo, están presentes no pocas supervivencias. Incluso ocurre a menudo que, de manera simplista y burda, se tiende a identificar el atraso social, económico y técnico con un supuesto precapitalismo, al parecer por no repararse en que ello no sólo no excluye sino que acompaña y aun descansa en un capitalismo que,

[20] *Ibid.*, p. 56. En términos análogos, Lenin escribe: "No hay nada que caracterice más a un burgués que la aplicación de los rasgos del régimen contemporáneo o todas las épocas y a todos los pueblos". *¿Quiénes son los «amigos del pueblo»...?*, p. 36.

como condición de su propio desarrollo, carece del vigor que el sistema mostró en otras épocas y países para destruir las formas más primitivas y anacrónicas de producción. Es tan obvia la tendencia a que nos referimos que abundan los escritos en los que, inexplicablemente, en vez de advertirse que las relaciones de producción y en particular el régimen de trabajo asalariado cobra cada vez mayor importancia— lanzando incluso a millares de pequeños productores que todavía son propietarios de minúsculas parcelas al mercado capitalista—, se exagera la significación de la economía mercantil simple y se confunde la falta de impulso del capitalismo con su supuesta ausencia. Se cae así en posiciones superficiales simplistas y dogmáticas, similares a aquéllas que Lenin criticaba hace tres cuartos de siglo:[21]

> ... los «amigos del pueblo» nunca podrán concebir que en la pequeña industria campesina, con toda su miseria, con las proporciones relativamente insignificantes de los establecimientos y con la extremadamente baja productividad del trabajo, con la técnica primitiva y el pequeño número de obreros asalariados, haya *capitalismo*. Ellos no están de ningún modo en condiciones de concebir que el *capital* es una determinada relación entre los hombres, una relación que sigue siendo tal lo mismo con un grado mayor que con un grado menor de desarrollo de las categorías comparadas...[22]

En nuestros países ocurre, sin duda, algo similar, como lo demuestra entre otras cosas el que buena parte de la pequeña

[21] "Obreros sin tierra quiere decir capitalismo; si tienen tierra, no hay capitalismo; y ellos se limitan a esta filosofía tranquilizadora, perdiendo de vista toda la organización social de la economía...

"Por lo visto, tampoco saben que el capitalismo no estaba en condiciones en ninguna parte —encontrándose en las fases relativamente inferiores de desarrollo— de separar por completo al obrero de la tierra... los razonamientos corrientes sobre la ausencia del capitalismo en nuestro país, que esgrimen el argumento de que «el pueblo posee tierra», están privados de todo sentido, porque el capitalismo de la cooperación simple y de la manufactura nunca y en ninguna parte ha ido ligado al completo desarraigo del operario de la tierra, sin dejar por eso, en lo más mínimo, naturalmente, de ser capitalismo". V. I. Lenin. *Op. cit.*, pp. 104-105.

[22] *Ibid.*, pp. 114-115.

agricultura, al margen de las diversas formas jurídicas que adopta el sistema de tenencia de la tierra, se considere por algunos ideólogos burgueses incluso típica de una agricultura «no comercial» o de «subsistencia».

La segunda y última cuestión que quisiera subrayar consiste en que, aparte de que mucho de lo que se supone *no* capitalista en la estructura del subdesarrollo es, en el fondo, capitalista, pero distinto desde luego de ciertas versiones extranjeras que, indebidamente, hemos usado como patrones o modelos. Lo que realmente queda de precapitalismo y con mayor razón lo que es característico de estadios iniciales del proceso capitalista y de la forma profundamente desigual en que se desenvuelve, lejos de ser tan sólo el punto de partida, el origen histórico remoto de la estructura moderna de nuestras economías, es también su consecuencia. Es decir: lo arcaico no sólo es en parte el fruto, como bien dice Bagú, de "una dislocación generalizada impuesta por la penetración imperialista", sino, en un sentido más amplio y más profundo, el fruto del propio desarrollo del capitalismo tanto en la fase premonopolista como, sobre todo, bajo el imperialismo.

No podríamos extendernos aquí en el examen de cómo emerge y se desenvuelve el capitalismo latinoamericano a partir de sus fases iniciales. Pero al menos debiéramos recordar que, tras un largo proceso de acumulación originaria —que por virtud del coloniaje y de la subordinación que la independencia política de principios del siglo XIX no logra romper, se convierte a la vez en una constante exacción del excedente— nuestras economías no acceden a un rápido desarrollo industrial que transforme, la manufactura ya capitalista en lo que Marx solía llamar "verdaderas fábricas". Si bien la iniciación de la etapa imperialista impulsa un desarrollo capitalista dependiente en Latinoamérica y hace crecer desigualmente las fuerzas productivas, el hecho de que nuestras economías se inserten en un sistema mundial como economías tributarias, sin una integración propia mínimamente racional, detiene y desvía a la vez —en una perspectiva de mayor alcance— su desarrollo. Y así como muchos años atrás las rígidas prohibiciones coloniales impiden el nacimiento de las manufacturas y el que éstas contribuyan a acelerar el tránsito de la fase mercantil a la propiamente capita-

lista, cuando —pese a todas las trabas y obstáculos— por fin se crean las condiciones históricas indispensables para abrir paso al desarrollo capitalista, vuelve a producirse una nueva y dramática ruptura.

> Y cuando sólo una expansión interna acelerada y un rápido incremento de la producción de bienes de producción habría sido capaz de absorber el grueso de la mano de obra y canalizar la creciente fuerza de trabajo que el propio proceso económico lanzaba al mercado, lo que se dio... [fue] un ajuste, un reacomodo fundamentalmente pasivo y desfavorable a las nuevas exigencias creadas por el mercado mundial y el naciente imperialismo.[23]
>
> ... A falta de una industria nacional, que evidentemente no pudieron crear a la manera tradicional; los países atrasados tuvieron que depender de una industria fundamentalmente extranjera —en un principio generalmente lejana y más tarde enquistada en lo más íntimo de su economía— y, además, fundamentalmente monopolista, que no sólo alteraría el mecanismo de la competencia en cada país, sino que crearía un nuevo tipo de dependencia en las relaciones internacionales y en el funcionamiento de todo el sistema, es decir, una dependencia propiamente monopolista.
>
> En resumen, en el momento en que el capitalismo emerge como el modo de producción dominante, el sistema pasa de la fase competitiva a la monopolista, es decir, nace el imperialismo y "se configura un patrón de relaciones económicas internacionales que no sólo frustra en definitiva el desarrollo capitalista autónomo, sino que refuerza la dependencia de los países coloniales y excoloniales...
>
> El capitalismo del subdesarrollo es, por tanto, desde su nacimiento, un capitalismo cojo, sin motor propio, sin capacidad orgánica para utilizar... el potencial productivo creado por él mismo; es un capitalismo contrahecho y subordinado que a

[23] Véase, del autor de estos comentarios, "El Capitalismo del Subdesarrollo: un capitalismo sin capital y sin perspectiva", en *Problemas del Désarrollo*, año II, No. 8, México, 1971.

> partir de entonces se desenvolverá en el marco, como parte integrante y a la vez a la zaga de un mercado mundial inestable... y que —al amparo de la teoría clásica del comercio y de una falsa apariencia de objetividad y rigor científico— sospechosamente siempre deja lo mejor de cada actividad a los países dominantes y lo peor a las naciones dependientes.[24]

A nuestro juicio, ello es esencialmente lo que explica que en los países latinoamericanos en particular, pese a un ya largo desarrollo capitalista, sigan presentes supervivencias precapitalistas y más a menudo formas incipientes de capitalismo que sólo la planificación y el desarrollo socialista podrán liquidar, en definitiva, en el futuro. Es decir, bajo el capitalismo del subdesarrollo, aun en aquellos países en donde las tasas de explotación alcanzan niveles increíblemente altos, la plusvalía no se convierte automática o siquiera fácilmente en capital. Todo el modelo clásico de la acumulación de capital se subvierte: una parte sustancial del excedente se envía permanentemente al extranjero, otra aún mayor es dilapidada por la burguesía y los sectores intermedios que la sirven; inclusive el Estado, pese a contribuir sin duda a activar el proceso económico, al mismo tiempo desperdicia, a través de una costosa burocracia y múltiples gastos improductivos, una proporción no deleznable del potencial de crecimiento, y por ser un estado burgués que generalmente no compite con la empresa privada, en el fondo se interesa mucho más en mantener altas tasas de ganancia que en lograr altas tasas de crecimiento económico. A consecuencia de todo ello el desarrollo capitalista, que por lo demás es siempre dependiente y profundamente desigual, lejos de ser capaz de expander las fuerzas productivas con cierta armonía o al menos en forma autosostenida y con suficiente vigor para difundir las nuevas técnicas y liquidar en un plazo razonable los más graves obstáculos, lo que hace es mantener aquí y allá formas de organización y métodos de producción anacrónicos, que entre otras cosas funcionan como fuentes inagotables de mano de obra barata que el resto del sistema nunca llega a absorber adecuadamente. Se crea, así, una situación análoga a

[24] *Ibid.*, pp. 59 y 64

aquélla que Marx atribuía a la manufactura, en el sentido de no poder

> "abarcar la producción social en toda su extensión, no revolucionarla en su entraña...",[25]

en cuanto a que, aun estando presente, en no pocas actividades, un alto nivel técnico y una forma de organización propia de la industria moderna, en la fase imperialista, cuando su misión principal no es ya liquidar los vestigios precapitalistas sino más bien impedir el avance del socialismo, el sistema en su conjunto no es capaz de remover relaciones sociales que, en otro contexto, los propios capitalistas se habrían empeñado en destruir sin vacilaciones. Pero el capitalismo del subdesarrollo no sólo no las encuentra necesariamente incompatibles, sino que con muchas de ellas establece un maridaje que, por sí solo, demuestra que el mismo orden social que en otro momento histórico fue un agente indiscutible de progreso y desarrollo independiente, en nuestro tiempo y en nuestros países, se ha vuelto una traba, una condición de la dependencia y el subdesarrollo.

En resumen, si bien de un país a otro cambian las formas que adopta y aun la naturaleza de la heterogeneidad, la existencia del fenómeno se explica fundamentalmente por la acción de la ley del desarrollo desigual dentro de cada nación y entre unas y otras, porque el desenvolvimiento histórico no es una sucesión gradual, sencilla y armoniosa de modos de producción y menos aún de formaciones socioeconómicas puras y porque, concretamente bajo el capitalismo del subdesarrollo, se producen profundas deformaciones estructurales que condicionan desfavorablemente todo el proceso de acumulación, rompen la continuidad histórica del proceso económico y alteran desfavorablemente la forma en que operan ciertas leyes, como por ejemplo, la de correspondencia entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

[25] C. Marx, *El Capital*, tomo 1, Vol. I, p. 408.

SOBRE LA DEPENDENCIA Y EL SUBDESARROLLO

Refiriéndose concretamente a la India, Nehru solía señalar que muchos de los signos del atraso y de los anacronismos que los ingleses acostumbraban atribuir a situaciones remotas ligadas al origen racial de la población, a su religión o sus peculiares concepciones de la vida eran consecuencia, no de supuestas incapacidades orgánicas de la India, sino de la penetración británica y del profundo desquiciamiento que la presencia de los ingleses y en particular del capital inglés habían producido en ese país. Lo que sin duda comprueba qué complejo es el fenómeno de la dependencia y qué erróneo es ver en ella una cuestión pura o incluso fundamentalmente externa.

Y no es éste el único error en que suele incurrirse en torno a la dependencia y su papel en la gestación del subdesarrollo. Yo tengo la impresión de que una falla común en múltiples estudios consiste en que al tratar de ubicar históricamente el origen del subdesarrollo, la dependencia suele verse como si más que una categoría histórica y, por tanto, una variable, fuera una constante. A veces se tiende a pensar que el destino de nuestros países se resolvió esencialmente, y para algunos incluso en su totalidad, en la época colonial. Se olvida que, sin poner en duda su significación, aquélla fue en todo caso una etapa, si se quiere larga y sombría, que desde luego ejerció una profunda influencia en la fisonomía que hoy muestran nuestros países, pero que sería un error convertir en el centro de todo el proceso histórico moderno y ver lo que hoy es Latinoamérica, no como el fruto dialéctico de tal proceso sino como reflejo pasivo e inevitable

de la conquista y el coloniaje, o sea, de un ya lejano pasado precapitalista. Y a la inversa, quienes más se preocupan por descubrir las formas que en nuestros días adopta la dependencia —como podría ser el caso de Theotonio Dos Santos, que ahora nos acompaña— acaso den a veces la impresión de que, llevados por el encomiable afán de descubrir lo que es más característico de nuestros días, no toman debidamente en cuenta lo acontecido en fases previas y en particular en los inicios de la etapa monopolista.

La dependencia es un hecho histórico que acompaña al desarrollo de nuestros países desde el momento mismo en que son conquistados en el siglo XVI. La economía colonial latinoamericana es una economía tributaria, siempre subordinada a intereses ajenos. Pero bajo el imperio del capital mercantil, como ocurre sobre todo hasta fines del siglo XVIII, las relaciones entre los países dominantes y los dominados son diferentes. Así como los viejos imperios no son lo mismo que el moderno imperialismo, en tanto las relaciones capitalistas no llegan aún a imponerse, el proceso de formación del mercado internacional es también distinto al que habrá de producirse a partir del momento en que ese mercado, que empieza a formarse desde siglos atrás, se vuelve propiamente capitalista. El momento en que esto ocurre no es cuando se comercia entre dos o tres países aislados, sino cuando el capitalismo como sistema se instaura a escala mundial y cuando, por tanto, la economía latinoamericana, o al menos las principales de la región, se convierte también en capitalista.

Sería difícil y riesgoso, sin una comprobación empírica adecuada, proponer un período preciso en que tal hecho se produce. Pero con el margen de error que en estas cuestiones es inevitable, acaso podría pensarse en que al menos en varios países el capitalismo adviene el modo de producción dominante en la segunda mitad del siglo XIX, principalmente en el momento en que se inicia el tránsito de la fase competitiva a la monopolista en el desarrollo del capitalismo de los países más maduros o avanzados.

Por eso es importante, en mi concepto, no limitarse a considerar los cambios recientes en el desarrollo del imperialismo o, concretamente, del fenómeno de la dependencia, como suele

hacerse por algunos autores que, haciendo caso omiso de la dinámica central del proceso capitalista y sus contradicciones más importantes, se limitan a contrastar lo que suponen más característico del llamado "modelo de crecimiento hacia afuera" con el de "crecimiento hacia adentro", que según ellos toma cuerpo en el proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Y lo grave no es sólo que se tome prestado un herramental analítico inadecuado, del tipo del que, por ejemplo, se han servido la CEPAL y la OEA en ciertos estudios, sino que se le emplee acríticamente, sin reparar en sus más graves limitaciones, bajo el efecto alienante del tecnocratismo burgués, al margen casi siempre de los problemas fundamentales y como si quisiera acomodarse la realidad a esquemas prefabricados.

... El estudio del subdesarrollo y en particular de la dependencia se ha enriquecido apreciablemente en los dos últimos decenios, con las contribuciones de múltiples autores a quienes, por cierto, quizá por descuido o inadvertencia, no menciona Cardoso. Con todo, sería desacertado y aun tonto y vanidoso que, quienes nos hemos ocupado de tales problemas, digamos en los últimos quince a veinte años, pensáramos —como suelen hacerlo ciertos autores siempre dispuestos a descubrir el Mediterráneo— que antes de nosotros nadie lo hizo. El problema de la dependencia, concretamente en la fase monopolista, ha sido objeto de casi constante inquietud en Latinoamérica.

Al margen de las interesantes apreciaciones que de *él* se encuentran en los clásicos del imperialismo: en Lenin desde luego, pero también en Luxemburgo y Bujarin. Está presente en Martí, quien especialmente en la etapa en que vive en "las entrañas del monstruo" escribe páginas clásicas al respecto. Lo está también en el historiador chileno Francisco Encina y en el vibrante alegato nacionalista de Ugalde; lo hallamos en Ingenieros y en Mariátegui, en Mella y Sandino, en Luis Carlos Prestes, en el pensamiento de Bassols y de Lázaro Cárdenas, en Salvador de la Plaza, en la poesía de Neruda y de Guillén, y, en general, en la plataforma de la izquierda latinoamericana de los años treinta y cuarenta. Reaparece, enriquecido por la práctica revolucionaria en la obra de Fidel Castro y del comandante Guevara, de Carlos Rafael Rodríguez y Raúl Roa, y se reitera,

una y otra vez, en las Declaraciones de La Habana, en el testamento político de Marighela, en los mensajes del presidente Allende y en las proclamas estudiantiles de vanguardia de todo el continente. E incluso en aquellas formulaciones que hoy pudiéramos considerar más endebles, más insuficientes o unilaterales, más esquemáticas y menos analíticas hay sin duda avances, contribuciones y aciertos que sería injusto y erróneo menospreciar; hay un caudal de información y, visto en su conjunto, un esfuerzo que se desenvuelve con cierta continuidad a lo largo de decenios y que si bien no tiene el refinamiento o la precisión de algunos estudios posteriores, aporta valiosos elementos para comprender una realidad que aún no conocemos suficientemente y que es preciso comprender mejor.

Cardoso advierte una tendencia al eclecticismo en los estudios de la dependencia, que en efecto ha estado presente, mas no, a nuestro juico, "en casi todos" los estudios sobre el tema. Probablemente la afirmación sería más justa si, en vez de darle un alcance tan absoluto se limitara a ciertas tendencias reformistas presentes tanto en la izquierda latinoamericana como, desde luego, en las filas de la burguesía y de los ideólogos y tecnócratas más comprometidos con ella, pues ese eclecticismo ha sido y es típico de posiciones como las de "ni capitalismo ni socialismo" o las de los gobiernos que sólo admiten una dependencia no estructural, y un antimperialismo que nunca rebasa el estrecho marco de las negociaciones y maniobras de la burguesía doméstica.

... Si bien es comprensible que, en el caso concreto de Brasil, el fracaso de la llamada revolución de los años treinta reforzara la posición de quienes dudaban o aun negaban la posibilidad de un desarrollo capitalista independiente, la causa de tal frustración se gesta históricamente decenios atrás y condiciona, desde los años ochenta del siglo pasado, en general para todo el continente latinoamericano, la aparición, el desarrollo inicial y la maduración del proceso capitalista. Si ello es así podríamos decir que, más que en un momento determinado y sólo en una fase avanzada del capitalismo como podrían ser los años cuarenta o cincuenta, la comprobación práctica, concreta e irrefutable de que la burguesía latinoamericana no es capaz de conducir un desarrollo nacional independiente se encuentra en

cada etapa del ya largo proceso capitalista latinoamericano, variando naturalmente, de un país a otro, la cronología.

En México, por ejemplo, pese a no pocas realizaciones importantes y aun vistosas, los treinta años del porfiriato demuestran que si bien es innegable que bajo tal régimen político se promueve el desarrollo y se consolida el capitalismo, al final de la dictadura no sólo sigue presente la dependencia sino que, visiblemente, se ha agudizado. La etapa que se abre con la revolución de 1910, o si se prefiere con la Constitución de 1917 y que concluye hacia fines de los veinte, vuelve a poner de manifiesto que si bien cambia el patrón de la dependencia, ni con una violenta revolución democrático-burguesa como la mexicana es posible, en pleno imperialismo, sentar las bases de un desarrollo capitalista independiente. Y lo mismo podría decirse de la experiencia del movimiento balmacedista en Chile, de los gobiernos de Irigoyen o Batlle en Argentina y Uruguay, o del saldo del aprismo en Perú. Incluso los intentos más radicales de los años treinta, como el de Lázaro Cárdenas en México y el Frente Popular en Chile, o el movimiento contra Machado con Cuba, todos, independientemente de su mayor o menor significación, acaban por demostrar que no es una teoría abstracta y sin apoyo en los hechos sino una realidad concreta la que se encarga de confirmar, una y otra vez, que lo que carece de fundamento no son las posiciones de la izquierda sino los alegatos de la burguesía y las ilusiones pequeñoburguesas de no pocos intelectuales liberales que, pese a todos los tropiezos, siempre están dispuestos a renovar su fe en el capitalismo.

¿Por qué dice Cardoso que si se hubiera tratado de demostrar

> "la inviabilidad de cualquier tipo de desarrollo nacional... a principios de la década de 1930... sería incapaz de explicar cómo y por qué el Estado y las empresas estatales crecieron y se fortalecieron en América Latina"? (p. 95).

¿Quién ha postulado en realidad, en primer término, "la inviabilidad de *cualquier tipo* de desarrollo nacional"? ¿No sería más bien que mientras unos creían y aún siguen creyendo en la posibilidad de un desarrollo *independiente*, otros tratan de

demostrar que, no obstante todos los cambios, la dependencia seguía y sigue presente? ¿O que, mientras aquéllos se olvidaban de las lecciones de la historia y de lo ocurrido en cada fase del proceso, los otros apelaban a la experiencia y trataban de fundar sus posiciones no en una "verdad general" sino, precisamente, en los hechos? ¿Por qué, entonces, pensar que de haberse intentado tal crítica en los años treinta seríamos incapaces de "explicar cómo y por qué el Estado y las empresas estatales crecieron y se fortalecieron..."? ¿No habrá sido así porque en el medio siglo anterior la empresa privada fue incapaz de impulsar un desarrollo independiente y porque los consorcios extranjeros ni siquiera pudieron, en combinación con aquélla, lograr un desarrollo subordinado que al menos fuera capaz de rescatar a una porción sustancial de las masas, de la miseria y el atraso?

Pero pasemos a otra cuestión. ¿A qué nivel debemos situar el fenómeno de la dependencia? ¿Se trata realmente de una categoría histórica o simplemente de un concepto formal?

> "No pienso que la categoría dependencia —aclara Cardoso—, [y] (estoy usando esta expresión sin atribuirle una dimensión diversa de la expresión *concepto*), tenga el mismo *status* teórico de las categorías centrales de la teoría del capitalismo. La razón de esto es obvia: no se puede pensar en la dependencia sin los conceptos de plusvalía, expropiación, acumulación, etc.,..." (p. 107).

A nuestro juicio, en efecto, no podríamos dar al fenómeno de la dependencia el rango de las categorías fundamentales para explicar el modo de producción capitalista. Pero la razón que aduce Cardoso parece discutible y ambivalente, pues si bien es cierto que no se puede pensar en la dependencia sin tomar en cuenta otras categorías, a partir de tal consideración tampoco podría sostenerse que ello demuestra que no se trata de una categoría histórica, tan objetiva, legítima y esclarecedora como otras empleadas por el materialismo histórico. Es decir: el que su empleo suponga o remita a otras relaciones y fenómenos conexos no le resta significación ni, menos aún, validez. Y en rigor otro tanto podría decirse respecto a las categorías que

Cardoso denomina *centrales*: ¿O es que podríamos hablar, por ejemplo, de la plusvalía, sin el *concepto* de explotación o el de acumulación capitalista? ¿Podríamos hablar de imperialismo sin el *concepto* de monopolio y sin tomar en cuenta los cambios en la composición del capital y la evolución del capitalismo? Mucho más convincente parece la posición del autor cuando, al fin del párrafo antes citado, expresa que: "la idea de la dependencia se define en el campo teórico de la teoría marxista del capitalismo". Creo que todos aceptaríamos esto, aunque al postularlo se vuelve a considerar a la dependencia como una «idea», más que como un fenómeno histórico como una realidad que sufre cambios profundos bajo el capitalismo y, concretamente en la fase imperialista.

... Empezaré por destacar aquéllo que, al menos a mí, me parece incuestionable. Es cierto que los países latinoamericanos y en particular los más importantes, así como otras áreas periféricas del capitalismo, se están industrializando; es cierto, también —y aun añadiría que no es difícil comprobar que lo fundamental en tal proceso es la "explotación de la plusvalía relativa y el aumento de productividad". Es indudable que "existe simultáneamente —y ello se ha señalado a menudo— un proceso de *dependencia* y de *desarrollo* capitalista". En fin, parece asimismo indiscutible —y la afirmación podría hacerse extensiva a otros países— que no sería fácil "negar... que la economía brasileña o la mexicana se están desarrollando..." en un sentido capitalista. A riesgo de subrayar algo que acaso sea bien claro para ustedes, quisiera solamente mencionar algunos de los hechos que apoyan lo anterior.

La industrialización, como se sabe, es un aspecto, en cierto modo una fase decisiva y, acaso sobre todo, una condición del proceso de desarrollo, que si bien llega a tener cierta importancia aun en las sociedades precapitalistas —como por ejemplo la Francia de Colbert— es bajo el capitalismo y sobre todo en una fase avanzada de este sistema cuando adquiere mayor significación. La industrialización no se produce súbitamente ni se agota en un solo impulso: supone un largo proceso en que se crean las condiciones que la hacen posible y se desenvuelve en fases sucesivas o más bien en ciclos que llevan el crecimiento de

las fuerzas productivas a niveles superiores a los alcanzados hasta entonces.

La industrialización latinoamericana, en particular, se inicia en varios países desde las postrimerías del siglo XIX, cuando el capitalismo se ha impuesto ya como modo de producción dominante y cuando, junto a la modernización y el crecimiento de la industria textil y alimenticia, se expande también la producción minero metalúrgica e incluso la extracción del petróleo y el carbón y la generación de energía eléctrica. La primera guerra entraña una coyuntura propicia que alienta el desarrollo de varios países como Argentina, Chile y Uruguay, y la prosperidad de los años veinte favorece el inicio de una política de sustitución de importaciones que, sin embargo, será después de la crisis de 1929 y de la depresión que la sigue cuando empiece a cobrar mayor impulso. Las condiciones anormales que acompañan a la segunda guerra propician nuevos avances en el proceso industrial, que a partir de los años cincuenta habrá de desenvolverse más de prisa, aunque también en condiciones de creciente dependencia respecto a los grandes consorcios extranjeros.

En todo ese largo proceso que de hecho acompaña al desenvolvimiento capitalista cambian los módulos del desarrollo, las relaciones de clase, el papel del Estado y los patrones de la dependencia, y aunque el capital extranjero casi nunca abandona totalmente ciertos campos, es evidente que se desplaza de unas áreas a otras, según los cambios estructurales que el propio desarrollo capitalista y los continuos cambios en la división internacional del trabajo traen consigo.

El que la industrialización tienda a intensificarse —lo que no sólo se observa en Brasil y México sino en Argentina, Chile, Colombia, Venezuela, Perú y aun El Salvador, Nicaragua o Panamá—, demuestra entre otras cosas que hay un crecimiento de las fuerzas productivas que, a su vez, se expresa en el aumento de la fuerza de trabajo y del nivel de empleo, en la expansión y modernización de los medios de producción y en el creciente ingreso nacional global y por habitante, lo que da cuenta de la importancia que el logro de una cada vez mayor productividad —y de altas tasas de plusvalía— tiene para los capitalistas.

Ahora bien, en Latinoamérica se da simultáneamente, en efecto, un proceso de desarrollo capitalista y de dependencia. Tan ello está presente que, llegando más lejos el argumento de nuestro amigo Cardoso, podríamos decir que no solamente es así sino que hay pruebas concluyentes de que *no podría ser de otro modo*. Lo que equivale a decir que, en nuestros países, dependencia y desarrollo capitalista *no sólo no son incompatibles sino que más bien son dos aspectos contradictorios e inseparables de un mismo fenómeno*.

¿Por qué piensa Fernando Henrique en primer lugar, que la posibilidad de la industrialización en las llamadas «áreas periféricas» del capitalismo no fue prevista por la teoría clásica del capitalismo y del imperialismo? ¿No ocurrió más bien, durante mucho tiempo, que tanto en grupos conservadores como radicales incluso se esperó vanamente que el solo desarrollo del capitalismo haría posible el progreso y, concretamente, la industrialización? ¿No incluso, el propio Lenin, advirtió con claridad —por otra parte— que la expansión imperialista no sólo no significaría el estancamiento sino que traería consigo el más rápido desarrollo de las fuerzas productivas precisamente en los países en los que penetraran los monopolios y el capital extranjero? ¿No fueron concretamente etapas de ese proceso aquéllas en que, con el concurso y a veces incluso bajo el control del capital del exterior, se desarrolló la industria minerometalúrgica, la agrícola, la de energéticos y ciertas manufacturas ligeras, hasta culminar en la producción de bienes durables de consumo y aun de capital? ¿No sería más correcto, en tal virtud, decir que cada cambio del patrón de división internacional del trabajo dio lugar, concretamente en los últimos cien años, a un reacomodo en las relaciones entre los países dominantes y los dominados, que más que asignar a estas áreas, actividades fijas determinadas —la agricultura, las actividades primarias en general, el comercio o ciertos servicios— les reservó siempre una posición subordinada e inferior a la que retenían para sí las potencias imperialistas?

Por todo ello no entendemos en qué basa Cardoso su opinión de que

> "... el nuevo carácter de la dependencia ... no choca con el desarrollo económico de las economías dependientes ...",

razón por la cual se opone a la interpretación de A. G. Frank del "desarrollo del subdesarrollo", en términos del "Predominio creciente de la oligarquía agrario imperialista que se expande al lado de una «lumpen burguesía»". Si lo que quiere decirse es que las relaciones de dominación que se configuran bajo el imperialismo no implican el estancamiento se está, sin duda, en lo justo. Ya hemos dicho que el capitalismo y el capitalismo monopolista hacen crecer las fuerzas productivas, lo mismo en la etapa inicial en que impulsan el desarrollo ferroviario, la minería, y la agricultura, que en la actual en que el capital extranjero penetra especialmente en la industria y el comercio. Y no creo que esto no lo acepte el propio Gunder Frank. Pero de ahí a postular que en su fase actual el imperialismo (lo que Cardoso llama al nuevo carácter de la dependencia) no choca con el desarrollo económico de las economías dependientes, hay una gran distancia. Sin dejar de reconocer que cada cambio en los patrones de la dependencia tiene importancia y que los más recientes, sobre todo, debieran examinarse con el mayor rigor, no comprendo cómo un autor como Fernando Henrique llega al extremo de pensar que la dependencia no es ya un obstáculo al desarrollo latinoamericano; y no lo comprendo porque creo que si hay una etapa en la que la dependencia haya chocado con el desarrollo es precisamente la actual. En efecto, por encima del más o menos rápido crecimiento del ingreso de nuestros países, que fundamentalmente expresa aumentos de producción y productividad debidos a la cada vez mayor explotación de las masas, acaso como nunca antes está presente el drenaje constante de buena parte del potencial de crecimiento, el intercambio desigual, el peso decisivo de los monopolios internacionales en la defectuosa y a menudo antieconómica asignación de los recursos, la tendencia a una inflación crónica, el endeudamiento del aparato productivo, la hipertrofia del llamado sector terciario, el parasitismo de múltiples servicios, la incapacidad de la burguesía nacional y extranjera para convertir en capital una parte sustancial de la plusvalía de que se apropian y los tropiezos del propio Estado, a la zaga casi siempre de la empresa privada, para impulsar el proceso de acumulación y contrarrestar los más graves desajustes y contradicciones y, como resultado, el aumento masivo del

desempleo y el ensanchamiento de la brecha económica, tecnológica y científica que separa al subdesarrollo de los países capitalistas dominantes.

Todo ello, más el hecho decisivo de que la misión del capitalismo monopolista en nuestros días no sea ya impulsar el desarrollo, siquiera a la manera en que lo hizo el sistema en otra etapa, sino más bien preservar el orden social imperante y enfrentarse con éxito —así sea al precio de ciertas inevitables concesiones— a la amenaza de una revolución que lleve al socialismo, nos hace pensar que es indudable que la agudización del subdesarrollo es la única perspectiva que ofrece el desarrollo capitalista a los países dependientes, lo que naturalmente no quiere decir que debamos esperar el "predominio creciente de la oligarquía agroimperialista". Antes al contrario, lo que está en marcha al menos en los principales países latinoamericanos es un proceso irreversible de concentración y centralización del capital en poder de una oligarquía urbana, ligada estrechamente a las principales actividades económicas, que cuenta con el apoyo creciente del Estado, que juega en la dirección de éste un papel decisivo y que depende, quizá mucho más que la vieja oligarquía terrateniente de principios del siglo, del capital y los intereses sociales y políticos del imperialismo. En esto, de nuevo, no en el estancamiento, en la reversión imposible del proceso histórico o la ausencia de desarrollo capitalista consiste, a nuestro juicio, "el desarrollo del subdesarrollo".

En ese sentido coincidimos con Fidel Castro cuando dice:

> Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo. Porque si no se aplica el método socialista —poner todos los recursos naturales y humanos del país al servicio del país, encaminar esos recursos en la dirección necesaria para lograr los objetivos sociales que se persiguen—, si no se hace eso, ningún país subdesarrollado saldrá del subdesarrollo. ¡Seguro que no saldrá![1]

[1] Fidel Castro, "El socialismo como sistema se ha convertido en una condición del desarrollo". *Economía y Desarrollo*, La Habana, enero-marzo de 1970, p. 30.

Estoy plenamente convencido de que ello es así, y de que no solamente vale en general para América Latina sino, concretamente, para México, Brasil y los pocos países que, por su magnitud o sus condiciones más ventajosas, podrían parecer la excepción a la regla.

Como no hay de momento otros compañeros que quieran intervenir en esta fase del debate, me gustaría invitarlos a reflexionar sobre ciertas cuestiones que me parecen de interés. Sin perjuicio de seguir avanzando en el examen de las corporaciones multinacionales en la forma en que lo han hecho Dos Santos y otros autores, creo que cada vez sentimos una mayor necesidad de ver a tales empresas no sólo como mecanismos importantísimos de la economía capitalista internacional, sino como factores que específicamente influyen en las deformaciones propias del subdesarrollo. ¿Cuáles son, por ejemplo, hoy día, las formas principales que adopta la relación entre el capital monopolista extranjero y la burguesía de nuestros países, y cómo se manifiestan tales relaciones tanto en el ámbito de la empresa privada como en el de la empresa pública, el del gobierno y, en un sentido más amplio, el funcionamiento todo del Estado? ¿No estaremos tendiendo a ver, en ciertos desacuerdos menores, por lo demás explicables y aun inevitables, fuentes o signos de posibles contradicciones cuyo alcance real es mucho más limitado que al que suele atribuírseles no sólo por ciertos voceros e ideólogos burgueses sino incluso en el movimiento obrero y aun en organizaciones de izquierda?

Creo que si hemos de ahondar en el estudio de la empresa multinacional, tenemos que ubicarla con mayor precisión, tenemos que descubrir cómo se articula al desarrollo del imperialismo en la fase presente y qué papel juega, concretamente, en el marco del capitalismo monopolista de estado, en los países subdesarrollados. Si no lo hacemos, difícilmente podremos conocer los factores fundamentales que condicionan el proceso de acumulación y la situación de esos países, las relaciones en que tal situación se expresa y, por consiguiente, las contradicciones más profundas sobre las que sería preciso actuar para impulsar la lucha revolucionaria.

En segundo lugar, tengo la impresión de que hay cierta tendencia a dar a ciertos hechos que se producen principalmen-

te a partir de mediados o fines de los años cincuenta no sólo una gran significación cuantitativa sino incluso una jerarquía cualitativa especial. Al hacer esta reflexión no pretendo, naturalmente, negarles importancia. En rigor sólo deseo llamar la atención en el sentido de que, con frecuencia, no se repara en que tales hechos corresponden a una fase concreta del desarrollo del imperialismo, y que, vistos en una perspectiva histórica justa, quizás no sean ni más ni menos importantes que los de etapas previas sin cuyo eslabonamiento sería muy difícil integrar el análisis del capitalismo de nuestro tiempo.

Les confieso que tengo ciertas dudas sobre tales cuestiones que en verdad no son sencillas ni, por otra parte, meramente especulativas. Por ejemplo: ¿Aceptaríamos que el hecho de que el patrón de industrialización cambie en el marco del «modelo» sustitutivo de importaciones, entraña un cambio cualitativo en el proceso capitalista? ¿Qué cambios de tal naturaleza, entonces, debiéramos señalar en la fase monopolista y por qué? ¿Cuál es el alcance de un cambio cualitativo? ¿Será uno que implique el desplazamiento de un modo de producción por otro más moderno, que a partir de ahí se vuelve el dominante y, por tanto, aquél que imprime sus caracteres fundamentales a una formación socioeconómica determinada? ¿Debiéramos considerar un cambio cualitativo, de alcance propiamente estructural, al que se produce cuando el capitalismo evoluciona de la fase propiamente competitiva a la monopolista? ¿O pensaríamos más bien que en cada etapa del imperialismo se dan cambios de tal envergadura? Por mi parte estoy convencido de que si no somos más precisos en el estudio de esas etapas y de lo que es fundamental en cada una de ellas, corremos el riesgo tanto, de no advertir la significación, y sobre todo la concatenación histórica de ciertos hechos, como el de no prestarles la atención que merecen.

En relación con estas cuestiones considero que no solamente debiéramos tratar de periodizar con mayor rigor, sino de comprender mejor el curso que sigue el capitalismo en cada etapa de la fase histórica imperialista. Creo que el herramental con que trabajamos —al menos por lo que hace al que habla— es muy insuficiente. A menudo damos incluso la impresión de manejar y aun de trasladar en forma más o menos mecánica explicacio-

nes que, aun siendo básicamente correctas, no toman en cuenta, o sólo lo hacen muy parcialmente, lo que acontece en la parte del sistema que forman los países subdesarrollados.

Pensemos, por ejemplo, en el esquema de la crisis general del capitalismo que sobre todo ciertos autores soviéticos han propuesto desde hace años. ¿Aceptaríamos las etapas que en él se sugieren como las más adecuadas para ubicar el subdesarrollo? ¿Debiéramos tomar todas y cada una de las modalidades que adoptan, digamos las relaciones interimperialistas, y extenderlas a nuestros países para explicarnos los cambios en los patrones de la dependencia? ¿Sería teóricamente correcto trasladar del panorama europeo posterior a la gran depresión o a la segunda guerra, rasgos que acaso no estén presentes en la compleja urdimbre del subdesarrollo, porque constituyen formas específicas de operación de ciertas leyes? Y, ¿qué decir de simplificaciones como las que, sobre todo a partir de ciertos trabajos de la CEPAL y de algunos economistas liberales, repiten sin asomo de espíritu crítico ciertos estudiantes de Economía, como aquélla del crecimiento «hacia afuera» y «hacia adentro», que a partir de datos parciales secundarios y sin tomar en cuenta los factores histórico-estructurales de mayor importancia, convierte, el complejo desarrollo latinoamericano en un proceso tan simple como aquél otro que, a la manera rostowiana, lo vuelve un simple y sencillo tránsito de lo «tradicional» a lo «moderno»? Todo ello revela que debemos trabajar más a fin de superar tales simplificaciones e introducir en el análisis del subdesarrollo los aspectos fundamentales del fenómeno capitalista, empezando por el examen riguroso del proceso de acumulación, y continuando con los cambios en la estructura de clases, los factores que los determinan, el papel del Estado y del capitalismo de Estado, en particular; los cambios en las relaciones con el exterior, tanto en el ámbito de las transacciones propiamente comerciales como en el movimiento internacional de capitales y el funcionamiento del sistema en su conjunto.

Para terminar, quisiera referirme a un comentario hecho por Sergio de la Peña. Si le he entendido bien comparto su opinión en el sentido de que trabajar en torno al fenómeno de la dependencia en la forma en que algunos autores lo han hecho

hasta ahora, no es la mejor manera de contribuir a conocer a fondo los factores históricos que condicionan el subdesarrollo de nuestros países, y menos —yo añadiría— a contribuir a trazar una estrategia revolucionaria, a partir de la cual pueda forjarse una alternativa frente al programa reformista que la burguesía nos ofrece. Pero, a mi juicio, debiéramos tener no menos clara otra cosa: si en ciertos casos se ha hecho un uso inadecuado de la dependencia como concepto y aun como categoría histórica fundamental para ubicar el problema del subdesarrollo sobre todo en la fase imperialista, es obvio que el camino a seguir no consiste en prescindir de esa categoría sino en utilizarla correctamente, del mismo modo que la rabia no se cura matando al perro. Algo muy distinto, en cambio, es considerar la dependencia como una mera variable externa —como suelen hacerlo los economistas más convencionales— o asignarle el carácter de un simple modo de articulación o entrelazamiento de los países subdesarrollados con un capitalismo exterior un tanto abstracto o con alguna actividad específica a la que a veces se le atribuye una significación desmedida. Lo que debemos comprender es que en la dependencia se expresa algo mucho más profundo, a saber: la dinámica misma del capitalismo del subdesarrollo, pero claro, no como un fenómeno aislado sino como un hecho que se produce en el marco de relaciones y contradicciones de un sistema económico global. La dependencia es una expresión particularmente aguda del desarrollo desigual del capitalismo, que como sabemos tiende a acentuarse bajo el imperialismo.

Y no deja de ser interesante que incluso ciertos investigadores que mantienen o al menos simpatizan con posiciones científicas y políticas avanzadas, parezcan no advertir que las leyes del desarrollo social, tanto las generales como las especiales, no operan de manera idéntica en dos contextos históricos distintos, lo que no resta, en modo alguno, validez a dichas leyes. Pues bien, si se comprende que el capitalismo no se desarrolla en condiciones análogas en Inglaterra y en Alemania, en Francia, Rusia y el Japón, sino que en cada caso adopta ciertas modalidades particulares, tiene que entenderse también que la dependencia, sobre todo a partir de la iniciación de la fase imperialista, es uno de los fenómenos históricos que habrá de

influir profundamente en la generación del subdesarrollo y aun de modificar el funcionamiento de ciertas leyes.

Quienes desde hace años trabajamos en el complejo y vasto campo del desarrollo económico, sabemos que hay múltiples cuestiones que aún no se han estudiado satisfactoriamente, y al hacer cada nuevo estudio descubrimos cabos sueltos, puntos dudosos y cuestiones en las que, pese a su innegable importancia, no nos atreveríamos a dar respuestas tajantes o siquiera suficientemente precisas.

Pero lo que es muy alentador es advertir el despertar de la ciencia social latinoamericana. A partir, probablemente, de los años cincuenta, empieza a abrirse en nuestros países una nueva etapa. Desde todas las ramas de la ciencia social, decenas de estudiosos comienzan a darse cuenta de que si se quiere comprender a fondo el origen y el estado actual de los problemas socioeconómicos que aquejan a nuestros pueblos, es preciso estudiar a fondo la realidad histórica en que han surgido y que les sirve de marco y escenario. Hasta hace todavía pocos años muchos jóvenes creían que la condición *sine qua non* para ahondar en el estudio del proceso latinoamericano era viajar al extranjero, ir a Harvard o a Columbia, a Cambridge o la Sorbona. Y como quien va a comprar una nueva mercancía o si se prefiere a adquirir una técnica cuyo manejo se aprende en unos cuantos meses, con un delgado barniz académico y a menudo una no tan delgada capa de vanidad, repitiendo lugares comunes y modas efímeras regresaban a nuestros países ignorantes de sus problemas reales; y sin saber qué hacer frente a ellos se limitaban a capitalizar el viaje y hacer una carrera convencional al servicio de la clase en el poder.

Ahora las cosas son distintas. En todas partes se advierte la presencia de pequeños grupos de intelectuales jóvenes y aun viejos que, habiendo o no viajado al extranjero, amplían su formación académica, enriquecen su herramental analítico y empiezan a centrar su interés en la problemática del desarrollo latinoamericano, y a partir del mayor conocimiento de la realidad histórica, avanzan en la no fácil tarea de sustituir viejos conceptos formales de supuesto valor universal por categorías de alcance más limitado, pero sin duda de mayor significación

científica y en la práctica más útiles para entender y contribuir a librar a nuestros pueblos del atraso y el subdesarrollo.

Ahora bien, hasta hace pocos años entrañó un indudable avance tratar de ver los problemas del desarrollo latinoamericano en una perspectiva de conjunto. Necesitábamos conocer mejor lo que había de común y a la vez de diverso en nuestras economías, y para ello resultaba en cierto modo obligado tomar el subcontinente en su totalidad, incluso porque ya había —aunque casi siempre de corte monográfico— numerosos estudios al menos sobre cada uno de los países principales de la región. Pero a medida que se avanza en el estudio del capitalismo latinoamericano, va siendo indispensable volver sobre ciertas cuestiones fundamentales a otros niveles. Se requieren estudios más concretos y más rigurosos, así como trabajar sobre períodos más cortos, sin perjuicio de que cada uno de ellos se vea como parte de una etapa histórica más amplia, como por ejemplo, la etapa actual del imperialismo. Porque nos sucede algo que es sintomático: si bien todos tenemos una conciencia cada vez más clara acerca de que vivimos bajo el capitalismo y de que la presencia de este sistema tiene que ver decisivamente con el fenómeno del subdesarrollo, nuestros estudios dejan todavía con frecuencia la impresión de un capitalismo —permítaseme la expresión— abstracto, libresco, cuyas modalidades parecen corresponder más a ciertos esquemas elementales que a la compleja realidad histórica que las condiciona. Y aunque cada vez consideramos también más obvio que es preciso ahondar en el estudio de cada etapa del proceso capitalista y que no basta hablar convencionalmente de crecimiento «hacia afuera» y «hacia adentro» o de centrar nuestra atención en los cambios que experimenta la inversión extranjera o siquiera el fenómeno más complejo y profundo de la dependencia, si no se traba estrechamente con el curso en verdad sinuoso de la acumulación de capital y la estructura de clases que emerge y el que a la vez condiciona al capitalismo del subdesarrollo. Y acaso esa actitud contribuya a explicar que, pese a que concretamente en el último siglo, Latinoamérica ha vivido en el marco, alrededor y bajo la influencia del capitalismo monopolista por desgracia son todavía muy pocos los estudios

socioeconómicos que al menos se percatan de este hecho histórico fundamental.

En fin, creo que también nos haría mucho bien ser más modestos, ocuparnos de cuestiones más concretas y someter a la crítica y la autocrítica nuestras formulaciones, convencidos de que a menudo no son aún tesis probadas sino más bien hipótesis iniciales, que, entre otras cosas, reclaman ser puestas a prueba frente a la realidad. Es cierto que parece más atractivo y vistoso hablar de los problemas latinoamericanos en general que ahondar en el estudio de problemas más concretos, digamos de alcance nacional y a veces aún más restringido. Pero si en la presente etapa queremos hacer incluso contribuciones teóricas de cierta significación, si queremos lograr mayor precisión en nuestro análisis y reapreciar autocríticamente nuestras posiciones, si queremos elevar el nivel de la abstracción y enriquecer la hipótesis con que hemos venido trabajando, debemos volver a la realidad concreta, a las condiciones específicas, que el capitalismo adopta en cada uno de nuestros países, y sin dejar, desde luego, de prestar atención a cuestiones más generales y a aspectos de la teoría que nunca debiéramos descuidar, a partir de una estrecha relación entre teoría y práctica podemos aspirar a un conocimiento más preciso, más riguroso y que, independientemente de su mayor valor académico, sea una base más sólida para avanzar en el proceso político y para fortalecer la lucha revolucionara.

¿Qué tipo de cuestiones podríamos tener especialmente en cuenta para avanzar en nuestro trabajo de investigación?

1. La primera podría consistir en la convicción de que los problemas básicos del desarrollo y el subdesarrollo son estructurales, afectan las relaciones mismas de producción y se desenvuelven más allá de las fronteras de la ciencia social burguesa y, específicamente, del cuerpo de análisis micro y macroestático de la economía neoclásica y keynesiana todavía en boga en las universidades latinoamericanas.

2. El vasto y complejo marco en que tales problemas se plantean ayuda a comprender por qué, desde luego, los mismos no pueden ser debidamente examinados en planos puramente empíricos, sino necesariamente integrados en un análisis teóri-

co riguroso que sustituya los viejos conceptos formales de la ciencia convencional por categorías históricas que expresen y ayuden a situar los fenómenos reales de mayor importancia.

3. A partir del momento en que el desarrollo y el subdesarrollo se conciben dialécticamente, o sea, como dos caras contrapuestas de un mismo proceso histórico, estamos en condiciones de poder comprender el papel contradictorio que el capitalismo ha jugado en la historia moderna y, más específicamente, los factores que originan y mantienen el subdesarrollo. Desde luego; para lograr tal cosa es menester prescindir de los modelos y esquemas convencionales y reformular las relaciones analíticas sobre las que descansan, introduciendo nuevas y más significativas variables y, sobre todo, incorporando al centro del análisis los factores propiamente estructurales que la ciencia burguesa deja de lado, subestima y coloca más allá de sus fronteras.

4. A nuestro juicio sólo en esa perspectiva es posible descubrir los hilos conductores del proceso económico y, por consiguiente, las relaciones y contradicciones fundamentales que nos expliquen por qué nuestros países son lo que son. En la práctica por desgracia, aun en la propia izquierda caemos a veces en posiciones endebles y unidimensionales. Es decir, si bien se habla de contradicciones de todo orden y a menudo se sugiere en forma un tanto mecánica que tienden a agudizarse, lo cierto es que con frecuencia no se sabe con precisión en qué consisten ni por qué se intensifican o agravan. De nuevo cabría decir que sólo conociendo a fondo la realidad podremos saber de qué contradicciones se trata, cuál es su origen y su alcance, cuáles son realmente antagónicas y cuáles no, y cuáles, en fin, aun siendo secundarias, bajo ciertas circunstancias o en ciertos momentos de la lucha de clases pueden adquirir enorme importancia y aun determinar cambios profundos e inesperados.

5. Ahora bien, ¿cómo auxiliarnos para trabajar sobre esas contradicciones, sea a partir de ciertas hipótesis o a veces prescindiendo de ellas y tratando de descubrir del examen directo de determinados aspectos del proceso elementos que permitan llegar a conclusiones iniciales más o menos burdas, susceptibles, claro está, de modificarse y enriquecerse más

adelante? Yo diría que debiéramos tener presente la conveniencia de utilizar al máximo la información disponible, no sólo la información estadística —como ocurre en muchas monografías— sino toda aquélla que incluso pueda ayudar a ponderar mejor, a reagrupar y aun a corregir las fallas de los datos numéricos existentes.

Con frecuencia acontece que fenómenos que son captados fragmentaria y parcialmente por la estadística, se tienden a estudiar sólo desde esa perspectiva angosta e insuficiente, lo que implica hacer caso omiso de aspectos fundamentales de los mismos y, no pocas veces, limitarse incluso a repetir lugares comunes, que no dejan de serlo porque se amparen en la autoridad de un cerebro electrónico. Con frecuencia, también, nos encontramos ante situaciones en que se renuncia al examen serio de ciertos hechos porque se carece de cifras que permitan ubicarlos adecuadamente. En nuestra época tiende a menudo, explicablemente, a exagerarse el valor de los números; bajo la influencia de los avances de la matemática, de la física y en general de las ciencias exactas, y en nuestro campo profesional de la economía neoclásica y los modelos econométricos, ha aflorado una tendencia al cuantitativismo que, en posiciones tan rígidas —y para la ciencia social inaceptables— como aquéllas que Marx y Engels criticaban hace un siglo, aun en mayor medida que entonces pretenden dar a los datos estadísticos un valor casi mágico, llegando incluso a postularse que lo que no puede medirse no interesa a la ciencia económica.

¿Cómo caer en actitudes tan fetichistas, sobre todo en países en que como todos sabemos las cifras suelen adulterarse, en donde a veces no sólo no intentan reflejar la realidad sino tergiversarla y cuando a menudo están más cargadas de contenido ideológico que las palabras?

Naturalmente sería deseable contar con buenos registros estadísticos que no sólo se refieran a cuestiones de interés para la ciencia social burguesa sino que sirvieran para otros tipos de análisis hechos desde posiciones críticas. Pero disponiendo o no de ellos, la ciencia social y en particular la teoría del desarrollo tienen que ir más lejos, calar más hondo, y frecuentemente empezar donde la estadística oficial termina.

Siempre que un estudio pueda enriquecerse con datos numéricos precisos que ayuden a conocer mejor el fenómeno de que se trate, debiéramos recurrir a ellos y utilizarlos al máximo. Pero de allí a caer en un cuantitativismo unilateral y a confundir la precisión de los números con el rigor del análisis científico, hay una gran distancia que debiéramos tener siempre presente. Para comprender mejor lo que decimos, acaso bastaría recordar que las principales contribuciones teóricas en el campo de la economía y aun los estudios sociales más serios hechos hasta ahora, no son, por cierto, aquéllos en que se ha hecho gala de un mayor y más vistoso despliegue matemático. Ni la obra de los clásicos, ni la de Marx y Engels, ni los trabajos de Lenin y la mayor parte de los más destacados economistas modernos, desde Schumpeter hasta Baran, Sweezy o Dobb, se caracterizan porque en ellas se descanse esencialmente en las matemáticas, que por lo demás pueden ser fundamentales en la investigación de ciertos problemas. Y lo mismo podría decirse de los más valiosos estudios que en el campo de la economía, la sociología, la historia o la ciencia política hechos hasta ahora en nuestro país, pues si bien algunos podrían haber sido mejores si sus autores hubiesen contado con la información numérica precisa de que carecieron, sería del todo improcedente y aun injusto dudar de su significación científica.

La verdad es que a menudo los números suelen usarse más que para apoyar en ellos el análisis teórico o la comprobación histórica, para ilustrar, para definir mejor el alcance de ciertos fenómenos, para concretizar, todo lo cual no deja, sobre todo a ciertos niveles, de tener interés y aun importancia. Pero aun en aquellos casos en que el investigador dispone de datos precisos y aun de modernas computadoras a su alcance, al menos en el campo de la ciencia social es imposible prescindir de la abstracción, de la apreciación directa de la realidad y, más de lo que pudiera creerse a primera vista, aun del elemental pero útil método de la prueba y error, a través de aproximaciones sucesivas a los problemas que más nos interesan.

Todo ello, y el no menospreciar lo que otros hacen, puede ayudarnos a avanzar en la comprensión de los problemas que plantea el desarrollo del capitalismo en Latinoamérica. Cuando hablo de lo que otros hacen, sin menospreciar, naturalmen-

te, el trabajo científico que se realiza en Europa y los Estados Unidos, me refiero especialmente a la necesidad de conocer más de cerca los tropiezos y avances de la ciencia social en nuestros propios países; a la necesidad de romper con viejos prejuicios y aun extraños complejos que hasta ahora nos han impedido conocer y estimar en lo que vale el fruto de nuestro propio esfuerzo.

Por estar profundamente convencidos de que son nuestros pueblos, con la experiencia y las enseñanzas que otros puedan aportarles y la contribución de los intelectuales que se entreguen generosamente a su causa, los únicos que pueden atacar con éxito sus más graves problemas, los que en el curso de la lucha política habrán de crear la nueva ciencia social que se requiere para interpretar adecuadamente el proceso latinoamericano, para reescribir su propia historia y abrir el camino de una transformación revolucionaria, por todo ello quisimos empezar el trabajo de nuestro Seminario, examinando varios ensayos de otros tantos autores latinoamericanos. Y creo que al fin de esta primera discusión, el saldo de nuestro esfuerzo es positivo y alentador. Pese a las fallas en que seguramente hemos incurrido y que en otro momento deberemos precisar con cuidado para poder corregir y superar, hemos aprendido cosas nuevas, reflexionando sobre problemas y métodos de análisis distintos a aquéllos con los que habitualmente trabajamos y nos hemos planteado dudas que nos harán meditar más seriamente en nuestros próximos estudios.

Ya hice alusión en páginas previas, siguiendo el esquema analítico del libro que comentamos, al fenómeno de la dependencia. Antes de concluir quisiera volver sobre el tema, pero ahora fundamentalmente con el objeto de tratar de demostrar la necesidad de insertarlo en el proceso capitalista y, por consiguiente, en la teoría y práctica del imperialismo. Sólo así, a nuestro juicio, se puede ubicar en forma certera, sin caer por un lado en el error de verlo aisladamente y darle un peso desmedido, o, por el otro, de menospreciarlo o considerarlo una cuestión secundaria y meramente superestructural, capaz de superarse —como en forma demagógica lo postula la burguesía y románticamente lo sueña la pequeña burguesía— mediante

medidas puramente reformistas, y en el seno del sistema social que la engendra.

A menudo he recordado a varios ilustres latinoamericanos, desde el cubano y universal José Martí y el historiador chileno Francisco Encina, hasta Ugarte, Ingenieros, Mariátegui, Mella, Bassols, quienes mucho antes de que la dependencia se convirtiera en el centro de una supuesta teoría sobre el tema se ocuparon de ella y comprendieron su significación. Esta vez me limitaré a recordar el lugar que ocupa en la teoría leninista del imperialismo, pues no faltan quienes, aun reconociendo su importancia para situar correctamente el fenómeno del atraso, se refieren a ella con vacilaciones y parecen creer que su significación en la ciencia social es simplemente fruto de la inquietud de ciertos pensadores heterodoxos, sin reparar en que se trata de una cuestión fundamental en el más ortodoxo análisis marxista-leninista. Marx y Engels hacen ya apreciaciones de gran interés sobre el tema tanto en sus planteamientos relativos a la ley del desarrollo desigual como a la internacionalización o desnacionalización de la industria que resulta del desarrollo del mercado mundial y de la creciente concentración del capital que caracteriza los últimos años de la fase premonopolista. Pero lo que aquí quiero destacar son algunos pasajes de la obra de Lenin, que seguramente nos ayudarán a comprender mejor el origen del subdesarrollo, y que sin duda comprueban que fue uno de los primeros marxistas interesados seriamente en explicar el fenómeno de la dependencia.

Ya en 1908 y 1909, al ocuparse del colonialismo y de las formas que éste asume en la India e incluso en China y Persia; de la guerra de los *boers* y de los países de los balcanes, Lenin distingue los pueblos «tutelados» de los «formalmente independientes». Unos años más tarde, en 1914, en su defensa del derecho de los pueblos pequeños a la «autodeterminación», critica a Rosa Luxemburgo por confundir la ausencia de ésta y, por tanto, el alcance de la lucha por reivindicarla, con la «dependencia económica». Y para subrayar significación a la diferente naturaleza de ésta, comenta:

> "No sólo los pequeños Estados sino también Rusia, por ejemplo, dependen por entero en el sentido económico, del poderío

del capital financiero imperialista de los países burgueses «ricos».[2]

En *El socialismo y la guerra*, escrito a mediados de 1915, señala con precisión cómo las seis principales potencias capitalistas se han apoderado y dominan a gran parte del mundo. Y en los mismos días escribe:

> "El capital se ha hecho internacional y monopolista. El mundo está repartido entre un puñado de grandes potencias, es decir, de potencias que prosperan con el gran saqueo y con la opresión de las naciones. Así está organizado, en la época del desarrollo superior del capitalismo, el despojo de cerca de mil millones de habitantes de la tierra por un puñado de grandes potencias. Bajo el capitalismo —añade— no puede existir otro tipo de organización...".[3]

A lo largo de 1915 y 1916, o sea en la etapa en que realiza los estudios que culminan en su ensayo *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Lenin se ocupa frecuentemente de la dependencia y ve en "la explotación de unos países por otros [no un rasgo secundario sino] una grave contradicción de la fase imperialista". Incluso critica a Kautsky y a quienes conciben un capitalismo "sano" y "pacífico", libre de tal explotación y le "*contraponen* el saqueo financiero, los monopolios bancarios, las componendas de los bancos con el poder estatal, la opresión colonial, etc.; *contraponen* esto como se contrapone lo normal a lo anormal, lo deseable a lo indeseable, lo progresista a lo revolucionario, lo esencial a lo casual...".

> "Se trata —dice— de un nuevo proudhonismo. El viejo proudhonismo sobre una base nueva y en nueva forma. Reformismo pequeño burgués: en favor de un capitalismo limpio, acicalado, moderado y pulcro".[4]

[2] *Obras completas*, Tomo 15, p. 233 y tomo 21, p. 319.
[3] *Ibid.*, tomo 22, pp. 447-448.
[4] *Ibid.*, tomo 43, p. 103.

En uno de sus *Cuadernos sobre el imperialismo*, al recordar la importancia que en esta etapa histórica adquieren las exportaciones de capital a los países independientes y a las colonias y "países financieramente dependientes", objeta de nuevo a Kautsky por no advertir el papel y la inevitabilidad de estos últimos.

> Aun suponiendo, comenta, que aquéllas sean mayores. "¿Demuestra esto que son «innecesarias» las colonias y las redes de dependencia FINANCIERA? No, pues (1) incluso con relación a los países independientes (tomando el conjunto de las exportaciones) aumenta la parte que corresponde a los cárteles, trusts, el dumping...; (4) "El beneficio extra proveniente de las ventas privilegiadas y de monopolio compensa el escaso beneficio de las ventas 'normales'...". (6) "La elevada técnica de la industria concentrada y la 'elevada técnica'... de la opresión del capital financiero están inseparablemente enlazadas bajo el capitalismo. K. Kautsky quiere destruir estos lazos, 'embellecer' el capitalismo, tomar lo bueno y arrojar lo malo...". En resumen, "el capital financiero... no es una excrecencia accidental del capitalismo, sino continuación y producto suyo, imposible de desarraigar...". Y entre sus rasgos principales, aparte de los bienes conocidos, destaca "una red financiera de vínculos y dependencias...".[5]

Lo que claramente demuestra que Lenin considera a ésta como consustancial al imperialismo.

En trabajos posteriores es aún más explícito:

> "El capital financiero —dice citando a Hilferding— no quiere la libertad, sino la dominación". "La época imperialista —observa en el mismo ensayo— transformó a todas las 'grandes' potencias en opresores de una serie de naciones...".

Y en un estudio posterior va aún más lejos y afirma:

> "... el imperialismo es la explotación de cientos de millones de seres de las naciones dependientes por un puñado de naciones ricas...".

[5] *Ibid.*, pp. 183-185.

Es tan importante la dependencia en la configuración del poder monopolista de la oligarquía financiera que, en otro pasaje, Lenin caracteriza a ésta como

> "una oligarquía financiera que tiende una espesa red de relaciones de dependencia sobre todas las instituciones económicas y políticas de la sociedad burguesa contemporánea sin excepción: tal es —subraya— la manifestación más notable de este monopolio".

Lo que en más de un sentido permitiría hablar —como lo he sugerido en otro estudio— no sólo de un régimen de competencia sino de una dependencia propiamente monopolista.[6] Desde otra perspectiva, apunta:

> ".... es necesario hacer notar que el capital financiero y su política exterior, que es la lucha de las grandes potencias por el reparto económico y político del mundo, originan diversas formas *transitorias* de dependencia estatal. No sólo existen los dos grupos fundamentales de países —los que poseen colonias y las colonias—, sino también es característico de la época las formas variadas de países dependientes que desde un punto de vista formal son políticamente independientes, pero que en realidad se hallan envueltos en las redes de la dependencia financiera y diplomática".[7]

Como seguramente se habrá observado a juzgar por los variados términos que emplea para referirse a ellos, Lenin no da a la dependencia ni a los países que la padecen un alcance uniforme. A veces habla de naciones dominantes y dominadas, opresoras y oprimidas, ricas y pobres, poderosas y débiles, avanzadas y atrasadas, civilizadas y «semicivilizadas», altamente desarrolladas y no desarrolladas. Cuando alude claramente a países independientes y dependientes, califica a ambos de diversas maneras. A los primeros suele referirse como países formalmente independientes, económica o financieramente in-

[6] "El capitalismo del subdesarrollo", en *Mercado interno y acumulación de capital*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1974.

[7] V. I. Lenin, *op. cit.*, tomo 23, pp. 383, 384, 421 y 480 y tomo 20, p. 252.

dependientes, políticamente independientes, realmente independientes. En cuanto a los segundos, o los llama a secas *dependientes*, o los considera económica o financieramente dependientes, y a veces diplomática y militarmente dependientes. En ocasiones considera en conjunto las diversas manifestaciones de la dependencia, como por ejemplo, en su famoso ensayo *El imperialismo*, en el que divide a las «naciones atrasadas» en coloniales y «financieramente dependientes», y califica a éstas como un «engaño» de las potencias imperialistas,

> "las cuales, con apariencia de Estados políticamente independientes, crean Estados que son totalmente dependientes de ellas en el sentido económico, financiero y militar".

Lo que lo lleva a pensar que

> "en la situación internacional presente no hay para las naciones dependientes y débiles otra salvación que una unión de repúblicas soviéticas."[8]

En otras palabras, Lenin comprende sin lugar a dudas que las naciones dependientes no podrán liberarse económicamente bajo el capitalismo, pues como dice, refiriéndose concretamente a las colonias:

> "No es posible arrancarlas de la dependencia del capital financiero...".[9]

Y la tesis no sólo es válida y profundamente lógica sino coherente con las bases mismas en que descansa la teoría del imperialismo, pues es el propio Lenin quien con mayor penetración subraya el hecho, cuyo rango es el de una ley del desarrollo capitalista, de que la desigualdad tiende a acentuarse como nunca antes bajo el imperialismo, lo que implica la creciente dominación y dependencia. En efecto, no es casual que la primera guerra traiga consigo la "Reducción del número de

[8] *Ibid.*, tomo 23, pp. 207 y 296.
[9] *Ibid.*, tomo 23, p. 458.

Estados que son potencias mundiales [y], aumento del número de Estados débiles, dependientes, que son saqueados y repartidos", [pues] "no sólo los países coloniales y derrotados han pasado a un estado de dependencia...". Y, recogiendo la opinión de un dirigente comunista alemán según la cual: "hoy quedan sólo dos potencias en el mundo que pueden actuar independientemente: Inglaterra y Norteamérica", Lenin señala:

> "Pero en lo financiero solo Norteamérica es absolutamente independiente".[10]

Lo que, de paso, deja ver claramente que Lenin no circunscribe la dependencia a los países económicamente atrasados, lejos de ello advierte que tal condición puede afectar a países capitalistas con muy diversos grados de desarrollo. Lo que le permite comprender el fenómeno de la dependencia es su conocimiento profundo del capitalismo y el imperialismo. A menudo repara en la "extrema desproporción en el ritmo de crecimiento de los distintos países", y advierte que

> "la desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo...", una ley cuya influencia se intensifica debido a que "El capital financiero y los trusts no atenúan, sino que acentúan las diferencias en el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial...".[11]

En resumen, el fenómeno de la dependencia no sólo no es extraño a la teoría leninista del imperialismo sino que forma parte, orgánicamente, de ella. Y si bien Lenin centra su atención en el funcionamiento de los países altamente desarrollados del sistema, ofrece numerosos elementos que explican o al

[10] *Ibid.*, tomo 33, pp. 327, 342 y 343.

[11] *Ibid.*, tomo 22, p. 448 y tomo 23, pp. 394-395. "... el capitalismo se desarrolla en forma desigual, y la realidad objetiva nos muestra, junto a naciones capitalistas altamente desarrolladas, una serie de naciones económicamente poco desarrolladas o no totalmente desarrolladas...". Hablar, por lo tanto, de la "libertad económica de todas las naciones... es un engaño", una "hipocresía repugnante". *Ibid.*, tomo 25, pp. 62 y 201.

menos contribuyen a entender mejor los problemas básicos de los países atrasados. Tal ocurre, en particular, con sus observaciones sobre la dependencia, cuestión sobre la cual nos entrega algunas tesis fundamentales todavía vigentes y que sin duda han auxiliado y seguirán sirviendo a quienes tratan de explicar el subdesarrollo desde la perspectiva del materialismo dialéctico e histórico. En efecto, Lenin opone a la utopía burguesa de la igualdad de las naciones bajo el capitalismo, la desigualdad, el enfrentamiento de países dominantes y dominados y la explotación de éstos por el capital financiero de aquéllos, además, desde luego, del propio. Comprende que la dependencia no es sino la otra cara de la dominación imperialista y que, como aquélla, persistirá mientras haya capitalismo. Advierte con claridad que la dependencia es un fenómeno complejo en que suele entrelazarse la subordinación económica, política y militar. Se da cuenta de que la dependencia tenderá a agudizarse en la fase imperialista y de que si bien el capital monopolista acelerará el desarrollo del capitalismo, lo hará a costa de una creciente inestabilidad, del agravamiento de las contradicciones del sistema y acentuando la desigualdad, al no poder destruir, siquiera a la manera del capitalismo clásico, las formas de producción más atrasadas.[12]

Comprende que una lucha democrática consecuente y que se desenvuelva en el marco de una estrategia revolucionaria tiene un contenido antiimperialista, pues acentúa las contradicciones capitalistas; pero al mismo tiempo y con no menor lucidez, subraya que el reformismo es incluso una forma de dependencia política e ideológica. Y no admitiendo la contemporización con el enemigo postula:

> "Estamos libres de la dependencia imperialista y hemos levantado ante el mundo entero la bandera de la lucha por el derrocamiento completo del imperialismo".[13]

[12] "El capitalismo financiero —observa Lenin a este respecto— no liquida las formas inferiores (menos desarrolladas, atrasadas) del capitalismo, sino que emerge de ellas, sobre ellas...". *Obras completas*, tomo 43, p. 184.

[13] *Ibid.*, tomo 29, p. 385.

Su profunda comprensión de la dinámica del capitalismo, su convicción de que el motor del proceso histórico en la época imperialista será la agudización de las contradicciones más graves del sistema y no el intento de suavizarlas; su correcto enfrentamiento a esas contradicciones y el manejo riguroso de la ley del desarrollo desigual, todo ello permite a Lenin descubrir las causas que determinan la relación entre las naciones, la dominación de unas por otras y la posibilidad, demostrada plenamente por la Revolución de Octubre, de que la creciente desigualdad y las contradicciones que tal desarrollo engendra o agudiza, determinen que uno o varios países puedan romper con el sistema y abrir el camino del socialismo y la independencia nacional.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN AMERICA LATINA

Desde fines de los años sesenta Latinoamérica sufre una profunda crisis. Quienes piensan que ésta es fundamentalmente económica y que se expresa tan sólo en un descenso cíclico de la producción, quizá dirían que se produce más bien entre 1974 y 1976, y que en todo caso, a partir de entonces se da una recuperación lenta y desigual. Pero el fenómeno tiene sin duda mayor alcance y más larga duración.

En la Cuarta Evaluación de la Estrategia Internacional del Desarrollo (EID), hecha en Bolivia a mediados de 1979, la CEPAL concluye que los conceptos fundamentales expresados en evaluaciones anteriores y concretamente en la realizada en Guatemala en 1977,

> "[....] adquieren hoy aún mayor vigencia", [...] pues el sistema productivo se ha seguido mostrando incapaz de dar respuesta y solución a acuciantes problemas como los de la pobreza masiva, el creciente desempleo, la insuficiencia de servicios sociales básicos y la escasa participación de los estratos mayoritarios de la población en la vida económica y social de sus países". La propia CEPAL hace notar la "obstinada permanencia" y el deprimento de serios problemas, "[...] especialmente en aspectos como la concentración del ingreso, la polarización del consumo, la subutilización de la fuerza de trabajo y las situaciones de pobreza.[1]

[1] CEPAL, Naciones Unidas. Evaluación de la ciudad de La Paz. Resolución 388 (XVIII), Cuarta Evaluación de la EID, mayo 1979, pp. 2 y 3.

SIGNOS DE LA CRISIS ECONOMICA

El rasgo más característico de la economía latinoamericana en los años setenta es la *inestabilidad*. Si bien a principios del decenio la tasa de crecimiento de algunos países es relativamente alta —de 6.5% a 8% y sustancialmente más elevada en Brasil—, a mediados del mismo se produce un severo receso que pone fin al «milagro brasileño» y deja ver la debilidad incluso de países que, como México, habían mostrado hasta entonces mayor estabilidad. Y aunque a partir de 1976-1977 se inicia la recuperación, ésta se desenvuelve lenta e irregularmente y no desenlaza en un crecimiento económico firme y generalizado en toda la región.

Las altas tasas de desarrollo de los primeros años de la década se asocian y apoyan en el rápido aumento y la diversificación de las exportaciones así como en la mejoría de la relación de intercambio, lo que propicia cuantiosas importaciones de bienes de producción y un alto coeficiente de inversión que se financia en gran parte con recursos internos. Desde 1974 la situación cambia: disminuye la demanda externa y se vuelven desfavorables los términos de intercambio sobre todo para los países que no son exportadores de petróleo, y aun en aquéllos donde la situación parecía más sólida se interrumpe o decae sensiblemente el crecimiento, se contrae la inversión privada, se agrava el desempleo, se acentúa la inestabilidad monetaria y los desequilibrios financieros internos y de balanza de pagos, que como nunca antes se acompañan con un aumento desmedido de la deuda exterior y una elevación de los precios que año por año deja atrás las revisiones gubernamentales, lo que por sí sólo exhibe la verdadera dimensión de la crisis.

Si se repara más de cerca en ciertos indicadores se aprecia lo siguiente:

— Las tasas de crecimiento de la producción y del ingreso difieren sensiblemente de un país a otro y son, en general, insuficientes. En los años más difíciles, apenas de 1.5%-2% a 4% - 5%, y en ciertos momentos aun negativas, como las que se registran en Chile y Argentina en 1975-1976. Con frecuencia, además, están fundamentalmente determinadas por la rápida

expansión de algún sector cuyas condiciones son más favorables: el petróleo, ciertos minerales o productos agropecuarios, y a veces algunas ramas de la industria.

— En conjunto, el crecimiento de 6% anual del PIB previsto para la década no logra alcanzar y romper las metas de 3.5% para el ingreso por habitante y de 8% y 4%, respectivamente, para el producto industrial y agrícola. Con todo, la industrialización se intensifica, cobrando impulso la producción de bienes intermedios, de consumo duradero y de capital, aunque los programas de desarrollo tropiezan con múltiples obstáculos y no se realizan al ritmo esperado, y la presencia de las empresas transnacionales se vuelve un serio obstáculo para que el desarrollo responda a los intereses nacionales de cada país.

— Las tasas de inversión tienden a elevarse, pasando en varios casos del 20% y excepcionalmente aun del 25% del producto interno bruto. Lo primero se observa en Brasil y en menor medida en México y Argentina, y el mayor aumento se da en Venezuela, donde los altos precios del petróleo permiten obtener ingresos que hacen posible elevar sustancialmente la inversión. El peso de la crisis, no obstante, se expresa entre otros en el hecho de que aún en los países en donde se alcanzan altas tasas de inversión, el crecimiento económico suele ser lento debido a que simultáneamente se eleva, y a menudo aun con mayor rapidez, la relación capital-producto. El caso de México es sin duda revelador, pues si bien en 1975-1977 la tasa de inversión permanece a un nivel relativamente alto —de 21% - 22%— el producto interno bruto sólo crece entre 1.8 y 4.3%.

— Las bajas tasas de crecimiento económico se expresan en el mercado de trabajo en altos niveles de desempleo y subempleo. Hechos los ajustes necesarios, probablemente de 25% a 35% de la fuerza de trabajo total permanece inactiva, lo que, junto a ser una obvia manifestación de la crisis es también un indicador de la medida en que el desempleo se utiliza para mantener un bajo nivel de salarios y altas tasas de explotación que faciliten la salida a dicha crisis.

— En general, tanto en los países con más altos coeficientes de inversión y más rápidos ritmos de crecimiento como en los que ostentan una baja inversión y una lenta expansión, los

recursos internos cubren solamente entre el 85% y el 95% de financiamiento pese a que con frecuencia se complementa el «ahorro interno» con una rápida expansión de la circulación monetaria y del crédito. El resto se financia con deudas externas, que especialmente en Brasil y México alcanzan cifras enormes. Se estima que la deuda brasileña se acerca a los 50 mil millones de dólares, en tanto que la de México probablemente alcanza unos 37 mil millones, de los que 30 mil corresponden al Estado y el resto a la empresa privada. Pero la deuda exterior es también relativamente grande en Chile, Argentina, Colombia, Nicaragua y otros países.

— Con frecuencia se atribuye el enorme endeudamiento —que hoy se calcula en 160 mil millones de dólares— al saldo desfavorable de la balanza de pagos, el que a su vez se hace derivar de las dificultades para aumentar las exportaciones y modificar su estructura, de la rigidez de las importaciones y de las crecidas sumas que anualmente reclaman, por concepto de dividendos y pagos de capital e intereses, la inversión privada directa y los préstamos del exterior. Aquí también, el déficit de Brasil y México es especialmente grande, pudiendo en ambos casos advertirse el peso cada vez mayor de la cuenta de servicios debido a las fuertes remisiones de fondos al extranjero, y a que las devaluaciones no elevan grandemente la exportación ni mejoran la capacidad competitiva, sobre todo cuando la productividad es muy baja y la inflación se encarga de encarecer de inmediato lo que las devaluaciones intentaban abaratar. Entrañan tal carga esas remisiones —que a menudo reclaman el 35% y más de los ingresos procedentes de la exportación—, que en el presente año se estima que para Brasil representarán cerca de 8 mil millones de dólares y de 4 a 5 mil millones para México.

— Aun en países en los que la deuda exterior contribuye a suavizar la presión sobre los recursos financieros internos, los precios aumentan rápidamente y las presiones inflacionarias son muy severas, lo que sin duda obedece a desajustes reales —no solamente monetarios— muy profundos. Argentina, por ejemplo, pese a su sólida base productiva de alimentos, en los últimos tres años sufre una inflación anual —precios al consumidor— del orden de 160% a 175%. En Chile, el alza es

también espectacular. En Uruguay y Perú, la inflación supera en ciertos años la marca del 50%, y en Brasil se intensifica sobre todo después de 1973, hasta alcanzar un nivel similar. Incluso en países como Colombia, México y en menor grado Venezuela, la inflación se acentúa en 1977, pero aún después sigue siendo bastante severa, y en 1980 parece cobrar nuevo impulso.

— La inflación no afecta a todos por igual ni se da solamente en los países y en los momentos en que la producción crece de prisa. Con variantes que no dejan de ser significativas se aprecia en todas partes y contribuye sin duda a volver cada vez más desigual e injusta la distribución del ingreso. El alto consumo de la burguesía y sobre todo de la oligarquía y aun de ciertos sectores de las capas medias, y el insuficiente poder de compra de las masas acentúan las deformaciones del sistema socioeconómico, lo que se agrava bajo la influencia de la crisis y de la propia política anticíclica, sobre todo cuando adopta el carácter de una política de «austeridad». La CEPAL reconoce que

> "con frecuencia el peso mayor de las medidas y estrategias de recuperación económica recae sobre los estratos más pobres e impotentes de la población nacional, a través de salarios reales declinantes, de pérdidas relativas de ingreso, de disminución en la calidad y cantidad de los consumos, de creciente desempleo y subempleo, y de reducciones marcadas en el gasto público dedicado a educación, salud y otros sociales [...]".[2]

— Bajo la crisis se acentúa la desigualdad del desarrollo y se vuelve más inequitativo el reparto del ingreso y de toda la riqueza social. En efecto, la producción y el capital se concentran cada vez más en unos cuantos centenares de grandes consorcios monopolistas, que con frecuencia son filiales o empresas subsidiarias de gigantescas corporaciones transnacionales, que lejos de venir a Latinoamérica con el ánimo de contribuir a acelerar su desarrollo, lo que buscan son bajos salarios, protección arancelaria, amplias facilidades y políticas complacientes que se traduzcan en altas tasas de explotación y de ganancia, que les permitan contrarrestar las condiciones menos favorables en que operan en sus países de origen.

[2] *Ibid.*, p. 3.

Pero en la medida en que el capital monopolista nacional y extranjero finca su desarrollo y sus baterías anticíclicas en el mantenimiento de altas tasas de explotación de los trabajadores más productivos, los obstáculos se vuelven más difíciles de superar, las deformaciones más graves se acentúan, la contradicción fundamental del capitalismo latinoamericano se intensifica, la recuperación cíclica resulta débil y efímera y la crisis sigue presente no sólo como crisis económica, sino como crisis global de un sistema incapaz de resolver sus contradicciones más profundas.

LA CRISIS IDEOLOGICA Y POLITICA

Si la crisis económica adopta con frecuencia modalidades diferentes en cada país, la crisis política exhibe casi siempre una mayor especificidad, que se explica porque en ella suelen sintetizarse múltiples contradicciones. A la vez, sin embargo, aun los problemas aparentemente privativos de ciertos países tienen un alcance mayor y dejan ver fallas propias del capitalismo, y en particular del capitalismo latinoamericano. La crisis política de América Latina es, en tal virtud, un aspecto de la crisis general del sistema en una fase muy avanzada de su desarrollo.

¿Cuándo empieza a gestarse esa crisis? Probablemente a principios de los años sesenta. La Revolución Cubana demuestra que no hay destinos manifiestos ni fatalidades geográficas, y que, dadas ciertas condiciones, nuestros pueblos pueden enfrentarse con éxito incluso a sus enemigos más poderosos. Tras ella se lanzan otros pueblos y se aviva la lucha armada incluso en países y circunstancias en que las condiciones para el empleo de tales medios no eran acaso propicias. Pero la violencia del enfrentamiento deja ver, por sí sola, la intensidad de la crisis.

Cuando el imperialismo advierte el peligro revolucionario, responde con la Alianza para el Progreso, o sea, con un programa reformista en el que tras constantes evasivas, ante el temor de que el ejemplo de Cuba se propague, acepta contribuir con algunos fondos al desarrollo latinoamericano. El plan no es, ciertamente, ambicioso. Las reformas que propone son ambiguas y en la práctica se supeditan de hecho al acuerdo de los

propios posibles afectados. Y las nuevas consignas democratizantes no excluyen las posiciones más reaccionarias, como lo demuestra el que apenas a un mes de anunciarse la *Alpro*, los Estados Unidos lancen contra Cuba la invasión mercenaria de Playa Girón, y el que pese a ser la víctima, la VIII Conferencia de Cancilleres de la OEA la expulse del sistema interamericano.

Con todo, el estímulo que entraña la Revolución Cubana, el descontento frente a la difícil situación económica y el impulso que recibe el movimiento de masas en los países en donde se intenta lograr ciertos cambios por vías democráticas, intensifican la lucha de clases y modifican favorablemente la correlación de fuerzas. Pero la burguesía y el imperialismo siguen de cerca lo que ocurre y se preparan para hacerle frente. En 1964, cuando el régimen constitucional de Goulart parece abrir una prometedora perspectiva democrática, el ejército lanza un golpe sorpresivo y lo derrota. En ese mismo año cae también el gobierno progresista de Guyana, y cuando el pueblo dominicano reclama el cumplimiento de la Constitución a partir de un movimiento antimperialista que conquista prestigio día a día, los Estados Unidos, como en los viejos tiempos del «gran garrote», desembarcan en Santo Domingo millares de infantes de marina y reinstalan la dictadura.

En 1968 se fortalece la lucha nacionalista en Panamá y triunfa un gobierno democrático en Perú. Dos años después, Allende llega a la presidencia en Chile pese a todo lo que se hace por impedirlo, y en 1972 toma el poder en Ecuador un gobierno militar que llama a defender la soberanía nacional y los recursos naturales del país. Casi simultáneamente, la lucha popular se refuerza desde Uruguay, Argentina y Bolivia en el Sur, hasta Venezuela, Jamaica y Trinidad Tobago en el Caribe.

Pero la respuesta de las oligarquías latinoamericanas y del imperialismo no se hace esperar. Aun la democracia burguesa que en otros tiempos contribuyó a acelerar el desarrollo del sistema, resulta ya inviable. Enarbolar la Constitución y gobernar con ella en la mano se vuelve peligroso y hasta subversivo. La clase en el poder no tolera el cambio, y para preservar el orden establecido recurre a la violencia y rompe una y otra vez su propia, precaria legalidad. Especialmente cuando la crisis económica se agrava, el marco democrático se angosta y aun

desaparece. Son bien conocidas las dramáticas experiencias de Chile, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador y otros países, y desde luego la vieja y larga historia de atropellos, dictaduras y violencia en Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Colombia y Haití. Al intento de sentar las bases de un desarrollo democrático y progresista se responde con un golpe de estado tras otro. Al ejercicio de los derechos y las libertades democrácticas se contesta con la arbitrariedad, la represión, la cárcel y aun el asesinato.

Si hay un signo inconfundible de la profunda crisis política que vive América Latina, él es precisamente el desplome de la frágil democracia hasta entonces existente en algunos países y la decisión de la oligarquía y el imperialismo de impedir cualquier intento de las fuerzas populares de avanzar por vías democráticas como acontece en el Chile de la Unidad Popular. Donde la lucha de clases es más intensa y mayor la organización, la conciencia y la fuerza de los trabajadores, las formas legales se tiran por la borda y se recurre abiertamente al fascismo o su equivalente criollo. Y aun años después de implantarse los regímenes militares, incluso el remedo de democracia «*made in Washington*» conocido como «democracia viable», resulta riesgoso e inviable.

Pero el fascismo no es inevitable ni, menos aún, permanente. Donde las fuerzas populares se organizan sobre bases y con una proyección realmente revolucionarias, donde logran consolidarse, unirse y cerrar filas, ganar aliados y enfrentarse con éxito al enemigo: donde, en fin, surge una situación revolucionaria y hay los elementos capaces de convertirla en una revolución victoriosa, como acontece por ejemplo en Nicaragua, el imperialismo no puede fácilmente cerrar el paso a la historia. Lo que revela que la crisis política, que en ciertos casos es igual a represión y fascismo, en otros significa revolución, desplome de las viejas tiranías, inicio de una verdadera democracia popular, y cambios profundos en marcha. Inclusive en El Salvador y Guatemala, donde la lucha no adquiere aún el nivel ni la madurez de la Revolución Sandinista, la crisis política adopta nuevas formas, que si bien dejan ver la vivencia reaccionaria de la clase en el poder, también exhiben la creciente organización,

unidad y capacidad del pueblo para defenderse y responder a sus enemigos con brotes de violencia revolucionaria.

Donde la lucha de clases es menos intensa y generalmente no adopta formas extremas, junto a la crisis económica está también presente una crisis política. Pero ésta tiene otro alcance y otras modalidades. Mientras el movimiento obrero y la izquierda son políticamente débiles e incluso no luchan realmente por el poder, la burguesía sólo recurre en forma abierta a la represión y a medios más antidemocráticos e ilegales cuando, así sea momentáneamente, la lucha desborda ciertos marcos. De no ser así se mantiene la legalidad formal, y los conflictos de clase dirimen en planos principalmente económicos e ideológicos. Y si bien la crisis económica y la política no son lo mismo ni automáticamente se convierte una en la otra, entre ambas suele haber muy corta distancia y una relación dialéctica que a menudo se expresa en una interinfluencia que las refuerza mutuamente.

Para aliviar los efectos de la crisis económica y para salir de ella sin lesionar a la burguesía ni al imperialismo, cuando los trabajadores se oponen con firmeza a cargar el peso del reajuste, y aun avanzan hacia el poder, la clase dominante busca el reequilibrio sometiendo incluso militarmente a la fuerza laboral a nuevas y más duras condiciones de explotación. En el fondo ello es también así en los países menos antidemocráticos. Pero en éstos, en vez de implantarse una regimentación propiamente militar se recurre a la violación de los derechos laborales, a la coacción sobre los trabajadores, a la represión selectiva que no excluye actos terroristas aislados, al control vertical de sus sindicatos, al sometimiento a la ideología burguesa, a la corrupción, al desempleo, a la inflación, a la reorganización de la producción con miras a elevar la productividad y la eficiencia y, sobre todo a la imposición de un régimen de salarios, que aun aumentando a veces sustancialmente queden siempre a la zaga de los precios y contribuyan a mantener altas tasas de explotación y de ganancia en beneficio especialmente del capital monopolista y de la oligarquía.

La lucha por mejores condiciones de trabajo y de vida no es pues tan sólo un arma y un hecho de alcance meramente económico. En la medida en que se sustenta en planteos que a

menudo impugnan la ideología burguesa dominante es también un medio de acción y un signo de la crisis ideológica, crisis que por lo demás, se exhibe en el cada vez más serio debate que se desenvuelve en el movimiento obrero, entre estudiantes e intelectuales y en ciertas capas pequeñoburguesas, y en el que a menudo se discuten y replantean cuestiones fundamentales. Y cuando la lucha ideológica rebasa este marco y toma cuerpo en conflictos propiamente políticos entre los trabajadores y los capitalistas, con el imperialismo e incluso en el seno de la clase dominante, adquiere el carácter de una crisis política, que en una u otra medida afecta el funcionamiento del Estado y el sistema de poder.

La creciente internacionalización de la economía latinoamericana y el peso cada vez mayor de las empresas transnacionales en todos los órdenes, aviva con frecuencia la lucha antimperialista y hace de ésta otra importante manifestación de la crisis política. La crisis general del capitalismo y el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado lanza a dichas empresas a nuestros países en busca de mejores condiciones de operación. Pero como estas condiciones entrañan casi siempre la explotación más intensa de hombres y recursos y el drenaje incontenible de fondos hacia el extranjero, aun ciertas fracciones de la burguesía se sienten afectadas por tal política y así sea tímida, titubeantemente y en planos casi siempre verbales, apoyan o al menos dejan manifestarse ciertas demandas nacionalistas y antimperialistas, mientras la oligarquía se subordina abiertamente al imperialismo, sobre todo cuando las luchas populares cobran mayor ímpetu, lesionan sus intereses y apuntan en una dirección políticamente peligrosa. Y el que así proceda no es sorprendente: expresa una subordinación que en rigor caracteriza a las fracciones hegemónicas de la burguesía en la fase imperialista, así como una estrategia del desarrollo que, no importa lo que se diga, de hecho refuerza esa subordinación.

ESTRATEGIA CAPITALISTA DEL DESARROLLO LATINOAMERICANO

Desde los años cuarenta el desarrollo latinoamericano empieza a cobrar creciente importancia en el marco de una industrialización «sustitutiva de importaciones». Lo que ésta persigue es producir interiormente sobre todo los bienes de consumo que hasta entonces se habían importado, y que debido a la expansión del mercado interno y a la concentración de la riqueza y el ingreso en poder de una burguesía en rápido desarrollo se demandaban en volúmenes crecientes. De momento, y en no pocos casos aun tiempo después, se piensa que si el Estado auspicia el desarrollo industrial, Latinoamérica dejará atrás el subdesarrollo y consolidará su independencia económica y política. Industrialización e independencia llegan a ser términos casi equivalentes, y la primera se convierte a la vez en condición de la segunda, aunque en general reclama también una política propicia y la modernización en las actividades primarias y en los servicios, que respectivamente deben proveer a la industria de fuerza de trabajo y de alimentos y materias primas, así como proporcionarle los medios de transporte, las facilidades comerciales y aun los recursos financieros necesarios para su desarrollo.

En atención a todo ello, el Estado pone en marcha una política que aun mostrando explicables diferencias, se caracteriza por el propósito de asegurar a la empresa privada y sobre todo al gran capital las mejores condiciones posibles para su desarrollo, lo que en la práctica significa a menudo: obras de infraestructura baratas y aun gratuitas, generosas concesiones fiscales, abastecimiento de insumos básicos a bajos precios, compras cuantiosas y bien pagadas, libertad o al menos un régimen preferencial de cambios, ayuda crediticia y financiera, subsidios y facilidades a ciertas exportaciones e importaciones y múltiples medidas de protección y estímulo. Especialmente importante es la política seguida en el mercado de trabajo, que contribuye a hacer crecer al proletariado, a movilizar a la fuerza laboral y facilitar su contratación conforme a un régimen de bajos salarios, obstaculizar su organización política

independiente y cuidar que el movimiento obrero no rebase el marco sindical ni una línea reformista y conciliadora.

La industrialización así concebida no deja, sobre todo en cinco o seis de los principales países, de producir consecuencias significativas. Entre otras: crecen apreciablemente las fuerzas productivas, se afirman y extienden las relaciones de producción capitalistas, aumenta la importancia relativa de la industria, se acelera el proceso de urbanización, se modifica la estructura de clases, se consolida el poder burgués y sobre todo una nueva oligarquía monopolista, y en el marco de una cambiante división internacional del trabajo y bajo la influencia creciente de grandes consorcios transnacionales, se reinserta la economía latinoamericana en el mercado y el sistema capitalista mundiales, estrechándose y volviéndose más complejas las relaciones con los países capitalistas avanzados, y diferentes también, aunque no menos graves, las formas y mecanismos de la dependencia, pues muchas de las nuevas y más importantes actividades quedan en poder del capital extranjero.

Pero a medida que la crisis capitalista empieza a agudizar las deformaciones propias del subdesarrollo y las contradicciones inherentes al capitalismo se intensifican, la propia burguesía comienza a impugnar el «modelo» que hasta entonces había defendido con entusiasmo. La política de sustitución de importaciones, paradójicamente, no limita éstas; más bien altera su composición e incluso las hace crecer y las vuelve más inflexibles. Su impacto sobre la balanza de pagos es cada vez más desfavorable, y lejos de aumentar el excedente, lo drena y lleva a endeudarse más y más en el exterior. La creciente dependencia financiera invita a su vez a adoptar una política monetaria y crediticia generalmente restrictiva y de tipo ortodoxo —al gusto del FMI—, inadecuada para movilizar y aprovechar mejor los recursos financieros. Toda esa estrategia resulta desestimulante, implica una protección excesiva e indiscriminada, que al margen de sus efectos socialmente perjudiciales distorsiona el crecimiento del mercado interno, dificulta el desarrollo de las industrias de bienes de capital, conspira contra una creciente productividad y coloca a la producción nacional en condiciones competitivas muy desventajosas frente a la extranjera, obstruyendo sin duda su acceso al mercado internacional.

Y como al lanzarse años atrás la Alianza para el Progreso, de nuevo empieza a hablarse aunque casi siempre ambiguamente, de la necesidad de ciertos cambios.

En la ya mencionada Cuarta Evaluación de la EID hecha recientemente por la CEPAL, por ejemplo, se dice:

> "[...] . Las estructuras tradicionales, en la medida en que oponen obstáculos al cambio dificultan el progreso social y el desarrollo económico [...]".

Cierto; pero si han de removerse tales obstáculos es menester empezar por ubicarlos con precisión. Pues bien, ¿de qué estructuras tradicionales se trata?, ¿acaso de las relaciones precapitalistas todavía presentes en los países y zonas más atrasados de la región?, ¿del capitalismo dominante desde hace mucho tiempo, y que en los países de mayor desarrollo arraiga y se consolida hacia fines del siglo XIX?, ¿se aludirá al imperialismo, al desarrollo del capital monopolista nacional y extranjero o incluso a las formas que tradicionalmente ha tomado la acción del Estado en nuestros países?

La CEPAL se refiere esencialmente a las condiciones desfavorables en las que se realiza el intercambio comercial con el exterior; es decir, más que a ciertas relaciones de producción, a lo que —dadas tales relaciones— ocurre en la esfera de la circulación, o sea, de la distribución y el consumo y en particular en el llamado «sector externo».

Para ella la exportación latinoamericana tiene una base evidentemente frágil pues depende todavía hoy, en un 80%, de productos primarios y complementariamente de manufacturas ligeras. Y como el mercado internacional de la producción primaria es muy inestable, ésta es una de las fuentes del desequilibrio crónico del «sector externo», del crecimiento de la deuda y de las dificultades con que tropieza cualquier intento serio de planificación del desarrollo.

Señala la CEPAL:

> La vulnerabilidad del «sector externo», la insuficiente capacidad de generar ahorros y la necesidad de mantener un determi-

> nado ritmo de crecimiento [...] ha traído consigo "un abrupto crecimiento de la deuda externa [...][3]

Sin duda tales hechos influyen en el aumento de la deuda. Pero no son los fundamentales ni aquéllos que permiten descubrir las causas más profundas de los graves desajustes de la economía latinoamericana. Tras la «vulnerabilidad del sector externo», o sea, la inestabilidad de los precios de los productos primarios, el alto costo de las importaciones, la rigidez de muchas de ellas, la dificultad para exportar manufacturas a los países más desarrollados y en general los problemas de balanza de pagos, hay desequilibrios internos profundos. La insuficiencia del ahorro no deriva de la ausencia de recursos financieros sino principalmente de la dilapidación, el parasitismo y la incapacidad de la clase en el poder y en particular de la oligarquía nacional y extranjera para hacerlos crecer con rapidez y emplearlos productivamente y de manera racional; y la supuesta necesidad de «mantener un determinado ritmo de crecimiento», si bien en alguna medida está presente, no excluye fuertes altibajos ni situaciones en que la tasa de crecimiento es del todo insatisfactoria, lo que comprueba que no es tampoco el rápido desarrollo lo que genera el desmedido endeudamiento. Lo cierto es que influyen decisivamente hechos tales como el intercambio y acaso sobre todo el desarrollo desigual, el saqueo imperialista, la fuga de recursos propiciada por la burguesía doméstica, la dependencia estructural propia del capitalismo del subdesarrollo. Y la política del Estado y en un sentido más amplio del capital monopolista de Estado en materia fiscal y financiera, de precios, industrial, comercial, sobre inversiones extranjeras y de fomento del consumo, hechos todos que de múltiples maneras y en mayor o menor medida contribuyen a mal utilizar el excedente y a hacer crecer, a menudo explosivamente y en condiciones onerosas y lesivas para el interés nacional, las deudas extranjeras.

Si hay una constante y un rasgo característico de la estrategia del desarrollo puesta en marcha en los últimos años en nuestros países es el empeño con el que se defienden los intereses del

[3] *Ibid.*

capital y de los capitalistas. Y aun cuando los métodos empleados en cada caso suelen diferir sensiblemente, el propósito central y el contenido de tal estrategia son, de hecho, los mismos.[4] En efecto, en ella están casi siempre presentes los rasgos que siguen:

— Deja un amplio margen de libertad a la empresa privada y sobre todo al capital monopolista, así riña tal libertad con la necesidad de racionalizar mínimamente el desarrollo.

— Favorece en particular al capital extranjero, el que tanto en el esquema «sustitutivo de importaciones» como en el de «sustitución de exportaciones» —que en realidad es el mismo sólo que en una fase posterior— juega un rol cada vez más importante en la industria, en el comercio exterior y en el manejo de la tecnología y los recursos financieros.

[4] Con frecuencia se señala como una diferencia significativa que la estrategia en cuestión persiga, o bien el crecimiento del mercado interno o bien la exportación, con el consiguiente diverso impacto sobre la intervención del Estado, la política de fomento, el régimen salarial y el patrón de distribución del ingreso. Y en parte, sin duda, ello es así. En países donde la derrota de las fuerzas populares —el caso, por ejemplo de Chile, Argentina y Uruguay— se realizó a través de dictaduras militares que han impuesto una política increíblemente reaccionaria, el Estado, como nunca antes, se subordina abiertamente al capital extranjero, promueve las exportaciones tradicionales y aun protege a los terratenientes y a la burguesía propiamente intermediaria, en detrimento incluso de las fracciones burguesas más interesadas en impulsar la industrialización.

En México y Brasil, en cambio, se atiende más a la expansión del mercado interno, aunque el grado de industrialización y el propio interés de las transnacionales abonan en favor de la exportación de ciertas manufacturas lo que sin embargo no significa que se desatienda las exportaciones tradicionales de alimentos y materias primas. Brasil sigue siendo un gran exportador de café y México de otros productos primarios. Todavía más: en años recientes México se convierte en un importante exportador de petróleo crudo y Brasil en un productor y exportador de armamentos.

Pero al margen de las diferencias en la estrategia del desarrollo y en los métodos para llevarla a la práctica, diferencias que a menudo son importantes, lo que no es menos cierto es que, en general, las estrategias dominantes favorecen principalmente a la oligarquía nacional y extranjera y en menor medida a otras capas burguesas, entrañan una severa manifestación de los trabajadores y acentúan la subordinación de nuestros países al imperialismo.

— Auspicia patrones de producción y de consumo que fundamentalmente coadyuvan a preservar una división internacional del trabajo, que aun registrando cambios significativos como los que a últimas fechas provoca el «redespliegue» industrial de las transnacionales benefician principalmente al capital monopolista internacional y en menor escala a las fracciones más poderosas y más estrechamente asociadas a él, de la burguesía y la oligarquía latinoamericanas.

— Emplea la política de «austeridad», supuestamente estabilizadora —y desde luego también la inflación—, como vehículos que al margen de lo que se postula verbalmente en actitud casi siempre demagógica, inciden en favor de la concentración del capital y del ingreso.

— Contribuye a mantener altas tasas de explotación de los trabajadores, y a que la creciente plusvalía que de ello resulta se emplee de modo irracional, y propicia una inversión que lejos de abrir el cauce de un desarrollo nacional independiente, afirma y acentúa la dependencia y en general las contradicciones propias del capitalismo.

— Admite verbalmente la necesidad de reformas profundas y en la práctica se opone a su realización, a menos que se trate de un reformismo superficial que no lesione a la clase dominante y deje las cosas básicamente como están; y si bien reconoce las ventajas y aun postula como meta el logro de un desarrollo equilibrado y armónico, de hecho contribuye a acentuar la desigualdad y la anarquía.

— Supone un régimen de formación de precios en el cual los monopolios, la propia acción del Estado y desde luego la del capital monopolista de Estado favorecen a los grandes consorcios y hacen de la inflación un mecanismo que ayuda a elevar o en su caso a contrarrestar la baja de la tasa de ganancia.

— Sugiere que la crisis es un fenómeno pasajero, meramente cíclico, revelador tan sólo del desgaste de un determinado «modelo» de acumulación o desarrollo, y un fenómeno que fundamentalmente expresa desajustes externos más que contradicciones internas profundas e inherentes al capitalismo como sistema y en particular al capitalismo latinoamericano.

— En fin, mantiene una postura contradictoria y débil, en la que por un lado apoya al capital monopolista extranjero y cede a su presión, y por el otro se lamenta de que dicho capital actúe como lo hace y se le pide —a quien es más amigo de sus intereses que de sus amigos— que se conduzca de otro modo y contribuya al progreso y bienestar de los pueblos que explota.

CAUSAS Y ALCANCE DE LA ACTUAL CRISIS

Cuando se repara en los problemas que aquejan a Latinoamérica es fácil incurrir en serios errores. Uno consiste en suponer, desde una posición dogmática, que las cosas son hoy las mismas de siempre. Nuestros países, podría ser el argumento, son atrasados, subdesarrollados, dependientes; a ello obedece su difícil situación. En parte tal planteamiento es correcto, pero adolece de la falla de no advertir los cambios que aun en el marco del subdesarrollo se producen continuamente, de no percatarse de la presencia y la profundidad de la presente crisis, y a la postre de no apreciar las diferencias ni entre unos países y otros ni entre una fase y la siguiente del proceso capitalista.

Descubrir lo que es común es necesario para entender el alcance real de un fenómeno como la actual crisis al nivel latinoamericano; pero peligroso e inaceptable si se cae en esquemas que impidan descubrir y situar correctamente lo que hay de específico y a la vez de diverso tanto en una región tan vasta y compleja como Latinoamérica, como sobre todo en el tiempo, es decir, en la presente fase del capitalismo en relación con las previas.

Otro error consiste en confundir las manifestaciones y efectos de la actual crisis con la problemática propia del subdesarrollo, o bien en ver en ella un mero reflejo de lo que acontece en los «centros» del sistema. Y otro más en creer que la crisis es sólo un fenómeno económico de carácter cíclico, sin comprender que se trata de un problema global, de una crisis general de dimensión histórica mucho más profunda y que, como hemos visto, además de ser económica es también una crisis ideológica, política y social.

Si esto no se entiende debidamente resulta imposible descubrir las contradicciones más graves del capitalismo latinoamericano y los cambios que sufre con motivo y como expresión de la actual crisis, y si no se comprende el alcance y la naturaleza de tales contradicciones es imposible explicar y, ni qué decir, actuar de manera políticamente certera ante esa crisis, y en consecuencia frente al enemigo de clase que se oculta tras ella e influye en su curso.

Acaso la explicación más socorrida de la crisis que aqueja a Latinoamérica es la que la asocia al «desgaste de un modelo» de acumulación determinado. En otros trabajos hemos criticado tal posición y no volveremos esta vez sobre ella.[5] Nos limitaremos a recordar que esencialmente se caracteriza porque, en vez de aceptar que la crisis expresa contradicciones orgánicas, inherentes al capitalismo y en particular al capitalismo monopolista de Estado de nuestros días, la atribuye a que el «modelo sustitutivo de importaciones» —que en México suele llamarse del «desarrollo estabilizador»—, a partir de los años setenta deja de funcionar en forma satisfactoria, razón por la cual, para superar los desajustes en que la crisis se expresa es menester contar con un nuevo «modelo», entendido generalmente éste como una nueva política, o cuando más otra estrategia de desarrollo; una estrategia, dirían sus defensores, que promueva la más rápida expansión del mercado interno, la fabricación de bienes de capital y no sólo de consumo, la exportación tanto de productos primarios como de manufacturas y la «planificación», y que como fruto de todo ello haga posible acelerar el desarrollo económico, corregir los desequilibrios financieros y distribuir equitativamente el ingreso nacional.

Lo que tal planteo no advierte es que el «nuevo modelo» a partir del cual se espera resolver los más graves problemas estructurales, no es en rigor tan «nuevo» ni tan diferente del anterior como pudiera parecer; no es realmente una alternativa sino más bien la continuación actualizada, remozada, contradictoria, a la vez digamos formalmente lógica y en el marco de

[5] Véase: La Crisis del Capitalismo. Editorial Nuestro Tiempo. México, 1979.

esta lógica en cierto modo inevitable del «viejo modelo». El énfasis sobre las exportaciones y aun la sustitución de éstas no difiere esencialmente de la «sustitución de importaciones» en la que tanto se insistió en años pasados. El cambio en la relación de ciertas variables o el énfasis que ahora se desplaza de unas a otras no altera las bases fundamentales sobre las cuales descansa la estrategia ni libra al desarrollo capitalista de sus más graves contradicciones y fallas, y por ello—como hoy lo comprobamos— el «nuevo modelo» supuestamente en marcha acentúa la desigualdad, refuerza al capital monopolista nacional y a menudo sobre todo extranjero, ahonda la dependencia y coexiste con una crisis que si bien no es idéntica a la de años previos, está presente y no es menos grave que las anteriores.

La política y con mayor razón la estrategia del desarrollo en boga influyen sin duda en el curso y las vicisitudes del capitalismo y pueden contribuir a intensificar y desde luego a mitigar las consecuencias de ciertos hechos. Ignorar tal cosa llevaría a una incorrecta apreciación de la crisis. Pero si hemos de poner las cosas en su sitio es preciso comprender que más que ser una política la que conduce a esa crisis, es ésta la que determina, influye en los cambios y pone en relieve la ineficacia de aquélla, y a la vez la que, precisamente por ello vuelve imposible que tal o cual variante de la política burguesa resuelva las contradicciones más profundas del sistema. Ocurre aquí algo similar a lo que pasa con la inversión: contra lo que piensan ciertos economistas burgueses, no son sus altibajos lo que ocasiona la crisis sino ésta la que provoca la inestabilidad y la que, en un momento dado, determina la brusca caída de la inversión.

INTERNACIONALIZACION DEL CAPITAL Y CONTRADICCION FUNDAMENTAL

En ciertas versiones de la explicación anterior, la crisis se asocia y aun atribuye a la cada vez mayor internacionalización del capital y concretamente a la acción de las empresas transnacionales, acción que a su vez se relaciona estrechamente con los cambios habidos en la división internacional del trabajo.

Pero esta explicación es también parcial e inadecuada. Si bien tales hechos contribuyen a agudizar la crisis —aunque a la vez intentan contribuir a resolverla—, más que ser su causa eficiente son expresión y aun consecuencia de aquélla, y sobre todo signos de la creciente intensidad de las contradicciones del capitalismo, y en particular de la contradicción fundamental.

Las transnacionales tienen sin duda mucho que ver con la actual crisis de Latinoamérica. Su sola presencia en nuestros países es ya a menudo una manifestación de ella. Y, además, contribuyen a hacer más inestable el desarrollo, a ahondar los desajustes de balanza de pagos, a hacer crecer el déficit financiero interno y la deuda exterior, estimular la concentración monopolista de la producción y de capital, acentuar la inflación, desnacionalizar las economías y profundizar la dependencia respecto al capital extranjero.

Por eso es comprensible que en la VI Cumbre del Movimiento de Países no Alineados celebrada recientemente en La Habana, los jefes de Estado y de Gobierno ahí reunidos denunciaran

> "[...] una vez más las políticas y prácticas inaceptables de las empresas transnacionales que, buscando los beneficios de la explotación, agotan los recursos, trastornan la economía y lesionan la soberanía de los países en desarrollo; violan los principios de la no injerencia en los asuntos de los Estados; menoscaban el derecho del pueblo a la libre determinación; y frecuentemente recurren al soborno, la corrupción y otras prácticas indeseables y subordinan los países en desarrollo a los [...] industrializados".[6]

Los hechos comprueban que las transnacionales atentan gravemente contra los intereses de los países subdesarrollados. Dichas empresas no contribuyen —como todavía algunos lo creen ingenuamente— a enriquecer a tales países sino a empobrecerlos; no aportan recursos financieros netos adicionales sino que los extraen de ellos; no comparten ni trasladan generosa o siquiera responsablemente su moderna tecnología sino que comercian y especulan con ella, y a menudo lo que venden son

[6] VI Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de Países no Alineados, La Habana, Cuba, septiembre de 1979.

incluso procesos y equipos obsoletos; no cooperan sino que compiten, desplazan, compran y aun eliminan a las empresas domésticas; fomentan más el consumo a menudo superfluo que la producción y refuerzan el monopolio y la dominación del capital extranjero, pues en vez de impulsar un genuino desarrollo nacional, hacen de las naciones mismas, y sobre todo de las más atrasadas, piezas aisladas y débiles que el capital transnacional —al amparo de una engañosa interdependencia— reestructura y reeslabona como más conviene a sus intereses.

Y las nuevas y a menudo más sofisticadas formas de organización de las transnacionales y sus filiales no alteran esencialmente el esquema anterior. Como las viejas grandes empresas que antes se interesaban —y desde luego todavía hoy— por controlar ciertos recursos naturales y obtener materias primas, las que más tarde se disponen a surtir el mercado interno de los países latinoamericanos y que hoy buscan mano de obra barata y máxima liberalidad fiscal para exportar en mejores condiciones competitivas, todas tratan de obtener más altos beneficios y de explotar, no de ayudar, a los pueblos de las naciones del llamado «tercer mundo».

Pese a todo ello sería un error pensar que las transnacionales —tomadas aisladamente—, o siquiera el fenómeno más complejo de la internacionalización del capital son la causa o al menos la manifestación fundamental de la presente crisis del capitalismo.

La internacionalización no es un fenómeno nuevo. La exportación de capital caracteriza y cobra inclusive un impulso sin precedente bajo lo que podríamos considerar el viejo imperialismo anterior al surgimiento de la crisis general y del CME. En un principio, y a través del comercio exterior se internacionaliza sobre todo el capital-mercancías, y casi simultáneamente el capital-dinero, que en vísperas de la crisis de 1929 se negocia ya en un vasto mercado financiero internacional. Aun el propio capital productivo empieza a desbordar las fronteras de los países más industrializados desde fines del siglo XIX y principios del actual, especialmente en actividades como la minería, la agricultura, los energéticos y algunas industrias aisladas. Es sin embargo, cuando la expansión capitalista empieza a perder

impulso después de la Segunda Guerra, en que hechos como la acentuación de la crisis general, los avances técnico-científicos, los nuevos esquemas de integración regional propios del CME, la industrialización «sustitutiva» de los países atrasados y la redivisión internacional del trabajo, traen consigo la ruptura de ciertos procesos productivos y un traslado sin precedentes de capital industrial tanto de unos países imperialistas a otros como de éstos a los subdesarrollados.

El capital imperialista ya no se limita a abastecer los mercados internos de los países extranjeros en que opera. Ahora empieza a exportar, sobre todo desde aquéllos en los que abunda la mano de obra barata y se dan las precondiciones institucionales necesarias para hacerlo con tasas de beneficio mucho más altas que las de la metrópoli. La consecuencia de tal política es la rápida internacionalización del trabajo y la producción y los consiguientes cambios en la estructura productiva de los países en donde se da tal situación. Con frecuencia el capital transnacional se vuelve incluso el elemento más dinámico y también el factor de mayor influencia en el trazo de la estrategia industrial; pero lejos de que ésta permita absorber el desempleo, fortalecer la base productiva interna y la balanza de pagos, afianzar la independencia y hacer posible un desarrollo más rápido y estable, provoca desequilibrios aún más profundos que los previos, ahonda la dependencia que ahora adquiere formas más complejas, y extrema la vulnerabilidad de los países subdesarrollados respecto a las fluctuaciones de la economía internacional capitalista e incluso a las decisiones que unilateralmente toman las transnacionales.[7]

Las formas y la intensidad que caracterizan a la internacionalización del capital no son hoy las de antes. El conglomerado

[7] Sobre el papel y las formas de operación de estas empresas en México y en general en los países subdesarrollados, véase: Peter Ba Baird & Ed McCaughan, Beyond the border, NACLA, Nueva York, 1979; el ensayo de Pedro Vuskovic, "América Latina ante nuevos términos de la división internacional de trabajo", publicado en la revista del CIDE Economía de América Latina, de marzo de 1979, y la ponencia de Eugenio Espinoza y Héctor Ayala "Monopolios transnacionales y códigos de conducta", presentada al Seminario sobre el nuevo orden económico internacional, realizado en La Habana en agosto de 1979, como parte de los trabajos preparatorios de la VI Cumbre de países no alineados.

transnacional que opera en varios países y en múltiples campos de actividad no es, desde luego, comparable al viejo cartel de los inicios del imperialismo. La internacionalización del capital productivo industrial es un nuevo rasgo de la acumulación de capital a la escala de todo el sistema, que incluso ha hecho de las filiales de los grandes consorcios que operan en países diferentes del de la matriz, fuentes de ingresos más importantes que el comercio de exportación tradicional desde ésta.

La internacionalización no sólo expresa el desarrollo desigual del capitalismo ni el impulso que, en la fase imperialista, cobra la exportación de capital. Si bien ambos fenómenos siguen presentes, la internacionalización, al nivel al que la llevan los conglomerados transnacionales es fundamentalmente un signo de la socialización sin precedentes que la producción —y en un sentido más amplio las fuerzas productivas— alcanzan en la fase actual del capitalismo. El otro gran factor determinante de esa creciente socialización es el Estado, sin cuya acción sería imposible que incluso el capital privado se internacionalizara en la forma en que lo hace después de la Segunda Guerra y sobre todo bajo la actual crisis.

El Estado imperialista apoya e impulsa grandemente el desarrollo transnacional del capital e incluso es la base desde la cual se proyectan y el principal instrumento jurídico, económico, político y militar de protección de las empresas transnacionales. Y no sólo eso: en los últimos decenios los Estados imperialistas se convierten en rectores del proceso de desarrollo y su influencia directa e indirecta sobre la acumulación de capital y aun sobre el curso del ciclo económico se vuelve decisiva. Todavía más: dichos Estados, conjuntamente y por separado, crean nuevos y complejos mecanismos estatales e interestatales —como los organismos financieros y los esquemas de integración regional— que por sí solos imprimen a la internacionalización del capital nuevos rasgos cuantitativos y aun cualitativos.

La acción misma de los Estados en los países que más destacan como receptores del capital transnacional es una de las condiciones que hacen posible que dicho capital se inserte más y más en esas economías. En efecto, sin las costosas obras de infraestructura necesarias para proveer a las empresas extranjeras de energía y combustibles, de medios de comunicación y

de transporte, de servicios básicos para los trabajadores: salud, educación, vivienda y otros; sin la política fiscal que exime a aquéllos prácticamente de toda clase de gravámenes; sin la ayuda crediticia, sin las facilidades cambiarias y sobre todo sin la política laboral que ha hecho posible que el capital transnacional disponga de una fuerza de trabajo que incluso cuando adquiere cierta calificación no reclama más que un bajo salario, la afluencia de ese capital a Latinoamérica habría sido mucho menor y a veces imposible.

Y la intervención digamos indirecta del Estado no es menos importante como factor de impulso a la internacionalización. Bastaría recordar que en países como Brasil y México, pero también en Argentina, Venezuela y otros, la inversión del Estado juega desde hace muchos años un papel fundamental que permite afirmar que sin ella no habría sido posible el desarrollo del capital nacional con el que hoy se asocia y en el que a menudo se apoya el capital extranjero.

Si no se comprende el alcance de la asociación del Estado tampoco se entiende el marco en que se desenvuelve y el carácter de la relación Estado-capital monopolista, pues éstos no son dos fenómenos aislados que marchen paralelamente sino que se entrelazan, se apoyan mutuamente, interactúan y aun se asocian hasta convertirse a menudo en uno solo. Y la relación entre ambos sin ser nunca mecánica ni de mera subordinación de uno al otro, se inserta en la categoría histórica más amplia y compleja que es el capitalismo monopolista de Estado.

Lo anterior demuestra que la internacionalización del capital y las formas que adopta el funcionamiento de las transnacionales no son fenómenos autónomos ni, menos todavía, hechos que invaliden o suplanten las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, concretamente en la presente fase.

La creciente internacionalización del capital supone en primer término, como ya se dijo, la cada vez mayor socialización de la producción. Y más socialización no sólo significa la posibilidad de expandir y desplazar la producción de unos países a otros como nunca antes, sino más altos niveles de concentración y centralización monopolista, un nuevo rol del Estado en el proceso de acumulación, en la valorización y desvalorización del capital, en la transferencia y realización de

la plusvalía y en la regulación del mercado de trabajo de mercancías y de capitales y un nuevo régimen de relaciones y de formas de eslabonamiento con el capital monopolista privado, que hacen del CME el factor decisivo tanto del crecimiento de las fuerzas productivas como del desarrollo de las relaciones de producción.

Cuando el origen de la crisis se sitúa en esta perspectiva y no en el marco estrecho y unilateral de la internacionalización del capital, se aprecia entonces el papel y la forma como se desenvuelve la contradicción fundamental.

Aun los hechos más diversos y aparentemente desvinculados entre sí y las deformaciones más graves del desarrollo latinoamericano tienen que ver con tal contradicción. A ella y, por tanto, a la acción del capital monopolista obedece el desigual e insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas, el que en vez de absorber a la fuerza de trabajo disponible las nuevas técnicas agraven el desempleo; el que cambie el régimen del ciclo y aun en las fases de ascenso la planta productiva permanezca parcialmente ociosa; el que la inversión sobre todo privada registre constantes oscilaciones y sea en conjunto siempre muy inferior a la plusvalía invertible; el que grandes masas de capital se desvaloricen y el que, para mantener o elevar las tasas de ganancia se impongan tasas de explotación que, al margen de los desajustes económicos que generan agudicen la lucha de clases e intensifiquen el antagonismo existente entre el capital y el trabajo.

Y en el otro extremo de la contradicción fundamental, o sea, el relativo al carácter privado, hoy en gran parte monopolista del régimen de apropiación del fruto de lo que los trabajadores producen, difícilmente podría exagerarse la significación que en la determinación y agravamiento de la crisis tienen hechos tales como la extrema concentración de la riqueza y el ingreso y las deformaciones que ello genera, el empleo improductivo y aun la dilapidación de buena parte del potencial de inversión, el agotante drenaje de fondos hacia el exterior que como nadie fomenta la oligarquía nacional y extranjera; el que aun en las fases recesiva suban los precios, se divorcien cada vez más de sus valores y se generalice la inflación, y en resumen, el que el control monopolista de la riqueza, de los medios de producción

fundamentales, de la tecnología y los recursos financieros y su subordinación móvil de lucro se traduzcan de hecho en la imposibilidad de que, al menos en momentos críticos, se utilicen con cierta racionalidad.

Todo lo cual demuestra que la contradicción fundamental, que desde el triunfo de la Revolución Cubana es en Latinoamérica cada vez más una manifestación no sólo de los graves desajustes internos del capitalismo sino de un nuevo nivel histórico de la contradicción capitalismo-socialismo, es la causa decisiva de la crisis que, con excepción de Cuba, sufren hoy nuestros pueblos.

EN BUSCA DE SOLUCIONES

Tanto la «Estrategia Internacional del Desarrollo» como el «Nuevo Orden Económico Internacional» incorporan, como se sabe, demandas planteadas por Latinoamérica y en general por los países subdesarrollados para superar el atraso y hacer frente a la actual crisis. Tales demandas se refieren fundamentalmente a la necesidad de lograr precios estables para los productos primarios y mejores condiciones de intercambio, una más sólida y eficiente estructura industrial que les permita exportar manufacturas; eliminación de las prácticas restrictivas, discriminatorias y desleales que afectan la transferencia de tecnología hacia los países subdesarrollados, el compromiso de no utilizar el sistema generalizado de preferencias como instrumento de coerción contra varios países latinoamericanos, y la liberalización del financiamiento, sobre todo a aquellos países de menos desarrollo y que confrontan graves desequilibrios en sus balanzas de pagos.

Como parte de la Estrategia del Desarrollo para los años ochenta, la CEPAL subraya la importancia de lograr que los países subdesarrollados participen en los mecanismos internacionales de decisión, de avanzar hacia la autosuficiencia nacional y colectiva, de relacionar estrechamente las metas económicas con los objetivos de transformación social, conseguir una mejor distribución al ingreso y más altos niveles de empleo,

impulsar la integración regional, transformar la agricultura y llevar adelante la industrialización, aumentar el ahorro interno a partir de restricciones del consumo de los estratos sociales más altos y fortalecer la cooperación económica internacional.

Lo cierto es que aun cuando esas demandas se reiteran en todos los foros internacionales, poco es realmente lo que se avanza para cambiar el desfavorable estado de cosas imperante. La CEPAL reconoce que a cinco años de haberse adoptado en la ONU las resoluciones sobre el «Nuevo Orden», siguen sin cumplirse los compromisos contraídos y no sólo no se han resuelto sino que incluso se han agravado muchos problemas. Y ello es comprensible, pues mientras los países subdesarrollados tratan de conseguir mejores condiciones de las potencias imperialistas, éstas, a su vez, intentan contrarrestar los efectos de la crisis concretamente sobre la tasa de ganancia, a costa precisamente de aquéllos, vía intercambio desigual y acciones que permitan elevar la tasa de explotación de los trabajadores.[8]

Las demandas que incorpora el NOEI son en general justas, aunque no fácilmente realizables. Algunas inclusive son inviables bajo el capitalismo. Pero tienen importancia y pueden contribuir a reforzar la causa de la independencia nacional, sobre todo si donde tiene el poder la burguesía, el movimiento obrero y de masas las hace suyas, las enriquece y refuerza con su acción pues la independencia sólo podrá conquistarse a través de la lucha y no de concesiones gratuitas; de una lucha revolucionaria contra el imperialismo, que como señala el Movimiento de Países no Alineados es la causa y el principal obstáculo a rebasar para poner fin al subdesarrollo, la dependencia y la explotación.

Y cuando se habla del imperialismo debieran quedar no menos claras dos cosas: que hay sólo uno, no dos imperialis-

[8] Como recuerda Oscar Pino Santos: "[...] el esfuerzo de los capitalistas por contrarrestar el descenso en la cuota de ganancia particularmente en épocas de crisis, los lleva entre otros medios a tratar de reducir los gastos de producción tanto en capital variable [...] y una de las formas de lograrlo consiste en adquirir materias primas y auxiliares, y alimentos, en los países subdesarrollados en las condiciones más baratas posibles". "La Crisis del capitalismo y el Nuevo Orden Económico Internacional", ponencia presentada al Seminario sobre El Nuevo Orden Ecónomico Internacional. La Habana, agosto de 1979, p. 25.

mos, uno solo que es el capitalismo monopolista hoy convertido en muchos países en CME, y que el imperialismo no es únicamente una política ni un fenómeno externo sino una etapa en el desarrollo del capitalismo, una etapa en la que incluso en muchos países atrasados, el capital monopolista nacional y extranjero se relaciona en forma estrecha, se apoya mutuamente y vuelve el elemento determinante del proceso de acumulación y de reproducción de las relaciones capitalistas. La tesis falsa, demagógica y anticomunista de que el socialismo es un régimen totalitario que amenaza a nuestros pueblos es absurda y les cierra el camino al porvenir. El socialismo es la condición de un progreso económico y social que realmente beneficie a las mayorías. Pero no se llega a él sorpresiva ni menos caprichosamente, sino cuando a partir de condiciones objetivas y subjetivas que expresan leyes históricas y cambios profundos en la correlación de fuerzas, un pueblo es capaz de conquistar y retomar el poder.

La lucha por la liberación nacional y social requiere altos niveles de conciencia y de organización, conocimiento profundo de la realidad nacional, programas en los que se aplique en forma creadora la teoría revolucionaria, y estrategia y tácticas que permitan aglutinar a todas las fuerzas susceptibles de ser ganadas en la lucha antimperialista por la que ha de pasar la revolución latinoamericana.

Al clausurar la VI Cumbre del MPNA, Fidel Castro hacía un llamado a la unidad que conviene tener presente cuando se buscan soluciones a los problemas del subdesarrollo.

> "Ningún dinero —decía— podrá comprar el porvenir, porque el porvenir está en la justicia, está en nuestras conciencias y en la solidaridad honesta y fraternal de nuestros pueblos.
>
> La solución de los problemas económicos de nuestros países requiere un esfuerzo extraordinario, responsable, consciente y serio de carácter mundial.
>
> [...] Unámonos todos estrechamente; concertemos las crecientes fuerzas de nuestro vigoroso Movimiento [...] para exigir justicia económica [...], para que cese el dominio sobre nuestros recursos y el robo de nuestro sudor. Unámonos para exigir nuestro derecho al porvenir. Cese ya de edificarse una economía mundial basada en la opulencia de los que nos explotaron y

> empobrecieron ayer y nos explotan y empobrecen hoy [...]. Que de esta VI Cumbre salga la voluntad firme de lucha y planes concretos de acción. Hechos y no sólo discursos [...]".[9]

Y los hechos que expresan esa voluntad de lucha, empiezan a abrirse paso.

[9] Declaración Final de la VI Cumbre del MPNA. Doc. 13, pp. 20-21.